
OBSESIÓN
la virgen secuestrada por el jefe de la mafia
TAYLOR MCQUEEN

OBSESIÓN

la virgen secuestrada por el jefe de la mafia

TAYLOR MCQUEEN

Copyright © 2025
OBSESIÓN: LA VIRGEN SECUESTRADA POR EL JEFE DE LA MAFIA
1ª Edición

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida o transmitida de ninguna forma, por medios electrónicos o mecánicos, sin el consentimiento escrito del autor/editor.

Maquetación: Taylor McQueen

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y eventos descritos son producto de la imaginación del autor. Cualquier parecido con personas reales es pura coincidencia.

Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida por ningún medio, tangible o intangible, sin la previa autorización del autor. La violación de los derechos de autor es un delito previsto por la ley n° 9.610/98, castigado por el artículo 184 del código penal.

¡Por favor, respeta el arduo trabajo de esta autora! Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o copiada sin permiso, excepto por breves citas utilizadas en reseñas o promociones.

Este libro está licenciado solo para tu disfrute personal. ¡Gracias!

TEXTO REVISADO SEGÚN EL ACUERDO ORTOGRÁFICO DE LA LENGUA ESPAÑOLA.

Sumário

SINOPSIS
DEDICATORIA
1. LORENZO ZANINI
2. ISABELLA MORETTI
3. LORENZO ZANINI
4. ISABELLA MORETTI
5. LORENZO ZANINI
6. LORENZO ZANINI
7. ISABELLA MORETTI
8. LORENZO ZANINI
9. ISABELLA MORETTI
10. LORENZO ZANINI
11. ISABELLA MORETTI
12. LORENZO ZANINI
13. ISABELLA MORETTI
14. ISABELLA MORETTI
15. LORENZO MORETTI
16. ISABELLA MORETTI
17. ISABELLA MORETTI
18. LORENZO ZANINI
19. ISABELLA MORETTI
20. LORENZO ZANINI
21. ISABELLA MORETTI
22. ISABELLA MORETTI
23. ISABELLA MORETTI
24. ISABELLA MORETTI
25. LORENZO ZANINI

26. ISABELLA MORETTI
27. LORENZO ZANINI
28. ISABELLA MORETTI
29. LORENZO ZANINI
30. ISABELLA MORETTI
31. LORENZO ZANINI
32. ISABELLA MORETTI
33. ISABELLA MORETTI
34. ISABELLA MORETTI
35. ISABELLA MORETTI
36. LORENZO ZANINI
37. ISABELLA MORETTI
38. ISABELLA MORETTI
39. LORENZO ZANINI
40. LORENZO ZANINI
41. ISABELLA MORETTI
42. ISABELLA MORETTI
43. ISABELLA MORETTI
44. LORENZO ZANINI
45. LORENZO ZANINI
46. LORENZO ZANINI
47. ISABELLA MORETTI
48. ISABELLA MORETTI
49. LORENZO ZANINI
50. ISABELLA MORETTI
51. ISABELLA MORETTI
52. ISABELLA MORETTI
53. ISABELLA MORETTI
54. LORENZO ZANINI

55. ISABELLA MORETTI
56. LORENZO ZANINI
57. ISABELLA MORETTI
58. ISABELLA MORETTI
59. LORENZO ZANINI
60. ISABELLA MORETTI
61. LORENZO ZANINI
62. ISABELLA MORETTI
63. LORENZO ZANINI
64. LORENZO ZANINI
EPÍLOGO - ISABELLA ZANINI
AGRADECIMIENTOS

SINOPSIS

DIFERENCIA DE EDAD :: SECUESTRO :: EMBARAZO INESPERADO DE GEMELOS :: BEBÉS RECHAZADOS :: ROMANCE EN LA MAFIA :: VIRGEN Y MAFIOSO ARROGANTE :: ROMANCE OSCURO :: DE ENEMIGOS A AMANTES

Isabella Moretti fue secuestrada por Lorenzo Zanini, el despiadado jefe de la mafia, como parte de su cruel venganza contra su mayor enemigo: su padre.

Mantenida prisionera, la princesita de la 'Ndrangheta vivió meses de tensión y un deseo incontrolable hasta que Lorenzo decidió devolverla, rechazándola cruelmente sin saber que estaba embarazada.

Lorenzo Zanini es un hombre impulsado por la obsesión. Controlador y posesivo, nunca quiso dejar que Isabella escapara. Meses después, al descubrir que ella espera hijos suyos, su objetivo cambia: ella y los bebés le pertenecen, y Lorenzo hará todo lo posible por mantenerlos a su lado, cueste lo que cueste.

Ahora, Isabella debe enfrentarse al hombre que la lastimó y decidir cuánto está dispuesta a sacrificar para proteger a su familia.

Pero con Lorenzo cada vez más decidido a mantenerla como parte de su vida, la batalla entre el miedo y la atracción se intensifica.

Ella desea libertad.

Él exige posesión.

Están atrapados en una guerra de poder y pasión, donde el único camino posible es la rendición... o la destrucción.

DEDICATORIA

Para todas ustedes que, como yo,
tienen debilidad por los villanos encantadores y complicados.

Si amar al hombre equivocado es un error, no quiero estar en lo correcto.

1. LORENZO ZANINI

Las sombras nos rodeaban, devorando cada uno de nuestros movimientos. El sonido amortiguado de nuestros pasos era lo único que llenaba el aire denso de esa noche.

Podía escuchar la brisa ligera atravesando los callejones a nuestro alrededor, mezclándose con el ritmo de mi respiración. Entre mis hombres, la tensión era palpable, como una neblina invisible que oprimía el pecho de cada uno. Pero no el mío.

Mi mente estaba completamente enfocada en el objetivo: Isabella Moretti. Ese nombre resonaba en mi cabeza, cada letra reforzando el propósito de nuestra misión. Robar a la hija de Vittorio, el jefe de la mafia rival, en pleno territorio enemigo.

Un movimiento audaz, un riesgo calculado. Pero nunca he sido el tipo de hombre que huye del peligro, y ciertamente no iba a empezar ahora. Probar mis propios límites era lo que me mantenía en control, un control que siempre he tenido y que jamás perderé.

Stefano, mi hermano menor, caminaba a mi lado, siempre con un comentario listo para romper la tensión en el aire.

—Robar a una persona porque nos robaron un cargamento de armas… esto empieza a ser un poco exagerado, ¿no crees, Lorenzo? —murmuró, con un toque de ironía en la voz.

Sin mirarlo, sabía que, en el fondo, Stefano entendía. Sabía que no había otra salida.

Frente a nosotros, el evento benéfico que sería el escenario de nuestro golpe seguía en pleno apogeo, a pocos metros. Las luces parpadeaban a lo lejos, bañando los edificios con un brillo dorado, mientras el sonido de las risas y la música llenaba la calle, contrastando violentamente con la calma tensa de nuestra espera.

Sentía la adrenalina bombeando en mis venas, fuerte y constante, cada latido enfocándome aún más.

Era mi turno de humillar a Vittorio. Tocó lo que era mío -las armas, mi poder-, y ahora era su turno de pagar. Su hija, la única que tenía, la princesita de la 'Ndrangheta, sería el precio. Ella no tenía idea de lo que se avecinaba. Y eso formaba parte del placer.

Mientras Stefano seguía murmurando, probablemente para calmar su propia ansiedad, yo mantenía mi atención fija en lo que importaba.

—Sabes, podríamos simplemente recuperar las armas, volar su maldito cuartel general y largarnos de aquí.

Lo ignoré por completo, sin apartar la mirada de nuestro objetivo. Finalmente, Isabella salió del evento. Verla, rodeada de guardaespaldas, fue como una explosión silenciosa en mi mente: un enfoque absoluto.

La observé por un tiempo que pareció extenderse por siglos, aunque en realidad solo fueron unos segundos. Cada detalle quedó grabado en mi mente: su cabello recogido con delicadeza, el vestido caro que brillaba bajo la luz de los faroles, la mirada despreocupada, completamente ajena a lo que estaba por suceder.

Y sus ojos... eran el opuesto de sus labios, llenos de pecado. Eran tan inocentes que me hicieron sonreír por primera vez en semanas. Iba a destruirla, y disfrutaría cada segundo de ello.

Robar a la hija de mi mayor enemigo era un movimiento osado. Pero no fui hecho para retroceder. Probar mis límites era lo que me mantenía en control, e Isabella Moretti sería mi prueba de victoria.

Estaba rodeada por los guardaespaldas de su padre, como un objeto precioso que proteger. Eran brutos, cada uno armado hasta los dientes y en alerta ante cualquier movimiento sospechoso.

Pero yo sabía que eso no sería suficiente para salvarla. No tenían idea de lo que estaba por venir.

Mis dedos hormigueaban. Un movimiento preciso, y sería mía.

Isabella giró ligeramente, distraída por algo en la distancia. Era el momento.

—Ahora —murmuré, mi voz baja y firme, cargada de una determinación inquebrantable. No había espacio para dudas. El plan estaba en marcha, y no había vuelta atrás.

Isabella era la clave para quebrar a Vittorio. No se trataba de las armas ni del poder; se trataba del control. Haría que sintiera la impotencia corriendo por sus venas, como yo la sentí cuando tocó lo que era mío. Y eso comenzaba con su hija.

Me moví con la precisión de un depredador, cada paso calculado. El suelo bajo mis pies parecía una extensión natural de mi cuerpo; mis movimientos eran silenciosos y controlados, a pesar del torbellino de adrenalina en mis venas.

La columna donde me escondía me proporcionó la cobertura perfecta para acercarme. Isabella aún no me había visto, pero sentí el cambio en el aire al estar lo suficientemente cerca para casi tocarla.

El aroma suave que emanaba de ella invadió mis sentidos. Fresas. Por supuesto, la princesita de la 'Ndrangheta tendría un olor tan frágil como una fruta madura.

Nada más predecible. No podía esperar para descubrir si el sabor de la chica sería tan dulce como su aroma. Y lo descubriría. Pronto.

Con un movimiento rápido, casi un borrón, me posicioné detrás de ella. Mi mano se movió en silencio, cubriendo su boca con firmeza antes de que pudiera darse cuenta de algo.

El cuerpo de Isabella se tensó al instante. Sentí la resistencia inmediata, un reflejo, pero nada más. La presión leve de sus músculos intentando luchar no sería suficiente.

Fue en ese momento que el tiroteo comenzó. El sonido de las balas cortando el aire a nuestro alrededor resonaba como un trueno sordo, cada bala sincronizada con la precisión de un maestro dirigiendo una sinfonía mortal.

Los guardaespaldas de Isabella cayeron uno por uno, como piezas de ajedrez derribadas. Nos movíamos con la misma precisión de

siempre, siguiendo el plan al milímetro. Todo esto formaba parte de mi juego.

Con Isabella bajo control, la sostuve firmemente. Stefano, siempre eficiente, manejaba la logística y la tecnología, controlando todo con el Pad[1] en sus manos. Sabía lo que debía hacer, y confiaba en su habilidad para cronometrar cada paso a la perfección.

Isabella vio cómo los hombres a su alrededor caían al suelo, uno por uno. Finalmente entendió lo que estaba pasando. Sus ojos, desorbitados, buscaban desesperadamente una salida, algo o alguien que pudiera salvarla. Pero no había nadie. No había escapatoria. No de mí.

Intentó gritar, en un último gesto desesperado. Inútil, por supuesto. La aguja ya estaba en su cuello, el sedante comenzando a hacer efecto.

Antes de que pudiera comprender lo que ocurría, su cuerpo cedió en mis brazos, pequeño y ligero, completamente bajo mi control. Isabella estaba en mis manos, y la sensación era casi embriagadora.

La victoria corrió por mis venas como fuego. La tenía. Isabella Moretti era mía. Capturarla había sido la parte fácil. Ahora comenzaba el verdadero desafío: sacarla del territorio de su padre sin dejar rastro.

Me alejé rápidamente del lugar, con Isabella inconsciente en mis brazos, dirigiéndome al vehículo de escape. Cada paso cronometrado, cada movimiento calculado. Su rostro, relajado por la inconsciencia, me decía todo lo que necesitaba saber: la victoria era mía. Vittorio aún no lo sabía, pero su hija estaba perdida.

La fuga fue tan rápida como la captura. Minutos después, estábamos lejos del lugar, dejando atrás el caos y la confusión. Ninguna baja. Cada miembro de mi equipo estaba ileso, y el rostro satisfecho de Stefano confirmaba que todo había salido según lo planeado.

En el vehículo, miré a Isabella, ahora tendida en el asiento trasero. Algo dentro de mí se agitó, una sensación inesperada e incómoda. Solo era un paso más en mi plan, pero, de alguna forma, la victoria traía una inquietud que no podía nombrar.

Aun así, el éxito hablaba más fuerte. Vittorio pagaría el precio. Aprendería, de la manera más dolorosa posible, que nadie toca lo que es mío sin consecuencias.

Con Isabella en mis manos, el sonido del motor retumbaba mientras nos alejábamos. Cuando subimos al helicóptero que nos sacaría de Nueva York y nos llevaría de vuelta a Seattle, la miré nuevamente, desmayada en mis brazos, y una promesa silenciosa tomó forma.

Ella no era solo la clave de mi venganza; ahora, era mía. Y lo que es mío, nunca será devuelto.

---

2. ISABELLA MORETTI

La primera sensación que tuve fue dolor. Un dolor sordo que palpitaba en mi cabeza, pesado, como si un martillo golpeara dentro de mi cráneo, aplastando cada pensamiento contra las paredes de mi mente. Intenté respirar profundo, pero mi garganta estaba cubierta de algo áspero, como arena.

Tenía la boca seca, áspera, como si hubiera tragado algo metálico y amargo, lo que solo aumentaba la náusea que me subía desde el estómago. Mover los dedos fue un esfuerzo inmenso. Cada músculo se sentía como plomo, rígido y lento, protestando con cada movimiento. Algo estaba mal, muy mal.

Abrí los ojos lentamente, como si los párpados estuvieran encadenados con cadenas invisibles. La oscuridad me envolvió al instante, opresiva y silenciosa. El cuarto estaba cubierto por sombras densas que parecían pesar sobre mí, asfixiándome.

La tenue luz que entraba por una rendija de las cortinas apenas alcanzaba para distinguir formas vagas y amenazantes. Mi corazón se aceleró, latiendo al ritmo de la confusión. ¿Dónde estoy? La pregunta giraba en mi cabeza, repitiéndose como un eco insistente, sin respuesta.

Intenté levantarme, pero fue como si el suelo hubiera desaparecido bajo mis pies. Un violento mareo me golpeó, haciendo girar todo a mi alrededor como un torbellino. Me vi obligada a recostarme de nuevo, con el corazón latiendo con fuerza en el pecho, como si quisiera escapar.

Los recuerdos de la noche anterior aparecieron en destellos desordenados y fragmentados, como piezas de un rompecabezas que no encajaban. Recordaba el evento, la salida con los guardaespaldas de mi padre, el vestido que llevaba puesto… ¿y después? Nada. Solo oscuridad.

Llevé la mano instintivamente al cuello, donde la piel palpitaba de dolor. El toque fue casi automático, pero lo que sentí fue un punto sensible y adolorido que confirmó lo que ya temía: me habían sedado.

El pánico subió por mis venas como fuego, acelerando cada latido que retumbaba en mis sienes. Mi respiración se volvió entrecortada, sofocante.

Intenté, en vano, controlar el aire que entraba y salía de mis pulmones, pero parecía que no había suficiente oxígeno en la habitación. Las paredes a mi alrededor parecían cerrarse lentamente. Estaba en un lugar desconocido. Estaba sola. Y, claramente, había sido secuestrada.

Mientras luchaba por mantener el control, mis ojos empezaron a enfocar lo que me rodeaba. El lugar no era lo que esperaba de un secuestro. La habitación parecía salida de un sueño opulento, lejana a la sombría realidad en la que me encontraba.

La cama bajo mi cuerpo era gigantesca, con un dosel delicado colgando sobre mi cabeza. La tela ligera y fina caía como una nube de seda, creando un contraste brutal con la gravedad de la situación. Las columnas talladas en madera oscura parecían pertenecer a otra época, como si fueran parte de un escenario que no debía existir.

A mi alrededor, muebles tan sofisticados que podrían estar en una galería de arte estaban dispuestos estratégicamente. Un sillón de terciopelo rojo profundo reposaba en una esquina, pareciendo más un trono que un asiento común.

Junto a la cama, una mesa de mármol tallado sostenía una pequeña lámpara dorada que ni siquiera me atreví a tocar. El lujo estaba en todos los detalles, en cada pieza de mobiliario, en cada material utilizado.

Todo parecía diseñado para impresionar, como si la habitación hubiera sido preparada para la realeza. Pero yo no era una reina, y esto no era una corte. Era un cautiverio, por más que estuviera disfrazado bajo un velo de opulencia.

La discrepancia entre el lujo que me rodeaba y la realidad de lo que estaba ocurriendo hizo que el estómago se me revolviera. Nada de esto tenía sentido.

El sonido alrededor era casi inexistente. Solo un zumbido lejano, tal vez del sistema de ventilación o aire acondicionado, pero el silencio predominante era ensordecedor y sofocante. Era como si el propio aire estuviera atrapado allí conmigo, denso y cargado de tensión.

Mis manos comenzaron a temblar mientras mi mente corría de un lado a otro, buscando una explicación, una salida. Estaba a merced de alguien, ¿pero de quién? ¿Quién me secuestraría? Y lo más importante: ¿por qué?

Obligué a mi cuerpo a sentarse de nuevo, esta vez con más cuidado. Mis piernas seguían débiles, cada músculo gritando en protesta, pero el miedo era más fuerte que el dolor. Tuve que apoyarme en la cama, sintiendo la tela suave bajo mis dedos mientras intentaba mantener el equilibrio. No podía permitirme caer. Necesitaba respuestas.

Con dificultad, me levanté, cada movimiento era más inseguro que el anterior. El mareo todavía rondaba, amenazando con regresar, pero avancé, tanteando el espacio a mi alrededor. Mis manos temblorosas tocaron la pared de mármol fría y lisa, su superficie pulida reflejaba la opulencia que me rodeaba.

Era el tipo de acabado que solo alguien con mucho dinero elegiría. Dinero, poder… todo apuntaba a una persona lo suficientemente rica para tener esto. Pero no tenía sentido. ¿Mi padre? ¿Él me secuestraría?

Las cortinas colgaban de las paredes, gruesas y pesadas, hechas de terciopelo rojo profundo, tan densas que apenas dejaban pasar la luz. Eran cortinas diseñadas para privacidad, del tipo que protege a los ricos y poderosos de miradas no deseadas.

El tejido caía pesadamente hasta el suelo, tan espeso que parecía absorber cualquier sonido. La oscuridad que se extendía por la

habitación era una prolongación de esas cortinas, asfixiándome aún más. Cada detalle en el cuarto me decía que no solo estaba encerrada; estaba en un lugar cuidadosamente planeado para mantenerme prisionera, sin escapatoria a la vista.

La ventana era grande, escondida tras las cortinas, casi imperceptible hasta que me acerqué. La luz que lograba filtrarse a través del tejido era mínima, solo lo suficiente para mostrarme lo que ya temía: estaba cerrada. Al igual que la puerta que, al tocar, confirmé que estaba sellada. El silencio del otro lado era aplastante, como si el mundo hubiera dejado de existir más allá de esa habitación.

El pánico comenzó a subir por mi pecho, una bola pesada de ansiedad lista para estallar. Necesitaba pensar con lógica, mantener la calma. Siempre fui buena para fingir tranquilidad, pero en ese momento… era difícil. Muy difícil.

Flashes de mi vida pasada comenzaron a invadir mi mente, mezclándose con el caos de la situación. Mi padre siempre fue controlador, imponiendo su voluntad sobre mí, sobre todo.

Me había mantenido atrapada en un reino dorado desde que era pequeña. Su reino: Nueva York.

La idea de libertad, de elección, era casi alienígena para mí. Pero ahora, irónica y cruelmente, estaba en una prisión real, y no impuesta por él. ¿O sí? ¿Por qué haría algo así?

Intenté apartar esos pensamientos y concentrarme en algo más lógico, pero todo era confuso. Nada tenía sentido. Nada.

Odiaba estar aquí. Odiaba la sensación de impotencia que me rodeaba. Pero, extrañamente, había algo en esta situación que me molestaba de una manera diferente. Había algo más, algo que no lograba entender.

Mi mente, terca, regresaba a los momentos antes de que perdiera la conciencia. Aquel hombre. Sabía que era peligroso. Pero había

algo en sus ojos, algo que no lograba definir, y que no dejaba de dar vueltas en mi cabeza. ¿Qué era?

Sacudí la cabeza, intentando alejar su imagen, enfocándome en algo práctico. Necesitaba salir de aquí. Encontrar una manera de escapar.

Mis manos continuaron explorando el espacio, desesperadas por cualquier pista, cualquier cosa que me ayudara. Cada movimiento se sentía desesperado e inútil. La sensación de estar atrapada, de no tener control, era asfixiante, casi física. Estaba rodeada de lujo, pero también encerrada en una prisión dorada.

Me acerqué a la puerta una vez más, esta vez apoyando la oreja contra la madera fría. El silencio seguía predominando, pero entonces, un sonido bajo, distante, comenzó a surgir. Pasos. Alguien se estaba acercando.

---

3. LORENZO ZANINI

La puerta de la habitación de Isabella crujió suavemente cuando la empujé, el sonido rompió el silencio opresivo que parecía dominar el espacio. El aire en el cuarto estaba denso, cargado de una tensión palpable que casi parecía viva.

Al cruzar el umbral, mantuve la expresión controlada, la mirada fría, como siempre hacía frente a cualquier enemigo. Así me había entrenado toda la vida: la debilidad era un lujo que no podía permitirme, mucho menos ahora.

Ella estaba sentada al borde de la cama, con las manos descansando en el regazo, pero la rigidez de sus hombros y la forma en que apretaba los dedos delataban el nerviosismo que trataba de esconder.

Isabella intentaba mantener una fachada de fuerza, una máscara a través de la cual nadie más podría ver. Pero yo lo noté. Era imposible no hacerlo. El miedo estaba ahí, acechando en las sombras de sus ojos, mezclado con una determinación que parecía fuera de lugar. Una parte de mí reconoció eso de inmediato, y, por un breve instante, dudé.

Sí, dudé.

Algo en ella, en la forma en que sus ojos me miraban con desconfianza pero sin desmoronarse por completo, me hizo cuestionar por un momento. No era común ver esa combinación: fragilidad disfrazada de fuerza. Y me tomó por sorpresa.

¿Por qué estaba dudando? Isabella Moretti no era más que otra pieza del rompecabezas, una herramienta para alcanzar a Vittorio. Y, sin embargo, ahí estaba yo, intrigado por algo que no debía sentir.

Aparté ese pensamiento tan rápido como surgió. No podía darme el lujo de divagar. Tenía un plan, e Isabella era una parte fundamental de él. Necesitaba recordármelo a cada momento.

—¿Dormiste bien?

Mi voz sonó más fría de lo que esperaba, cortante, una tentativa deliberada de romper cualquier atisbo de comodidad que ella pudiera haber encontrado.

Ella me sostuvo la mirada por un segundo, quizá esperando una provocación mayor, pero respondió con una tranquilidad sorprendente. O, al menos, con un intento de tranquilidad.

—Dormir no fue exactamente lo que hice, ¿verdad? —dijo ella, con una voz más firme de lo que esperaba. Isabella no se dejaba intimidar tan fácilmente como otros que habían pasado por aquí. Eso me hizo arquear una ceja.

Interesante.

Avancé más hacia el interior de la habitación, cada paso resonando sobre el mármol, y sentí el peso de su mirada sobre mí. No era una mirada desesperada, como la que esperaría ver en alguien frente a su secuestrador.

Era una mirada que desafiaba en silencio, que portaba una fuerza distinta. Isabella no era tan frágil como había imaginado, y algo dentro de mí se movió por eso. Cada palabra suya parecía cuidadosamente calculada, como si estuviera tratando de descifrar qué decir y qué no decir para mantenerse viva.

Y no pude evitar admirarlo. No era debilidad, pero había algo en la manera en que estaba lidiando con todo que no era común.

—Estabas inconsciente. Así que creo que podemos usar la palabra dormir sin culpa.

Mi voz salió baja, casi sin emoción, pero cargada con un subtexto que sabía que ella notaría. Quería ver su reacción, entender hasta qué punto Isabella comprendía la gravedad de la situación.

Ella me miró en silencio, pero no por miedo. Y era bueno para mis planes que no estuviera aterrada. Era un trabajo menos para mí. Sin embargo, no podía evitar preguntarme: ¿por qué no tenía miedo?

Podía ver el cálculo en sus ojos, los pensamientos corriendo rápido mientras trataba de armar el rompecabezas en su mente.

—¿Nada? ¿Ni una pregunta? ¿Ni siquiera por qué estás aquí? —lancé el anzuelo, cuando mi comentario mordaz no recibió respuesta.

—No me lo vas a decir, ¿verdad? —respondió finalmente Isabella, con la misma firmeza controlada en su voz.

Era impresionante, de algún modo. A pesar de toda la confusión que sabía que sentía, se mantenía firme, como si tratara de equilibrar una montaña de incertidumbres.

Esbocé una sonrisa discreta. Había algo en ella que no había previsto. Algo que sentía, pero no lograba comprender del todo.

—No me conocen por dar respuestas fácilmente —repliqué, manteniendo mi tono indiferente, como si su respuesta no me afectara.

Pero, por dentro, sentí una leve chispa de satisfacción. Ella no estaba gritando, ni suplicando ni rindiéndose al miedo. Isabella Moretti me estaba desafiando, aunque fuera en silencio.

Había fuerza en ella. Una fuerza que no esperaba. Y eso me incomodaba y me agradaba en proporciones mayores de lo que estaba dispuesto a admitir.

La tensión entre nosotros era una tercera invitada. Incluso sin palabras, el espacio entre nosotros parecía estrecharse con cada segundo. El aire en el cuarto se volvía más denso, más cargado, y cada respiración suya parecía sincronizarse con la mía.

Me acerqué más, deteniéndome a pocos pasos de ella, lo suficiente para sentir su presencia de manera más intensa. No podía negar la atracción. Había algo extraño que me arrastraba hacia ella.

No habían pasado ni cinco minutos desde que estábamos frente a frente, pero de repente me descubrí queriendo empujarla al límite, solo para ver hasta dónde llegaría su resistencia.

Mi acercamiento hizo que su máscara de indiferencia titubeara. La princesita de la 'Ndrangheta tragó en seco, sus ojos parpadearon varias veces en una lucha obvia por no apartarlos de los míos.

—¿Quién eres? —finalmente me lanzó una pregunta, y sonreí, disfrutando la sensación de vencerla en nuestro pequeño juego de miradas.

Esto sería divertido. Divertido como la puta madre.

—Lo descubrirás eventualmente, Principessa.

—¡No soy tu Principessa! —replicó de inmediato, y mi sonrisa se ensanchó.

—Eres lo que yo quiera que seas. Me perteneces para hacer contigo lo que quiera. Si digo que te sientes, te sientas. Si digo que saltes, saltas. Si digo que ladres, ladras.

—¿Entonces si no soy tu Principessa, seré tu perra? ¿Es eso?

—No tenemos que elegir una cosa u otra, Isabella. Muy pronto, serás mi perra, te gustará y no necesitarás quitarte la corona para eso. De hecho, prefiero que la uses mientras ladras y gimes para mí.

El rojo invadió su piel en el segundo en que el significado de mis palabras la golpeó, pero, a pesar del horror que torció su rostro, Isabella se negó a darme cualquier otro indicio de comprensión.

Era un juego. Un juego peligroso, pero yo sabía jugar bien. Mis ojos permanecieron fijos en los suyos, presionando, exigiendo, deseando cualquier indicio de debilidad, pero lo único que vi fue el brillo de esos ojos verdes que me devolvían la mirada, duros y desafiantes, aunque un leve temblor en la comisura izquierda de los labios de Isabella delataba su inseguridad reprimida.

A cada segundo que pasaba cerca de ella, la tensión en el rostro de la chica se iba volviendo más evidente. Era casi como si fuera una olla de presión a punto de explotar. Y fue solo cuando pensé que estaba a punto de romperse, que me alejé un poco.

Isabella parpadeó, tragó con dificultad y se humedeció los labios, todavía mirándome con la misma intensidad, recuperándose con cautela de nuestro primer intercambio de palabras. Pero su silencio no duró mucho.

Tuve la impresión de que Isabella tenía la naturaleza de alguien que no aceptaba fácilmente estar en desventaja.

—¿Y además de ladrar? ¿Qué quieres de mí?

Me acerqué de nuevo, con calma, cruzando los brazos y mirándola desde arriba. La pregunta era buena, pero la respuesta… esa no se la daría fácilmente.

—No estoy interesado en lo que creas que puedes hacer por mí —dije, manteniendo un tono frío—. Tu única preocupación de ahora en adelante es muy simple: obedecer.

Ella entrecerró los ojos, claramente insatisfecha con mi respuesta. Isabella quería más, quería entender la situación en la que estaba. Y yo podía ver la razón. Creía que, cuanto más supiera, más podría controlar las circunstancias.

—¿Obedecer? ¿Hasta cuándo?

La pregunta salió cargada de desafío y sonreí.

—Eso aún está por decidirse —dije, sabiendo que la falta de claridad la irritaría. Y era exactamente lo que quería.

La chica mordió su labio pecaminoso, mientras su mirada intentaba atravesar la mía, como si buscara las verdades que mi boca se negaba a darle.

—Hasta entonces, *Principessa*, tu nueva vida será quedarte encerrada en esta habitación, comer, dormir y hacer lo que yo te mande, cuando te lo mande y como yo te lo mande.

Ella inhaló bruscamente. Sus ojos recorrieron la habitación, absorbiendo cada palabra que decía. Entonces, con una voz baja, casi demasiado amenazadora, dicho entre dientes, disparó unas palabras.

—Mi padre no se quedará sentado esperando a que pase lo que sea que estés planeando para mí. Vendrá por mí. Felippo también. Lo tomará como una ofensa personal.

Ah, su prometido. Claro. Como si pudiera olvidarme de ese hijo de puta. Felippo Rossi. El Don de la Camorra con quien Vittorio había prometido la mano de su hija. Un daño colateral que, sin duda, no me lamentaría por causar.

—Estoy contando con eso, *Principessa*.

—¿Por qué?

Isabella preguntó con la voz temblorosa al darse cuenta de que sus amenazas no significaban nada para mí. Miedo. Finalmente. Pero, por alguna razón, verlo detrás de la fachada de determinación de la chica no me dio el placer que debería haberme dado.

Y su pregunta no solo era sobre las reglas que había impuesto. Era sobre todo. Quería respuestas, quería el motivo detrás de lo que estaba pasando.

Me acerqué aún más, inclinándome sobre ella hasta que nuestras miradas se alinearon y pudiera sentir el calor de mi respiración en sus labios. Esta vez no sonreí.

La miré directamente a los ojos y dejé que el silencio se extendiera por unos segundos antes de responder, sintiendo cómo el aire se comprimía entre nosotros.

—Porque lo digo yo —respondí, simplemente, mi voz como una hoja afilada. Isabella apretó los labios, frustrada por la falta de respuestas, pero no insistió—. Y eso es todo por ahora.

Antes de que pudiera reaccionar, me di la vuelta en dirección a la puerta. Mientras salía, sentí el peso de sus ojos en mi espalda, lo que solo reforzó el control que sabía que tenía sobre la situación.

Aun así, la interacción con Isabella me había dejado más interesado, más intrigado de lo que esperaba. Todavía no tenía idea de con quién estaba tratando. Pero, eventualmente, lo descubriría.

4. ISABELLA MORETTI

Las horas se habían arrastrado, pero el sonido de la puerta cerrándose aún resonaba en mi mente. Incluso después de que él se fue, después de que finalmente pude respirar sin el peso de esos ojos azules helados sobre mí, algo dentro de mí seguía atrapado en ese momento.

Era como si, de alguna forma, él aún estuviera allí.

Mi respiración estaba entrecortada, agitada, y por más que intentaba calmarme, el pánico latente seguía al acecho, listo para apoderarse de mí en cualquier momento.

El pánico que, hasta entonces, había logrado mantener encerrado dentro de mí, estallaba en breves arrebatos. Cerraba los ojos, intentando respirar profundo, pero al hacerlo, sentía el contacto invisible de esos ojos, tirándome de vuelta, como si Lorenzo, o como fuera su nombre, pudiera verme, observarme, incluso a distancia.

Esos ojos… tan fríos, tan calculadores, pero a la vez tan intensos. Había una dualidad allí que me perturbaba. Como si, de alguna forma, él supiera mucho más sobre mí de lo que yo estaba dispuesta a admitir.

Y la pregunta que insistía en resonar en mi mente era: ¿qué sabía él? ¿Qué había revelado yo, sin darme cuenta? Mi cuerpo reaccionaba automáticamente al recordar su presencia, cada vez que intentaba apartar el recuerdo, sentía el rastro del peligro, la amenaza que representaba, como una marca dejada en mí que no podría borrar.

Odiaba la forma en que se movía. Cada paso suyo parecía estar cargado de propósito. Se movía como un depredador, seguro de cada movimiento, como si todo a su alrededor estuviera bajo su control absoluto.

Un animal entrenado para cazar, pero con la gracia suficiente para engañar a sus presas antes de atacarlas. Todo en él parecía coreografiado, cada movimiento suyo extraía de mí una respuesta que no quería dar, pero que no podía evitar.

No era inocente acerca de la existencia de la maldad. En el mundo en el que crecí, veíamos la maldad reflejada en nuestros padres, esposos y hermanos. Pero ese hombre… él era diferente. Había algo en él que aún no podía definir.

Él era mi más nueva pesadilla y, aunque no sabía exactamente quién era, ya sentía que era peor, mucho peor, que cualquier hombre malo que hubiera conocido antes.

Podía sentirlo en el aire, en la forma en que me miraba, en la forma en que hablaba, siempre un paso adelante, sabiendo que cualquier intento de resistencia de mi parte sería inútil.

Lo que me aterraba aún más era que, a pesar de todo el miedo, había una sensación creciente de que estaba entrando en un juego. Un juego que él controlaba. Sabía que era el maestro de ese tablero y yo, la pieza que movía en un juego que no podría negarme a jugar.

Pero lo que más me perturbaba era qué vendría después. Estaba jugando conmigo, como un gato juega con un ratón. Y sabía, en el fondo, que a él le gustaba eso.

Esa sonrisa cínica que nunca dejaba su rostro, incluso cuando hablaba de cosas horribles, me ponía los pelos de punta. Era como si, para él, nada de esto fuera real, como si todo fuera un teatro montado para su propio entretenimiento.

Lo sentía en cada palabra que intercambiábamos, en cada mirada que me lanzaba. La forma en que pasaba el tiempo en mi habitación... era como si se estuviera alimentando de mi incomodidad, de mi miedo.

¿Y lo peor? Sabía que tenía razón. De alguna manera, yo era su comida, y él solo estaba jugando con su comida.

Intenté apartar esos pensamientos de mi mente, obligándome a concentrarme en los pocos hechos que había dejado escapar. Mencionó a mi padre y a Felippo. Eso debía significar algo.

Quería llamar su atención. Tal vez quería atraerlos para un enfrentamiento, matarlos, o algo peor. ¿Eso era todo? ¿Era solo cuestión de control? ¿De destruir a los hombres que veía como enemigos?

Había tantas preguntas y ninguna respuesta clara. Pero una cosa sabía: no sería tan obvio. Era demasiado inteligente para ser directo. Era calculador.

Eso significaba que tendría que ser aún más astuta si quería sobrevivir a ese juego. ¿Qué quería realmente de mí? No lo sabía, pero sabía que no me dejaría escapar tan fácilmente.

Odiaba no tener control. Siempre había sido así en mi vida. Mi padre siempre fue una figura dominante, controlando cada aspecto de mi existencia, y aunque sabía que lo hacía para protegerme, nunca dejó de ser sofocante. Me sentía como una muñeca de porcelana, siempre vigilada, siempre protegida, pero siempre encerrada en una caja.

Y ahora, aquí estaba yo, una vez más en manos de otro hombre que quería controlarme, usarme como una pieza en un juego más grande. Era una repetición cruel de lo que siempre había vivido. Solo que esta vez, no había promesas de protección, solo una amenaza creciente.

Mi cuerpo reaccionaba de formas que no entendía. Algo se retorcía dentro de mí de una manera que no quería admitir. Era miedo, claro. Pero también era curiosidad. Una curiosidad enfermiza.

Curiosidad por la intensidad con la que ese hombre me miraba. Había algo en esa mirada que me decía que no me veía como los demás me veían. Me estudiaba, como si fuera un enigma, una pieza que necesitaba resolver.

Y había algo en esa intensidad que me afectaba de formas que no podía explicar. Y eso me aterraba. No el secuestro, no el cautiverio. Sino el hecho de que, de alguna manera, sentía una atracción incómoda por él. Y lo odiaba.

Cerré los ojos por un momento, intentando apartar su imagen de mi mente, pero fue inútil. Lo veía claramente. Su figura alta y musculosa dominaba el espacio, sus hombros anchos y el traje perfectamente ajustado que parecía esculpido en su cuerpo.

Su cabello negro, corto y bien arreglado, le daba un aire de poder contenido. Pero eran sus ojos, de un azul glacial, los que más me perturbaban.

Parecían perforar mi alma, como si pudieran ver cada secreto que intentaba ocultar. La barba de tres días, sombreando su mandíbula fuerte, y esa sonrisa insoportablemente segura, siempre presente, me hacían querer odiarlo.

Pero era más que eso. Era la trampa perfecta: atractivo como el pecado, pero letal como la muerte. Cada mirada, cada sonrisa, me atraía más al peligro que representaba.

No podía ceder a eso. Necesitaba mantenerme concentrada. No sería una víctima más.

Con el corazón latiendo fuerte, miré alrededor de la habitación. El lujo a mi alrededor no cambiaba el hecho de que estaba atrapada. Estaba en una celda de oro, y eso solo aumentaba la sensación de impotencia.

Sin embargo, algo estaba claro: necesitaba salir de allí. De alguna forma, necesitaba encontrar una salida. No importaba lo imposible que pareciera. No podía simplemente aceptar quedarme allí, a su merced.

Me levanté de la cama, ignorando el cansancio y el dolor que aún pulsaban en mi cuerpo. Cada movimiento era un recordatorio de lo que él había hecho, del control que pensaba tener sobre mí. Pero no me dejaría controlar. No esta vez.

Empecé a examinar la habitación con más detalle. Cada rincón, buscando algo que pudiera ayudarme a escapar. Las paredes eran sólidas, los muebles pesados e imponentes, pero había algo que podría usar. Tenía que haber algo.

No podía creer que estuviera atrapada de forma tan absoluta. Mis manos recorrieron las cortinas, tratando de encontrar algún punto débil.

Las ventanas estaban cerradas, como ya había previsto, pero tal vez hubiera otra salida. Un error. Algo que él o quien sea que estuviera detrás de todo esto había pasado por alto.

Mientras investigaba, mi mente regresaba a los momentos antes del secuestro. La última vez que vi a mi padre, tan imponente, tan seguro de sí mismo, como siempre. Me había prometido que todo estaría bien, que estaba protegida. Pero ahora... ahora estaba sola.

¿Y Felippo? ¿Sabía él lo que me había pasado? ¿Estaría buscándome? Lo dudaba. Felippo era todo lo que mi padre quería para mí, pero sabía que no movería un dedo para salvarme.

Era solo otra responsabilidad que debía cumplir. Mi secuestro realmente sería visto como una ofensa, pero era probable que lo que él hiciera, si hacía algo, fuera por su honor, no por mí.

La verdad era que siempre había estado rodeada de hombres que controlaban mi destino. Primero mi padre, luego Felippo, y ahora... ahora este hombre, ese extraño que ni siquiera me dio su nombre.

Era como si mi vida nunca hubiera sido realmente mía. Siempre en manos de otros. Siempre a merced de las voluntades ajenas.

Mis dedos dejaron de explorar las paredes y respiré hondo. Estaba cansada. Cansada de ser usada. Cansada de ser tratada como una pieza de ajedrez.

Estaba perdida en esos pensamientos cuando escuché la puerta crujir una vez más. Mi corazón se disparó, mi cuerpo se tensó y me giré rápidamente hacia el sonido, solo para descubrir, para detener

mi corazón por completo, que era la última persona que quería ver: mi secuestrador había regresado.

5. LORENZO ZANINI

La mezcla de sorpresa e inseguridad en el rostro de la chica era una invitación que no debería estar tan ansioso por aceptar, y, aún así, entré en el cuarto. Empujé la puerta con la cadera para cerrarla y giré la llave en la cerradura con la mano libre poco después, mientras que la otra sostenía una bandeja de plata. Guardé la llave en el bolsillo.

Isabella estaba sentada en la cama, con la postura demasiado erguida como para parecer cómoda, la mirada inquieta y los hombros tensos. Parecía que su determinación por mantener una apariencia de control no había hecho las maletas y desaparecido en las últimas horas. Casi sonreí.

Cuando nuestros ojos se encontraron, noté el esfuerzo que hacía por mantener sus verdaderas emociones fuera de su rostro después de haberlas escondido bien. Pero yo veía a través de eso. El malestar estaba ahí, al igual que el miedo y la confusión, pero mezclados con una dosis de fuerza.

—Come —dije, con voz baja, una orden disfrazada de gentileza.

Coloqué la bandeja sobre la mesa que estaba en el centro de la habitación, sin apartar los ojos de ella. Isabella no respondió de inmediato. Podía sentir la resistencia emanando de ella, como una barrera invisible, algo que me provocaba casi tanto como su propia presencia.

Ella permaneció en silencio, con los ojos fijos en mí, como si tratara de medir la distancia entre su deseo de reaccionar y lo que sabía que sucedería si intentaba resistirse.

—¿Y si no quiero? —Finalmente, habló.

Su voz era más firme de lo que esperaba, un desafío lanzado al aire, como si todavía hubiera algún control que ella pudiera tomar.

Sonreí. Un sonrisa fría, calculada, cuyo único objetivo era mostrarle que eso no servía de nada. Yo sabía que tarde o temprano se rendiría. Ella también lo sabía.

—Eso no me parece una buena idea, Principessa —repliqué, con una calma que escondía la diversión que me causaba todo esto.

Observándola de cerca, noté el leve movimiento de sus hombros cuando soltó un suspiro casi inaudible, como si estuviera resignada.

Isabella se levantó de la cama y caminó hasta la mesa. Sus movimientos eran tensos, como si cada paso fuera un esfuerzo de su parte para no estallar.

Me senté en el sillón de terciopelo en el rincón de la habitación, los ojos fijos en ella, mientras la observaba tomar los cubiertos con dedos firmes, pero temblorosos. Evitaba mirarme directamente, pero lanzaba rápidas miradas, llenas de desconfianza, cuando pensaba que no la estaba observando.

Era casi cómico. Como si no me diera cuenta de cada movimiento suyo. Como si no hubiera pasado semanas analizando cada foto, cada informe que mis hombres me trajeron, memorizando cada detalle de su rostro, cada curva de su cuerpo. Pero verla ahí, en vivo, con sus movimientos contenidos y esa bata de seda fina, era algo totalmente diferente.

Ninguna de las fotos le hacía justicia a Isabella Moretti. Ninguna me preparó para la sensación de tenerla a mi merced. Su piel clara contrastaba con el tono oscuro de la tela, que delineaba su cuerpo de una manera que era tanto una provocación como un castigo. Su cabello castaño caía en ondas suaves sobre sus hombros, y la luz suave de la lámpara le daba un brillo casi etéreo.

Me encontré estudiándola más de lo que había planeado, mi mirada bajando por su cuello hasta el sutil escote de la bata, que dejaba lo suficiente a la vista para mover algo dentro de mí que normalmente mantenía bien guardado. La forma en que sostenía los cubiertos, las manos temblorosas a pesar de sus esfuerzos por

parecer firme, y cómo mordía su labio inferior, tratando de ignorar mi presencia, hacían la escena aún más interesante.

Ella estaba incómoda. Asustada. Pero no rota.

—¿Vas a seguir mirándome mientras como? —preguntó, con la voz cargada de irritación. Su tono me sacó de mis pensamientos por un segundo, y solo sonreí de vuelta, la misma sonrisa calculada de siempre.

—No me iré a ningún lado, Isabella. Puedes acostumbrarte a esto.

Ella apretó los dientes, visiblemente molesta. Me acomodé en el sillón, cruzando los brazos, observándola con atención. Cada movimiento de ella, desde la manera en que cortaba la carne hasta cómo llevaba el tenedor a la boca, me daba más información que cualquier informe.

Isabella Moretti era una mujer orgullosa, y eso era claro en cada detalle de su postura, en cada pequeña reacción que intentaba, en vano, controlar.

Cuando terminó de comer, dejó los cubiertos sobre la mesa, un gesto de desafío, como si quisiera mostrarme que no había sido vencida tan fácilmente. Aun así, no pudo evitar las miradas rápidas que me lanzaba.

Sabía que quería preguntar más, sabía que temía las respuestas, pero aún así, el silencio se instaló entre nosotros, cargado de tensión.

—¿Voy a recibir ropa decente en algún momento? —Finalmente rompió el silencio, la voz llena de sarcasmo.

Me levanté del sillón, acercándome a ella lentamente, y dejé que mis ojos recorrieran toda su figura, sin prisa, apreciando cada detalle que la fina bata de satén dejaba a la vista.

Mis ojos se fijaron en los pezones que se marcaban bajo el tejido fino y transparente, antes de volver a encontrar los suyos. Una sonrisa fría, llena de insinuaciones, se apoderó de mi rostro mientras la miraba directamente a los ojos.

—Para mí, esta ropa es bastante decente.

La incomodidad invadió su rostro al instante, tiñendo su cara y cuello de un rojo intenso, como si mis palabras hubieran golpeado directamente su orgullo.

Isabella gruñó, el sonido cargado de rabia y humillación, y luego se levantó de la silla con tal fuerza que el mueble cayó hacia atrás. Yo solo observé. Su ira me divertía. No era miedo, no era desesperación. Era ira, pura y simple. Y me gustaba.

—Eres un... —empezó, pero no esperé para escuchar el resto.

Tomé la bandeja con el plato vacío y, con una última mirada fría y calculada, me di la vuelta para salir de la habitación, sintiendo el placer de la victoria recorriendo mis venas. Sabía exactamente cómo se sentía. Y me encantaba.

Cuando estaba a punto de cruzar la puerta, escuché el sonido de algo zumbando junto a mi cabeza y estrellándose contra la pared. La porcelana se rompió en mil pedazos al golpear el marco de la puerta, y me detuve en el acto, girando lentamente mi cuerpo.

Isabella estaba de pie, los ojos ardiendo de furia, las manos aún levantadas en un gesto de lanzamiento, el pecho subiendo y bajando de manera irregular.

Sonreí de lado.

—Ten cuidado, Principessa —murmuré, en un tono bajo, pero cargado de advertencia—. O podría pensar que, con esa fuerza, no usar ropa es lo decente. Tal vez me sienta tentado a admirar tus músculos sin barreras.

Vi cómo la ira en sus ojos hervía, pero también vi la duda. Se preguntaba si yo sería capaz. Tonta. Eso era lo que ella era si tenía alguna duda sobre lo que yo era o no capaz de hacer.

Sin decir nada más, salí de la habitación, sintiendo aún la satisfacción palpitando en mis venas. Pero mientras caminaba por el pasillo, algo dentro de mí se movió, incómodo.

Gustar de cualquier cosa que esa chica hiciera o dijera no era un lujo que estuviera dispuesto a permitirme.

Mientras me alejaba de la habitación, el sonido amortiguado del impacto de la porcelana aún resonaba en mis oídos. Cada paso por el pasillo era como una descarga de adrenalina, pero había algo más palpitando junto con la sangre en mis venas.

¿Sería Isabella Moretti más que la hija consentida que esperaba encontrar? ¿Ese comportamiento significaba que era una fiera enjaulada? Una que, aunque fuera capturada, todavía rugía de furia, negándose a rendirse.

¿O todo esto no era más que una rabieta infantil que desaparecería en unos días cuando se diera cuenta de que papá no iba a salvarla? Tenía un plan para cualquier realidad que tuviera que enfrentar, pero también tenía una alternativa favorita, aunque no debía.

Crucé el pasillo en silencio, con mis pensamientos aún fijos en ella. En la forma en que la ira brillaba en sus ojos, en cómo, a pesar de todo, no se dejaba abatir. Cada pequeña pregunta o respuesta aguda, cada mirada que disimulaba su miedo con condescendencia, me hacía querer empujarla al límite, solo para ver hasta dónde llegaba antes de quebrarse.

Pero eso no formaba parte del plan. Isabella no debía interesarme más que las prostitutas del Carlton, el mayor burdel bajo mi mando en la ciudad. No debía hacerme sentir... curioso. Nadie nunca lo había hecho, y permitir que fuera ella la que desbloqueara esa habilidad en mí era peligroso.

Isabella Moretti era un medio para un fin. Era la pieza que destruiría a Vittorio desde adentro hacia afuera. Con ese pensamiento, me giré y seguí caminando, con la leve sonrisa todavía en mi rostro.

Tenía tiempo. Y, de una manera o de otra, Isabella Moretti terminaría donde yo quería: rendida y sin opciones.

6. LORENZO ZANINI

La luz suave de la lámpara iluminaba apenas lo suficiente de mi oficina. El ambiente estaba tranquilo, casi sereno, contrastando violentamente con la tormenta que sabía que estaba a punto de desatarse del otro lado de la línea.

El teléfono reposaba sobre la mesa de caoba oscura, silencioso después de que la primera llamada fuera al buzón de voz, pero cargado de promesas que sabía que pronto se cumplirían.

Vittorio Moretti intentaba hablar conmigo desde hacía cinco días. Había dejado decenas de recados, enviado amenazas por intermediarios, usado todo el peso de la 'Ndrangheta para intimidarme, pero yo lo dejé esperando. Hacerlo sudar formaba parte del juego.

Stefano, mi hermano, estaba sentado en la silla a un lado, con los pies apoyados sobre la mesa de centro y los brazos cruzados detrás de la cabeza. La sonrisa burlona no necesitaba ser verbalizada.

El teléfono sonó. Esta vez, atendí.

—¡Lorenzo! —La voz de Vittorio resonó por el altavoz tan pronto como se contestó la llamada. Estaba cargada de odio, pero también de desesperación. El sonido de alguien que sabe que ya ha perdido, antes incluso de comenzar a jugar.

No respondí de inmediato. Mi silencio era calculado, deliberado. Vittorio continuó.

—¿Dónde está mi hija? ¿Qué le hiciste a Isabella, hijo de puta? Si le haces algo, te juro por Dios que yo voy a… —Su voz tembló de rabia y de algo más. ¿Miedo? Pero ¿por qué?

Dudaba que fuera por su hija. Era mucho más probable que fuera por todos los planes que no se cumplirían si yo se la quitaba de forma definitiva. Por la vergüenza que eso sería.

Me incliné ligeramente hacia atrás, los ojos fijos en el techo por un momento, mientras Stefano me observaba de reojo. Una sonrisa se formaba en su rostro mientras movía la cabeza ligeramente, casi como si dijera: "Eres un hijo de puta, Lorenzo".

—Vittorio, Vittorio… —comencé, mi voz suave, llena de un sarcasmo calculado—. Si fuera tú, elegiría mejor las palabras que usas. Después de todo, yo tengo a tu hija. No tú.

El silencio del otro lado de la línea duró un segundo más de lo esperado, pero entonces él respondió, con la voz ahora un poco más controlada.

—¿Qué quieres, Lorenzo? ¿Dinero? ¿Territorio? Dime lo que quieras y te lo doy, pero no toques a Isabella. Eso es entre nosotros, no con ella.

Sonreí, sabiendo que no podía verlo, pero seguramente lo sentiría.

—¿Dinero, territorio? —repetí, haciendo una pausa deliberada para que sintiera el peso de mis palabras—. ¿Crees que eso es lo que se trata? ¿Crees que estoy haciendo esto por alguna clase de ganancia material? No, Vittorio, solo estoy devolviendo el favor. ¿Recuerdas aquel pequeño incidente con mi cargamento de armas? —La satisfacción en mi voz era casi palpable.

Stefano, que había estado escuchando todo atentamente, chasqueó la lengua de manera casi imperceptible y sacudió la cabeza. Sabía, tanto como yo, que esto no se trataba de armas, sino de poder, de control.

—Eso fue… —Vittorio empezó, pero lo interrumpí, cortando su intento de justificación.

—Fue el primer error que cometiste, Moretti. Y ahora, solo estoy devolviendo el favor. Solo que esta vez, no son armas. Es tu hija. Y, a diferencia de un simple cargamento de armas, ella no es algo que puedas simplemente reemplazar, ¿verdad? —Mi voz llevaba una ligereza que claramente lo irritaba.

Del otro lado, escuché el sonido amortiguado de algo cayendo, probablemente Vittorio golpeando su mesa, con la frustración desbordando.

—¿Quieres negociar o quieres guerra, Lorenzo? ¡Porque si tocas un solo cabello de Isabella, te juro que te destruiré a ti y a todo lo que amas! —rugió, la amenaza impregnada de impotencia.

Podía casi ver su rostro, rojo de ira, los puños apretados mientras intentaba desesperadamente mantener algún control.

Stefano levantó las cejas, lanzándome una mirada significativa, el borde de su boca curvándose en una ligera sonrisa mientras escuchaba la furia de Moretti escalar.

—¿Guerra, Vittorio? —Mi voz era calmada, tranquila, una provocación directa—. No estoy en guerra contigo. De hecho, estoy en paz. Mi parte ya está hecha. Ahora, sobre lo que quiero… —Hice una pausa, dejando que el silencio pesara en la conversación.

Vittorio contuvo la respiración del otro lado, claramente esperando mi respuesta, con su frustración creciendo con cada segundo.

—Lo pensaré —respondí, sin prisa—. Cuando sepa lo que quiero, serás el primero en saberlo.

—¡Quiero ver a mi hija! —gritó, perdiendo el control nuevamente —. ¡Exijo verla ahora!

Sonreí de lado, me levanté de la silla y caminé lentamente por la oficina. Mis palabras salieron suaves, casi perezosas.

—¿Exigir? Vittorio, no estás exactamente en posición de exigir nada. Pero, si estoy de buen humor esta noche, cuando vaya a visitarla, quizás hasta le saque algunas fotos. ¿Quién sabe? —Hice una pausa teatral, dejando que la tensión creciera—. Aunque no sé si te gustará mucho lo que verás.

La insinuación era clara. Cruel. Y tuvo el efecto que esperaba. La ira del otro lado se transformó en puro pánico, y cuando Vittorio volvió a hablar, su voz estaba cargada de terror.

—¡SI LE TOCAS UN DEDO, HIJO DE PUTA! ¡TE JURO QUE VOY A…! —Su voz era irreconocible ahora, un caos de gritos y amenazas desconectadas.

Sonreí.

Cerré los ojos por un momento, saboreando la victoria que esa conversación representaba. Stefano, del otro lado de la sala, cruzó los brazos y soltó una risa corta y ahogada.

—Gritar no va a ayudar. Pero me gusta tu entusiasmo —respondí, aún controlado—. Cuando tenga una respuesta, me pondré en contacto. Hasta entonces, que tengas una buena noche. O, quién sabe, una buena semana, buen mes, buen año.

Colgué la llamada sin darle la oportunidad de continuar con sus amenazas. El silencio en la oficina era absoluto, y me recosté en la silla, sintiendo la satisfacción correr por mis venas.

Menos de un minuto después, el teléfono volvió a sonar.

Levanté una ceja y atendí nuevamente.

—¿Ya estás más tranquilo? —pregunté, con voz suave, casi en tono de broma.

Vittorio respiraba pesadamente del otro lado, la ira aún evidente, pero ahora bajo control. Sabía que perder el control solo lo ponía en desventaja. Una victoria más para mí.

—¿Qué quieres, Lorenzo? —repitió, ahora con un tono más contenido.

—Ya te lo dije, Vittorio —respondí, con la misma calma de antes —. Lo pensaré. Cuando sepa lo que quiero, también lo sabrás. Hasta entonces, sigue esperando.

Colgué el teléfono y el silencio volvió a instalarse en la oficina.

Stefano tomó un pequeño objeto de la mesa -un pisapapeles que imitaba un dado dorado- y comenzó a lanzarlo al aire y a atraparlo distraídamente, mientras me observaba. Siguió jugando durante

unos segundos antes de hablar, con voz casual, pero cargada de curiosidad contenida.

—¿Y ahora? ¿Cuáles son los próximos pasos? —preguntó, sin apartar los ojos del dado que giraba entre sus manos.

Me levanté de la silla, caminando lentamente hasta la barra en la esquina de la oficina, donde una botella de whisky me esperaba. Llené dos copas, una para mí y caminé hasta mi hermano, ofreciéndole una. Él aceptó con un leve asentimiento, pero no bebió de inmediato.

—El próximo paso es simple —comencé, mi voz tranquila, mientras llevaba la copa a los labios. El líquido dorado resbaló por mi garganta, calentando mi pecho—. Haré que Isabella se enamore de mí.

Stefano levantó una ceja, claramente interesado por el rumbo de la conversación. Giró el vaso entre las manos, pero aún sin beber.

—¿Manteniéndola cautiva? —preguntó, mirándome con curiosidad mientras exhalaba por entre los dientes—. Vaya táctica de conquista esa. Tal vez podría darte unas lecciones...

Sonreí ligeramente, esta vez sin el cinismo habitual. Un gesto más frío, calculado, lleno de la certeza de alguien que siempre supo lo que quería. Crucé lentamente la oficina, disfrutando del sonido de cada paso sobre el piso de mármol.

—Ella ya me odia, Stefano. Ya era un enemigo de su padre antes de convertirme en su secuestrador. Fingir ser un caballero con armadura brillante no funcionaría. Isabella es ingenua, no estúpida. El plan es muy simple. Confieso que tal vez deba añadir un paso antes del que creí que sería el primero, pero no estoy precisamente molesto por eso. Si las cosas siguen como están, primero, Isabella resistirá. Me pondrá a prueba. Medirá fuerzas conmigo.

—Y perderá… —mi hermano completó.

—Y perderá. Y sufrirá por eso.

—¿Y luego cederá? ¿Ese es tu gran plan? ¿Forzarla a que se someta?

—Sí y no.

—Obviamente no se va a someter por su propia voluntad, pero lo haré de manera que no se dé cuenta de lo que está pasando hasta que sea demasiado tarde. Hasta que se haya enamorado perdidamente de mí. Eso es inevitable. Luego, le robaré algo mucho más valioso para ella que cualquier fortuna o bien material. —Hice una pausa, dejando que el peso de mis palabras se asentara en el aire—. Su virginidad.

Stefano finalmente levantó el vaso y dio un trago de whisky, pero su mirada permaneció fija en mí. Sabía que no hablaba solo de una conquista física, sino de algo mucho más profundo. Algo psicológico.

—¿Y después?

Me acerqué de nuevo a la ventana, mirando el paisaje más allá de las pesadas cortinas. El reflejo de mi rostro en el vidrio era tan inquebrantable como mi propia voluntad.

—Después, la devolveré a la familia, transformada. Quebrada. Destruida. Ya no será la misma Isabella que conocían. —Mis palabras salían con una claridad meticulosa—. Será solo una sombra de lo que fue. Alguien que atormentará a Vittorio cada vez que la mire. Destruirá todo lo que él ha construido con tanto cuidado. La 'Ndrangheta se corroerá desde adentro, víctima de su propia debilidad.

Me giré para mirar a Stefano. Había algo fascinante en su expresión: una mezcla de incredulidad y admiración que solo mi hermano menor podría tener.

—Eso lo llevará a la ruina —completé, mi voz baja, casi susurrada, pero cargada con la certeza de un hombre que siempre termina lo que empieza.

Stefano inclinó la cabeza, finalmente entendiendo la magnitud de mi plan. Dio otro trago a su whisky, ahora con una expresión más

pensativa.

—Esto es mucho más que solo venganza, Lorenzo. Quieres destrozarlo por completo.

Su voz tenía un tono de respeto, como si por fin viera hasta dónde estaba dispuesto a llegar. Sonreí, esta vez con más sinceridad.

—La venganza es solo la superficie, Stefano. Lo que quiero es la destrucción total. —Me acerqué a la silla y me senté con calma mientras tomaba el último sorbo de whisky—. Quiero que él vea, todos los días, el precio de haberse cruzado en mi camino. Y cuando esté en el suelo, destrozado, no necesitaré mover un dedo para tomar su territorio. Será una guerra sin víctimas.

Stefano rió suavemente, como si todo eso fuera solo otra jugada maestra en un juego que ya conocía bien. Terminó su whisky y dejó el vaso sobre la mesa con un leve toque, todavía girando el dado dorado en su otra mano.

—¿Y crees que será fácil hacer que la princesita se enamore de ti? —bromeó, pero había algo más en su voz. Tal vez una ligera incredulidad, o incluso curiosidad.

Me encogí de hombros, sonriendo de manera más discreta esta vez.

—Isabella no tiene opción. —Mi voz salió firme, inquebrantable—. Ella aún no lo sabe, pero su destino ya está sellado.

Stefano guardó silencio por unos momentos, con sus ojos aún jugueteando con el dado, como si estuviera evaluando el plan en su totalidad.

Luego, se levantó, dejando que el peso del silencio llenara el ambiente por unos segundos más antes de darme unas ligeras palmaditas en el hombro, con la expresión relajada nuevamente, como si estuviera simplemente siguiendo otro de mis juegos.

—Me siento en la obligación de advertirte, Lorenzo —comenzó, mientras caminaba hacia la puerta—, que incluso los mejores

jugadores pueden caer en sus propios juegos.

Stefano salió del despacho sin esperar mi respuesta, con el sonido de sus pasos desvaneciéndose lentamente. Me recosté en la silla, sintiendo el eco de sus palabras resonar dentro de mí. Pero no me afectaron.

Todo estaba bajo control.

El plan estaba en marcha.

Y no había nada que Vittorio, Isabella o el mismo diablo pudieran hacer para cambiarlo.

---

7. ISABELLA MORETTI

El tiempo parecía no tener sentido dentro de esa habitación. Los días se mezclaban de una forma confusa, donde no sabía si estaba viviendo una larga secuencia de horas interminables o si el tiempo simplemente estaba paralizado.

Lo único que daba la sensación de que algo pasaba era la rutina impuesta. Siempre la misma, monótona, asfixiante. Me despertaba, como todos los días desde que fui secuestrada: en el silencio absoluto que envolvía el cautiverio.

No había ruido de coches, de personas, de vida afuera. Era como si estuviera en un mundo aparte, aislada de todo lo que conocía. La cama lujosa en la que estaba acostada era demasiado suave para lo que mi mente estaba dispuesta a aceptar.

Era el tipo de cama en la que alguien podría dormir el sueño más tranquilo, pero yo ni siquiera lograba cerrar los ojos sin sentir el peso del miedo, de la incertidumbre, de la jaula dorada en la que había sido encerrada.

Las sábanas de seda resbalaban por mi piel, el contacto frío contrastando con el calor que mi cuerpo intentaba mantener. Y, aún así, me sentía congelada por dentro.

Mi rutina no tardaba en empezar. La mujer que limpiaba la habitación llegaba siempre a la misma hora, silenciosa, como una sombra, mientras yo era escoltada a la sala de al lado para almorzar.

Nunca decía una palabra, y su rostro permanecía impasible, casi como si estuviera programada para ignorar mi existencia. Pero había algo en esa frialdad metódica que solo aumentaba mi incomodidad.

Era como una huésped no deseada en un hotel de cinco estrellas, tratada con un lujo asfixiante, pero que me mantenía más cautiva con cada detalle opulento.

Los días se arrastraban de forma predecible. Cada vez que volvía del almuerzo, la habitación estaba impecablemente limpia, las sábanas estiradas, las cortinas ajustadas con precisión, y las cinco comidas que me traían diariamente aparecían con la puntualidad de un reloj.

Pero la cena... la cena era la peor parte.

Lorenzo venía todas las noches, trayendo la bandeja, como si fuera algún tipo de ritual que él estaba determinado a cumplir.

Odiaba la forma en que dominaba el ambiente con su presencia, cómo el aire en la habitación cambiaba de textura cuando él entraba, volviéndose denso, opresivo.

No sabía qué era peor: la sensación de estar siendo observada de cerca o la frialdad calculada con la que actuaba, como si no fuera nada más que un objeto en medio de su plan.

Cada palabra que intercambiábamos, cada mirada que me dirigía, llevaba una condescendencia que me irritaba profundamente. Era como si estuviera disfrutando de mi situación, aunque no esbozara una sonrisa.

Nunca se reía de verdad, nunca revelaba nada. Pero aún así, había algo en su tono, en la forma en que me miraba, que dejaba claro que, para él, yo era solo una pieza de un juego más grande.

Cada noche, me preparaba mentalmente para los diálogos que tendríamos. Siempre las mismas preguntas de mi parte, y siempre el mismo silencio de él.

Él se mantenía impasible, respondiendo de forma evasiva, cuando cada tanto lo hacía. Lo único que se aseguraba de hacer era que yo comiera. No importaba cuántas veces lo provocara, cuántas veces intentara sacarle algo, el enfoque de Lorenzo siempre era el mismo: la comida.

—¿Crees que es seguro para mí comer esto? —pregunté, cierta noche, mientras él ponía la bandeja sobre la mesa con la misma precisión habitual.

Mi voz llevaba el sarcasmo de una persona desesperada por una reacción, por una chispa de humanidad.

Él me lanzó esa mirada fría, con sus gélidos ojos azules, y por un momento tuve la sensación de que estaba a punto de recibir una respuesta diferente. Pero no. Se limitó a empujar la silla hacia mí, indicando que me sentara.

Odiaba esa actitud suya. Odiaba cómo siempre me hacía sentir pequeña, impotente. Pero más que eso, odiaba la curiosidad creciente que me invadía cada vez que lo veía.

Me senté, como siempre, contrariada. Empezaba a comer con la sensación de que estaba haciendo exactamente lo que él quería. Cada bocado era una pequeña derrota.

Él me observaba todo el tiempo. Siempre distante, pero atento a cada movimiento mío. Sentía sus ojos quemando mi espalda, en cada gesto que hacía, como si estuviera estudiando el efecto que su presencia tenía sobre mí. Y sabía que eso era exactamente lo que quería.

Aún así, no podía dejar de pensar. No podía dejar de preguntarme qué quería de mí. ¿Por qué estaba allí? ¿Por qué él, entre todos los hombres poderosos, me secuestraría? ¿Qué estaba haciendo mi padre? ¿Por qué aún no me había rescatado?

Me armé de valor para preguntar.

—¿Qué está haciendo mi padre? ¿Todavía no ha intentado rescatarme?

Lorenzo, como siempre, ignoró la pregunta. Ni siquiera me miró, como si no hubiera dicho nada. Y eso, de alguna forma, dolía más que cualquier amenaza que pudiera hacerme.

La verdad era que estaba empezando a sentirme desesperada. No saber qué pasaba afuera, no saber qué quería él de mí, me estaba llevando al borde del colapso. Y cada noche que pasaba, la presencia de Lorenzo solo aumentaba mi confusión, mi frustración.

Necesitaba hacer algo. Necesitaba salir de allí. Pero, ¿cómo? ¿Cómo escapar de un hombre que parecía controlar hasta el más mínimo detalle a mi alrededor?

Mientras la noche avanzaba y el silencio volvía a dominar la habitación, comencé a darme cuenta de que necesitaba un plan. No podía seguir esperando indefinidamente. Si Lorenzo no me decía nada, si mi padre no hacía nada, entonces tendría que tomar una decisión por mí misma.

Pero aún no sabía cómo.

***

La oscuridad volvía a apoderarse de la habitación, trayendo consigo la sensación de estar atrapada. El silencio parecía aumentar, al igual que el peso de la incertidumbre en mi pecho. No importaba cuánto intentara mantener la calma, la sensación de impotencia me devoraba.

Lorenzo había salido de la habitación hacía una hora, como siempre lo hacía después de la cena. Me dejaba sola, inmersa en mis pensamientos, en mi miedo, y en la creciente sensación de que me estaban manipulando.

No pasaba una sola noche sin preguntarme por qué él aparecía solo a la hora de la cena. No había un solo encuentro en el que no me sintiera aplastada por el peso de su presencia, por la opresión que sus palabras o su silencio me provocaban.

Mi padre. Felippo. Ninguna señal de rescate, ningún contacto, ninguna esperanza de que estuvieran haciendo algo. ¿Acaso sabían dónde estaba? ¿Estaba Lorenzo solo jugando conmigo, intentando hacerme dudar de ellos?

Sabía que necesitaba mantener la mente clara. Que debía alejarme de la confusión que me dominaba. Pero cuanto más lo intentaba, más difícil se volvía.

Cada encuentro con Lorenzo era como una guerra no declarada: él era el enemigo, y aún así, había algo en él que me impedía dejar de pensar en cómo sus mandíbulas eran fuertes, o en cómo las venas de sus brazos sobresalían. Estaba volviéndome loca. Eso era. No había otra explicación.

"Necesito un plan", pensé. La desesperación se apoderó de mí. No podía seguir así.

Necesitaba hacer algo, cualquier cosa. No podía pasar mis días esperando a que mi padre o Felippo vinieran a buscarme, porque, aparentemente, no lo harían. Y si lo hacían, podría ser demasiado tarde.

Me levanté de la cama, con el cuerpo aún cansado, pero mi mente hervía. Caminé hacia la ventana, apartando las pesadas cortinas y observando la oscuridad de afuera.

La ventana estaba cerrada, como siempre. No había forma de escapar por ahí. El vidrio era demasiado grueso, y aunque lograra romperlo, no tenía idea de lo que me esperaba afuera.

Probablemente un acantilado o una cerca electrificada. No era estúpida al punto de pensar que sería fácil salir de ese lugar.

Volví al centro de la habitación, sintiendo cómo la frustración crecía. Todo estaba tan impecablemente organizado, como si fuera una prisión cuidadosamente decorada para parecer cualquier cosa menos eso.

Cada detalle parecía planeado para mantenerme cómoda, pero al mismo tiempo completamente impotente. Como si el lujo a mi alrededor fuera suficiente para compensar la pérdida de mi libertad.

Me acerqué a la mesa, donde había terminado mi comida momentos antes. Mis manos recorrieron la superficie lisa y fría de la madera, intentando encontrar algo -cualquier cosa- que pudiera darme una ventaja.

Pero nada. No había fallas. No había brechas.

Eso era todo. Estaba atrapada.

Sentí la ola de desesperación subir por mi cuerpo, el corazón latiendo más rápido, la respiración acelerada.

Cerré los ojos por un momento, intentando calmarme, tratando de concentrarme en algo positivo, pero lo único que venía a mi mente eran los ojos fríos de Lorenzo observándome, como si supiera exactamente lo que pensaba. Como si estuviera siempre un paso adelante.

Abrí los ojos y comencé a caminar de un lado a otro, inquieta. Había algo en el silencio de esa noche que me ponía aún más ansiosa de lo normal.

Algo que me hacía sentir que, de alguna forma, el tiempo se agotaba. Ya no podía seguir de brazos cruzados, esperando lo peor. Necesitaba encontrar una forma de luchar, de encontrar una salida.

Escuchaba el sonido de mi propio corazón latiendo rápido, mientras la sensación de claustrofobia aumentaba. Mi mirada recorrió la habitación de nuevo. Me negaba a rendirme.

Había algo dentro de mí, una chispa de resistencia que, a pesar de toda la opresión, no quería apagarse. Tal vez solo fuera orgullo, tal vez pura terquedad, pero no me rendiría. No todavía.

Mañana sería otro día. Otra cena. Otra oportunidad. Y eso es lo que haría, aprovecharía esa oportunidad. Observaría todo, todo el tiempo, hasta encontrar lo que necesitaba.

Me giré de nuevo hacia la cama y me senté en el borde, sosteniendo la almohada entre las manos mientras miraba el vacío frente a mí.

No tenía un plan claro, pero la necesidad de luchar era cada vez más urgente. Necesitaba sobrevivir. Necesitaba entender lo que Lorenzo realmente quería de mí.

Porque si había algo que sabía con certeza, era que él tenía un plan. Y, de alguna manera, yo estaba en el centro de eso, si no, un hombre como él no se tomaría la molestia de mantenerme cerca.

Tal vez solo fuera otra pieza en su juego contra mi padre. Pero había algo más. Algo que aún no lograba ver por completo, pero que estaba allí, en cada palabra no dicha, en cada mirada fría y calculada que él me lanzaba.

No sería una marioneta. No para Lorenzo. Ni para nadie.

---

8. LORENZO ZANINI

Tomé la bandeja con la cena de Isabella, cuando Stefano entró en la cocina, arrastrando los pies a propósito, con esa sonrisa molesta que siempre anunciaba alguna provocación.

Se apoyó en la barra con un suspiro dramático, como si la vista de mí cargando una bandeja fuera una de las mayores decepciones de su vida.

—Si hubiera sabido que estabas buscando un cambio de carrera, habría imaginado algo más emocionante que ser camarero personal. —Su voz estaba llena de sarcasmo—. Mamá y papá estarían tan orgullosos. Los hermanos... bueno, no tanto. Pero hey, ¿quién soy yo para juzgar? Si eso te hace feliz, te apoyo.

Lo ignoré, ajustando la bandeja entre mis manos, pero la sonrisa de Stefano se amplió.

—Hablando en serio, Lorenzo, si me das una pista sobre lo que planeas con el viejo Vittorio, puedo encargarme de las negociaciones. Mientras tú cumples tu nuevo gran sueño, yo me quedo con sus llamadas, ya que parece que estás muy ocupado aquí. Está llamando todos los días, furioso, y tú lo ignoras. Y mientras tanto, el gran plan... Bueno, parece que está detenido.

Sabía adónde quería llegar. Stefano siempre fue el más relajado entre los dos, pero también el más impaciente. Levantó una ceja, observándome mientras sostenía la bandeja con la misma expresión controlada de siempre.

Mi hermano no veía las cosas como yo, y eso era lo que nos diferenciaba. Yo era el calculador que jugaba temporadas, no partidos. Mientras Stefano apenas tenía paciencia para el tiempo de un partido de baloncesto.

Lo rodeé, caminando hacia la salida de la cocina. Cada detalle del plan estaba en marcha, aunque él no lo notara.

Cada segundo de espera, cada bandeja llevada a la habitación de Isabella, formaba parte de un proceso mucho más grande. No se trataba de apuro. Se trataba de control.

—Estás dándole mucha cuerda, Lorenzo —dijo Stefano, y lo miré por encima del hombro. Mi hermano se encogió de hombros, tomando una manzana sobre la barra—. Sé que esto es parte de tu estilo, pero tal vez, solo tal vez, sea hora de dar el siguiente paso. ¿O vas a seguir llevando la cena para ella todas las noches hasta que Vittorio muera de viejo? —Lanzó la fruta al aire, la atrapó y dio un mordisco. Sus ojos azules, más claros que los míos, me observaban con un brillo burlón—. ¿O estás esperando que pase algo?

No reconocí ninguna de sus preocupaciones y simplemente salí de la habitación. Subí las escaleras y recorrí los pasillos de la mansión hasta el cuarto de Isabella. Giré la llave ya esperando algún tipo de movimiento de su parte, y como siempre, no me defraudó.

Isabella estaba de pie junto a la ventana, con los brazos cruzados sobre el pecho, la postura rígida. El sonido de la puerta abriéndose hizo que me mirara de reojo antes de voltear el rostro con desdén, como si mi presencia fuera una molestia.

—Hora de la cena, supongo. —Su voz estaba cargada de ironía, la provocación era clara. No se molestaba en esconder el desprecio.

Cerré la puerta tras de mí y puse la bandeja sobre la mesa con un movimiento deliberadamente calmado. Su mirada me seguía, pero ella no se movió de donde estaba.

—Muy perceptivo de tu parte —respondí, en el mismo tono y me giré hacia ella, observando cómo sus ojos verdes brillaban desafiante.

Me acerqué lentamente, dejando que mi presencia llenara el espacio entre nosotros. Ella apretó los labios, como si fuera a replicar, pero se detuvo.

—¿Por qué haces eso? —Isabella preguntó, su voz más firme ahora—. ¿Traerme la cena todas las noches aunque soy, obviamente,

una invitada no deseada? —Hizo un gesto hacia el cuarto a su alrededor, aumentando el tono ácido—. ¿Soy algún tipo de castigo para ti? ¿Es eso? ¿Tu jefe te obliga a cuidarme porque cometiste alguna gran estupidez?

Sus últimas preguntas me hicieron sonreír y bajé la mirada hacia el suelo, rascándome levemente la barba. Su ira era evidente, pero había algo vulnerable en esa rabia. Un reflejo de su frustración que me decía que las cosas estaban a punto de cambiar. Finalmente.

—¡Y eso! —exclamó Isabella—. ¡Nunca me respondes! —Dio un paso hacia mí, sus ojos verdes estaban ardiendo de ira—. Nunca me dices nada útil, solo te quedas mirándome con esa sonrisa irritante, como si yo fuera una gran payasa y siguiera contándote chistes que solo tú entiendes.

Levanté la cabeza y la miré. Su rostro y cuello estaban completamente rojos, las manos cerradas en puños, el cabello oscuro moviéndose con su cuerpo iracundo. La chica estaba preciosa.

Ella era un pecado. Un veneno listo para esparcirse por la corriente sanguínea de cualquiera que fuera tonto o loco lo suficiente como para tocarla. Yo lo era. Siempre me ha gustado el dolor y estaba ansioso por descubrir cuánto la naturaleza mortal de Isabella Moretti podría hacerme sangrar.

Crucé los brazos, manteniendo mi expresión impasible, y finalmente respondí con la calma que sabía que la irritaría aún más.

—Tal vez porque sigues haciendo las preguntas equivocadas, incluso después de semanas.

—¿Equivocadas? —Isabella parpadeó, confundida—. ¿Qué diablos quieres decir con equivocadas? ¿Cuáles serían las preguntas correctas, entonces?

Me encogí de hombros, fingiendo desinterés.

—No sé. Tal vez... ¿Cuál es mi color favorito?

Se rió, el sonido saliendo antes de que pudiera detenerlo, a pesar de saber que me estaba burlando de ella. Pero cuando se dio cuenta de que no reí junto a ella, que mi expresión permanecía seria, sus ojos se estrecharon. Isabella inclinó la cabeza, como si intentara descifrarme.

—Espera... no puedes estar hablando en serio. —Me estudió, buscando alguna señal de sarcasmo.

Me encogí de hombros nuevamente.

—¿Por qué no? —respondí, con voz neutra—. No es como si tuvieras algo mejor que hacer ahora, ¿verdad? Entonces... ¿por qué no podemos conocernos mejor?

Isabella parpadeó, sorprendida, y, por primera vez esa noche, parecía algo más que una ingenua enojada: ella estaba confundida.

—Entonces... ¿de eso se trata? —preguntó, como si estuviera buscando un sentido en medio del caos de pensamientos que claramente rondaban por su mente—. ¿Todo este tiempo? ¿Me secuestraste para... esto? ¿Para conocerme mejor? ¿Es algún tipo de pasión... reprimida?

La risa salió de mí antes de que pudiera detenerla. No fue una risa burlona o fría, sino una verdadera. El tipo de risa que no mostraba frente a ella desde hacía semanas.

El sonido pareció desarmarla, y por un breve instante, Isabella se quedó sin palabras. Me miró como si nunca me hubiera visto antes. Bueno, técnicamente, no me había visto.

—Eres graciosa, Isabella —dije, aún con una sonrisa en el rostro —. Ahora come.

Ella vaciló, como si aún intentara procesar lo que acababa de suceder. Tal vez porque estaba sorprendida por mi risa, tomó el tenedor y empezó a comer, mientras me observaba con cautela, con los ojos entrecerrados.

—¿Cuál es tu color favorito, entonces? —preguntó, con voz lenta, desconfiada, mientras llevaba un bocado a la boca.

—Negro —respondí, sin dudar.

Ella siguió masticando, aparentemente reflexionando sobre mi respuesta.

—Un poco predecible, ¿no? —dijo, con un tono desafiante.

La observé, con el rincón de mis labios subiendo ligeramente.

—Tú preguntaste.

Me encogí de hombros, como si no fuera importante. Ella rodó los ojos y tomó un sorbo de agua que estaba al lado del plato, sin dejar de mirarme de reojo.

—¿Siempre has sido tan... enigmático? ¿O eso es parte del show? —preguntó, haciendo girar el tenedor en su mano mientras me observaba.

—¿Qué opinas? —respondí con una pregunta, sin dar una respuesta directa.

Ella me lanzó una mirada de pura irritación, dándose cuenta de que caía justo en el juego que yo había propuesto.

—¿Para quién trabajas? —disparó, como si la pregunta fuera un disparo certero. Levanté una ceja, incliné ligeramente la cabeza y sonreí, una sonrisa que no llegó a mis ojos. Una sonrisa que decía claramente: "¿En serio? ¿Realmente crees que soy idiota?"—. Ah, claro... —suspiró Isabella, dejando el tenedor en el plato—. Porque no vas a responder a eso, ¿verdad?

—Ahora empiezas a entender —dije con un tono más ligero.

Ella me lanzó otra mirada, aún irritada, pero había algo más en sus ojos ahora.

—¿Te gusta el cine? —pregunté, cambiando repentinamente de tema.

Isabella se detuvo, sorprendida por la pregunta.

—¿Qué? —Parpadeó, confundida—. ¿Estás preguntando si me gustan... las películas?

—Sí. —Me acomodé contra la pared, cruzando los brazos nuevamente—. Cine. ¿Algún problema?

Ella vaciló un momento, claramente desconfiada, pero, al darse cuenta de que no iba a responder nada más sobre el secuestro, suspiró y cedió.

—Sí, me gustan las películas —dijo, despacio—. ¿Y a ti?

—Depende de la película.

—¿Cómo? —Me desafió, arqueando una ceja.

—Me gustan las que tienen buenos villanos.

Ella rió nuevamente, pero esta vez fue una risa corta, sarcástica.

—Claro que te gustan.

Isabella sacudió la cabeza y tomó otro sorbo de agua, pareciendo, por primera vez, verdaderamente involucrada en la conversación.

A medida que la conversación continuaba, empecé a hacer preguntas sin que ella se diera cuenta. Cosas pequeñas, detalles de su vida antes del secuestro. Pregunté por la música que le gustaba, sobre la ciudad en la que había crecido, siempre de manera casual, como si no importara.

Y, poco a poco, Isabella empezó a responder. A veces con desconfianza, pero con cada respuesta, la línea entre el interrogatorio y una conversación real comenzó a desvanecerse.

El juego de poder aún estaba allí, implícito, pero por primera vez, era como si estuviéramos en una mesa de café, no en una habitación de cautiverio.

—¿Siempre has sido tan controladora? —pregunté, observando cómo elegía meticulosamente cada bocado en su plato, sin darse cuenta.

Ella se detuvo un segundo, frunciendo el ceño.

—¿Qué quieres decir con eso? —La irritación volvió, pero menos intensa.

—Es solo una observación —me encogí de hombros—. Pareces... meticulosa.

—No soy meticulosa—respondió, firme.

—¿No?

Levanté una ceja, desafiándola. Isabella me miró y abrió la boca para replicar, pero la cerró nuevamente, pensativa. Al final, suspiró.

—No había muchas cosas en mi vida sobre las que me permitieran tener control —admitió en voz baja, sin mirarme directamente—. Creo que solo tuve que compensar.

—No te estaba juzgando —sentí la necesidad de decir, e Isabella buscó mis ojos con los suyos.

Nos miramos durante largos segundos antes de que ella me hiciera otra pregunta.

—¿Cuál es tu nombre? —Sonreí e incliné la cabeza—. Es una pregunta justa —argumentó—. Tú sabes el mío, y ya no aguanto más pensar en ti como "mi secuestrador".

—¿Has estado pensando mucho en mí, Principessa?

Isabella bufó y volvió a mirar el plato, llevándose otro bocado a la boca y perdiéndose la risa que solté.

—Lorenzo, Principessa. Mi nombre es Lorenzo.

Ella me miró por encima del hombro, sus ojos verdes mostrando un brillo que mezclaba vulnerabilidad y victoria. Su respuesta fue un breve asentimiento. Nuestra conversación fluía de manera extraña, pero de alguna forma, natural.

Cada palabra que intercambiábamos era un paso adelante. Ella pensaba que estaba desafiando, resistiendo, pero todo lo que hacía la acercaba más a la caída. Exactamente donde quería que estuviera.

El plan seguía perfecto, e Isabella, sin darse cuenta, ya empezaba a bailar al ritmo de mi música.

9. ISABELLA MORETTI

Los últimos días habían sido de pura observación y expectación. Cada paso que daban los guardias, cada vez que la limpiadora aparecía, cada detalle del ambiente a mi alrededor era cuidadosamente analizado.

Sabía que mi oportunidad llegaría, y cuando lo hiciera, estaría lista. Y llegó.

Mi corazón latía tan fuerte que podía sentirlo pulsando en mi cuello, en mis sienes, cada latido recordándome el riesgo que estaba a punto de correr.

Esto no era un intento impulsivo. Había observado, planeado. Cada pequeño detalle había sido catalogado en mi mente durante las últimas semanas.

Me di cuenta, después de unos días de observación obsesiva, que tal vez los jueves podrían guardar mi gran oportunidad. Alrededor del mediodía, el empleado encargado de la limpieza de las ventanas dejaba las cerraduras destrancadas por unos minutos, justo después de terminar la limpieza.

No sabía si era descuido o algún otro motivo, pero esa pequeña falla era algo que podría usar a mi favor, y ocurrió durante tres semanas seguidas. Tenía la esperanza de que se repetiría hoy también.

El problema era que, por sí sola, esa oportunidad no era suficiente para garantizar mi fuga. Necesitaba más que solo una ventana destrancada.

Después de darme cuenta de esto, pasaron dos semanas observando todo a mi alrededor, tratando de entender cómo funcionaban las cosas aquí dentro. Con cada limpieza, notaba los patrones de los empleados, el movimiento de los guardias y los intervalos entre las rondas.

La limpiadora venía siempre a la misma hora, pasaba unos veinte minutos en la habitación de al lado, y luego, la ventana de mi cuarto quedaba destrancada durante unos cinco minutos, tal vez menos. Cinco minutos de libertad potencial, si hacía todo bien.

Lo primero que tuve que descubrir fue el patrón de seguridad. Pasé días enteros en la habitación, sentada cerca de la ventana, observando el exterior.

Noté que el cambio de guardias ocurría de manera metódica, siempre con una diferencia de entre diez y quince minutos, y por una fracción de tiempo -quizás solo unos segundos- no había nadie cerca. Nadie que notara que la ventana estaba abierta. Fue una pequeña falla, pero fue lo que me dio esperanza.

Lo más difícil, sin embargo, fue mantener la calma mientras esperaba. En los últimos días, comencé a calcular exactamente cuándo los guardias cambiaban de posición y cronometraba mentalmente el momento en que quedaban fuera de vista de la ventana.

Parecía una eternidad, pero eran solo segundos. Y durante esos segundos, estaría libre. Ese era el plan.

Hoy era jueves. Sabía que el limpiador acababa de limpiar la ventana de mi cuarto y, como siempre, la había dejado destrancada. Era ahora o nunca.

Acababa de regresar a la habitación después de la limpieza. El olor a desinfectante aún flotaba en el aire, pero eso fue lo último en lo que presté atención.

Mis pensamientos estaban centrados en la ventana. Mis ojos analizaban todo a mi alrededor mientras mi corazón golpeaba contra mi pecho.

El reloj mental dentro de mi cabeza comenzaba a correr, cada segundo acercándome al momento en que tendría mi única oportunidad de fuga. Sabía que debía ser rápida. No había espacio para errores.

Mis dedos temblorosos se deslizaron por el metal frío de la cerradura. El sonido del clic suave resonó como una explosión en el silencio, pero seguí adelante, sintiendo el aire fresco de la tarde tocando mi rostro en cuanto la ventana comenzó a abrirse.

Un olor a tierra mojada invadió la habitación. Los aspersores se habían apagado hacía pocos minutos, así que el pasto estaría húmedo. La casa donde me encontraba estaba rodeada de muchos jardines, estaba aislada por ellos.

Y ese, por cierto, era otro problema. Pero uno con el que me negaba a pensar en ese momento. Lo resolvería cuando mis manos no estuvieran tan ocupadas con situaciones más urgentes.

La noche estaba fresca. Todo a mi alrededor parecía más nítido, como si mis sentidos estuvieran amplificados por la adrenalina.

La esperanza crecía con cada segundo. Podía hacerlo. Iba a salir de allí, aunque no pudiera evitar que mis pensamientos volvieran a Lorenzo mientras me preparaba.

Observar y catalogar la rutina de la casa a la que tenía acceso no fue lo único que hice durante las últimas semanas. De alguna manera, mis cenas obligadas con Lorenzo dejaron de ser un momento irritante y se convirtieron casi en una rutina extraña, como si fueran encuentros entre dos conocidos.

Todas las noches, él aparecía en mi cuarto, siempre puntual, siempre con la misma expresión tranquila e impasible, y se sentaba mientras yo comía.

Al principio, odiaba esos momentos. El silencio entre nosotros era sofocante, su presencia abrumadora. Pero, con el tiempo, algo comenzó a cambiar.

Las conversaciones, aunque breves y cargadas de sarcasmo, se habían vuelto casi... normales. No, no normales. Nunca serían normales. Pero lo que antes era opresivo, ahora parecía parte de la rutina.

Y eso era lo que me asustaba. Ya no sabía dónde terminaba el secuestro y dónde comenzaba una interacción que parecía más íntima, más personal. Como si estuviéramos... ¿conociéndonos?

Y si antes era como si él estuviera allí solo para observarme, para estudiar mis reacciones, ahora entrábamos en ese juego infinito de preguntas y respuestas que siempre acababa sacándome una risa o dos antes de darme cuenta de que no debía sentirme tan cómoda en la presencia del hombre que me había secuestrado.

Lorenzo era mi carcelero en el mejor de los casos y mi secuestrador en el peor. Conversaciones casuales sobre el último drama que había visto antes de ser arrancada de mi casa no deberían estar ocurriendo y, aún así, por más que me pasara el día recordándome a mí misma eso, bastaban unos minutos con él en el cuarto, incitándome y provocándome, para que lo olvidara.

Esos pensamientos me asolaban todas las noches después de que él se iba. Había algo en sus ojos, en la manera en que me hablaba, que me dejaba confundida.

Nunca me dijo por qué estaba allí, nunca reveló sus verdaderos planes, pero algo me decía que había más. Mucho más. Y aún así, la forma en que me miraba, como si fuera un misterio que él estaba desesperado por resolver, me mantenía alerta.

Cada noche parecía una nueva prueba. Una batalla silenciosa entre nosotros dos. Él quería algo de mí, lo sabía. Y no era solo venganza. No se trataba solo de usarme para llegar a mi padre. Lorenzo era más complicado que eso. Más peligroso que eso.

Me vi pensando demasiado en esos momentos, en las miradas, en las palabras no dichas, y entonces, de repente, mi cuerpo parecía alertarme de un peligro inminente.

Sentía, más que saber, que mientras más tiempo estuviera cerca de él, más vulnerable me volvería. Todo mi cuerpo estaba en estado de alerta, avisándome que la fuga era mi única opción para sobrevivir.

Lorenzo sabía cómo apretar todos mis botones y, más que cualquier otra cosa, eso me decía que necesitaba irme, y rápido. Cada fibra de mi ser gritaba por escapar.

Estar cerca de Lorenzo no solo era arriesgado. Era mortal. Lorenzo no solo era mi secuestrador... Sin entender cómo, o saber cómo evitarlo, él estaba convirtiéndose en algo mucho más peligroso.

No era solo la amenaza de ser mantenida cautiva lo que me presionaba. Era la amenaza de algo mucho más profundo, mucho más oscuro.

Mis dedos temblaban aún más cuando abrí la ventana, suficiente para poder pasar. El aire fresco de la noche golpeó mi rostro y, por un breve momento, me permití creer que estaba a punto de ser libre.

Con una última mirada atrás, pasé por la ventana. Mis piernas estaban firmes, pero aún sentía el corazón latiendo en mi garganta.

Estaba descalza, y la camiseta de seda corta que Lorenzo me obligaba a usar no era, ni de lejos, apropiada para este tipo de fuga.

El fino tejido se pegaba a mi piel mientras me deslizaba por la abertura, y el viento frío de la noche hizo que todo mi cuerpo se estremeciera. Descendí por la pared de la mansión con dificultad, resbalando por las piedras mientras intentaba controlar mi respiración.

Cada movimiento requería un esfuerzo tremendo: mis manos dolían, y podía sentir la piel rasparse mientras intentaba equilibrarme en las salientes de la pared.

Mis pies descalzos apenas se aferraban a los pequeños apoyos que encontraba, y el frío del mármol bajo la piel desnuda de mis dedos me hacía estremecer con cada segundo. Todo en mi ser gritaba para correr, para saltar y escapar, pero sabía que cualquier paso en falso podría arruinarlo todo.

Aún así, mi cuerpo estaba en máxima alerta, cada sonido, cada movimiento parecía amplificado por la tensión que me consumía.

Cuando finalmente pisé el césped, sentí la hierba fría y húmeda contra mis pies. Un escalofrío recorrió mi espalda, y miré hacia atrás, hacia la inmensa mansión que ahora parecía aún más grande e imponente bajo la suave luz del día.

Pasé unos segundos observando la estructura monumental, intentando asimilar lo grandiosa e impenetrable que realmente era, pero no podía darme el lujo de dudar. Volví mis ojos hacia adelante y empecé a correr.

Mi respiración era agitada, mis pies se hundían ligeramente en el suelo blando, y el sonido amortiguado de mis pasos sobre el césped era mi única compañía.

El camino frente a mí estaba libre, y agradecí a Dios por esa bendición. Eso solo podía ser Él cuidando de mí. Tenía que ser rápida, tenía que ser silenciosa.

Cada vez que oía voces o pasos acercándose, me agachaba, ocultándome detrás de arbustos o desviándome por otros lados del jardín.

No sabía dónde estaba la salida, pero eso no importaba. Estaba decidida a encontrarla. El terreno parecía vasto, y la falta de personas alrededor era tanto una bendición como una maldición.

No podía guiarme por el flujo de gente, pero eso también significaba que, con suerte, ellos tampoco me verían.

Mis piernas dolían, los rasguños en mis pies ardían, pero nada de eso importaba. El deseo de libertad, la sensación de estar tan cerca de escapar, era lo que me impulsaba.

Me alejaba cada vez más de la mansión principal y el camino seguía extrañamente libre. Siempre que creía que había alguien cerca, cambiaba de dirección.

Seguí corriendo, desviándome por donde sabía que no habría guardias, avanzando por la oscuridad y las sombras. Hasta que

doblé una esquina y me detuve abruptamente.

Delante de mí, se erguía una construcción imponente, pero no era el hecho de que hubiera una segunda mansión lo que llamaba mi atención. Allí, en medio del camino, de pie, con las manos en los bolsillos y una sonrisa torcida, estaba Lorenzo.

Mi corazón prácticamente se detuvo. Cada hilo de esperanza que había cultivado en los últimos minutos se rompió.

—Hola, principessa —dijo, con la voz suave y controlada, como si estuviera esperando este momento todo el tiempo.

Mis pies se quedaron clavados en el suelo, mi mente aún intentando procesar lo que estaba sucediendo. No podía respirar. Todo en mí gritaba para correr, para intentarlo de nuevo, pero la expresión en los ojos de Lorenzo me decía que sería inútil.

Él lo sabía desde el principio.

---

10. LORENZO ZANINI

No estaba sorprendido. De hecho, esperaba que Isabella intentara escapar. Necesitaba que lo hiciera para que el siguiente paso de mi plan pudiera avanzar. Cada movimiento de ella, cada mirada que lanzaba por la casa, observando y calculando, era exactamente lo que quería.

Estaba sentada en la cama, aún sucia y con la camisola rasgada en algunos puntos, el cabello desordenado, con una marca de pasto en el costado del rostro. Su postura no era la combativa de siempre, y eso me molestaba. Era como si se hubiera apagado, como si su fuego hubiera desaparecido… y odiaba esa sensación.

La rabia crecía dentro de mí, pero no era algo que pudiera mostrar. Mantenía la postura fría y calculada, como siempre lo hacía. No podía dejar que ella se diera cuenta de lo mucho que esa fuga me había afectado, o mejor dicho, lo mucho que ella me afectaba. Sabía que Stefano tenía razón. Esto era solo una pieza de mi plan, pero verme obligado a dar el siguiente paso, cambiar la dinámica entre nosotros...

Me quedé parado en la puerta, observándola durante largos segundos. La provocación surgió sin esfuerzo.

—¿Sin gritos? ¿Sin objetos volando hoy?

Mi voz era fría, pero por dentro me sentía ansioso por su reacción. Me gustaba su resiliencia. Quería verla pelear. Quería verla pelear conmigo.

Ella no respondió de inmediato, solo levantó la mirada hacia mí, con una expresión cansada, pero sin ningún rastro de sumisión.

—¿Para qué? —Su voz sonó más áspera de lo normal, y la ironía en ella era inconfundible—. No va a cambiar nada.

Levanté una ceja.

—Estás equivocada. —Me acerqué más—. ¿Crees que puedes intentar escapar sin consecuencias? Las cosas están a punto de cambiar, Isabella. Te lo advertí, eres mía para hacer lo que quiera, y la regla número uno es obedecerme. Te dije que te quedaras en la habitación, ¿no?

Fue entonces cuando vi la reacción. Un brillo diferente en sus ojos. Primero, una risa seca, casi cruel, que resonó por la habitación.

—¿En serio? —Me miró, su rostro adoptando una expresión de puro desprecio—. ¿Y esperabas que realmente hiciera eso? ¿Que me quedara aquí, tranquila y bien quietita, esperando hasta el día que a ti te diera la gana? —Su voz comenzó a crecer, la ira burbujeando hasta alcanzar su punto de ebullición—. ¡Me secuestraste! ¿Y esperas que lo acepte así?

Se levantó de la cama con una rapidez que no esperaba. Estaba furiosa. Finalmente. Isabella caminaba hacia mí con los puños cerrados y el cuerpo temblando de frustración.

—¡Actúas como si fueras mi dueño! —gritó.

—Porque lo soy —respondí, simplemente—. Y cuanto antes lo aceptes, más fáciles serán las cosas.

—¿Aceptar eso? —preguntó, riendo con frialdad—. ¡Esto no es vida, Lorenzo! ¡Nunca voy a aceptar esto!

La miré fijamente, conteniendo la sonrisa que amenazaba con aparecer. Me encanta el fuego en sus ojos.

—¿Crees que es malo? —dije, mi tono frío—. Puede empeorar mucho.

Dí un paso hacia ella, y ella no retrocedió. Aunque sabía que estaba acorralada, aunque sabía que yo tenía el control, Isabella no retrocedió. Su respiración estaba agitada, pero sus ojos no dejaron los míos.

Seguí acercando mi rostro al suyo hasta que solo unos milímetros separaban mis labios de su oreja. No la toqué, pero sentí su cuerpo estremecerse.

El soplo cálido de su respiración contra mi cuello provocó escalofríos por todo mi cuerpo. Cuando volví a hablar, mi voz era un susurro.

—Tienes una cama cómoda, Isabella. Cinco comidas al día, estás segura y protegida de todo mal que no sea yo, y salvo por irte, hasta ahora han sido respetados todos tus deseos. Tú lo llamas cautiverio, yo lo llamo vacaciones. Así que créeme cuando te digo: puede empeorar, y mucho.

Me aparté de ella sin querer. Su olor a fresas se coló por mi nariz, y ahora mi mente trabajaba a toda velocidad, deseando más, como si el aroma natural de su piel fuera una droga.

Con los ojos fijos en su rostro, la observé tragar en seco, procesando mis palabras. Observé la tensión en su cuerpo apretarse, los músculos tensos como si se estuviera preparando para la batalla.

—¿Qué vas a hacer conmigo? —preguntó, apretando las manos con tal fuerza que sabía que se estaba hiriendo.

Quise sostener sus manos. Soltar su agarre. Evitar que se lastimara de cualquier manera. Pero no hice nada de eso. Le respondí, mi voz era tan gélida como el aire a nuestro alrededor.

—Tus ventanas recibirán rejas, y serás vigilada las 24 horas del día. Ya no saldrás de esta habitación para nada, ni siquiera para almorzar. Y no habrá más cenas entre nosotros —dije, dejando que las palabras resonaran en el espacio—. Estarás completamente sola a partir de ahora.

Ella rió nuevamente, un sonido de puro desprecio, pero en sus ojos claros vi el mínimo indicio de shock con la última de sus penas. Perfecto. Aunque yo también odiaba eso.

—¿Crees que eso me va a afectar? —replicó con un tono tan afilado como una cuchilla—. Ya estoy presa, Lorenzo. Soy tu prisionera. O tu perra, como tú mismo dijiste. ¿De verdad crees que algo puede ser peor que pertenecer a ti? Todo es lo mismo. Con rejas o sin ellas.

No pude resistirme. Di un paso hacia adelante, eliminando casi toda la distancia entre nosotros. Mis ojos cayeron inmediatamente sobre los labios pecaminosos de la princesa de la 'Ndrangheta.

La primera vez que le dije que sería mi perra, era en esos labios en los que pensaba. De esas dos almohadas, llenas y rosadas, alrededor de mi verga, mamándola mientras sus pequeñas tetas se balanceaban.

¿Será que voy a ser su primer hombre? ¿Será que ya permitió que algún soldado del padre, o incluso su prometido, se penetrara esa boca? La idea derramó ácido por mis venas, y mi mano subió, agarrando a Isabella por la nuca con fuerza, manteniendo su cabeza en su lugar mientras la obligaba a seguir mirándome.

La sonrisa que apareció en mi rostro fue la más fría que le había dado desde el momento en que nos conocimos.

—Aún no eres mi perra, Principessa. Pero ten cuidado. Hablando así, podría pensar que te estás poniendo ansiosa.

Isabella jadeó, mirándome. Las subidas y bajadas de su pecho casi tocaban mi torso. Casi. Y en silencio, maldije esos milímetros restantes.

No debería estar prolongando estos momentos. Aún no era el momento, y lo sabía. Aún no. Pero quitarle mi compañía a Isabella no solo significaba castigarla.

Significaba que también perdería su compañía. Y, por mucho que odiara admitirlo, me gustaban esas interacciones. Me gustaba cómo me desafiaba. Isabella era diferente a cualquier otra persona que hubiera conocido, y la idea de cortar esa conexión... me molestaba.

Pero tengo un plan. Y por eso dejo caer mi mano a un costado de mi cuerpo y me alejo, caminando hacia la puerta sin decir una sola palabra más.

Dejé a Isabella sola, aún en shock. El silencio en la habitación era ensordecedor.

Y yo estaba furioso, no con ella, sino con mi propia debilidad. Necesitaba control, necesitaba mantener el enfoque.

En el momento adecuado, tendría todo: el poder, la venganza... y esa boca. Pero no ahora. Aún no.

---

11. ISABELLA MORETTI

No sabía exactamente cuándo empecé a hablar sola. Al principio, era solo un susurro, un murmullo.

Palabras sueltas que escapaban sin que me diera cuenta, como si mi cerebro necesitara algún tipo de alivio para el silencio insoportable. Tal vez fue después de cinco o seis días. Tal vez más. Ya no sabía contar el tiempo.

—¿Crees que vas a ganar, Lorenzo? —pregunté en voz alta, mirando al vacío—. ¿Crees que puedes romperme solo porque estoy sola?

La respuesta, por supuesto, fue el silencio. Él no estaba ahí, pero su presencia era constante, incluso en la ausencia. El aislamiento parecía tener vida propia, tomando forma dentro de mi mente.

Cada rincón de la habitación parecía ahogarme más y más. Las comidas, que antes eran un alivio físico, ahora solo eran recordatorios de que me mantenían viva por puro capricho.

Dos semanas. Dos largas, interminables semanas.

No sabía cómo definir el tiempo ahí dentro. Estaba contando las comidas, y la única confirmación de que mi cuenta estaba correcta era el hecho de que mi menstruación había llegado. Nunca se retrasaba.

La luz que entraba por las ventanas con rejas era casi siempre la misma, y el lujo a mi alrededor, antes tan imponente, ahora no era más que un recuerdo lejano de lo que perdí. No era un cautiverio, no era una celda. Era una trampa de oro. Y yo estaba atrapada en ella.

Lo primero que hice cuando Lorenzo cerró la puerta por última vez fue gritar. Grité hasta que mis cuerdas vocales ardieron, hasta que la desesperación me ahogó.

Lo maldije, lo insulté, lancé los cojines contra las paredes. Traté de destruir lo que pude, pero las paredes de mármol, el mobiliario pesado, todo era indestructible. Todo, excepto yo.

El silencio que siguió fue el más devastador de todos. Solo superado por los pequeños cambios que comenzaron a ocurrir en los dos días siguientes.

Como prometió, instalaron rejas en mi ventana, estropeando la vista del jardín que fue mi compañera, lo que creo que fue el último mes y medio. Se hizo un corte en la puerta y las comidas empezaron a llegar por ahí, en lugar de por las manos de una sirvienta o de Enzo.

Los únicos rostros que comencé a ver fueron los de la limpiadora que limpiaba mi cuarto, ya no a diario, sino solo una vez a la semana, y el del soldado que permanecía en la puerta las veinticuatro horas del día.

Pero aunque veía sus rostros, nunca oía sus voces. No me hablaban, no importaba cuánto lo intentara. Ni siquiera un "buenos días", "buenas tardes" o "buenas noches". Ninguna palabra.

El sonido amortiguado de la bandeja siendo colocada era la única señal diaria de que todavía existía para alguien. Comer sola, encerrada en una habitación tan vasta, era un castigo en sí mismo. Y sabía que era una idiota por sufrir tanto con esto.

Había castigos mucho peores, dolorosos. Física y moralmente. Pero tenía razón al pensar que Lorenzo sabía cómo apretar todos mis botones. De alguna manera, ese hombre descubrió que no era el dolor mi mayor miedo, sino la soledad, y ahora estaba usándola en mi contra.

Al principio, fingía que no me importaba. Caminaba de un lado a otro, tratando de mantener mi mente ocupada. Dibujaba rutas de escape imposibles en el suelo con los pies, o dibujaba en mi mente recuerdos distantes. Pero, poco a poco, todo eso comenzó a perder sentido.

Ahora, la habitación parecía más pequeña cada día. Las horas se arrastraban como si el tiempo hubiera sido distorsionado. El silencio pesaba sobre mí como una nube opresiva. No había voces, no había toques, no había miradas. Solo había soledad, y consumía cada pedazo de mi cordura.

Pensé que podría soportarlo. Pensé que era lo suficientemente fuerte como para resistir el aislamiento. Lorenzo había subestimado mi resiliencia, ¿verdad?

Sobreviví a mi infancia bajo el control opresivo de mi padre. Sobreviví a tantos años de obediencia forzada, a la idea de un matrimonio arreglado. Pero ahora...

Sobreviví a todo lo que los hombres antes de Lorenzo trataron de imponerme. Pero él... él estaba a punto de ser el único capaz de hacerme caer.

Caminé hacia la ventana, las rejas eran un constante recordatorio de que cualquier libertad que hubiera tenido me fue arrebatada. Presioné mis dedos contra el metal frío y sentí las lágrimas comenzar a rodar sin poder evitarlas.

Lo odiaba. Odiaba a Lorenzo, odiaba todo lo que representaba. Odiaba el hecho de que, por más que quisiera ser fuerte, me estaba venciendo.

Hasta extrañaba nuestras discusiones. Extrañaba verlo entrar en la habitación todas las noches, trayendo esa bandeja con la cena, con esa postura arrogante, como si estuviera al mando de todo.

Extrañaba el sarcasmo en su voz, la forma en que me desafiaba, me incitaba a luchar. Era como si, a pesar de ser mi secuestrador, Lorenzo fuera la única conexión con el mundo real que me quedaba.

Y ahora me lo había arrebatado también, y no sabía qué odiaba más: si a él, por arrancarme eso, si a su ausencia, o a mí misma, por estar sufriendo por ello.

Mis dedos empezaron a temblar mientras me alejaba de la ventana. La habitación parecía encogerse con cada paso, las paredes

se cerraban a mi alrededor.

Me senté en la cama, las lágrimas caían libremente. Intenté contenerlas, pero era inútil. El silencio era demasiado. La soledad era demasiado. ¿Cuánto más podría resistir?

Me acurruqué en la cama, llorando sin control. Odiaba sentir eso, la vulnerabilidad, la debilidad. Odiaba el hecho de que él estaba ganando, de que yo estaba cediendo.

No vas a ceder, me dije a mí misma, tratando de mantener cualquier resto de fuerza que me quedaba. *Eres más fuerte que esto.*

Pero, por más que intentara convencerme, mi cuerpo me traicionaba. Las lágrimas venían con más frecuencia ahora, la desesperación infiltrándose en mis huesos.

El vacío era implacable, y la ausencia de Lorenzo, más que cualquier otra cosa, pesaba como un ancla que me arrastraba hacia abajo. Porque, para mi humillación final, la admisión ahora brillaba en letras de neón en mi cabeza: ¡Dios mío! ¡Cuánto lo extrañaba!

Cada noche que él no venía, la habitación se oscurecía, se volvía más opresiva. Comencé a anhelar el momento en que la puerta se abriría, el sonido de sus pasos, su voz cargada de sarcasmo e indiferencia.

Hasta nuestras confrontaciones, las provocaciones, las burlas lanzadas… todo eso me daba una sensación de vida que ahora parecía lejano. Pero él ya no aparecería más, porque no le importaba.

Sabía lo que estaba haciendo... Este castigo no era más que una demostración de fuerza. Lorenzo me estaba colocando en mi lugar y ya había pasado por esto suficientes veces en mi vida como para saber cómo funciona.

Dudaba que existiera alguna mujer en nuestro mundo que no hubiera pasado por lo mismo. La libertad, el amor y las cosas dulces son lujos a los que no tenemos acceso.

Nunca esperé encontrar ninguna de esas cosas en ningún rincón de mi vida. No. Mi existencia ha sido meticulosamente planeada desde que nací, dejando a mi madre estéril.

Mi padre no tendría un heredero varón, lo que significaba que mi matrimonio sería el encargado de definir al próximo líder de nuestra mafia.

Los miembros de la 'Ndrangheta siempre me vieron como la mujer perfecta. Fría, equilibrada y obediente, llevando el apellido Moretti con orgullo. Siempre fui el premio perfecto.

Preparada desde la infancia para ser la esposa perfecta para el hombre que algún día, mi padre elegiría para mí, aunque eligiera a un monstruo. Y no tenía dudas, él elegiría a uno.

Porque los monstruos son de lo que está hecho nuestro mundo. Pero sabía que no importaba el tamaño de ese monstruo, siempre estaría atado a la correa de mi padre. Sabía que, a pesar de todo, el apellido Moretti, mi maldición, también sería lo que me daría algo de protección.

No porque mi familia me amara y se preocupase por mí. Sino porque se preocupaban por sí mismos y eran demasiado orgullosos para permitir que su nombre fuera mancillado.

Pero en el momento en que Lorenzo me arrancó de la protección de mi casa, al salir de ese evento, esa certeza, la única que tuve a lo largo de toda mi vida, se redujo a polvo.

Entonces me arrojaron aquí. A merced de este hombre que es el peor monstruo que he enfrentado, y que no tiene ningún reparo en herirme. Y, lo peor, sabe exactamente cómo hacerlo.

Me giré de lado, abrazando mis rodillas. Mis manos temblaban mientras intentaba calmarme, pero la realidad era que cada segundo sin su presencia parecía un tormento aún mayor.

Lorenzo no necesitaba tocarme para destruirme. Sabía exactamente cómo romperme, y ahora, ya no tenía fuerzas para luchar contra él.

Que Dios tenga misericordia de mí.

12. LORENZO ZANINI

El día comenzó como cualquier otro. El sonido distante del tráfico de Seattle, el aroma fuerte del café sobre la mesa, y el constante murmullo de voces en el pasillo mientras mi equipo ya comenzaba a moverse.

Los martes trabajaba en una de nuestras empresas fachada, Clean Energy. Era un negocio legítimo y multimillonario de recolección, producción, distribución y negociación de energía, pero su propósito principal no era generar dinero, sino enmascarar muchas de las operaciones de la Cosa Nostra.

Usar negocios legítimos para tapar los ilegítimos era el modus operandi de la mafia, pero eso significaba que sus líderes debían estar capacitados para manejar ambos lados de los negocios. Y yo lo estaba. La tortura y la violencia fueron solo parte de la educación que Don Romeo, mi padre, dio a mí y a mis cuatro hermanos.

Así que ahora, mientras él comandaba Italia con mano de hierro, mis hermanos y yo estábamos dispersos por el mundo, extendiendo los brazos de la Cosa Nostra, expandiendo y gestionando nuevos territorios con la misma precisión que nuestro padre.

Camilo estaba en América Latina, Lucca en África y Rocco en Asia. Solo Stefano y yo estábamos involucrados en territorios ya conquistados.

Mi vida funcionaba de forma calculada, meticulosa. Cada decisión, cada movimiento. Todo tenía un propósito. Y hoy no sería diferente.

Stefano ya estaba en mi oficina, recostado en uno de los sillones de cuero, mirando una serie de reportes que había juntado durante la mañana. Lanzaba una pluma al aire y la atrapaba, como siempre hacía cuando se aburría.

—Parece que los rusos van a intentar algo en Tacoma —comentó, aún sin levantar la vista—. ¿Quieres que me encargue de eso?

Asentí, sin apartar los ojos de la pantalla de mi computadora, donde una serie de números y gráficos parpadeaban, reflejando el último mes de movimientos financieros.

No era la primera vez que los rusos intentaban infiltrarse en mi territorio. Y no sería la última. Stefano sabía lo que tenía que hacer.

—Encárgate de eso esta noche —dije, la voz seca—. Asegúrate de que reciban el mensaje.

Sonrió, finalmente apartando la mirada de los papeles para mirarme.

—No hay problema.

Mientras él continuaba hablando sobre los movimientos de los aliados y enemigos, mi mente se mantenía enfocada en el flujo de los negocios.

La mafia no duerme.

Siempre hay algo ocurriendo, y mantener todo bajo control es un trabajo que requiere precisión. Cada error es fatal. Cada paso en falso puede ser el último. Y yo estaba preparado para eso.

Pero, por más concentrado que estuviera, había algo que no salía de mi cabeza. Isabella. Su imagen, el sonido de su voz, la forma en que me desafiaba.

Incluso ahora, mientras Stefano hablaba sobre el ataque planeado, mi mente vagaba brevemente de vuelta a esa tarde en la que ella intentó escapar.

¿Qué estará haciendo ahora?

Aparté el pensamiento con irritación. No debería estar pensando en eso. No debería estar pensando en no haber instalado cámaras en el cuarto de Isabella hasta ahora.

Tenía toda una organización para dirigir, decisiones importantes que tomar, y, sin embargo, mi mente volvía a ella. Como una maldición.

Stefano se levantó, listo para encargarse de los rusos, pero se detuvo en la puerta, mirándome con esa expresión que conocía bien.

—Estás extrañamente callado hoy. ¿Pasó algo? —preguntó, su voz cargada de curiosidad.

—No. Todo está bajo control —respondí, con la misma frialdad de siempre.

Se encogió de hombros y salió, cerrando la puerta detrás de sí. En el instante en que la oficina quedó en silencio, la imagen de Isabella regresó con más fuerza. Sabía que el aislamiento estaba funcionando.

Ella debía estar al borde de la desesperación ahora, completamente quebrada. Era exactamente lo que había planeado. Y, sin embargo, algo dentro de mí seguía molestándome.

Me levanté de la silla y fui hasta la ventana, mirando el horizonte nublado de Seattle. El caos de los puertos y de la ciudad reflejaba perfectamente el caos de mi mente. Su ausencia era una molestia constante, como un zumbido de fondo que no podía ignorar.

Debería haber instalado las malditas cámaras en su cuarto desde el principio. No tenía excusa para no hacerlo. Habría sido simple, efectivo. Habría evitado esta molesta falta de control.

Podría haberla observado, ver cada movimiento, cada reacción. Pero ahora, lo único que me quedaba era la duda. Y eso me ponía muy nervioso.

Di un sorbo al café frío, intentando apartar las imágenes de Isabella de mi mente, pero volvían, siempre más fuertes. Sabía que no estaba obsesionado con ella. Eso sería ridículo. Ella solo era una pieza del plan. Nada más.

Me giré y regresé a la mesa, comenzando a revisar la próxima serie de envíos que llegarían en los próximos días y mi agenda para las horas siguientes.

Hombres importantes de la mafia me esperaban, aguardando decisiones que darían forma a los próximos meses de nuestras

operaciones. No podía darme el lujo de perder el enfoque ahora. Pero la imagen de Isabella aún estaba allí, persistente, distrayéndome en los momentos más inesperados.

Los minutos pasaban rápidamente. Cada reunión, cada decisión tomada, se hacía con la precisión de un cirujano. Sabía lo que tenía que hacer. Control, siempre. Eso era todo lo que importaba. Pero entonces, en un breve segundo de distracción, ahí estaba ella otra vez.

Su mano tocando las rejas de la ventana. Su rostro pálido. Su mirada desesperada.

Aparté la imagen con una risa amarga. No podía estar siendo tan afectado por una pieza de mi tablero, ¡por favor! Suspiré, sacudiendo la cabeza de un lado a otro, y apreté el botón del intercomunicador que me conectaba con mi secretaria.

—Llama a la siguiente persona.

Mi mirada volvió a la pantalla de la computadora, enfocándose en los detalles de la operación en curso, mientras mi mente trataba de alejarse de los pensamientos no deseados.

No era normal que algo, o alguien, pudiera sacarme del enfoque. Mi rutina era meticulosa, pensada al extremo. Yo era el tipo de hombre que no dejaba cabos sueltos. Pero con Isabella, había algo que escapaba a mi control.

Un golpe suave en la puerta interrumpió el silencio, y mi secretaria entró, anunciando la llegada de uno de los capos más antiguos de la organización.

Era un hombre de mediana edad, con el cabello canoso y una mirada astuta, acostumbrado a tratar con situaciones tensas. El tipo de hombre que no se impresiona fácilmente. Al igual que yo.

—Don Lorenzo —dijo, inclinando la cabeza en un saludo respetuoso mientras se acercaba a mi mesa—. Necesitamos discutir la situación con los turcos.

Asentí, gesticulando para que se sentara.

—Los turcos están inquietos por el nuevo acuerdo de distribución —continué—. Creen que estamos tomando demasiado territorio suyo en Capitol Hill. Pero ya les dije que, si querían más espacio, deberían haber pensado en eso antes de quedarse sentados sin hacer nada.

El hombre asintió, una ligera sonrisa apareció en sus labios.

—Parece que algunos de ellos no entienden que el tiempo de duda ha terminado —comentó, con tono seco.

Dejé que siguiera hablando, manteniendo el control de la conversación con facilidad. Era el tipo de negociación que hacía desde hacía años, con precisión y autoridad. El tipo de interacción en la que nadie osaba desafiarme.

Pero, nuevamente, mientras el capo hablaba, mi mente vagó.

La imagen de Isabella regresó, invadiendo mis pensamientos una vez más. Sus manos temblorosas, las palabras llenas de ira que me lanzó la última vez que nos vimos. El cuarto vacío y el silencio que dejé atrás. Todo eso me golpeó como un puño.

Me enfoqué nuevamente en la conversación, negándome a ceder ante esa distracción. Pero la molestia ya estaba ahí, palpitando en mi mente como un eco persistente.

—Vamos a asegurarnos de que los turcos entiendan sus nuevas limitaciones —finalicé, cortando el final de la conversación con precisión—. Nuestros negocios en Capitol Hill no se verán afectados.

El capo asintió nuevamente, levantándose.

—Como siempre, señor —dijo, saliendo por la puerta sin cuestionar.

Cuando se fue, me quedé solo de nuevo en la oficina. El peso de la soledad no era algo que soliera sentir. Yo era el jefe de la Cosa Nostra en Seattle. La soledad era parte del trabajo. La distancia, la frialdad, la ausencia de emociones, eran armas que usaba a mi favor. Entonces, ¿por qué la ausencia de Isabella me molestaba tanto?

Me levanté y caminé hasta la ventana. Afuera, el caos de la ciudad seguía su curso, como siempre. Los autos cruzaban las calles, los barcos entraban y salían del puerto, la gente vivía sus vidas. Pero dentro de mí, estaba sucediendo una batalla diferente.

Las cámaras.

Realmente debería haberlas instalado en el momento en que la metí en ese cuarto. Y, sin embargo, dudaba. No quería admitir para mí mismo el verdadero motivo de esa duda.

Si instalaba las cámaras, sería una admisión de que Isabella ocupaba más espacio en mis pensamientos de lo que debería. Una admisión de que quería verla, de que necesitaba observar cada movimiento, cada emoción suya. Y eso, por sí mismo, me irritaba profundamente.

Me volví hacia la mesa, apretando los puños. Eso era ridículo. Las cámaras eran una ventaja, y nada más.

Tomé el teléfono y marqué un número. Cuando la voz de mi asistente contestó, no dudé.

—Quiero cámaras instaladas en el cuarto de Isabella. Hoy. Y no quiero que ella se entere.

La decisión estaba tomada.

---

13. ISABELLA MORETTI

El peso del aislamiento me aplastaba, lenta y silenciosamente. Acostada en la cama, apenas podía reunir energía para hacer algo.

El hambre aún me devoraba, pero la apatía era peor. Cada noche era un ciclo repetido de indiferencia: la hendija de la puerta se abría, llegaba la comida y el silencio seguía consumiéndome.

No sabía cuánto más podría soportarlo. Una parte de mí ya se había rendido, lo cual me aterraba más que cualquier otra cosa. Pero, aun así, cuando escuché el clic de la puerta abriéndose, no pude evitar la repentina oleada de sorpresa.

Me giré lentamente, esperando ver la bandeja habitual empujada bajo la puerta, pero no era eso. Una empleada entró en la habitación, con la sonrisa calmada y cortés en el rostro. Una sonrisa que me irritó de inmediato.

—Buenas noches, señorita. El señor Zanini la espera para la cena.

¿Cena? Parpadeé varias veces, confundida. Era la primera vez que escuchaba una voz que no fuera la mía en semanas, desde que me sacaron del cuarto para arreglar una filtración en la bañera, más de quince días atrás.

Mi mente luchaba por procesar las palabras mientras mi cerebro prácticamente suplicaba que la mujer hablara de nuevo, desesperada por el sonido de su voz. No tenía sentido. Ni mi desesperación, ni lo que ella dijo.

—¿Cena? —repetí.

La mujer asintió, sin perder su sonrisa educada.

—Sí, en el comedor. Él la espera allá abajo.

El shock me golpeó en olas. Después de todo, Lorenzo me estaba invitando a... ¿cenar? ¿A la mesa? ¿Y esperaba que simplemente aceptara?

Debería rechazarlo, debería gritarle a ella, exigirle saber qué estaba pasando. ¡Debería bajar allí y gritarle a él! Mostrar toda la ira y frustración que se acumulaban dentro de mí desde hacía tanto tiempo. Pero... algo dentro de mí dudó.

Cena. Con Lorenzo. Con un ser humano.

Tenía hambre. No solo de comida, sino de interacción, de contacto, de cualquier cosa que rompiera el infierno de soledad en el que estaba atrapada.

El silencio y el vacío me habían consumido tanto que, en ese momento, cenar con el hombre que me secuestró y luego me torturó parecía una opción aceptable.

—Estoy lista —murmuré, sintiendo que las palabras se escapaban de mis labios antes de tomar una decisión consciente.

Solo entonces me di cuenta de que llevaba una de las camisolas de seda, pero no tenía otra cosa y Lorenzo lo sabía, ya que era él quien había hecho que mi actual guardarropa fuera una fila interminable de lo mismo.

No había ropa decente, nada que me cubriera de manera adecuada. Lorenzo quería mantenerme así, expuesta, frágil.

La empleada salió del cuarto y la seguí, tan ansiosa que no era capaz de concentrarme en nada que no fuera mi siguiente paso.

Quería llegar tan desesperadamente a mi destino, al maldito Lorenzo, que ignoré aquello que sabía que debía ser mi principal preocupación: conocer el entorno a mi alrededor.

Era la primera vez que realmente salía del corredor de esos cuartos por la puerta.

La tiranta de la camisola resbalaba por mi piel mientras bajaba las escaleras hacia el comedor. El roce de la tela me recordaba constantemente cuán vulnerable estaba.

Cada paso que daba me acercaba a él, al hombre que me aisló, me castigó y, de alguna forma, me atrapó mucho más que

físicamente. Pero, mientras bajaba, mi corazón aceleraba en anticipación.

No debería ser así. Debería estar furiosa. Debería estar pensando en cómo desafiarlo, en cómo escapar de esta situación. Pero, en vez de eso, sentía una extraña calma. Una resignación mezclada con curiosidad. Y una chispa... algo que odiaba admitir.

El comedor apareció ante mí. La atmósfera era diferente a lo que imaginaba. Una mesa larga, con solo dos sillas ocupando los extremos. Lorenzo estaba sentado, con esa aura de control absoluto, los ojos azules glaciales observándome con una intensidad silenciosa.

No sabía qué esperar, pero el silencio entre nosotros era denso. No dije nada cuando me senté. Estábamos frente a frente, como dos jugadores en lados opuestos de un tablero, pero, en ese momento, no me importaba.

Los primeros minutos se arrastraron sin palabras, solo el sonido de los cubiertos y los platos rompiendo la tensión en el aire. Pero el silencio era insoportable. No podía quedarme ahí sentada, fingiendo que esto era normal.

—¿Por qué ahora? —pregunté finalmente, con una voz más suave de lo que esperaba—. ¿Por qué romper el aislamiento?

Lorenzo levantó la vista lentamente, la sonrisa que apareció en sus labios era enigmática. No respondió de inmediato, solo observó mi reacción. Cada palabra suya parecía cargar con un subtexto que aún no lograba descifrar.

—Pensé que apreciarías un cambio en la rutina —dijo, el tono frío y controlado.

Mi mano se apretó alrededor del tenedor. La ira seguía ahí, oculta bajo la superficie, pero la curiosidad hablaba más fuerte.

Algo en la forma en que hablaba, como si siempre estuviera un paso adelante, me irritaba. Pero también... me atraía de una forma que no quería reconocer.

—No haces nada sin motivo —respondí, con tono ácido—. ¿Qué es lo que realmente quieres?

Sus ojos brillaron por un momento, pero la respuesta no vino de inmediato. Me miraba fijamente, como si estuviera calculando su próximo movimiento, cada palabra elegida meticulosamente.

El silencio siguió creciendo. Sabía que exigir demasiado a Lorenzo nunca sería el enfoque correcto. Era impredecible, peligroso. Si quería respuestas, tendría que ser más estratégica.

Tomé un bocado de la comida, sintiendo el sabor desvanecerse en mi boca, mientras la tensión entre nosotros aumentaba.

Solo se oía el sonido de los cubiertos raspando los platos, y, mientras Lorenzo cortaba un trozo de carne, lo observaba de reojo.

Parecía tan controlado, tan cómodo con el caos que había creado a mi alrededor.

—Sabes que mantenerme aquí... no es sostenible para siempre —dije, intentando lanzar la carnada con cautela—. En algún momento tendrás que dejarme ir, o al menos decirme por qué estoy aquí.

Lorenzo dejó de cortar la carne por un momento, sus ojos se elevaron para encontrar los míos y sentí un escalofrío recorrer mi espalda.

—Estás empezando a ser muy repetitiva, Principessa. Pensé que después de un mes entero sin verme, tendrías algo nuevo que decirme.

Me reí, amarga, moviendo la cabeza de un lado a otro.

—Perdón si mi repertorio no es lo suficientemente bueno, señor —escupí las palabras, burlona.

Un minuto. Un minuto en presencia de ese hombre fue todo lo necesario para que la miseria que sentía fuera reemplazada por algo mucho más caliente y explosivo.

—Cuidado con las palabras que eliges, Principessa. Puede que empiece a gustarme que me llames señor.

—Te gusta mucho hacerme amenazas sobre lo que puedes decidir.

Lorenzo dejó los cubiertos en el plato y se recostó en la silla, con una pequeña sonrisa jugando en el borde de sus labios.

—¿Prefieres que las cumpla?

—¡Yo prefiero irme de aquí!

—Ahora solo estás divagando —respondió, volviendo al tono frío y contenido que me irritaba profundamente.

La ira volvió a hervir en mi pecho, pero me forcé a no estallar. Eso era lo que él quería: que perdiera el control.

—¿Crees que puedes mantenerme aquí para siempre? —pregunté, intentando mantener la calma, pero sintiendo la acidez filtrarse en mi voz.

Se inclinó ligeramente hacia adelante, apoyando los codos sobre la mesa, y la sonrisa que apareció en sus labios fue lo más cercano a una provocación que había visto en él.

—Poder, puedo. La pregunta correcta es: ¿quiero? —Levantó una ceja, esperando mi reacción.

—Una pregunta que imagino no vas a responderme.

—Bingo.

—¿Entonces para qué es esto? ¿Para qué sacarme de la habitación? ¿Para qué volver a hablar conmigo?

Lorenzo se encogió de hombros.

—Tal vez extrañaba tu compañía —respondió, y rasqué mi garganta con desdén—. O tal vez sabía lo mucho que tú extrañaste la mía. —Esas palabras me congelaron en el lugar. Tragué saliva con dificultad y aparté la mirada, negándome a que viera lo cierto que estaba en sus palabras—. ¿Me extrañaste, Principessa? —preguntó, con la voz cargada de un tono casi condescendiente, pero había algo más. Un interés genuino, como si se estuviera divirtiendo con mi respuesta, o con la falta de ella.

Volví a mirarlo lentamente, tratando de mantener la expresión firme. Mi cabeza gritaba para que no cayera en su juego. Ya había cedido demasiado, ya había mostrado demasiada debilidad.

—Tal vez me guste el silencio —murmuré, sintiendo una leve sonrisa sarcástica en mis labios.

Lorenzo me observó fijamente, con su expresión implacable. Era como si cada provocación que lanzaba fuera absorbida y analizada, sin revelar jamás el efecto que yo esperaba.

—El silencio es una buena compañía. No se queja, no exige nada... solo existe —dijo, con esa sonrisa enigmática—. Pero en tu caso, Isabella... el silencio parece no haber sido suficiente, ¿verdad?

Su capacidad para darle la vuelta a las cosas, de convertir mis propias palabras en un arma, me irritaba profundamente. Pero al mismo tiempo, no podía evitar seguir mirando. Él tenía razón.

El silencio se había vuelto insoportable. Y lo que más me molestaba era que, de alguna forma, realmente extrañaba esas interacciones, esa tensión.

—¿Y tú? —pregunté, cambiando de estrategia—. Parece que te gusta la compañía, Lorenzo. Aunque me hayas dejado sola por tanto tiempo, algo me dice que no soportas la soledad.

Me miró con un brillo inesperado en los ojos.

—La soledad y yo tenemos un acuerdo —dijo, su voz más baja, casi introspectiva—. Ella me acompaña cuando la necesito, y desaparece cuando me canso de ella. Pero tú... —Se detuvo, analizándome por un segundo, como si decidiera hasta dónde ir con esa conversación—. Creo que has olvidado cómo hacer las preguntas correctas —concluyó, recostándose de nuevo en la silla.

Entrecerré los ojos.

—Está bien, entonces dime... —comencé, modulando la voz—. Esta casa, ¿es tuya? ¿O de tu familia?

Lorenzo se detuvo por un momento, como si no hubiera esperado esa pregunta. Sus ojos recorrieron la habitación, y por primera vez, noté una leve tensión en su postura.

—Mía —respondió finalmente, con un tono más serio, aunque contenido—. Pero era de mi padre, y del padre de él antes de eso. Ha estado en la familia por generaciones.

De alguna manera, esa respuesta lo hizo parecer más humano. Lejos de la figura implacable que intentaba odiar a cada segundo. Traté de no distraerme con eso y continué.

—Es curioso —comencé, manteniendo el tono casual—. Tienes un leve acento. No eres americano, ¿verdad?

Levantó una ceja, mirándome por un momento, antes de responder.

—Ahí está la observadora que descubrió la ventana sin trabas.

Lo dijo con una ligera sonrisa, aunque no estaba respondiendo exactamente a la pregunta. Estaba claro que jugaba conmigo, provocándome con respuestas calculadas.

—No tienes prisa por responder preguntas, ¿verdad? —pregunté, inclinándome hacia adelante, apoyando los codos sobre la mesa, tal como él lo había hecho momentos antes.

Me observó, con los ojos fijos en los míos, y sonrió de lado, como si disfrutara el desafío.

—No cuando son irrelevantes.

Lorenzo se encogió de hombros, pero la intensidad en su mirada no desapareció. Suspiré, sintiendo la frustración aumentar nuevamente.

—¿Alguna sugerencia? ¿Alguna ayuda? ¿Un ejemplo de cuál sería la pregunta correcta, Lorenzo? —pregunté, sin poder ocultar mi irritación.

Se rió, con una risa baja, casi satisfecho.

—Ah, Isabella... cuando sepas la pregunta correcta, tal vez estarás más cerca de las respuestas que buscas. Hasta entonces, es solo un juego de adivinanzas, ¿no?

—Un juego que te encanta —mascullé.

Lorenzo se inclinó de nuevo, y aunque aún había una distancia considerable entre nosotros, la sensación era que se acercaba demasiado cuando se movía de esa forma.

—Solo porque es contigo. Yo juego lo que sea necesario para conseguir lo que quiero. —Su voz era un susurro peligroso, lleno de segundas intenciones.

Mantuve la mirada fija en la suya, desafiándolo en silencio. Si quería ponerme a prueba, yo haría lo mismo.

Necesitaba ser cautelosa, tenía que entender más sobre él antes de actuar. Lorenzo era un enigma complejo, y cada respuesta vaga que me daba solo me hacía más curiosa, más determinada a descubrir la verdad detrás de sus acciones.

Sabía que estaba lejos de tener control sobre la situación, pero si lo hacía bien esta vez, tal vez encontraría una oportunidad.

Y esa oportunidad, me prometí a mí misma, sería mi salida. No importaba cuánto intentara doblegarme, no importaba lo mucho que él fuera el maestro de este tablero, encontraría una manera de darle vuelta al juego.

14. ISABELLA MORETTI

Apenas había dormido.

Las horas se arrastraron durante la noche y mi mente no podía dejar de dar vueltas a las preguntas que giraban en torno a la cena de la noche anterior.

¿Qué significaba eso? ¿Lorenzo había decidido finalmente que mi castigo había terminado? ¿O era solo una pausa antes de algo aún peor?

Mi mente no dejaba de especular, y el silencio opresivo de la habitación, que antes me ahogaba, ahora estaba invadido por un torbellino de pensamientos.

¿Iban a quitarme las rejas? ¿Suspenderían la vigilancia? ¿Lorenzo volvería a traerme la comida o esa cena en la mesa sería una nueva rutina? Nada tenía sentido.

Ya llevaba horas de pie, caminando de un lado a otro por la habitación, con el corazón acelerado. Aunque el sol todavía estaba saliendo, no lograba relajarme. Había una energía nerviosa recorriendo mi cuerpo, como si algo estuviera a punto de suceder.

Solté el moño deshecho que me había hecho en el cabello por tercera vez en diez minutos, solo para volver a hacerlo.

Cuando escuché el sonido de la llave girando en la puerta, mi cuerpo se tensó, esperando la respuesta a una de mis preguntas: ¿portera o sirvienta? Pero, para mi sorpresa, la puerta se abrió por completo. Y no era la sirvienta.

Era Lorenzo.

Entró en la habitación con su postura controlada habitual, las manos en los bolsillos y esa sonrisa enigmática que siempre me desconcertaba.

—Estás despierta. Genial. ¿Qué opinas de un paseo? —preguntó, casualmente, como si yo tuviera la opción de decir que no, como si eso fuera parte de la rutina, y parpadeé.

Mis pensamientos se atropellaron. ¿Paseo? ¿Estaba jugando conmigo?

La calma con la que hablaba me confundió aún más. Lo miré, tratando de entender qué significaba eso. Mi cuerpo estaba rígido, como si esperara alguna trampa.

—¿Paseo? —Mi voz salió más vacilante de lo que me habría gustado.

—Te estás poniendo pálida —comentó, inclinando ligeramente la cabeza mientras me observaba—. Un poco de aire fresco te vendría bien.

Mi cabeza giraba con preguntas no dichas, y la más grande de todas era: ¿cuál era su juego esta vez?

Aun así, había algo irresistible en la idea de salir de esa habitación. Después de semanas encerrada, la promesa de aire fresco, de espacio, de ver el mundo fuera de esas cuatro paredes, aunque fuera solo por un momento, era tentadora.

Me acerqué cautelosamente, con mi mirada aún desconfiada.

—¿Vas a dejarme salir? —pregunté, con la voz todavía cargada de dudas.

Lorenzo solo sonrió, una sonrisa que nunca revelaba nada.

—Conmigo. —Se encogió de hombros—. Conmigo, puedes caminar por la casa y el jardín. ¿Qué opinas de conocerlo?

No sabía qué esperar. Sabía que cualquier "libertad" ofrecida por Lorenzo venía con un precio, pero mi deseo de salir de esa habitación era mayor que la desconfianza. Sin pensarlo demasiado, asentí ligeramente y acepté su invitación.

A cada paso fuera de la habitación, sentía una mezcla de alivio y tensión creciente. El pasillo parecía más amplio de lo que recordaba,

y el aire fresco que entraba por las ventanas abiertas fue casi un choque para mis sentidos.

Tuvimos que atravesar más pasillos de los que habíamos recorrido la noche anterior. Lorenzo permaneció en silencio, sin embargo. Sabía que debía estar nerviosa y preocupada por las verdaderas intenciones de mi captor con esa salida, pero no había nada en mí que lo temiera físicamente.

El sol de la mañana brillaba suavemente, lanzando una luz dorada sobre el jardín, que solo había visto de lejos hasta ese momento. Me detuve en cuanto cruzamos el umbral de las enormes puertas venecianas que separaban el interior de la casa del césped.

Mis ojos parpadearon ante la belleza de la inmensa vegetación que me rodeaba y sentí ganas de llorar. Dios mío, qué tonta era. Una idiota que quería llorar por la hierba y las nubes.

El jardín era inmenso, vasto. Árboles altos, flores coloridas y el suave sonido del agua corriendo de una pequeña fuente en el centro. Cada detalle parecía estar fuera de lugar con el peso de mi cautiverio.

Era hermoso… y opresivo al mismo tiempo. Porque, por mucho que estuviera fuera de la habitación, sabía que no estaba libre.

Caminábamos lado a lado, y Lorenzo observaba cada uno de mis movimientos, como siempre hacía. Su presencia era imposible de ignorar, y sentía sus ojos sobre mí en cada paso. ¿Por qué me dejaba salir ahora? ¿Qué quería lograr con eso?

—¿Te está gustando el paseo? —preguntó, con una voz demasiado tranquila para la tensión que yo sentía.

Mantengo mi respuesta neutral, sin darle mucho.

—Es un jardín bonito —dije, sin emoción.

No quería parecer demasiado interesada, ni demasiado molesta. Pero por dentro, mi mente hervía.

Lorenzo solo asintió, como si esperara mi respuesta, pero seguimos en silencio por unos momentos. Mis manos temblaban, pero me obligué a mantener la calma.

Entonces, se detuvo un momento, señalando a un pequeño pájaro que había aterrizado en el borde de una fuente cercana. El animal picoteaba delicadamente el agua, sus plumas eran grises y blancas brillando bajo la suave luz del sol.

—¿Sabías que ese es un junco de ojos negros? —dijo Lorenzo, en un tono casual—. Es una especie nativa de la costa oeste, bastante común por aquí. Migran del norte durante el invierno.

Ese no era el tipo de conversación que esperaba de él, y la sorpresa momentánea me hizo mirarlo fijamente.

—No imaginé que te interesaran los pájaros —respondí, manteniendo el tono igualmente casual, pero con un toque de sarcasmo.

Él se encogió de hombros, con una ligera sonrisa en los labios.

—Hay muchas cosas que aún no sabes sobre mí, Isabella.

El comentario parecía inocente, pero la mirada intensa que me lanzó mientras hablaba llevaba un claro subtexto: sabía más sobre mí de lo que quería admitir, y se estaba divirtiendo con eso.

—No es precisamente una de mis prioridades en mi lista —repliqué, desviando la mirada de Lorenzo y volviendo mi atención al pájaro, que ya se preparaba para levantarse.

—¿Y qué está en la cima de esa lista entonces?

—Sabes la respuesta a esa pregunta.

Él rió y se acercó un poco más a mí mientras caminábamos, su brazo rozaba ligeramente el mío. Tragué saliva, tratando de mantener el control sobre mis emociones.

—Tal vez, sí. Tal vez no. Pero si no lo dices, nunca tendremos certeza. ¿Sabías que los juncos representan libertad? Es apropiado

que hayas visto uno en tu primer día al aire libre después de semanas, ¿no te parece?

La palabra "libertad" me golpeó como un suspiro, y mis hombros se tensaron más.

—Creo que "irónico" es la palabra adecuada.

—No seas tan gruñona —me provocó él, chasqueando la lengua.

Lorenzo mantenía las manos detrás de su cuerpo. Su caminar era tranquilo, como si realmente estuviéramos dando un paseo. Era irritante lo bonito que podía ser.

—¿Dónde están tus hombres? —pregunté, de repente, dándome cuenta de que ya estábamos caminando desde hace un buen rato y nadie había cruzado nuestro camino todavía.

—Ocupados. ¿Por qué? ¿Interesada en alguien en particular?

Resoplé.

—¿No te preocupa que intente escapar, siendo solo tú?

Lorenzo se rió de mí sin ningún pudor.

—Soy más que capaz de lidiar contigo solo.

—Eso es lo que tú crees.

—Eso es lo que sé —susurró, acercando su boca a mi oído, y no pude evitar estremecerme. ¿Cómo era eso posible?—. Cuéntame un secreto.

—¿Qué? —respondí, desconcertada.

Él volvió a reír.

—Cuéntame un secreto tuyo y yo te cuento uno mío a cambio.

—No quiero tus secretos —respondí, al instante, aunque sabía que era una respuesta estúpida. Debería estar buscando cada pedazo de información que pudiera sobre Lorenzo.

—Bien, entonces cuéntame un secreto tuyo y yo respondo una pregunta tuya.

—¿Cualquiera? —pregunté demasiado rápido, y él se rió.

—Cualquiera.

—¿Por qué querrías un secreto mío?

Lorenzo se encogió de hombros.

—Llámame curioso.

Fruncí el ceño, pero ya pensaba en cuál sería el secreto más inofensivo que podría contarle. Esa no era una oportunidad que estaba dispuesta a dejar escapar, y sabía que Lorenzo sabría si mentía. Tenía que ser algo verdadero para que él respondiera mi pregunta.

—Nací con 11 dedos en los pies, y cuando tenía ocho años, me sometieron a una cirugía para quitarme el dedo extra. La hija de Vittorio Moretti no podía ser nada menos que perfecta —dije, preparándome para la risa que seguramente vendría, para el sarcasmo y la burla.

Pero nada de eso ocurrió. Y cuando giré el rostro para mirar a Lorenzo, tratando de entender por qué su reacción despectiva tardaba tanto, lo que encontré fue un par de ojos azules mirándome con seriedad.

Lorenzo me observaba con tanta intensidad que dejé de caminar.

—Lo siento por eso.

—¿Por la cirugía? No fue invasiva, y yo...

—Por alguien que te hizo creer que no eras perfecta, Isabella. Podrías haber nacido con veinticuatro dedos, y eso no restaría nada a tu perfección.

Respiré hondo, completamente sorprendida por sus palabras y la sinceridad que había en ellas. Tragando saliva, parpadeé mientras mi cerebro intentaba procesar lo que acababa de suceder en los últimos diez segundos de nuestras vidas.

—Me debes una respuesta —dije finalmente, ignorando por completo sus últimas palabras y volviendo a caminar.

La piscina apareció frente a mí, aún a varios metros de distancia, y me sentí extremadamente curiosa por verla de cerca.

—Y yo pago mis deudas. ¿Qué quieres saber? —respondió Lorenzo, siguiéndome el ritmo con facilidad.

Mordí mi labio, pensativa. Quería saber muchas cosas, pero debía usar esa única pregunta con sabiduría.

—¿Dónde estamos? ¿Aún en Estados Unidos?

—Sí. Estamos en Seattle.

—Seattle —respondí, en un susurro, horrorizada por darme cuenta de lo lejos que estaba de casa. Ahora los días frecuentemente nublados y lluviosos cobraban sentido—. Seattle es territorio de la Cosa Nostra —añadí cuando mi cerebro finalmente me dio una información útil. —¿Es eso? ¿Eres un miembro de la Cosa Nostra?

Lorenzo sonrió ligeramente.

—Una pregunta, Principessa. Tenías derecho a una pregunta.

Humedecí mis labios, sintiendo el corazón latir fuerte en mi garganta, mientras miles de posibilidades cruzaban por mi mente. Si Lorenzo era un hombre de la Cosa Nostra, ese era el motivo de mi secuestro.

Pero, ¿por qué mantenerme viva? ¿Por qué este juego? Ya habían pasado casi dos meses desde que me arrancaron de Nueva York. Seguí caminando, distraída con las preguntas que invadían mis pensamientos.

¿Quién era Lorenzo? La pregunta sobre si él era mi carcelero o el que había ordenado mi secuestro seguía ahí. ¿Estaba esperando algo antes de deshacerse de mí? ¿Podría deshacerse de mí? ¿Tendría el valor?

—¡Isabella! —Lorenzo me llamó, sujetando mi brazo, pero eso solo me asustó y me hizo tropezar con mis propias piernas, en lugar de detenerme, como me di cuenta tarde que era su intención.

Sentí el suelo perderse bajo mis pies. Tal vez fue un tropiezo, tal vez Lorenzo se acercó demasiado y me desequilibró. No tuve tiempo de procesar lo que sucedía, pero en un segundo, el agua fría me envolvió, y de inmediato entré en pánico.

Mis brazos se agitaban mientras intentaba mantener la cabeza fuera del agua de una forma precaria, ya que no sabía nadar. Pero antes de perder el control por completo, unas manos firmes me levantaron, sujetándome con fuerza. Lorenzo.

Mi cuerpo se aferró al suyo por instinto, mis brazos estaban rodeando su cuello mientras intentaba recuperar el aliento. Sus ojos estaban fijos en los míos, y el mundo a nuestro alrededor desapareció.

Todo lo que podía sentir era la cercanía aplastante de Lorenzo, el calor de su cuerpo contrastando con el frío del agua. Nuestros rostros estaban tan cerca que podía sentir su respiración tranquila contra mi piel.

Nuestros ojos se encontraron, y la tensión que siempre había estado entre nosotros se transformó en algo más, algo tan vivo como el corazón que latía descontrolado en mi pecho. Me vi inclinándome hacia él, queriendo más de esa sensación. Más de esa cercanía electrizante.

Queriendo saber qué tan cerca podía estar de esos ojos fríos antes de que me atraparan, me absorbieran, me engulleran por completo. Excepto que yo... yo no... no podía.

Retrocedí la cabeza, alejándome tanto como pude sin arriesgarme a ahogarme, cuando el pensamiento rompió la burbuja que nos rodeaba.

—Sácame de aquí —Mi voz salió temblorosa, casi como un susurro—. Yo... no sé nadar.

Sin decir una palabra, Lorenzo me sacó de la piscina, sujetándome con firmeza mientras me ayudaba a ponerme de pie. El agua caía de mi cuerpo, mi camisola completamente empapada, pegada a mi piel, dejándome expuesta de una manera que me hacía querer desaparecer.

Mis ojos se fijaron en el suelo mientras me alejaba de él, mi corazón latiendo rápidamente en mi pecho, mi mente hecha un caos. ¿Qué acababa de suceder? ¿Qué fue... ese momento?

Sin decir nada más, me giré y prácticamente corrí de vuelta hacia la casa, sin tener idea de cómo iba a llegar a mi habitación. El sonido de mis pasos resonaba en los pasillos vacíos mientras el agua goteaba en el suelo detrás de mí.

Pero por más que intentara apartar lo que acababa de pasar, la sensación de haber estado tan cerca de Lorenzo, de haberme aferrado a él, aún estaba grabada en mi piel.

---

15. LORENZO MORETTI

Ella estaba corriendo.

Isabella huía como si el infierno estuviera a sus espaldas, y, por un breve momento, la visión de sus pies descalzos y el sonido de sus pasos apresurados me hicieron sonreír.

No había necesidad de perseguirla. No ahora. La tenía exactamente donde quería. Y eso... eso era lo mejor de todo.

Ese breve momento en la piscina fue más de lo que había planeado. Sabía que algo estaba a punto de suceder; había una tensión entre nosotros que solo crecía a cada minuto, pero ni siquiera yo esperaba eso.

Cuando sentí su cuerpo aferrándose a mí, algo primitivo e instintivo se encendió, y por una fracción de segundo, estuve a punto de arriesgar más de lo necesario. De ir más allá de lo que había calculado.

Pero Isabella, con su terquedad y resistencia, fue quien cortó el momento. Pidió salir del agua. Alejarse. Y, aunque su huida fue una respuesta natural a lo que sentía, sabía que solo ponía más combustible a la creciente atracción entre nosotros.

Una atracción que no era solo física. No. Sentía que estaba cada vez más cerca de romperla. Ella empezaba a bajar sus defensas, a mostrar quién realmente era debajo de esa fachada de hija de la mafia. Pero, al mismo tiempo, algo en mí también estaba cambiando, y eso me irritaba profundamente.

Mis ojos siguieron su camino, viendo el rastro mojado que dejaba por el suelo. La camisola de seda transparente, pegada a su cuerpo, expuso más de lo que quería, y la visión de sus tetas firmes y de su piel suave me perseguía como un maldito recuerdo.

El cuerpo que se había moldeado al mío aún seguía caliente en mi memoria. Isabella me había dejado sentir lo rápido que latía su

corazón, lo vulnerable que estaba en ese momento.

Me acerqué al borde de la piscina, aún sintiendo el peso de esa mirada, pero ahora... ahora no era el momento de actuar por impulso.

Pasé la mano por mi cabello mojado y respiré hondo, intentando ordenar mis pensamientos. Necesitaba retomar el control de la situación, y eso significaba no ceder a la tentación que Isabella representaba.

Ella seguía siendo mi prisionera.

Bufé, irritado por la sensación de que ese sería solo otro de esos momentos con la chica que me atormentaría en horas inoportunas. Dudaba mucho que pudiera sacar de mis pensamientos el recuerdo de su cuerpo caliente y mojado.

Y todavía estaba su olor... Fresas. ¿Cómo puede alguien tener un olor tan natural y dulce como el de las fresas? La sensación era tan vívida que casi podía volver a sentir el aroma envolvente, una fragancia que de alguna manera se había quedado atrapada en mi nariz.

Me sacó de mis pensamientos la presencia de Stefano, que apareció a mi lado, sosteniendo una cámara fotográfica profesional de largo alcance.

—Mierda, Lorenzo, si no fueras el jefe de la mafia, seguro podrías ser actor. Qué actuación del carajo, me das miedo —bromeó Stefano, con una risa escapando de él con facilidad.

Aún procesando lo que acababa de suceder, me obligué a sonreír; esa sonrisa que ocultaba todo: el control absoluto, el juego meticuloso.

Stefano no necesitaba saber lo que realmente estaba pasando dentro de mi cabeza. Él, como todos, veía al Lorenzo que yo quería que vieran. Ese que nunca pierde el control.

Finalmente, me moví. Salí de la piscina con pasos firmes, el agua cayendo por mi cuerpo, mientras Stefano me seguía, balanceando la

cámara como si fuera un trofeo.

—Conseguí buenas fotos.

Extendí la mano, tomando la cámara, sin decir nada. Comencé a revisar las imágenes, viendo los registros de los dos caminando por el jardín.

Las primeras imágenes mostraban a una Isabella aún desconfiada, manteniendo distancia. Pero luego, había otras en las que mis toques sutiles en su piel fueron capturados, y otras en las que nuestras miradas parecían mucho más intensas de lo que realmente eran.

Había algunas fotos de ella sonriéndome. Y también de cómo se desarmó cuando le dije que nada jamás afectaría lo perfecta que era. Seguí pasando las fotos, asintiendo con Stefano. Estaban muy buenas. Incluso mejor de lo que había planeado.

Pero entonces, una foto en particular me hizo detenerme.

Isabella y yo estábamos en la piscina, con el agua a nuestro alrededor y sus brazos aún colgados de mi cuello. Nuestros rostros tan cerca que parecía que un beso podría haber ocurrido o estar a punto de empezar.

Nuestros ojos estaban fijos el uno en el otro, la intensidad en la mirada de Isabella, su vulnerabilidad, y el control calculado que tanto me esforzaba por mantener estaban registrados en esa maldita imagen.

El momento se cristalizó en la foto, tan vívido que sentí el mismo calor invadir mi pecho una vez más. Su respiración cerca, el aliento fresco, el olor a fresas. Esas malditas fresas.

—A Vittorio le va a encantar esta foto en particular —comentó Stefano—. Mandé a una de las empleadas a buscar a la chica dentro de la casa y llevarla a su cuarto. Huyó de ti como el diablo de la cruz.

Sus palabras me trajeron de vuelta al presente y asentí. Respiré hondo, enfocándome en la foto una vez más antes de devolvérsela.

—Sí —respondí, con una sonrisa calculada—. Le va a encantar. Puedes enviarlas.

Mi hermano asintió, sonriendo de vuelta antes de alejarse para ocuparse de lo que debía, pero yo seguía con la imagen de esa maldita foto en la cabeza.

El plan estaba avanzando. Y, por más que ese breve instante me hubiera distraído, yo seguía siendo el único en control de esa situación. Isabella solo estaba reaccionando. Su resistencia, su terquedad al intentar mantener una fachada, eran parte del juego.

Caminé hacia la salida del área de la piscina, dejando que el agua escurriera libremente por mi cuerpo mientras la luz del sol comenzaba a calentar el día. El olor a fresas persistía en el aire, pero lo sacudí de mi mente.

Había algo fascinante en romper a alguien como Isabella. Probablemente eso era lo que me impedía sacarla de mi cabeza.

No era la primera vez que usaba esas tácticas. El juego de poder, la manipulación emocional, todo eso formaba parte de mi mundo.

Con el tiempo, vería esa mirada vulnerable en sus ojos muchas más veces. Vería el deseo luchando contra el odio, la confusión mezclada con la atracción. Y, cuando llegara el momento, la tendría.

No por casualidad.

No por impulso.

Sino por elección.

Porque yo decido el momento. E Isabella, por más que lo intentara, no sería la excepción.

Sonreí para mí mismo mientras me alejaba. El plan estaba funcionando. Ya la tenía donde quería, y la atracción que crecía entre nosotros solo lo hacía todo más interesante. Ella resistiría, lucharía, pero al final, la caída sería inevitable.

Y yo estaría ahí, esperando.

16. ISABELLA MORETTI

—¿Lista? —preguntó Lorenzo, tan pronto como abrió la puerta, interrumpiendo mi caminar nervioso de un lado a otro.

—¿Para cenar? Aún es temprano, ¿no? —pregunté, pero él no ofreció explicaciones. Simplemente se dio la vuelta y salió, esperando que lo siguiera. Y, claro, lo seguí.

Dos semanas habían pasado desde el incidente en la piscina, y desde entonces, mi rutina en la casa había cambiado por completo.

Las cenas con Lorenzo volvieron a mi agenda, pero ahora se hacían a la mesa, todas las noches. También me había dado permiso para explorar la casa, siempre y cuando estuviera con él, por supuesto.

Lorenzo incluso se ofreció para enseñarme a nadar, lo que rechacé educadamente, porque Dios me libre de darle alguna oportunidad a un momento como el de semanas atrás. Uno ya era más que suficiente para llenar todos los espacios vacíos de mi mente hasta el punto de sentir que me estaba volviendo loca. Simplemente no podía dejar de pensar en el tacto de Lorenzo, en sus ojos, en la sensación de su cuerpo ancho entre mis piernas.

Loca. Me estaba volviendo completamente loca.

Caminábamos por los pasillos que ya me eran familiares. Estaba casi segura de que, si me soltaran sola por la mansión, podría moverme sin problemas.

Sabía que aún no conocía todas las habitaciones. Estaba segura. Pero pensaba que podría encontrar la puerta trasera del primer piso y mi propio cuarto, sin importar en qué dirección me dejaran.

Lorenzo me buscaba todos los días, sin previo aviso, y paseábamos por la casa y el jardín, como si fuéramos... normales. Y odiaba admitir ante mí misma cuánto esperaba esos momentos.

Había una pequeña parte de mí que decía que lo hacía por la oportunidad de observar, de intentar encontrar alguna debilidad, algún punto de escape. Pero en el fondo, sabía que la verdad era más complicada que eso. *Era él.*

La forma en que Lorenzo se había comportado en las últimas semanas no era la que esperaba de un secuestrador. Estaba más abierto, más relajado, casi despreocupado.

Incluso me había hecho reír algunas veces, y cada vez que eso pasaba, me invadía una ola de culpa. ¿Cómo podía estar riendo al lado del hombre que había arruinado mi vida?

Pero aún así, esos momentos de intimidad informal se estaban volviendo frecuentes. Cada risa, cada sonrisa compartida, solo aumentaba la confusión dentro de mí.

El hombre que me secuestró y me mantuvo prisionera no debía ser capaz de despertar ninguna emoción positiva en mí. Y sin embargo...

Era por él que había estado caminando de un lado a otro en la habitación solo unos minutos antes. La noche ya había avanzado, y Lorenzo aún no había aparecido. Mi cuerpo estaba inquieto, mis pensamientos ansiosos.

Intenté convencerme de que no me importaba, pero la verdad era que me molestaba. Estaba... esperando. Y no quería admitirlo. Pero no ver a Lorenzo esa noche me dejaba algo incómoda, como si faltara algo.

Y no sabía si el hecho de que él no me hubiera buscado para nuestro paseo por la casa significaba que tampoco cenaría en casa. ¿Qué podría estar haciendo? Viviendo, probablemente. Lo sabía. Y ni por eso dejaba de molestarme.

Estaba a punto de sentarme en la cama para morderme las uñas indignamente mientras esperaba, cuando entró, como siempre, sin golpear. Mi corazón dio un salto, y antes de poder controlarme, sentí el alivio invadir mi cuerpo. *Alivio.*

Mis cejas se alzaron cuando pasamos por las puertas traseras, dirigiéndonos directamente al jardín. Era la primera vez que veníamos aquí de noche.

Incliné la cabeza hacia el cielo. Las estrellas brillaban allá arriba, y la brisa fresca de la noche me hizo estremecer. No era incómodo. Por el contrario, el aire me recordaba que había algo más allá de esa casa, de ese cautiverio.

Sentí el corazón apretarse al ver la vastedad de las estrellas, como si estuviera tocando algo más grande, algo que ya no me pertenecía.

—Creo que nunca he visto un cielo tan estrellado —murmuré, casi sin darme cuenta.

No era algo que debía haber dicho, no a él. Pero la atmósfera, la brisa suave y el cielo inmenso sobre nosotros creaban una paz momentánea.

—Si el cielo de Seattle es el más estrellado que has visto en tu vida, definitivamente necesitas hacer algunos viajes, Principessa.

Reí, sin poder evitarlo. Tenía razón. El único cielo que conocía era el de Nueva York, donde la contaminación visual hacía imposible ver algo más que nubes.

Mientras seguimos caminando, Lorenzo se inclinó ligeramente más cerca, esta vez tocando mi codo como si fuera accidental, aunque sabía que nada con él era por casualidad. Su contacto me recorrió la piel como un escalofrío, y retrocedí sutilmente, tratando de mantener distancia.

—No tienes que tener miedo de mí, Isabella —murmuró, su tono demasiado casual para la intensidad que sentía en el aire.

—No tengo miedo de ti —respondí, rápidamente, aunque sabía que había una parte de mí que sí estaba alerta y tensa en su presencia.

Él rió de nuevo, como si mi respuesta le causara gracia.

—Eso es bueno. Porque miedo nunca fue la reacción que quise provocar en ti. —Paró de caminar, obligándome a hacer lo mismo. Girándose hacia mí, Lorenzo dejó que su mirada recorriera mi rostro antes de hablar nuevamente—. Prefiero... otras reacciones.

La tensión entre nosotros crecía con cada palabra, con cada segundo que pasaba. Había algo electrizante en el aire, algo que no podía evitar, pero tampoco sabía cómo controlar. Y Lorenzo, con su postura calmada y su voz suave, estaba perfectamente consciente de eso.

—¿Otras reacciones? —Pregunté, tratando de sonar desinteresada, pero él notó la vacilación en mi voz.

—Reacciones como esta... —Lorenzo se inclinó un poco más, su voz baja, casi un susurro, mientras su hombro rozaba el mío. Mi cuerpo se tensó, y me odié por eso—. Esa vacilación que tratas de ocultar. Ese escalofrío que recorre tu piel cada vez que me acerco.

Me aparté un paso, tratando de recuperar el control sobre mí misma.

—Eres bastante confiado, ¿no?

—Solo observador —respondió, y la forma en que me miraba, como si me estuviera estudiando, me dejó aún más consciente de todo lo que estaba sintiendo.

O tal vez era lo contrario. La incomodidad era parte de lo que me atraía hacia él de una forma inexplicable.

Sonrió de lado y comenzó a caminar de nuevo, obligándome a seguirlo. La oscuridad parecía crear una burbuja a nuestro alrededor, y, por primera vez, no hubo incomodidad en el silencio. Era como si no necesitáramos palabras en ese momento.

—Voy a tener que hacer un viaje —dijo Lorenzo, después de unos minutos, con su voz tranquila, pero cargada de algo que no podía identificar de inmediato.

Mi corazón dio un pequeño salto de sorpresa, aunque no entendía por qué. La idea de que Lorenzo se fuera, de dejarme sola, debería

haber sido un alivio. Pero, en lugar de eso, sentí un nudo en el pecho, una ansiedad que no tenía sentido.

—¿Un viaje? —pregunté, mi voz saliendo baja, como si estuviera distante.

—Sí —respondió simplemente.

Traté de controlar mis emociones, luchando por convencerme de que lo que sentía era el miedo a quedar confinada nuevamente, sola. Pero, en el fondo, sabía que no era solo eso.

No quería que se fuera. No quería estar sin verlo. Y esa percepción me golpeó como un puñetazo en el estómago. Antes de que pudiera procesar algo, Lorenzo me sorprendió nuevamente.

—Vendrás conmigo —dijo, su voz sin titubeos.

Me detuve, parpadeando hacia él, tratando de entender qué significaba eso. ¿Me estaba llevando con él? Lorenzo también se detuvo.

El shock inicial fue seguido rápidamente por algo que no quería admitir... un alivio. Un alivio extraño, y no porque supiera que, si salía de esa casa, tal vez encontraría una oportunidad de escapar.

—¿Cuándo nos vamos? —Mi voz era un susurro, apenas reconocible.

—Mañana —respondió con la misma tranquilidad, como si me estuviera diciendo la hora de un simple paseo.

Mi mente estaba hecha un caos, luchando por procesar lo que estaba sucediendo. Una montaña de nuevas preguntas se sumaba a todas esas sin respuestas que tenía guardadas.

¿Por qué me estaba llevando? ¿Qué significaba eso? Pero antes de que pudiera hacer algo, me escuché a mí misma preguntando.

—¿Por qué? —lo miré fijamente, con mi voz llena de confusión—. ¿Por qué me vas a llevar?

Lorenzo me miró con sus ojos intensos, y por un momento, pensé que realmente iba a responder, que tal vez finalmente me contaría algo verdadero.

Su mirada se conectó con la mía, y sentí esa electricidad chisporroteando en el aire entre nosotros, casi palpable. Pero luego, él soltó esa sonrisa enigmática, esa sonrisa que ya había aprendido a odiar.

—¿Cómo podría ir a cualquier parte sin ti? —dijo, con el tono más misterioso e irritante del mundo.

Sabía que no estaba siendo completamente honesto conmigo. Pero, aún así, el hecho de que me estuviera llevando con él ya me perturbaba de formas que no estaba preparada para enfrentar.

—Creo que debería... recoger mis cosas, entonces... —murmuré, tratando de encontrar una manera de escapar de ese momento extraño.

Lorenzo se rió. No una risa suave, sino una carcajada verdadera.

—¿Qué vas a recoger, Isabella? No tienes nada.

Me mordí el labio, avergonzada. Claro, tenía razón. No tenía ropa, ni pertenencias. Solo una pila enorme de camisolas ridículamente transparentes que él insistía en que usara.

—¿Tendré ropa decente para el viaje? —pregunté, con una ceja levantada—. O planeas que desfile donde sea que vayamos con nada más que esto —dije, sujetando el tirante del vestido ligero para ilustrar la pregunta, pero pronto me di cuenta de mi error.

Los ojos de Lorenzo bajaron hacia mi pecho, pero no se quedaron ahí. No. Bajaron, demorándose en mis pezones que inmediatamente se endurecieron bajo su mirada, y siguieron su camino hasta mis muslos. Solo entonces, regresaron a mi rostro.

—Tendrás todo lo que necesites para el viaje, Principessa. No soy un hombre al que le guste compartir lo que es mío. —No podía ni siquiera lidiar con el significado implícito de sus palabras, demasiado afectada por el calor que su mirada desató en todo mi cuerpo. Era

incluso más intenso que el día en la piscina. Yo solo...—. ¿Te han besado alguna vez, Isabella?

La pregunta atravesó la niebla en la que la presencia de Lorenzo me había sumido y parpadeé. Retrocedí, sorprendida, una nueva ola de calor subiendo por mi cuerpo y pintando mis mejillas y cuello de rojo.

—¿Qué? No... —respondí, vacilante, en un tono susurrado incapaz de ocultar las emociones que me sobrecargaban.

—Hagamos un trato —dijo, dando un paso hacia mí y reduciendo drásticamente la distancia entre nosotros. Su voz era baja, casi seductora—. Si me dejas besarte... responderé una de tus preguntas.

Sentí mi corazón latir más rápido, como si fuera a estallar. La idea de ser besada por Lorenzo me hizo sentir tantas cosas a la vez que no sabía qué pensar.

No podía... Pero, ¿quería? Y no debía, pero... podría ser una oportunidad.

—Cinco preguntas por un beso rápido —respondí, intentando usar mi tono más firme, aunque firmeza era lo último que sentía en ese momento.

¿Cómo... cómo llegamos hasta aquí? Lorenzo levantó una ceja y rió.

—Qué beso tan caro... Dos preguntas.

—Tres —negocié, rápidamente.

Se quedó en silencio un momento, evaluándome, y luego asintió.

—Tres preguntas. Pero nada de beso rápido, Isabella. Tiene que ser un buen beso.

Tragué saliva, con mi cuerpo completamente tenso.

—Quiero el pago por adelantado —solté, antes de perder la valentía.

Lorenzo se rió de nuevo, y asintió. ¡Dios! Qué deliciosa era su risa.

—Muy bien. Tres preguntas, pago adelantado.

Respiré hondo. Necesitaba elegir mis preguntas con cuidado.

—¿Quién eres realmente?

Lorenzo no dudó.

—Lorenzo Zannini. Hijo del Don Zannini, el jefe de la Cosa Nostra en Italia. Soy el Don de la Cosa Nostra en este lado del mundo, y controlé tu vida desde el momento en que te saqué de la fiesta de tu padre.

Sentí el impacto de sus palabras, el peso de la verdad. Mi secuestrador era uno de los hombres más poderosos de la mafia italiana. Un Zannini. Aunque en la ignorancia en la que las mujeres de la 'Ndrangheta estábamos naturalmente mantenidas, sabíamos quiénes eran los Zannini.

—¿Por qué me secuestraste? —pregunté, sin darme tiempo para reflexionar sobre la primera respuesta. Ahora no era el momento.

Él sonrió ligeramente, sin apartar la mirada.

—Para destruir a tu padre. Lo que más valora... Su nombre. Su imagen. Su honor.

La verdad cruda hizo que mi estómago se revolviera.

—¿Por qué sigo aquí?

Lorenzo dio un paso hacia adelante, reduciendo aún más la distancia entre nosotros.

—Porque, Principessa, aún no termino lo que comencé.

Antes de que pudiera procesar todo lo que acababa de decirme, Lorenzo dio un paso más hacia mí, y su rostro se acercó peligrosamente al mío.

—Hora de mi premio —murmuró.

Y entonces, me besó.

El choque del roce de sus labios contra los míos fue inmediato, como si el mundo se hubiera detenido por un segundo, y luego todo se hubiera derrumbado.

El calor de su boca quemó como fuego, y una corriente eléctrica recorrió todo mi cuerpo, partiendo desde donde me tocaba y expandiéndose como una llama. Sus labios eran firmes, exigentes, y no me dio tiempo para pensar, mucho menos para retroceder.

La mano de Lorenzo subió hacia mi nuca, sus dedos entrelazándose en mi cabello, tirando de él ligeramente hacia atrás, haciendo que mi cabeza se inclinara hacia él, abriendo aún más espacio para él.

Sentí el calor de su cuerpo presionado contra el mío, cada músculo firme, cada movimiento calculado, como si supiera exactamente lo que estaba haciendo… y lo sabía. Me atrapaba, me guiaba, me dominaba.

Mi mente luchaba, intentaba encontrar lógica en medio de ese torbellino de sensaciones, pero mi cuerpo... Mi cuerpo ya se había rendido. Contra todo lo que sabía, contra todo lo que debía sentir, me vi besándolo de vuelta.

Mis labios se abrieron para él, y Lorenzo no dudó. Profundizó el beso, su lengua deslizándose suavemente contra la mía, explorando, provocando, y su sabor invadió cada centímetro de mí como algo peligroso, pero adictivo.

Sus manos, que antes estaban solo en mi cabello, ahora deslizaban por mi espalda, los dedos rozando la seda fina de la camisola, haciendo que todo mi cuerpo se encendiera con cada roce.

Podía sentir sus músculos moverse bajo la ropa, el poder contenido en cada gesto. Y a cada segundo que pasaba, era como si la distancia entre nosotros disminuyera, no solo físicamente, nuestros cuerpos se amoldaban uno al otro, como si no hubiera espacio suficiente en el mundo para separarnos.

Lorenzo me acercó, su brazo rodeando mi cintura, y sentí mi piel erizarse bajo el contacto firme de su mano. Me sostenía como si fuera algo precioso, pero al mismo tiempo frágil, como si supiera que podía romper mi resistencia con un simple gesto.

El beso, que antes estaba controlado, se volvió más intenso. El calor de su respiración se mezclaba con la mía, y perdí la noción de dónde comenzaba él y dónde terminaba yo. Sus dedos apretaron mi cintura, y sentí su fuerza, su presencia, como algo irresistible, avasallador.

Mis manos, sin que me diera cuenta, encontraron el camino hasta sus hombros, sintiendo los contornos fuertes de sus músculos a través de la camisa, y antes de poder controlarme, lo sostuve allí, como si eso fuera lo único que pudiera mantenerme firme en medio de ese caos.

Mis dedos se apretaron alrededor del tejido, como si, de alguna forma, eso pudiera traerme de vuelta a la realidad. Pero ya no existía.

El calor irradiaba de él, su corazón latía fuerte contra mi pecho, y la presión de sus labios era implacable. El beso era más que solo deseo; era algo primitivo que me hacía sentir que estaba siendo consumida por completo.

Cuando finalmente se apartó, nuestra respiración estaba entrecortada. Nuestros ojos se encontraron, y yo seguía aturdida, tratando de entender lo que acababa de suceder.

La presencia de Lorenzo aún estaba grabada en mi piel, en mis labios, en cada célula de mi cuerpo. Él sonrió, sus ojos brillando con satisfacción.

—Tal vez acabas de descubrir una mina de oro para negociar conmigo, Principessa.

17. ISABELLA MORETTI

Solté el cinturón de seguridad en el momento en que la azafata anunció que habíamos aterrizado con seguridad. El vuelo había sido largo, silencioso e inquietante.

No podía dejar de pensar en el beso de la noche anterior. Aún estaba procesando todo lo que había sucedido, desde las palabras de Lorenzo hasta el instante en que nuestros labios se encontraron.

Cada vez que intentaba alejar los recuerdos, ellos volvían con más fuerza, haciéndome pensar en el calor de su cuerpo, en la firmeza de su tacto, en el deseo que aquel simple beso había despertado dentro de mí.

No debería sentirme así. No por él. Lorenzo era el hombre que me secuestró, que me mantenía prisionera. Pero en el momento en que nuestros labios se encontraron, era como si todo eso hubiera perdido su importancia.

Quería negar lo que sentía, pero la verdad era que el beso me había afectado más que cualquier otro momento que había vivido en toda mi vida. Y lo peor de todo era que él actuaba como si nada hubiera pasado.

Estaba perfectamente tranquilo, concentrado en su iPad, como si mi presencia no lo afectara. Como si los recuerdos no lo estuvieran atormentando. Como si el deseo de más de esa sensación no lo estuviera volviendo loco. Y tal vez no lo estaba.

No sabía qué me volvía más loca. Si el anhelo de sentir el sabor de Lorenzo otra vez o la duda de si él era indiferente o no. ¿Le habría gustado?

Me encontraba mirando sus labios cada oportunidad que tenía, tratando de adivinar sus pensamientos. Pero él seguía impasible, sin ninguna pista.

"Tal vez acabas de descubrir una mina de oro para negociar conmigo, Principessa", había dicho. ¿Estaba hablando de besos? Tenía que ser, ¿verdad? ¿De qué más podría estar hablando?

Cuando finalmente aterrizamos, sentí un leve cambio en el aire. El clima era cálido, húmedo, y el olor a mar llenaba el ambiente. Era una isla privada. Enorme y muy rica.

La belleza del lugar me sorprendió de inmediato. El verde exuberante de las palmeras, el azul intenso del océano... Todo parecía surrealista, casi como si estuviera en un sueño. O, tal vez, en una pesadilla disfrazada de paraíso.

Lorenzo me explicó que la isla estaba controlada por un cartel mexicano y que él estaba allí por negocios. La brisa cálida del océano tocó mi piel tan pronto como salimos del avión, y cerré los ojos por un momento, absorbiendo la sensación de libertad, aunque fuera ilusoria.

Después de meses confinada, eso era lo más cercano que llegaría a estar libre. Como si sintiera el rumbo que tomaban mis pensamientos, Lorenzo tomó mi mano antes de que pudiera bajar el primer escalón hacia la pista de aterrizaje.

—¿A quién perteneces? —preguntó, recordándome las reglas. Como si no las hubiera dejado claras antes de salir de Seattle.

Revolví los ojos con poca paciencia y sentí cómo mi cuerpo era tirado hacia él. Mi pecho se pegó al de Lorenzo y respiré con sorpresa.

—Me encanta tu arrogancia, Principessa, pero estamos muy lejos de casa. Si haces alguna estupidez, las cosas pueden salir muy mal.

—Ya me lo dijiste —logré reunir fuerzas para decirle, a pesar de que cada célula de mi cuerpo vibraba y se retorcía mientras mi cerebro inútil intentaba averiguar cómo actuar.

Quiero decir... Lorenzo no puede... simplemente... hacer esto, ¿no? No puede simplemente arrastrarme hacia él, quedarse tan cerca. Debería alejarme. Debería retroceder un paso. Tres, solo por

seguridad. Pero todo lo que hago es quedarme allí, parada en sus brazos como una idiota, parpadeando hacia sus ojos azules e intentando, sin éxito, no dejar que mi respiración fallara.

Lorenzo sonrió como si supiera cada pensamiento desordenado que pasaba por mi cabeza, luego su mano se levantó y acarició mi mejilla con una delicadeza que ni siquiera sabía que él era capaz de tener.

—Sé lo que te dije, Principessa. Solo quiero asegurarme de que lo entendiste. Este no es un lugar donde quieras poner nuestras vidas en riesgo. —Esta vez su tono no era de exigencia, todo lo contrario. Había una suavidad en su voz que, por alguna razón, me hizo sentir segura, que me hizo confiar en él—. ¿A quién perteneces, Isabella? —repitió la pregunta, y tragué en seco, esforzándome por no cerrar los ojos mientras su caricia en mi rostro continuaba.

Le pertenecía a él. Lo había dejado claro, incluso aquí, nada cambiaría. Debía obedecerlo, no intentar escapar o pedir ayuda, y las consecuencias, si decidía arriesgarme, serían severas. Su voz al decirme esto fue firme, pero con un toque de advertencia, como si no hubiera ninguna posibilidad de que yo probara esos límites.

—A ti —respondí, y Lorenzo sonrió, como si mis palabras lo complacieran.

—Buena chica —elogió, y rozó sus labios en mi frente.

¿Qué... qué estaba pasando? ¿Desde cuándo hacíamos ese tipo de cosas? ¿Toques, caricias? ¿Demostraciones públicas de afecto? ¿Demostraciones de cualquier tipo de afecto? No había espacio para eso... Yo... No tuve tiempo para pensar en eso.

Lorenzo deslizó la mano hasta que nuestros dedos se entrelazaron y me condujo escaleras abajo, donde ya nos esperaba una camioneta negra y lujosa en la pista de aterrizaje.

Se sumergió de nuevo en su iPad tan pronto como nos sentamos y perdí la cuenta de cuántas veces abrí y cerré la boca, buscando palabras para expresar las dudas que se esparcían en mi mente

como hormigas obstinadas, pero nada salió y casi media hora después, cuando el coche se detuvo frente a un lujoso e impresionante hotel, me rendí.

El lugar donde nos alojaríamos era una propiedad de lujo frente al mar, el tipo de lugar que solo había visto en películas y soñaba con conocer. No porque mi familia no tuviera dinero para permitirme tal lujo, sino porque nadie en ella estaba interesado en darme esa experiencia.

No pude evitar asombrarme. Bajé del coche, cuando el guardia abrió la puerta para mí, ya con la cabeza inclinada hacia atrás y los labios ligeramente entreabiertos.

Miraba a mi alrededor, cautivada por la decoración en tonos tierra, llena de elementos naturales y artesanías. Sentí nuevamente los dedos de Lorenzo entrelazándose con los míos, pero estaba tan ocupada descubriendo el entorno que no me preocupé por eso en ese momento. Después. Pensaría en eso después.

Lorenzo me guió tranquilamente a través de la entrada, como si me dejara explorar todo con la lentitud que quería. Las paredes blancas brillaban bajo el sol y el sonido del mar de fondo creaba una atmósfera casi pacífica. Casi.

No podía esperar para ir a la playa. Hacía mucho tiempo que no ponía los pies en el mar. Y esperaba que este viaje me diera la oportunidad. Lorenzo había dejado claro que no me quedaría confinada en la habitación. Iba a donde él fuera, participaría en todas sus reuniones, lo que, debo admitir, me sorprendió.

¿Por qué me incluía en todo esto? Desde que llegué a su vida como prisionera, Lorenzo siempre me había mantenido alejada de cualquier detalle importante de sus negocios. ¿Pero ahora me dejaría escuchar todo?

No estaba escondiendo nada sobre el tráfico de drogas o el cartel mexicano. Esto me confundía. Era como si confiara en mí... o tal vez ya no le importaba lo que yo supiera.

Mientras Lorenzo se dirigía directamente a la recepción, me quedé unos pasos atrás, absorbiendo el ambiente a mi alrededor. El aire fresco del mar mezclado con el olor a sal, la arquitectura grandiosa del hotel, las ventanas panorámicas que enmarcaban el paisaje natural, las palmeras moviéndose suavemente al viento... Aquí me sería fácil olvidar que aún estaba en cautiverio.

Los empleados del hotel nos recibieron con respeto y discreción, algo que parecía familiar para él. Para mí, todo parecía casi... normal. Como si, por un breve momento, fuera una invitada, y no una prisionera.

Mis ojos se encontraron con los de Lorenzo mientras hablaba con la recepcionista, y por un momento, él me miró de vuelta, con una mirada cargada de algo que no lograba descifrar.

Sabía que no debía bajar la guardia. Ese paraíso tropical era solo una fachada. Y cualesquiera fueran los motivos para el cambio en el comportamiento de Lorenzo de ayer a hoy, no serían buenos para mí. Seguía siendo su prisionera. Pero, por alguna razón, ese pensamiento no me produjo el mismo desespero de antes.

---

18. LORENZO ZANINI

El aire cálido y húmedo de la noche mexicana estaba impregnado con el olor salado del mar y la suave brisa que hacía moverse las palmeras de forma delicada.

Isabella caminaba a mi lado, como debía ser. Siempre a mi lado. Sus ojos recorrían cada detalle a nuestro alrededor, absorbiendo la libertad limitada que le ofrecía.

El vestido que había elegido para ella resaltaba cada curva de su cuerpo. Un toque de elegancia simple, pero que no pasaba desapercibido ni por mí ni por los hombres que cruzaban nuestro camino.

Con cada movimiento que hacía, sentía las miradas de ellos sobre ella, y eso solo incrementaba mi deseo de dejar claro que ella era mía.

Mi mano permanecía en su espalda baja, una muestra silenciosa de posesión, y cada vez que mi mano rozaba su brazo o su espalda, podía ver un leve temblor recorrer su cuerpo.

Para ella, este momento probablemente parecía surrealista: estar fuera de casa, en una isla, libre para respirar el aire de la noche.

Cuando nos acercamos a la entrada del restaurante, Don Martínez estaba allí para recibirnos. Era un hombre corpulento, con una sonrisa amplia y fácil, pero sus ojos eran duros, experimentados.

A su lado, su esposa, una joven de apariencia discreta, permanecía callada, pero sus ojos lo captaban todo. Alrededor de la mesa, otros miembros del cartel ya estaban sentados, esperando el inicio de las negociaciones.

—¡Lorenzo! —exclamó Don Martínez, abriendo los brazos como si recibiera a un viejo amigo—. ¡Por fin! Y veo que has traído una compañía encantadora.

Me acerqué a él, estrechando su mano firmemente y asintiendo con una sonrisa controlada.

—Don Martínez, siempre es un placer. —Me giré ligeramente hacia Isabella, manteniendo la mano en su espalda—. Esta es Isabella. Ella me acompaña en este viaje.

La mirada de Martínez recorrió rápidamente el cuerpo de Isabella, deteniéndose más de lo necesario, pero su expresión siguió siendo amigable.

—Bienvenida, Isabella —dijo, con una cortesía superficial que me molestó—. Espero que disfrutes de nuestra hospitalidad.

—Gracias —respondió Isabella, con voz contenida, pero firme.

Podía sentir la tensión en su cuerpo bajo mi roce, pero se mantenía serena, aún sabiendo exactamente lo que estaba pasando.

Nos sentamos a la mesa. Yo la mantuve a mi lado, el brazo casualmente apoyado en el respaldo de su silla. Cada toque que le daba, cada roce de mis dedos, no pasaba desapercibido.

Podía ver su incomodidad, su intento de mantener la distancia emocional, pero cada vez que nuestros cuerpos se acercaban, la barrera que trataba de mantener se hacía más débil.

La decisión de traerla en este viaje había sido calculada, como todas las decisiones que tomaba. Sabía que darle esa falsa sensación de libertad destruiría sus últimas defensas.

Era todo lo que necesitaba para derribarlas de una vez. Pero lo que me sorprendía era cuánto me estaba gustando verla así: curiosa, absorbiendo cada detalle a su alrededor, como la chica de diecinueve años que era.

Sus ojos brillaban con esa necesidad de descubrir, de entender lo que sucedía. Cada caricia, cada mirada, cada palabra y gesto, me recompensaban con una reacción: un leve estremecimiento, una mirada perdida, una respiración agitada. Y eso me atraía más.

El beso de la noche anterior... Ese beso había cambiado las cosas. No de una forma romántica, porque no era ese tipo de hombre. Era algo más profundo, una obsesión que ya no podía controlar.

Era el momento del siguiente paso en mi plan, pero sabía que no podía esperar más. No después de probar el sabor de Isabella, su boca, la forma en que se entregó... Necesitaba más.

Y no solo su boca. Estaba ansioso por descubrir el sabor de cada parte de su cuerpo: su piel, sus tetas, su vagina, su culo. Demonios. ¡Quería todo! Cada pedacito. La destruiría, y aprovecharía cada segundo de eso.

Nos sentamos, y la conversación en la mesa comenzó ligera, con Martínez hablando sobre la belleza de la isla y las comodidades que ofrecía a sus invitados. Todos reían, brindando por la buena salud y el éxito de los negocios.

Pero pronto el tono cambió, y el verdadero propósito de esa reunión salió a la luz. Don Martínez y sus hombres discutían sobre el próximo cargamento de drogas que cruzaría la frontera, el tipo de operación que yo llevaba años manejando sin cometer errores.

—El cargamento de la semana pasada fue un éxito —comentó uno de los hombres de Martínez, levantando su copa en mi dirección —. No tuvimos problemas con las autoridades en la frontera.

—Eso fue porque la ruta estaba bien planeada —respondí, recostándome en la silla y echando un vistazo calculado a la mesa—. Pero el próximo cargamento será más grande. Necesitamos asegurarnos de que la operación continúe sin fallos.

Martínez asintió, pero con una expresión de cautela.

—El riesgo de un cargamento mayor es proporcional, Lorenzo. Estamos hablando de cantidades que requieren un nivel extra de seguridad. Mis hombres están listos, pero entiendes que, si algo sale mal, las consecuencias serán devastadoras.

Me encogí de hombros, tomé mi copa de vino y la llevé a mis labios, sin apartar los ojos de Martínez.

—Si algo sale mal, Martínez, será porque alguien no hizo bien su trabajo. No soy conocido por fallar.

Hubo un momento de silencio, luego él rió, un sonido profundo que resonó en la habitación.

—Claro, Lorenzo. Confío en tu palabra.

Isabella permanecía callada a mi lado, sus ojos atentos a cada palabra. Sabía que estaba tratando de entender por qué la incluía en esas negociaciones, por qué la dejaba escuchar cada detalle sobre el tráfico de drogas. Pero eso formaba parte de mi plan.

Quería que se preguntara si algo había cambiado. Quería que la duda la mantuviera enfocada solo en mí. Quería jugar con su mente tanto como con su cuerpo.

—Hablando de rutas —intervino uno de los hombres del cartel, más al fondo, inclinándose hacia adelante—, estamos considerando una ruta alternativa por la costa oeste. Menos transitada, menos patrullada.

Mis ojos se entrecerraron mientras pensaba al respecto. Bajo mi mando, la Cosa Nostra ya había dominado casi toda la Costa Oeste, pero los rusos insistían en pelear por territorios que nunca serían suyos.

Un cambio de ruta podría ser una opción atractiva para ellos. No porque pudieran lucrar atacando mi cargamento, sino porque simplemente querían joderme.

—Las rutas están funcionando perfectamente. ¿Por qué arriesgarse?

—Menos patrullada, pero también más vulnerable —intervino otro, más viejo, con mirada calculadora—. Menos posibilidades de ser detectados, pero mayores riesgos de ataques de otras facciones.

Moví la cabeza.

—No vale la pena el riesgo. Lo importante es la seguridad, no la comodidad.

Los hombres alrededor de la mesa asintieron, algunos a regañadientes. Sabían que tenía razón, pero también sabían que esa decisión aumentaría los costos de la operación. Martínez, por su parte, solo sonrió.

—Estoy de acuerdo con Lorenzo —dijo, tomando un sorbo de vino —. Prefiero pagar más por algo garantizado que arriesgarlo todo.

La discusión continuó durante algunos minutos, pero mi mente estaba dividida. Parte de mí estaba completamente concentrado en la negociación, pero otra parte no podía dejar de notar a Isabella.

Sentía su presencia con una intensidad que empezaba a irritarme. Sus movimientos, las miradas rápidas que lanzaba hacia mí, cómo sus dedos jugaban nerviosamente con el borde de su copa.

Entonces, ella se levantó.

—Voy a caminar un poco —dijo, en voz baja, lo suficiente solo para que yo la oyera.

Asentí, y la observé alejarse, caminando hacia la playa.

Sus pies descalzos se hundieron en la arena fría, y no pude apartar la vista. La imagen de ella allí, tan cerca del mar, sola por primera vez en meses, era hipnótica. Parecía libre...

—Parece que estás entretenido con tu nuevo juguete, Lorenzo — dijo Don Martínez, con su voz cargada de insinuación.

Reí levemente, manteniendo la calma, pero el comentario me molestó porque me hizo dar cuenta de que me había distraído más de lo que pensaba de la conversación en la mesa.

—Isabella es una novedad interesante —respondí, sin perder la compostura, pero dejando claro con mi tono que ella estaba fuera de los límites para cualquier otro hombre.

—Un juguete interesante, sin duda —provocó Don Martínez, lanzando una mirada lasciva hacia Isabella. Mi mandíbula se tensó, pero mantuve mi expresión neutra—. Tal vez quiera jugar un poco con ella cuando termines. Quién sabe, podríamos compartir el placer.

La ira que creció dentro de mí fue inmediata, caliente como el infierno. Mi mano palpitaba con el deseo de arrancarle la vida allí mismo, frente a todos. La sangre subió a mis sienes, y casi veía al hombre muerto frente a mí. Nadie hablaba así de Isabella. Nadie.

Pero tenía que controlarme.

Con una sonrisa falsa, respondí.

—¿Quién sabe? —Por dentro ya imaginaba todas las formas en que haría que Don Martínez pagara por su osadía. Lo destrozaría, lentamente, e Isabella nunca sabría el porqué.

Cuando Don Martínez y sus hombres se despidieron, dejándome finalmente solo, me recosté en la silla, con mis ojos fijos en Isabella, que seguía caminando por la playa, completamente ajena a lo que había sucedido.

Sabía que acercarme a ella en ese momento solo traería problemas. En el estado en que me encontraba, nada bueno vendría si me acercaba demasiado. No mientras la rabia aún hervía en mi sangre y el deseo por ella ardía tan fuerte.

Así que me quedé allí, observando a lo lejos, mientras el mar y la luna creaban un marco casi perfecto para lo que estaba por venir.

19. ISABELLA MORETTI

El cielo estaba salpicado de estrellas, cada una brillando con una intensidad que parecía reflejar el torbellino de emociones que se agitaba dentro de mí. Lorenzo tenía razón cuando se burló de mí por decir que el cielo de Seattle estaba estrellado.

Comparado con ese, el cielo sobre la mansión parecía vacío y opaco. La brisa suave traía el olor salado del mar, y el sonido de las olas rompiendo suavemente en la playa debía ser tranquilizador. Debería serlo.

Pero nada estaba tranquilo en mí. El beso de la noche anterior seguía resonando en cada rincón de mi mente. El tacto de los labios de Lorenzo... El calor que recorrió mi cuerpo... Mi corazón latía con fuerza solo de recordarlo, y ahora, aquí, sola en la terraza del bungalow, me preguntaba: ¿Qué pasará esta noche?

Solo había una cama en la habitación. Lorenzo no había dicho nada al respecto, pero la realidad de la situación golpeaba mi cabeza desde que llegamos. ¿Él iba a dormir en el suelo? ¿Yo? ¿O... dormiríamos juntos?

Esa última idea hizo que mi corazón acelerara de una manera que no quería admitir. La negativa de Lorenzo a darme ropa decente me había acostumbrado a estar en camisola en su presencia.

Ni siquiera dudé en salir del baño después de cambiarme, cuando llegamos de la cena. Pero eso era una cosa, dormir con él, en la misma cama, era otra completamente diferente.

Su presencia hizo que mi mente se apagara brevemente, borrando cualquier pensamiento que no fuera la conciencia de su cercanía. Incluso antes de verlo, sabía que estaba ahí.

Era como si el aire a mi alrededor hubiera cambiado, se hubiera vuelto más denso, más cargado. Lorenzo apareció en la terraza, acercándose con pasos lentos, sin prisa. Se detuvo a mi lado, sin

decir nada durante algunos momentos, y el silencio entre nosotros era palpable.

No lo miré de inmediato. Mantuvé mis ojos fijos en el cielo, su presencia era abrumadora. El calor de su cuerpo parecía irradiar, aunque él aún estaba a unos centímetros de distancia.

—Es bonito, ¿verdad? —dijo, con su voz baja, cargada de una calma controlada.

Solo asentí, sintiendo su mirada sobre mí más que cualquier otra cosa. Mi respiración se volvió más pesada, y aunque trataba de concentrarme en las estrellas, todo lo que sentía era su presencia, como una corriente eléctrica silenciosa recorriendo mi cuerpo.

Se acercó un poco más, y mi corazón se aceleró. No lo suficiente para invadir completamente mi espacio, pero sí lo bastante para que sintiera su calor creciendo, casi tocando mi piel. Mi cuerpo entero estaba en alerta, cada nervio a flor de piel.

La mano de Lorenzo se movió, subiendo lentamente hacia mi rostro. No me tocó, deteniéndose a unos centímetros de mi piel. Mi mirada se clavó en la suya, y ambos respiramos más profundamente, como si el aire a nuestro alrededor se hubiera vuelto demasiado pesado.

—Deberíamos acostarnos —dijo, con voz grave, casi fue un susurro—. Mañana el día comenzará temprano.

Desvié la mirada hacia el mar cuando la decepción me invadió. Mis manos temblaban, y mi mente giraba en torno a la pregunta que no quería hacer en voz alta.

Pensé que él... Pensé que me besaría. ¿Por qué no me besó? Yo... ¿quería que me besara otra vez? Sí. Desesperadamente. Pero nada de eso se dijo. Solo asentí, y ambos nos alejamos de la terraza, volviendo al interior del bungalow.

Cuando llegué frente a la cama, lo que estaba por venir se hizo aún más real. Mi mirada, sin querer, se posó en los labios de

Lorenzo. Estaba pensando en el beso otra vez, en cómo el mundo desapareció mientras sus labios presionaban los míos.

—¿Estás bien? —preguntó Lorenzo, y cuando parpadeé volviendo a la realidad, vi que ya se estaba quitando la camiseta.

Mi cerebro colapsó.

Él estaba usando unos pantalones cortos de lino y una camiseta simple. Algo tan mundano, tan casual, que me dejó completamente desprevenida.

Ya lo había visto sin su traje durante el viaje, pero esta vez... esta vez era diferente. Él estaba ahí, a punto de dormir, y por primera vez, realmente lo veía así.

Cuando levantó la camiseta sobre su cabeza, revelando el pecho desnudo, dorado y tatuado, sentí que mis pupilas se dilataban. Mis ojos recorrieron cada centímetro de ese cuerpo musculoso. Cada definición en su abdomen, las líneas de las tatuajes, los músculos de sus muslos gruesos y rígidos. La respiración se me cortó.

Quería tocarlo. Era lo único que pasaba por mi mente.

—¿Lista? —preguntó Lorenzo casualmente, levantando la manta de la cama.

Me forcé a desviar la mirada, parpadeando varias veces para volver a mí. Mi corazón latía tan rápido que parecía que iba a salir disparado de mi pecho. Luché por encontrar mi voz, pero cuando finalmente hablé, solo fue un tartamudeo desesperado.

—¿N-n-nosotros v-vamos a dormir e-en la m-misma c-cama?

Lorenzo se rió, esa risa baja y arrastrada que hacía vibrar cada fibra de mi ser.

—¿Qué otra opción hay? —dijo, con la mayor naturalidad del mundo—. Solo hay una.

Un largo suspiro escapó de mis labios, y por más que quería argumentar, no encontré fuerzas para hacerlo. Cada parte de mi cuerpo me gritaba, suplicando que no resistiera. Todo lo que quería

en ese momento era acostarme a su lado, sentir ese cuerpo cálido y fuerte cerca del mío.

Caminé hasta la cama y me acosté, sintiendo las sábanas frescas contra mi piel, tratando de calmar el caos que reinaba dentro de mí.

Lorenzo se acostó a mi lado, la cama era demasiado pequeña para la distancia que quería mantener entre nosotros. El silencio de la noche solo era interrumpido por el suave sonido de las olas afuera, y traté de concentrarme en eso, en el ritmo tranquilo del mar, en cualquier cosa que no fuera Lorenzo acostado tan cerca de mí. Estaba casi lográndolo, hasta que él rió suavemente.

—Si duermes tan al borde, vas a terminar cayéndote de la cama, Principessa.

Giré el rostro hacia él, las palabras atrapadas en mi garganta.

—Está todo bien. Casi no me muevo mientras duermo —mentí, tratando de sonar tranquila.

Lorenzo se rió otra vez, ese sonido grave que hacía que mi estómago se revolviera.

—Ya veremos.

Antes de que pudiera reaccionar, sentí su brazo rodeando mi cintura, tirándome hacia él como si fuera lo más natural del mundo.

En un abrir y cerrar de ojos, mi espalda estaba pegada a su pecho desnudo, y el calor de su cuerpo se extendió por el mío como fuego. Hundió la nariz en mi cabello, que estaba esparcido sobre la almohada, y susurró en mi nuca, con su voz baja, cargada de una intimidad peligrosa.

—Me encanta tu olor, Principessa.

Mi cuerpo se tensó, pero no pude moverme. No podía respirar bien. Cada célula de mi cuerpo estaba alerta, los sentidos sobrecargados de una manera tan devastadora que todo lo que podía hacer era sentir.

Lorenzo se acercó aún más, sus brazos estaban firmes alrededor de mi cintura, manteniéndome cerca de él de una forma que debería incomodarme, pero solo hacía que mi corazón latiera más rápido.

—Apagar luces —ordenó a la asistente virtual de la habitación, y en un segundo, el ambiente se sumió en una suave oscuridad, rota solo por la luz de la luna que entraba por la terraza abierta.

—Buenas noches, Isabella —susurró, su aliento cálido contra mi nuca, casi como una canción de cuna.

Logré responder, aunque mi voz estaba débil, apenas un susurro.

—Buenas noches...

Mis ojos pesaban, el cansancio del viaje finalmente me alcanzó, pero había algo más... algo mágico en la forma en que Lorenzo me sostenía, en el calor de su cuerpo arrullándome.

El sonido de las olas, el olor del mar mezclado con su contacto... todo eso me envolvió, y sentí el sueño apoderándose de mí de una manera que no pude resistir.

Mientras me dormía, no pude evitar pensar que tal vez el padre Jackson tenía razón. Antes de destruirte, el pecado te seduce y te hace sentir el ser más poderoso del mundo.

Porque estaba dormida en sus brazos, y nada nunca fue tan irresistible.

---

20. LORENZO ZANINI

Apreté los labios uno contra el otro y dejé escapar una larga exhalación. El sonido bajo del motor reverberaba en el coche, contrastando con el silencio pesado que se instaló a nuestro alrededor después de que subimos al vehículo.

Isabella estaba sentada a mi lado, y podía sentir cada una de sus respiraciones, cada sutil movimiento que hacía. El vestido rojo ajustado que llevaba era una visión de otro mundo.

La tela moldeaba su cuerpo de una manera tan perfecta que parecía haber sido hecha directamente sobre su piel. La abertura revelaba parte de sus piernas mientras se movía, y cada pequeño movimiento hacía que mi autocontrol se deslizara un poco más.

Mis ojos se veían inevitablemente atraídos hacia ella, como si cada detalle estuviera dibujado solo para mí. El brillo de su piel bajo la luz suave del coche, el contacto ocasional de su cabello sobre su hombro... todo parecía amplificado.

Y su olor... un perfume suave, mezclado con algo natural, algo que aún no lograba descifrar, pero que me estaba volviendo loco.

Intentaba mantener el foco. Aquella noche era importante. Necesitaba finalizar las negociaciones con el cartel y sellar el acuerdo. Y, sobre todo, necesitaba mantener el control. Pero Isabella... ella estaba consumiendo todos mis pensamientos.

Cinco días y noches en ese maldito lugar, compartiendo la cama con ella, hundido en su aroma, sintiendo su cuerpo pegado al mío. Sin poder hacer lo que quería. Sin poder besarla hasta que olvidara cualquier cosa que no fuera ser mía. Sin poder meterle la verga como tanto deseaba.

Era una tortura lenta, pero necesaria. Y ya estaba cerca de terminar. Solo necesitaba pasar por esa fiesta. Después... antes de que amaneciera, Isabella sería mía.

La tendría debajo de mí, hundido hasta el fondo de su vagina, sintiendo su cuerpo apretándose a mi alrededor mientras le metía la verga hasta el amanecer. Mejor aún, vería el sol nacer mientras me metía en su vagina con gusto. Tendría un amanecer marcado por los gemidos y gritos de la mujer que estaba arrancando mi cordura, y nada, nada, me detendría.

El coche se detuvo frente al lugar de la fiesta. Un restaurante al aire libre, con faroles colgando que iluminaban la noche mexicana. La música animada llenaba el aire, y me forcé a respirar hondo, retomando el control.

Trataba de concentrarme en la atmósfera, en los negocios que debíamos terminar, pero Isabella, a mi lado, era como una droga que no podía dejar de consumir.

Bajamos del coche y pronto nos recibió Martínez con su típica y amplia sonrisa. Como siempre, abrió los brazos, en un gesto exagerado, mientras su esposa permanecía al lado.

—¡Lorenzo! —exclamó, acercándose para estrechar mi mano—. ¡Bienvenido! ¡Bienvenida, Isabella!

La saludó y luego la miró, su mirada recorriendo cada centímetro de su cuerpo.

—Don Martínez, un placer, como siempre —respondí, manteniendo la sonrisa en el rostro, aunque el hombre se demoraba más de lo necesario mirando a Isabella.

—¡Vamos! ¡Vamos a festejar! —dijo Martínez, con un tono amistoso, pero con un brillo depredador en los ojos.

Isabella solo sonrió educadamente. Nos dirigimos hacia el interior del restaurante y nos sentamos a la mesa. La música llenaba el ambiente, y los otros miembros del cartel ya estaban posicionados alrededor, creando un clima de relajación.

Pero para mí, Isabella era todo lo que importaba. Cada uno de sus movimientos, cada gesto, cada mirada discreta que lanzaba en mi dirección... todo parecía amplificado al máximo.

Cada vez que desviaba la mirada hacia Isabella, me consumía el deseo de arrastrarla al baño y que me la chupe hasta que gritara mi nombre.

Estaba obsesionado con la forma en que el vestido de Isabella delineaba su cuerpo. Con el calor que emanaba de ella. Con el hecho de que estaba tan cerca de poseerla que apenas podía respirar.

—Lorenzo, deberías bailar —sugirió Don Martínez, con una sonrisa divertida, ya levantándose para llevar a su esposa a la pista de baile —. ¡Es tradición!

La música al fondo se intensificó, y todos a nuestro alrededor comenzaron a levantarse para bailar. Me giré hacia Isabella, extendiendo la mano.

—Vamos, Principessa —dije, con mi voz baja, cargada de intenciones—. Vamos a bailar.

Consciente de mis instrucciones antes del viaje -que hacían referencia a obedecer todo lo que le pidiera-, Isabella dudó por un segundo, pero pronto aceptó mi invitación.

Tan pronto como la tomé de la mano para dirigirla a la pista de baile, sentí la suave presión de su mano sobre la mía, y la distancia entre nuestros cuerpos fue devorada por pasos firmes. Rodeé su cintura con fuerza, sintiendo la tela suave del vestido contra mis dedos e Isabella susurró.

—No sé bailar este tipo de música.

Sonreí de lado.

—No te preocupes, Principessa. Yo te guiaré. Solo confía en mí.

Sus labios no respondieron, pero sus ojos sí.

La música comenzó fuerte, intensa, vibrando en el aire caliente de la noche. Era el tipo de música que dictaba el ritmo, que invadía los cuerpos sin pedir permiso.

La atraje aún más hacia mí y moví las caderas, forzando las de ella a moverse también en un lento vaivén, observando el brillo

indecifráble en sus ojos mientras ella aceptaba.

Había algo peligroso en ese brillo, algo que estaba esperando, deseando. Chispas de deseo atravesaban mi cuerpo y se dirigían directamente hacia ella.

La música rápida e intensa no dejaba espacio para movimientos tímidos o recatados. La guiaba, e Isabella me seguía como si fuéramos parte de una coreografía única, ensayada y, sin duda, sensual. A cada movimiento, nuestros cuerpos se acercaban más, y el calor que emanaba de ella era intoxicante.

Isabella me miró, los ojos fijos en los míos, como si estuviera buscando algún tipo de respuesta para lo que estaba por suceder.

Mis manos sostuvieron su cintura con firmeza, atrayéndola aún más cerca de mí, sintiendo cada curva de su cuerpo que estaba atrapada bajo ese maldito vestido rojo. La tela fina entre nosotros solo acentuaba la proximidad, haciendo que el contacto fuera más real, más íntimo.

La sensación de su piel, aunque cubierta por la tela, era una tortura. Isabella intentaba mantener el control, pero podía sentir la duda en sus movimientos, la forma en que su cuerpo temblaba levemente cada vez que la acercaba más.

—Respira, Principessa —susurré contra su oreja, con mi voz baja y rasposa.

No respondió, pero pude sentir la aceleración de su respiración, el latido frenético de su corazón contra el mío.

La música dictaba el ritmo, pero en realidad, lo que realmente conducía los pasos era el deseo entre nosotros. Nuestros cuerpos se movían juntos, en sintonía, una danza cargada de promesas no dichas.

Mis manos recorrían su cintura, sus caderas, y sus ojos fijos en los míos me decían todo lo que aún no podía decir. Su perfume envolvía mis sentidos, y, mientras más cerca estábamos, más claro quedaba que no había barreras entre nosotros.

Isabella mordió el labio, un gesto nervioso y mal calculado, que solo aumentaba mi deseo de tomarla allí mismo, en la pista de baile. Cada roce de nuestros cuerpos era un recordatorio doloroso de lo que aún no había hecho.

Nuestros rostros estaban demasiado cerca, las respiraciones mezcladas. El calor de su cuerpo me golpeaba como una ola avasalladora. Me acerqué más, mis labios estaban a solo centímetros de los suyos, sintiendo la suavidad de su cabello tocando mi piel.

Su respiración entrecortada era la única respuesta que necesitaba para saber que estaba tan al borde del colapso como yo. La música subía, se intensificaba, alcanzando un clímax que parecía reflejar perfectamente lo que estaba sucediendo entre nosotros.

Mis manos, firmes, la mantenían en su lugar mientras girábamos, nuestros cuerpos pegados como si ya no hubiera separación posible. Sus ojos brillaban con una mezcla de deseo y miedo, y yo sabía… sabía que la tenía exactamente donde quería.

Cuando la música alcanzó su punto máximo, pude sentir a Isabella debatirse internamente. Estaba a punto de rendirse, a punto de perder completamente el control, pero... no. De repente, se soltó de mí, abruptamente, con los ojos desorbitados y el rostro en pánico.

—Isabella —la llamé, pero ya era demasiado tarde.

Giró sobre sus talones, huyendo de la pista de baile. Observé su cuerpo perderse entre la multitud, los tacones golpeaban el suelo mientras corría hacia el baño, dejando atrás el eco de la tensión que flotaba entre nosotros.

Me quedé parado en medio de la pista, respirando con pesadez, el calor de su cuerpo aún pegado a mi piel. Ella huyó, pero no iría lejos. No. Tendría que volver, y volvería directamente a mis brazos.

21. ISABELLA MORETTI

El sonido de la puerta al cerrarse resonó en todo el bungalow, un sonido que me golpeó como una señal inevitable de lo que estaba por venir. Estaba en el centro de la habitación, frente al mar, pero cada centímetro de mi cuerpo era consciente de la presencia de Lorenzo detrás de mí.

No necesitaba verlo para sentir su cercanía. Como si hilos invisibles nos conectaran, hilos tejidos de deseo, tensados hasta el límite.

Era como si dentro de mí ardiera un anhelo doloroso, un anhelo de algo que nunca tuve, pero que de algún modo siempre me perteneció. Toda la noche había sido una tortura, desde el momento en que sus ojos se posaron en mí en el coche hasta el baile explosivo.

Sabía con cada parte de mi ser que lo que estaba a punto de suceder era inevitable. Y por mucho que intentara engañarme a mí misma diciéndome que no había forma de que cediera, la verdad era que ya me había entregado. Mi cuerpo, mi mente... mi alma.

Lorenzo se acercó con pasos lentos y firmes, cada uno de ellos reverberando en mi interior, como si pudiera sentir su impacto en mi piel. Entonces sus dedos tocaron mi pelo, recogiéndolo en un solo hombro, y el contacto hizo que mi piel se estremeciera de una forma que parecía no tener fin.

Su cálido aliento me envolvió antes incluso de que sus labios rozaran mi cuello, y cuando lo hicieron, gemí. El sonido salió largo, bajo e incontrolable, cargado con el peso de todas las sensaciones que Lorenzo me estaba haciendo sentir.

Sus labios seguían recorriendo la curva de mi cuello, mientras sus manos descendían con firmeza hasta mis muslos. Lorenzo no era delicado, no era cuidadoso. Era todo lo que yo sabía que sería: decidido, intenso, necesitado.

Con un movimiento rápido y brutal, agarró las solapas de la abertura de mi vestido y, de un solo rasgón, la tela se deshizo en sus manos, cayendo de mis hombros como un trozo de tela inútil, dejando al descubierto mis pechos desnudos y la tanguita roja de encaje, demasiado pequeña para ocultar algo.

—¿Sabes cuánto tiempo llevo esperando esto, Principessa? —murmuró, contra mi piel, su voz ronca me hizo jadear mientras todo mi cuerpo reaccionaba al sonido.

El calor de su aliento me golpeó tan fuerte como el tacto de sus manos. No tuve respuesta, aparte de un nuevo gemido, más fuerte y urgente.

Sus manos me apretaron con fuerza los muslos, sujetándome mientras sus labios descendían desde mi cuello, mordiendo y chupando mi piel en un recorrido cruelmente lento.

Cada roce de sus labios era una nueva explosión de placer. Mi cuerpo se arqueaba contra el suyo, buscando más, queriendo más, necesitando más.

—Eres tan deliciosa —murmuró, sus manos se movieron hacia arriba, apretando mis nalgas y luego sobre mis caderas, antes de llegar con firmeza a mis tetas.

No estaba bromeando. No estaba preguntando. Lorenzo estaba tomando lo que quería, y eso era exactamente lo que yo necesitaba.

Cuando me apretó las tetas, me dio la vuelta y me inclinó ligeramente hacia atrás para poder chupármelas, casi grité. Lorenzo empujó lo que quedaba de mi vestido por mis hombros hasta que los harapos cayeron al suelo y me sostuve con su cuerpo, necesitando algo a lo que agarrarme.

Su boca era caliente e insaciable, sus dientes mordían suavemente mientras su lengua recorría mis duros pezones. Mis gemidos llenaron la habitación, mezclándose con el sonido de las olas, creando un ritmo que no pertenecía a nadie más que a nosotros dos.

—Sabía que serías así, Principessa —gruñó Lorenzo, entre bocado y bocado—. Sabía que serías deliciosa, que te abrirías a mí como una maldita flor.

Sus dientes se clavaron en mi piel mientras succionaba con fuerza, y sentí un pulso de calor recto por el centro de mi cuerpo, que se extendió hasta mi vulva, haciendo temblar mis piernas.

—Lorenzo... —murmuré, tratando de aferrarme a algo, cualquier cosa, para no desplomarme allí mismo.

—Eres mía, Isabella —gruñó—. Y voy a saborear cada centímetro de lo que es mío.

Se arrodilló detrás de mí, sus manos engancharon los laterales de mi tanga y recorrieron mis muslos hasta dejarme completamente desnuda mientras su lengua trazaba su camino desde mi espalda hasta mi culo.

Cada roce era un recordatorio brutal de que estaba a punto de ser consumida por él. Estaba perdiendo el control. Con cada segundo que pasaba, mi cuerpo cedía más y más. Y Lorenzo controlaba cada gemido, cada temblor.

Cuando se levantó, me sujetó los muslos hasta que mis pies se despegaron del suelo, luego se acercó a la cama y me arrojó sobre ella.

Mi cuerpo rebotó en el colchón y me mordí el labio al verme allí, completamente expuesta, con las piernas abiertas, el centro abierto a los ojos de Lorenzo, la piel roja y sensible, el pelo enmarañado.

Su boca estaba en el centro de mi cuerpo antes incluso de que pudiera procesarlo. Su lengua recorrió mi húmeda vulva, lenta y exigente, y la sensación fue tan fuerte que mi cabeza cayó hacia atrás.

—¿Tienes idea de cuánto he esperado para meterte la verga, Isabella? —Su voz era un gruñido bajo, lleno de necesidad—. ¿Sabes cuánto he soñado con probar tu vulva?

Estaba perdida, mi mente daba vueltas en un torbellino de sensaciones tan intensas que era imposible formar un solo pensamiento coherente. La lengua de Lorenzo recorría lentamente cada pliegue de mi vulva, burlándose, saboreando, degustándome por primera vez.

El calor de su boca contra mi piel hacía que todo mi cuerpo ardiera de deseo. Cada movimiento de su lengua era una corriente eléctrica que no podía controlar.

Me chupaba el clítoris, alternando con rápidos y profundos lametones que me hacían girar la cabeza, el placer aumentaba tan intensamente que no podía contener los gemidos que escapaban de mis labios.

Mi pecho subía y bajaba acompasadamente, las cálidas palmas de Lorenzo rozaban mis tetas mientras mis manos se aferraban a las sábanas, tratando de encontrar algo que me anclara. Pero estaba cayendo, desplomándome en una espiral de placer.

—Dios mío... —gemí, incapaz de contener las palabras, con los dedos de los pies curvándose mientras mi cuerpo se arqueaba involuntariamente hacia su boca.

La forma en que me chupaba, con un hambre brutal, me hacía perder el control de todo. Con cada nuevo roce, su lengua se deslizaba por mi piel caliente y húmeda, provocando espasmos de placer que me ponían al borde del colapso.

Era como si supiera exactamente qué hacer para mantenerme en ese peligroso borde, sin dejarme caer del todo.

Podía sentir el calor subiendo por mi vientre, el nudo del orgasmo formándose, apretándose con cada lamida, cada vez más cerca.

Lorenzo me sujetaba firmemente los muslos mientras me devoraba como si fuera su comida favorita. El sonido obsceno de su boca, el deslizamiento húmedo e intenso de su lengua, todo parecía amplificar el placer que me consumía, como si mi cuerpo entrara en combustión.

La vista se me nublaba, los párpados me pesaban por la inminencia del clímax. Me estaban tomando sin control, cada músculo de mi cuerpo tenso, listo para romperse en la explosión que Lorenzo ordenaba con maestría.

—Lorenzo... por favor... —supliqué, con mi voz fallando entre gemidos, y en ese momento el mundo entero se redujo al tacto de su lengua, a sus dedos deslizándose ahora sobre mi clítoris, al calor abrumador que dominaba cada parte de mí.

Me gruñó, el sonido grave vibró en mi carne y me empujó aún más cerca del precipicio. Sentí que estaba a punto de romperme, de estallar en mil pedazos.

Lorenzo acababa de empezar, pero yo ya estaba en ruinas, a merced del placer incontrolable que me estaba dando. Y entonces, como si supiera exactamente cuándo mi cuerpo no podía más, su boca succionó con fuerza mi clítoris.

Fue como si una ola abrumadora me golpeara, rompiendo sobre mí con violencia. Todo mi cuerpo estalló, cada músculo se contrajo en espasmos incontrolables.

El aire salió de mis pulmones en un grito ahogado, el placer irradiaba desde mi centro a cada parte de mi cuerpo, como fuego líquido ardiendo en mis venas.

Mi espalda se arqueó, los dedos de mis pies se curvaron y mis músculos se tensaron mientras todo mi cuerpo se estremecía con la fuerza del orgasmo.

Mi corazón se aceleró, latiendo fuera de ritmo, y sentí que una cálida oleada de humedad me bañaba mientras mi clímax se apoderaba de mí, incontrolado y feroz.

Cada fibra de mi ser vibró, los temblores me sacudieron, y la sensación fue tan intensa, tan devastadora, que lágrimas de puro éxtasis escaparon por las comisuras de mis ojos. Mi mente se quedó en blanco, incapaz de procesar nada más que la euforia abrumadora que me consumía.

Respiré entrecortadamente, los gemidos se convirtieron en chillidos mientras el placer seguía recorriendo mi cuerpo, como un trueno que no dejaba de resonar.

Mis dedos se agarraban desesperadamente a la sábana, intentando encontrar algún tipo de ancla, pero nada me sujetaba. Me perdí en la tormenta de sensaciones, arrastrada por la corriente de placer que Lorenzo me había proporcionado.

E incluso cuando mi cuerpo por fin empezó a relajarse, sacudido por los últimos espasmos del orgasmo, sabía que estaba lejos de estar satisfecha. Quería más. Necesitaba más. Lorenzo seguía devorándome con la mirada, y yo sabía que él tampoco había terminado ni mucho menos.

—Tan húmeda... Tan perfecta para mí. —Subió lentamente, besando cada parte de mi cuerpo mientras se levantaba—. Vas a gemir cuando te penetre hasta el fondo de la vagina, ¿verdad?

Solo pude asentir, con todo el cuerpo en llamas, la respiración agitada y la mente nublada, mientras Lorenzo se apartaba lo justo para quitarse lo que quedaba de ropa.

Cuando estaba completamente desnudo, mis ojos recorrieron cada centímetro de piel dorada y músculo rígido que tenía delante. Era una visión de puro deseo. El hombre que yo deseaba. El hombre que estaba a punto de tomarme.

—Ahora sabrás lo que es ser mía, Isabella —dijo, mientras se arrodillaba en la cama. Su voz ronca sonaba como una promesa, o quizá como una sentencia, pero yo sabía que estaba dispuesta a todo lo que él quisiera de mí.

Lorenzo se apartó ligeramente, con sus ojos hambrientos recorriendo cada centímetro de mi cuerpo, que aún temblaba con los ecos del orgasmo.

Se levantó, tirando de mí, envolviéndome en su presencia de un modo que me hizo sentir pequeña y vulnerable y, al mismo tiempo, más viva que nunca.

Se colocó entre mis piernas, sus fuertes manos agarraron mis muslos y abrieron mi cuerpo hacia él. Apenas podía pensar, apenas podía respirar mientras sentía el calor creciente de su cuerpo, el peso de su deseo presionándome.

Luego, con un movimiento lento y deliberado, Lorenzo deslizó la punta de su verga contra mi ya húmeda y sensible entrada. Todo mi cuerpo se estremeció, y sentí que cada músculo se tensaba, mi corazón se aceleraba a medida que la anticipación se apoderaba de mí.

Inclinó la cabeza para mirarme a los ojos, sus dedos trazaron el contorno de mi cara mientras se acomodaba para penetrarme.

—Tendré cuidado la primera vez, Principessa —susurró, la promesa clara en su voz—. Pero solo la primera vez.

No pude responder. Tenía la boca seca, el cuerpo tenso por la expectación, y entonces sentí el primer empujón. Fue lento, casi acariciador, penetrando solo la punta, y jadeé. Una mezcla de dolor y placer me abrumó.

Lorenzo se detuvo, con sus ojos en los míos, esperando, dándome el tiempo que necesitaba para acostumbrarme a la sensación de ser llenada por él.

Cada segundo parecía una eternidad, y mi cuerpo se adaptaba a su tamaño, la incomodidad inicial empezaba a disiparse a medida que la sensación de estar completamente tomada empezaba a extenderse por mí.

—Relájate —murmuró, con voz ronca y controlada.

Una de sus manos bajó hasta mi clítoris, tocándolo suavemente, y el placer se mezcló con el dolor, haciéndome arquear la espalda y soltar un gemido bajo.

Mientras mi cuerpo se adaptaba, él empezó a moverse lentamente, entrando un poco más cada vez, con paciencia y control, hasta que me la metió por completo.

El dolor remitió y el placer empezó a apoderarse de mí de nuevo. Su calor me invadió, quemándome por dentro, y supe que no había vuelta atrás. Lo deseaba. Lo deseaba como un adicto desea una droga.

—Eso es... buena chica. —Su voz era un gruñido bajo cuando empezó a moverse de verdad, más profundo y más rápido con cada embestida, pero aún con el control suficiente para darme tiempo a adaptarme—. Tan apretadita... increíble, Isabella...

Los gemidos empezaron a escapar de mi boca antes de que pudiera contenerlos, y me aferré a sus hombros, sintiendo el calor de su piel bajo mis dedos, las líneas de músculos tensos contrayéndose con cada movimiento. El placer se acumulaba de nuevo, creciendo en oleadas que amenazaban con abrumarme.

—Por favor, Lorenzo —gemí, incapaz de pensar en otra cosa que no fuera la necesidad de sentirlo aún más—. Por favor...

Se detuvo brevemente, su mirada se ensombreció, y entonces una sonrisa peligrosa apareció en sus labios.

—¿Rogando ahora, Principessa? Acabo de empezar.

Con un rápido movimiento, me agarró de las piernas, poniéndoselas alrededor de la cintura, y entonces empezó a metérmela de verdad, y cada embestida era como una ola arrolladora, que me llevaba cada vez más adentro en un mar de placer que apenas podía comprender.

Me penetró profundamente, con fuerza, sus movimientos rítmicos, precisos, como si conociera cada parte de mi cuerpo. Cada vez que me penetraba, mi cuerpo reaccionaba, se arqueaba, mis músculos internos se contraían a su alrededor, el calor palpitante crecía a cada segundo.

Sentí cada impacto, cada empujón resonando en mi interior, y el placer empezó a difuminar todas las demás sensaciones. El dolor de la primera vez se disolvió, dando paso a una necesidad primitiva,

casi salvaje, de tenerlo aún más profundo, más rápido, de sentir todo lo que podía darme.

Su mano bajó hasta mi cadera, sujetándome firmemente mientras aceleraba su ritmo, sus dedos hundiéndose en mi piel mientras Lorenzo tiraba de mí hacia él, enterrándose más profundamente con cada movimiento.

El sonido de nuestros cuerpos chocando llenaba la habitación, un ritmo feroz que acompañaba el frenesí de placer que crecía entre nosotros. El olor salado del mar se mezclaba con el de nuestro sexo, una mezcla embriagadora que me envolvía.

—Tú... —gruñó Lorenzo, con la voz ronca y baja mientras se hundía en mí, la palabra puntuada por un empuje más duro, más intenso—. Mierda, Isabella, me vas a destrozar.

Mis gemidos eran fuertes, desesperados, mi mente incapaz de concentrarse en otra cosa que no fuera la abrumadora sensación de ser tomada.

La habitación, el mar, las estrellas... todo había desaparecido, solo quedábamos nosotros dos. Se dio la vuelta, completamente enterrado dentro de mí, con un movimiento firme y fluido, y a la vez que completamente calculado, que hizo estallar el placer en mi interior.

Mi espalda se arqueó, mi vulva palpitante se aferró a él y supe que estaba a punto de acabar.

—Eso es, Principessa... —gruñó, inclinándose para lamerme el cuello, sus dientes arañando la piel sensible—. Acaba para mí. Quiero sentir cómo acabas en mi verga.

Sus palabras fueron el detonante. Todo mi cuerpo se contrajo, el orgasmo me golpeó con una fuerza abrumadora, haciéndome gritar mientras oleadas de placer implosionaban a través de mí.

Me desmoroné en mil pedazos, con la visión borrosa, mis músculos internos apretando con fuerza a Lorenzo mientras seguía penetrándome.

Lorenzo gemía con fuerza, sus movimientos se volvían más erráticos a medida que se acercaba a su propio clímax. Su respiración era agitada, el sudor goteaba por su piel, y se movió una última vez, profundamente, antes de acabar dentro de mí, liberándolo todo.

Su semen caliente me colapsó, goteando entre mis muslos, una sensación que me hizo palpitar aún más fuerte.

No se apartó, aún jadeante, con las manos firmes en mi cuerpo mientras susurraba con voz ronca y llena de satisfacción.

—Mira eso... Toda pegoteada por mi semen... Perfecta, Principessa. —Se rió por lo bajo, satisfecho—. Mía. Cada pedacito de ti.

El calor de su cuerpo aún tan cerca, y el eco del placer me dejaron aturdida, pero incluso a través de él, supe que por primera vez, la afirmación de Lorenzo era cierta.

Yo era suya. Me había tomado, me había reclamado, había tomado posesión de cada fibra de mi cuerpo y de mi mente. Sabía que eso tendría consecuencias. Serias consecuencias, pero no quería pensar en ello. No en ese momento. Así que lo atraje hacia mí y apreté mi boca contra la suya.

22. ISABELLA MORETTI

La primera cosa que sentí al despertar fue el calor. No era solo el calor del sol que se filtraba a través de las cortinas finas. Era el calor del cuerpo de Lorenzo, aún pegado al mío, incluso en su sueño profundo.

Después de cinco días despertando entre sus brazos, respirar su olor profundamente ya se había convertido en mi placer culpable favorito, pero esa mañana, tenía muchas otras culpas con las que lidiar.

Su brazo estaba firmemente rodeando mi cintura, sujetándome como si fuera un objeto que no estaba dispuesto a dejar ir.

Mi respiración era baja, casi contenida, mientras me mantenía inmóvil, sintiendo cada centímetro de él, completamente desnudo, presionado contra mí.

Los recuerdos de la noche anterior invadieron mi mente, cada roce, cada susurro, la manera en que tomó todo lo que quería de mí. Y yo lo dejé. Mi cuerpo tembló al darme cuenta de que, en algún nivel, quise eso tanto como él.

Abrí los ojos despacio, permitiendo que la suave luz del amanecer iluminara los contornos del cuarto. El sonido de las olas rompiendo suavemente a lo lejos creaba una atmósfera tranquila, casi en total contraste con el caos dentro de mí.

La sábana estaba entrelazada en mi cuerpo, pero aún podía sentir los vestigios de Lorenzo sobre mi piel. Mi cuerpo parecía pesado, exhausto, como si aún sintiera los ecos de lo que sucedió.

Miré a Lorenzo a mi lado, estudiando los rasgos de su rostro con más atención de la que nunca me había permitido. Su rostro era fuerte, la mandíbula marcada, los labios ligeramente relajados en el sueño.

Él parecía tan tranquilo, pero aún así, incluso inconsciente, me sostenía con posesividad. Como si, aunque estuviera dormido,

necesitara asegurarse de que no escapara. La ironía era que no había forma de escapar, ni físicamente ni emocionalmente.

Lorenzo no era solo el hombre que me secuestró. Él era el hombre que controlaba cada aspecto de mi vida desde que me tomó.

Él moldeó mi mundo, distorsionó mis decisiones hasta el punto en que ya no sabía lo que era real. O… ¿lo sabía?

Debería odiarlo con todas mis fuerzas, y sin embargo, cuando sus labios tocaron los míos, cuando su cuerpo presionó el mío, cedí. Y eso era lo que más me atormentaba.

¿Cómo podía sentir deseo por él? ¿Cómo podía querer a alguien que personificaba todo lo que debía aborrecer? Él manipuló mi vida, me mantuvo como prisionera, y, sin embargo, aquí estaba yo, acostada a su lado después de entregarme a él de cuerpo y alma.

Mi corazón latía con fuerza, el conflicto dentro de mí aumentaba con cada segundo. Parte de mí quería creer que eso era resultado del cautiverio, de la manipulación, del miedo. Pero, cuanto más trataba de convencerme, más claro se volvía que la verdad era otra: yo había elegido. Me entregué porque, de alguna manera, lo quise.

Cerré los ojos, recordando cada detalle de la noche anterior. Las caricias, los besos, la manera en que Lorenzo me envolvió, me consumió.

Él me llevó a un lugar donde el control era imposible, donde el deseo lo dominaba todo. Aún ahora, sintiendo los vestigios del placer pulsando en mi cuerpo, no podía negar cuánto me afectaba.

Necesitaba espacio. Necesitaba respirar. Con cuidado, moví mi cuerpo lentamente, intentando no despertarlo mientras me levantaba de la cama. Su brazo aflojó a mi alrededor, permitiéndome alejarme, pero la sensación de estar prisionera seguía ahí, como una marca invisible dejada por él.

Me puse una camisola ligera que estaba sobre una silla y caminé hasta la terraza del bungalow. La brisa fresca del mar me envolvió

en cuanto crucé la puerta, y por un breve momento, me sentí aliviada.

El sonido de las olas era constante, tranquilizador, como si el mundo allá afuera aún estuviera intacto, aunque el mío estuviera completamente al revés.

Apoyé las manos en la baranda de madera y cerré los ojos, dejando que la brisa jugara con mi cabello. Respiré hondo, intentando despejar mi mente, pero las preguntas insistentes no me dejaban en paz.

¿Cómo podía estar tan dividida? No quería ser prisionera de Lorenzo. Quería recuperar mi libertad, quería poder decidir mi futuro, pero cada vez más sentía que estaba atada a él de una manera mucho más profunda de lo que cualquier celda podría contener.

Mi cuerpo aún llevaba las marcas de todo lo que él hizo conmigo, y aunque quisiera, no había forma de borrar las sensaciones.

Mi corazón estaba confundido, mi mente era un caos. Sentía rabia de mí misma por sentir deseo por él, por no poder odiarlo como debía. Pero, sobre todo, sentía miedo. Miedo de estar enamorada del hombre que me robó de mi casa, de mi vida, que me manipuló para ceder a él.

—No vas a escapar de mí, ¿verdad, Principessa? —La voz de Lorenzo cortó el silencio de la mañana, grave y ronca por el sueño. Mi cuerpo se paralizó en su lugar.

No había escuchado a Lorenzo levantarse, pero su presencia era inconfundible. Estaba a mi lado ahora, tan cerca que podía sentir el calor que emanaba de su cuerpo, incluso sin tocarlo. Abrí los ojos, mirando el mar frente a mí, sin valor para mirarlo. Mis manos apretaron la baranda con fuerza.

Él no me tocó, pero su presencia era abrumadora. Era como si el simple hecho de que estuviera allí, a mi lado, me anclara, me devolviera de vuelta al centro de su órbita.

No, no iba a escapar. No físicamente, al menos. Pero, en ese momento, la idea de que pudiera escapar emocionalmente, de que aún pudiera liberarme de lo que sentía por él, parecía cada vez más imposible.

Estaba atada a Lorenzo de una manera que jamás imaginé. Y, con él a mi lado, callado, pero presente, esa prisión parecía ineludible.

El silencio entre nosotros estaba cargado, intenso, y sabía que cualquier intento de huir, ya fuera emocional o físico, se volvía cada vez más distante.

---

23. ISABELLA MORETTI

Desde el momento en que volvimos a Seattle, todo parecía haber cambiado. No por fuera: la casa seguía siendo la misma, los pasillos imponentes y llenos de secretos, los empleados caminando con la cabeza agachada como si no existiéramos.

Pero por dentro de mí, todo era diferente. La rutina que Lorenzo y yo habíamos establecido en las últimas semanas era asfixiante.

Él me trataba como si fuera una extensión de él, algo que le pertenecía completamente. En cada caricia, en cada mirada, yo lo veía. No necesitaba decir nada, pero su mensaje era claro: yo le pertenecía.

Estaba caminando por los pasillos de la enorme casa, intentando encontrar un momento de paz, un espacio donde pudiera, al menos por unos segundos, ser yo misma. Pero hasta eso parecía imposible.

Era como si Lorenzo estuviera por todas partes, incluso cuando no estaba físicamente presente. Desde México, todo había cambiado. Me metía la verga cuando quería, y yo no podía resistir.

Aunque mi mente gritaba que eso estaba mal, mi cuerpo traicionaba cualquier intento de resistencia. Me rendía cada vez, y eso me asustaba.

El jardín era el único lugar que solía considerar mi refugio, pero ahora, incluso allí, sentía la presencia abrumadora de Lorenzo. Los momentos de tranquilidad que antes encontraba ahí habían sido reemplazados por la memoria de sus manos sobre mí, de cómo me devoraba con la mirada y luego con su cuerpo. Sabía que ya no tenía control sobre nada.

Lorenzo estaba en todos lados porque, en realidad, estaba dentro de mí. Y cada día que pasaba, parecía ocupar más espacio bajo mi piel.

Ni siquiera necesitaba cerrar los ojos para recordar la noche anterior, por ejemplo.

Exhausta, intentaba dormir después de que Lorenzo me hubiera llevado al límite del placer una vez más. Mis músculos aún dolían, mis pensamientos eran un caos. Pero Lorenzo salió del baño y entró en la habitación como si fuera el dueño del lugar… lo cual, por supuesto, era así.

Sin decir una sola palabra, me tomó, me tiró de espaldas sobre la cama y me reclamó una vez más. No hubo solicitud de permiso, no hubo vacilación.

Siempre era así. No necesitaba consentimiento porque sabía que, en el fondo, yo lo deseaba tanto como él a mí.

Odiaba admitirlo, pero el deseo que sentía por Lorenzo era arrollador. No podía luchar contra él. Cada vez que me tocaba, todo lo que pensaba que sabía sobre mí misma se desmoronaba. Lorenzo había roto todas mis defensas, y ya no sabía cómo reconstruirlas.

Pasé las manos por mi cabello, intentando distraerme, intentar alejarme de todo eso, pero mis pensamientos eran tercos. Siempre volvían a él. Miré las flores que rodeaban el jardín, tratando de concentrarme en cualquier cosa que no fuera Lorenzo. Pero antes de que pudiera desconectarme por completo, sentí su presencia.

No necesité verlo para saber que estaba allí. Hacía tiempo que ya no necesitaba verlo para sentirlo.

Se acercó lentamente, sin prisa, observándome con esos ojos que siempre hacían que algo dentro de mí temblara. No pude mantener la compostura por mucho tiempo. Mi cuerpo ya reaccionaba incluso antes de que me tocara.

Mi corazón latía desbocado, y mi estómago se apretó. Lorenzo no dijo nada al principio, solo dejó que su mirada recorriera mi cuerpo de una forma que me hizo sentir desnuda, aunque estuviera vestida. Y luego, cuando finalmente estuvo lo suficientemente cerca, su mano ya estaba sobre mi cintura.

Temblé. No de miedo, sino de algo mucho más profundo, algo molesto y delicioso, al mismo tiempo. Me acercó más, su mano deslizándose por mi espalda, trazando un camino de fuego hasta mis caderas.

El contacto era firme, posesivo, y sentí todo mi cuerpo reaccionar, aunque quería mantenerme firme. Lorenzo me giró para quedar frente a él, sus ojos brillando con una determinación que me hacía temblar por dentro.

Antes de que pudiera decir algo, se inclinó, su rostro estaba tan cerca que podía sentir su aliento caliente sobre el mío.

—Hola, Principessa —dijo, su voz era baja, un susurro seductor que no coincidía para nada con la fuerza con que sus dedos apretaban mi cintura.

—Hola —respondí, respirando agitadamente—. No sabía que estabas en casa.

—No estaba —respondió, rozando sus labios con los míos, y cerré los ojos, disfrutando demasiado de la sensación—. Pero iba a pasar por aquí antes de mi próximo compromiso y no pude resistir —Sus labios se encontraron con los míos con un poco más de fuerza, pero aún no era un beso completo—. Creo que soy adicto a ti, Principessa. A tu sabor. A la sensación de tu vagina tragando mi verga, ordeñándola, suplicando por mi semen.

Mi corazón latía con fuerza, y las palabras se me quedaron atascadas en la garganta. Quería responder, decir algo que mostrara que aún tenía algo de control, pero la verdad es que no lo tenía. Y lo peor era que, en esos momentos, cuando me tocaba así, cuando me hablaba de esa manera, no quería tenerlo.

Lorenzo se inclinó más. Su nariz rozó la mía, y sus labios casi me provocaron otra vez, pero no me besó aún.

—¿Te duele, principessa? —susurró contra mis labios, su voz baja y ronca, llena de una seducción que me envolvía—. Sé que te exijo mucho. Pero no puedo resistir, eres demasiado excitante.

Mi respiración se volvió entrecortada, y sentí el calor de su cuerpo en cada centímetro del mío. Sabía que debía alejarme, pero cuando presionó sus labios contra los míos, toda la resistencia que pensaba tener desapareció.

Era un beso profundo, intenso, que me hacía olvidar todo, excepto cuánto lo deseaba.

—Mira lo que haces... —murmuró, con sus manos descendiendo por mi cintura, los dedos rozando mi piel sensible—. Siempre tan dispuesta para mí. —Me apretó contra su cuerpo, y sentí su erección dura presionando contra mi vientre—. Tan deliciosa, tan mía, Isabella.

Sus manos se deslizaron sobre mi piel como si ya supieran exactamente adónde ir, exactamente qué hacer para que cediera. Sus labios rozaron la curva de mi cuello y sentí que me recorría un escalofrío.

Tenía la boca seca y la mente nublada por el deseo y la confusión. Me estaba manipulando, enredándome con sus palabras, y aunque lo sabía, no podía apartarme.

Lorenzo me dio la vuelta y me apretó contra el muro del jardín, me sujetó la cintura con las manos y volvió a apretarme contra su cuerpo. Empujé hacia atrás, sintiéndome ya completamente necesitada de él.

—Dime a quién perteneces, Principessa... —me susurró al oído, mientras su mano se deslizaba bajo el ligero vestido que había podido conservar tras el viaje. Los días de llevar solo una camisola habían terminado. Sus dedos tocaron mi piel desnuda—. Y te doy lo que quieres. Te tocaré como tú quieras.

—A ti —respondí, completamente perdida en la necesidad de tu tacto—. Te pertenezco por completo.

—Sí, Isabella, así es.

Sus dedos encontraron mi ya húmeda vulva, y cuando tocó mi clítoris, gemí suavemente, incapaz de contener el sonido. Mi cuerpo

respondió antes de que mi mente pudiera procesar lo que estaba ocurriendo.

—Eres tan excitante... estás tan mojada… —susurró, y pude sentir su sonrisa contra la piel de mi cuello.

Me temblaban las piernas y me odiaba por ello. Me odiaba por ceder, por permitirle que me controlara tan completamente. Pero no podía luchar contra lo que sentía. Cada palabra que decía parecía implicarme más, y cada caricia me hacía olvidar quién era antes de Lorenzo.

Hundió sus dedos profundamente dentro de mí, entrando y saliendo tortuosamente despacio antes de sacarlos por completo de mi canal y colocarlos frente a mi boca.

—Lámelos, Isabella. Lámelos, como la putita bien educada que eres —me ordenó, y no esperé a la nueva oleada de excitación que me invadió al oír esas palabras. Mi lengua buscó sus dedos sin que yo diera la orden, y sentí mi propio sabor en su piel—. Te dije, Isabella, que serías mi perra, y que te gustaría —susurró Lorenzo, antes de agarrar el dobladillo de mi vestido y arrancármelo del cuerpo, dejándome casi completamente desnuda en el jardín.

Casi no duró. Me arrancó la fina tanguita blanca de un tirón y su pecho presionó mis tetas contra la pared de piedra. La textura fría y áspera me hizo gemir de placer y casi empujé mis caderas hacia delante, deseando también fricción entre mis piernas.

Detrás de mí, Lorenzo se rió.

—Como ya te he dicho, eres una perra —bromeó, y oí cómo se desabrochaba el cinturón y se bajaba los pantalones.

Lo siguiente que sentí fue su verga invadiéndome por fin, ensanchando mis paredes y arrancando un grito de placer de lo más profundo de mi garganta. El placer fue tan intenso que todo mi cuerpo se arqueó contra el suyo. Me sujetaba firmemente, entre la pared y él, mientras sus movimientos me hacían perder el control.

—Sí, zorra, gime para que toda la puta casa sepa que te estoy metiendo la verga —susurró, mientras me penetraba, con su voz grave y ronca, llena de deseo—. Que se enteren que tu dueño te está penetrando en pleno jardín, enseñando tu vulva a quien quiera verla, ¿y sabes por qué, Isabella? ¡Porque yo puedo!

Fueron sus últimas palabras antes de emprender un ritmo castigador que me volvió completamente incapaz de razonar. Mis manos se agarraron a la pared mientras Lorenzo martilleaba sus caderas contra las mías, cada embestida me acercaba más al límite.

Su cuerpo cálido, el sonido de su respiración agitada y los gemidos graves que escapaban de sus labios me hicieron olvidarlo todo excepto el placer que me embargaba.

—Dime, Isabella... —murmuró, mientras me apretaba más contra la pared—. Dime cuánto te gusta ser mía. Cuánto te gusta que haga lo que quiera contigo, con tu cuerpo, con tu mente, ¡con todo lo que hay en ti!

No podía articular palabra. El placer era demasiado, las sensaciones demasiado intensas, y cuando por fin llegué al clímax, sentí que todo mi cuerpo se deshacía en los brazos de Lorenzo. Me abrazó con fuerza y no paró. No hasta que su semen me llenó por completo y empezó a derramarse por mis piernas. Incluso en la neblina posterior al orgasmo, le agradecí en silencio el anticonceptivo que me había dado nada más volver de México.

Jadeante, Lorenzo se apartó tras plantarme otro beso en el cuello y susurrarme algo.

—Delicioso.

Sus dedos seguían deslizándose por mi piel mientras se ajustaba su propia ropa con inquietante calma y, cuando terminó, se alejó, dejándome desnuda y expuesta, mientras él volvía a sus asuntos como si nada hubiera pasado.

Y mientras escuchaba sus pasos alejándose, no podía evitar preguntarme: ¿podré volver a ser la mujer que era antes?

24. ISABELLA MORETTI

Una notificación vibrando en mi celular nuevo me despertó del intento fallido de ver una película que ya había comenzado de nuevo al menos tres veces.

Miré la pantalla, esperando no sé qué, ya que solo podría ver un nombre brillando en el visor: el de la única persona capaz de comunicarse con ese número, Lorenzo. Mi estómago se apretó al leer las palabras que me había enviado.

"Prepárate. Tenemos un evento esta noche. El equipo que se encargará de ti estará allí en 15 minutos."

Mi corazón dio un vuelco. No estaba preparada. Ni de lejos. ¿Qué significaba "un evento"? Y, aún más importante, ¿por qué quería él que yo estuviera allí?

Hasta ahora, nuestra relación había sido una espiral privada de deseo y dominación, limitada a la casa, al cuarto, a los momentos en que él me poseía completamente. Pero ahora... ¿esto sería... público? Estar al lado de Lorenzo en un evento social era un paso hacia algo que no sabía ni cómo empezar a procesar.

El tiempo parecía pasar demasiado rápido mientras esperaba la llegada del equipo. Cuando finalmente me senté frente al espejo del cuarto, vi el reflejo de una mujer nerviosa, alguien que hace pocos meses jamás habría imaginado estar en esa situación.

No es que los eventos fueran algo raro en mi antigua vida. De hecho, eran prácticamente toda mi vida, pero ser la acompañante oficial de Lorenzo era lo que me parecía inimaginable.

Una estilista y una maquilladora trabajaban en mí con una eficiencia casi impersonal. No me miraban a los ojos, no hacían preguntas. Solo seguían instrucciones.

Cuando el vestido rojo fue deslizado por mi cuerpo, algo dentro de mí se agitó. El tejido lujoso era tan apretado y provocante que

parecía hecho para mostrarme al mundo como una posesión, una extensión de Lorenzo.

La abertura que subía por el muslo, el escote profundo, todo gritaba sensualidad. Me sentía expuesta, no solo físicamente, sino emocionalmente también.

Cada detalle de mi apariencia había sido cuidadosamente planeado para transformarme en algo que Lorenzo quería que los demás vieran: su mujer, su trofeo, su arma.

—Lista —dijo la maquilladora, dando un paso atrás mientras yo miraba mi reflejo en el espejo. La mujer que me miraba desde allí parecía una extraña, poderosa, pero aún vacía.

Detrás de toda esa elegancia, aún me sentía prisionera. Aunque ahora fuera una prisionera de lujo, seguía siendo cautiva.

Cuando la puerta del cuarto se abrió, mi corazón dio un salto. Lorenzo estaba allí, impecablemente vestido con un traje oscuro que acentuaba su presencia dominante. Sus ojos recorrieron mi cuerpo, y la sonrisa que apareció en sus labios no fue de aprobación. Fue de posesión.

—Perfecta —dijo, con la voz baja, mientras se acercaba a mí. Pasó los dedos por mi brazo, subiendo hasta el hombro desnudo—. ¿Estás lista para ser presentada a mi mundo, Principessa?

Mi garganta se secó, pero asentí, porque, como siempre, Lorenzo no estaba realmente preguntando.

El camino hacia el evento fue una mezcla de tensión y nerviosismo. Lorenzo se dirigió directamente a mí en el auto de lujo que nos llevaría a la fiesta, manteniendo su mano firme sobre mi muslo, como si quisiera recordarme, cada segundo, a quién pertenecía.

A medida que los kilómetros pasaban, mi corazón latía con más fuerza, y no sabía si era por la mano de Lorenzo sobre mí o por la perspectiva de enfrentar lo que estaba por venir.

La Cosa Nostra, las personas que formaban parte de ese mundo... No estaba preparada. Me verían como la hija del enemigo, como una extraña en el mejor de los casos y como una traidora en el peor.

Al llegar al destino, la grandeza de la fiesta me golpeó como una ola. Era una mansión enorme, con luces brillando en los jardines y música resonando a lo lejos. Lorenzo salió del auto primero, luego me jaló de la mano. En cuanto mis pies tocaron el suelo, sentí todas las miradas dirigirse hacia nosotros.

Podía sentir esas miradas. Algunas curiosas, otras llenas de envidia, y, claro, había algunas que parecían querer devorar lo que veían.

Mi cuerpo reaccionó con una mezcla de incomodidad y orgullo que no lograba entender. Era el centro de atención, no por mí, sino por estar al lado de Lorenzo. Y eso, de alguna forma, me hacía sentir poderosa, aunque prisionera.

—Quédate cerca de mí —murmuró, mientras me guiaba hacia el interior, la mano firme en mi cintura.

Y así comenzamos a mezclarnos. Las personas que Lorenzo saludaba parecían reverenciarlo con respeto y cierto temor. ¿Y yo? Solo era su nuevo juguete. Eso era lo que sentía... o al menos lo que la manera en que me trataban me hacía creer.

La noche continuó entre conversaciones y presentaciones. Lorenzo me mantenía cerca, siempre con un contacto posesivo, siempre envolviéndome de alguna manera que dejaba claro que yo le pertenecía.

No hubo palabras formales, pero el mensaje que él transmitía era inconfundible. Me usaba como símbolo de poder, una pieza en su juego. Y yo me odiaba por sentir una pequeña chispa de orgullo al ser parte de eso.

Fue entonces cuando la atmósfera cambió. Un hombre que no conocía se acercó a nosotros, su mirada se detuvo demasiado en mí, recorriendo mi cuerpo de manera descarada.

La mano de Lorenzo apretó mi cintura, una señal clara de que él también lo había notado. Pero no reaccionó de inmediato. Se mantenía quieto, como un animal listo para atacar.

El hombre hizo un comentario que no pude oír completamente, pero por la sonrisa arrogante que apareció en sus labios, supe que era algo lascivo. La sangre se me escapó del rostro y miré a Lorenzo. Él seguía sonriendo, pero era el tipo de sonrisa que congelaba el aire alrededor.

—Te sugiero que cuides tu lengua —dijo, con voz baja y peligrosa, mientras apretaba mi cuerpo contra el suyo—. O yo lo haré.

El hombre soltó una risa forzada, pero el miedo en sus ojos era evidente. Lorenzo no necesitaba decir nada más. La amenaza estaba clara. Cualquier persona que se atreviera a tocarme, aunque fuera con palabras, pagaría un precio alto.

Mi corazón latía descontrolado. Parte de mí estaba aterrorizada por lo que Lorenzo pudiera hacer. Pero había otra parte, una parte oscura, que se sentía protegida y... excitada.

La forma en que él me defendía, la manera en que me reclamaba ante todos... Me hacía sentir que le pertenecía de una manera que no podía, y tal vez ni quería, negar.

—¿Lorenzo? —lo llamé, cuando pasaron varios segundos y él seguía en silencio, con los ojos fijos en el lugar donde había estado el hombre.

—Distráeme —pidió—. Distráeme o voy a matar a ese hijo de puta, aunque sea hijo del dueño de la puta fiesta.

Parpadeé, completamente sorprendida por su reacción exagerada. Es decir, solo unos días atrás él me restregaba en la cara que me podía meter bien la verga donde quería, exhibirme ante quien quisiera.

¿No se trataba de eso esta noche? ¿De una gran exhibición de su nueva perra adiestrada? La rabia, la irritación y la frustración se

mezclaban dentro de mí, dejando mis pensamientos confundidos y dispersos.

—¿En qué estás pensando? —me preguntó, cuando me quedé en silencio, a pesar de su orden de distraerlo.

—No sé por qué te pusiste tan furioso por lo que sea que el hombre haya dicho. No debe haber sido peor que verte penetrándome en el jardín, como alguno de tus hombres probablemente vio, el otro día.

Las cejas de Lorenzo se alzaron, luego se fruncieron.

—¿De verdad crees que dejaría que alguien viera una parte de ti y siguiera vivo?

—No lo creo, tú me dijiste.

Lorenzo rió, pero no había humor en el sonido.

—Porque sabía que te excitaría. Las cámaras del jardín estaban apagadas, y todos mis hombres fueron advertidos de que si querían seguir respirando, debían mantenerse lejos del jardín hasta que yo dijera lo contrario.

—Oh —dije, entreabriendo los labios, sin saber qué pensar o decir sobre todo eso... Entonces...

—Yo no te comparto, Isabella —dijo Lorenzo, interrumpiendo mis pensamientos—. Y con certeza no voy a empezar a hacer excepciones contigo. Nadie más que yo puede verte, tocarte o desearte. Cualquier persona que se atreva a desafiar eso, enfrentará las consecuencias.

25. LORENZO ZANINI

Salí del coche y me ajusté la chaqueta con gesto despreocupado, observando el reflejo de las luces en la carrocería. No tuve que mirar atrás para darme cuenta de que Isabella estaba justo detrás de mí. Su silencio me había seguido como una sombra desde que salimos del evento. Algo era diferente, y yo sabía lo que era.

Estaba inquieta y yo sabía por qué. Yo también lo había visto venir, pero esa era una parte del plan que no esperaba, aunque era bueno que se desarrollara tan pronto.

Isabella se bajó del coche poco después, con las manos cruzadas alrededor del cuerpo, con la tensión prácticamente emanando de su cuerpo en oleadas. Apenas podía ocultar su ansiedad.

Entramos en la mansión sin mediar palabras y me dirigí directamente a la barra. El sonido del líquido al golpear el cristal fue lo único que rompió el silencio entre nosotros.

Podía sentir los ojos de Isabella fijos en mi espalda, necesitando sacar sus pensamientos, pero dudando. Se estaba preparando, organizando sus palabras, para enfrentarse a mí.

¿Pero las palabras? Las palabras no me interesaban.

Mientras bebía mi whisky, me giré, apoyado despreocupadamente en la barra, y la observé. Estaba de pie en medio de la sala, todavía con el vestido rojo que había elegido para ella. Un vestido diseñado para llamar la atención. Y así fue.

Isabella atrajo las miradas de todos los presentes, tal y como había planeado. Era imposible no fijarse en su cuerpo. Cada curva. Cada centímetro de esa piel que tan bien conocía. Era, como siempre, un espectáculo peligroso e irresistible.

—Yo... —empezó solo para hacer una pausa e inspirar largamente, sus ojos se cerraron brevemente como si lo necesitara

para armarse de valor—. Nosotros… tenemos que hablar —dijo, finalmente.

Su voz era una sorprendente mezcla de firmeza e incertidumbre. Enarqué una ceja y volví a llevarme el vaso a los labios. Bebí un largo sorbo, saboreando el whisky mientras dejaba que el silencio se extendiera entre nosotros.

—¿Sobre qué? —pregunté, aunque ya sabía la respuesta.

Vi cómo Isabella apretaba los labios y sus ojos se cruzaban con los míos, llenos de ese desafío que siempre me resultaba irritantemente encantador.

—Sobre lo que somos... —continuó, respirando hondo—. Sobre lo que soy para ti, Lorenzo. ¿Qué ha cambiado? ¿Ha cambiado algo? ¿Qué es esto que estamos haciendo?

Solté una carcajada. Era casi divertido intentar comprender las expectativas de Isabella. ¿Qué esperaba que dijera? ¿Quería una etiqueta sobre lo que teníamos? Como si cualquier respuesta fuera a cambiar lo que realmente estaba sucediendo entre nosotros.

Dejé el vaso sobre la mesa y me dirigí hacia ella, con calma, con los ojos fijos en los suyos. Sentí que su cuerpo se ponía rígido mientras me acercaba.

Me detuve a unos centímetros de ella, inclinando ligeramente la cabeza, con una fría sonrisa dibujada en los labios.

—¿Y crees que la respuesta cambiará algo, Principessa? —pregunté, suavemente, rozando con la punta de los dedos la piel desnuda de su brazo.

Isabella abrió la boca para replicar, pero antes de que pudiera pronunciar palabra alguna, la rodeé por la cintura, pegando su cuerpo al mío, sin dejar lugar a resistencia alguna.

Su calor se filtró a través de la tela de mi vestido y sentí la sangre correr por mis venas. Así de rápido. Con ella, siempre era rápido. La

mayoría de las veces, solo con mirarla era suficiente. Y si me acercaba lo suficiente para olerla... Su aroma era embriagador. Ese aroma familiar que me hacía querer devorarla a cada segundo.

—No necesito palabras, y tú tampoco —murmuré, dejando que mis labios rozaran su cuello, chupando ligeramente la piel. Sentí que Isabella se estremecía.

Intentó retroceder, pero sus movimientos eran demasiado débiles para que nadie, ni siquiera ella, creyera que realmente pretendía alejarse de mí.

Su cuerpo ya estaba cediendo antes de admitirse a sí misma que aquella era una conversación mucho más interesante que la que Isabella tenía en mente cuando cruzó las puertas de la mansión.

Mis manos se deslizaron por sus muslos, subiendo lentamente mientras la apretaba contra la pared.

—Esta noche estás impresionante, Principessa —susurré, contra su oído, y arrastré mis labios por la curva de su mandíbula hasta llegar a su mentón.

Le di un beso antes de volverme hacia ella. Los ojos verdes de Isabella me miraron, vulnerables. No podía ocultar lo mucho que le había afectado aquel simple cumplido.

Levanté la mano libre y le acaricié la mejilla. Isabella se inclinó involuntariamente hacia la caricia. Tan reactiva... Tan hambrienta de mí, igual y, al mismo tiempo, completamente distinta de lo que yo sentía por ella.

La besé. Asalté su boca con el hambre de un hombre desesperado. Mi beso fue feroz, exigente, e Isabella respondió con la misma intensidad.

Abrió la boca para mí, con los gemidos atascados en lo más profundo de su garganta, mientras yo le mordía ligeramente el labio inferior, tirando lo justo para arrancarle un ronco suspiro. Mis manos ya estaban en movimiento, bajando hasta sus muslos, levantando la

tela de su vestido mientras apretaba firmemente su cuerpo contra la pared.

Toqué la fina tanga y gemí por lo bajo al sentir la humedad que ya se había acumulado allí. La tela estaba empapada. Isabella se retorció contra mis dedos, suplicando en silencio que la tocara, y esta era una de las pocas órdenes que podía darme y ser obedecida.

Deslicé mis dedos bajo su tanga, encontrando su cálido clítoris.

—Estás muy caliente, Principessa —murmuré, contra su boca, sintiendo su respiración entrecortada mientras dos dedos se deslizaban fácilmente en su interior, mientras mi pulgar acariciaba su clítoris hinchado—. Qué delicia. ¿Sientes eso? ¿Sientes cómo chupa mis dedos esa vagina tan ardiente? ¿Cómo suplica que se la penetren? ¿Ves cómo suplica por mi verga?

Arqueó el cuerpo, cerró los ojos y gimió con fuerza. Era un sonido que quería oír una y otra vez, un sonido del que nunca me cansaría.

—Dilo, Principessa —gruñí en su boca, mordiéndole el labio antes de bajar mis labios a su cuello—. Te gusta eso, ¿verdad? Te gusta cuando te hago olvidar todo, incluso de quién eres.

No respondió inmediatamente, pero su cuerpo lo decía todo. Sus piernas empezaron a temblar mientras movía los dedos en su interior, haciendo girar el pulgar contra su clítoris, provocando gemidos cada vez más fuertes y desesperados. Isabella se deshacía en mis brazos y yo quería más.

—Dime, Isabella —continué, con la voz baja, llena de una necesidad cruda y animal—. Dime cuánto te gusta ser mi puta, ser utilizada, de cualquier forma que yo quiera utilizarte.

Soltó un grito ahogado cuando mis dedos la abandonaron bruscamente y, con un rápido movimiento, le arranqué la fina tanguita. Mis manos la levantaron por la cintura y, antes de que pudiera protestar, sus piernas ya me rodeaban por la cintura, apretadas entre la pared y yo.

En pocos movimientos, me desabroché el cinturón y me bajé los pantalones. Saqué mi verga erecta, dura y palpitante, y encontró su camino hacia dentro, frotándose contra la húmeda y palpitante vulva de Isabella.

Jadeó y su rostro se contorsionó de puro placer cuando la penetré sin ceremonias, enterrándome profundamente en su interior. La sensación de sus estrechas paredes tragándome me hizo soltar un gemido bajo, y empecé a moverme rápido, con embestidas profundas, cada una más fuerte que la anterior, aplastándola contra la fría pared.

Isabella gemía mi nombre, sus uñas arañaban mi espalda mientras yo se la metía sin piedad, sin dejar espacio para nada más que el placer crudo y la posesión.

—Sí... Grita para mí, Principessa —gruñí, sujetando firmemente sus caderas mientras aumentaba el ritmo—. ¿Quieres saber lo que somos? ¿Ha cambiado algo? —pregunté, mordiéndole la garganta. Isabella echó la cabeza hacia atrás, con los ojos entrecerrados de placer mientras su cuerpo temblaba, completamente a merced de lo que le estaba haciendo—. Nada ha cambiado, excepto que, como dije que ocurriría, ahora eres mi perra. Mi perrita en celo, Isabella. Pero eso es lo que eres. Eso es lo que somos. Eres mía. Siempre lo has sido. Y siempre lo serás.

Mis manos se aferraron con más fuerza a su piel, con el sonido de nuestros cuerpos chocando y resonando en la habitación, y cuanto más la poseía, más hambriento estaba y más la deseaba.

Me incliné para morderle el hombro con fuerza, marcándola, mientras mi cuerpo respondía a la urgente necesidad de acabar dentro de ella, de llenarla por completo.

—¿Sientes eso, Isabella? —susurré entre gemidos, con la respiración agitada, cada embestida más rápida y brutal—. ¿Sientes cómo tu cuerpo se rinde a mí? ¿Cómo le gusta ser mío?

Estaba cerca, podía sentirlo. Su cuerpo se tensó alrededor de mi verga, casi llevándome al límite. Aumenté el ritmo, penetrando más

profundamente, hasta que ella gritó, arqueando todo su cuerpo al acabar. Su vulva palpitaba, aplastándome con fuerza.

La sensación me hizo perder el control y, con un último gemido, eyaculé, derramando mi semen dentro de ella, llenándola como sabía que deseaba, hasta que mi leche goteó por sus muslos.

Permanecimos allí unos instantes, jadeando, respirando con dificultad, mientras la realidad de nuestra brutalidad se instalaba entre nosotros.

—¿Todavía quiere hablar, Principessa? —murmuré, satisfecho, rozando mis labios contra su oreja, sintiendo cómo su cuerpo se relajaba contra la pared. Isabella no dijo nada, demasiado agotada para formular respuesta alguna. Se limitó a rodearme el cuello con los brazos y a apoyar la cabeza en mi hombro. Sonreí, salí lentamente de ella y me arreglé la ropa—. Muy bien. Entonces vamos al dormitorio —dije, ya moviéndome con ella sobre mi regazo.

26. ISABELLA MORETTI

La ciudad de Seattle pasaba por delante de la ventanilla del coche, reflejándose en mis ojos los borrones de las luces y los edificios mientras intentaba concentrarme en otra cosa que no fuera el hombre sentado a mi lado.

Lorenzo estaba callado hoy, sus dedos moviéndose rápidamente por el celular, intercambiando mensajes. No había incomodidad en el silencio entre nosotros, pero la tensión... era palpable. Era como si un hilo invisible conectara cada uno de mis nervios con los suyos, siempre tenso, listo para romperse.

En las últimas semanas, Lorenzo me había involucrado más en su mundo. Reuniones, encuentros con figuras poderosas de la mafia, eventos donde yo era mostrada como su mujer, y ahora... otra reunión de negocios.

Sabía que me llevaba a esas cosas por una razón, pero aún no lograba entender completamente cuál era. Parte de mí pensaba que solo estaba reforzando su control, dejándome a su lado como una posesión, como un recordatorio para todos, incluso para mí, de que le pertenecía.

El coche paró frente a un imponente edificio comercial. Lorenzo bajó primero, como siempre, sus movimientos tan calculados como su silencio.

Lo seguí, sintiendo la brisa helada de Seattle contra mi rostro, el aire fresco que me daba una fugaz ilusión de libertad. Pero pronto sentí la mano de Lorenzo en la base de mi espalda, guiándome con firmeza hacia dentro del edificio. Como siempre, la ilusión se disipaba rápidamente.

Dentro de la sala de reuniones, me senté junto a él, observando mientras él dominaba la sala con su presencia. Había algo en la manera en que hablaba, en cómo movía las piezas invisibles de ese tablero, que era hipnótico.

Lorenzo sabía exactamente lo que hacía, cada palabra era calculada, cada gesto, una táctica. Era imposible no admirar la forma en que controlaba todo a su alrededor.

Pero, al mismo tiempo, el constante roce de su mano sobre mi muslo, sus dedos rozando casualmente mi piel, me devolvía a la realidad.

Estaba allí como una extensión de él. No me permitía estar fuera de su alcance por mucho tiempo. A cada movimiento que hacía, su mano estaba en algún lugar de mi cuerpo, una presencia constante y posesiva.

—¿Cómo están las cosas, Isabella? —preguntó uno de los hombres en la mesa, girando la mirada hacia mí con una sonrisa que no alcanzaba los ojos.

Sentí la mirada de Lorenzo sobre mí. Sonreí, una sonrisa contenida, educada. El tipo de sonrisa que Lorenzo esperaba que exhibiera. Ni demasiado amigable, ni completamente distante. Solo lo suficiente para mantener las apariencias.

—Todo bien, gracias —respondí, con voz firme, aunque internamente me sentía lejos, muy lejos de ese momento.

El hombre asintió, volvió su atención a Lorenzo, y el apretón en mi muslo se alivió, como si hubiera pasado alguna prueba invisible.

La reunión continuó, con negociaciones complejas y miradas que sabía que cargaban mucho más que solo intenciones de negocios. Se movían entre conversaciones rápidas sobre territorios, influencias y alianzas.

Yo me esforzaba por concentrarme en las palabras, pero la presencia de Lorenzo, su mano siempre en algún lugar sobre mí, me distraía.

Cuando finalmente terminó la reunión, salimos juntos, Lorenzo guiándome con esa mano familiar en mi espalda. La noche estaba más fría de lo normal, y mientras caminábamos hacia el coche, respiré hondo, tratando de aprovechar el aire fresco.

El ruido distante de la ciudad a mi alrededor, el viento cortante... todo eso me daba una breve ilusión de libertad. Como si, por un segundo, pudiera separarme de todo lo que estaba sucediendo.

—¿Estás pensando en algo, Principessa? —la suave voz de Lorenzo rompió el silencio, cargada de curiosidad.

Me giré ligeramente hacia él, con mis ojos encontrándose con los suyos por un breve segundo. Su calor estaba tan cerca. Tan constante. Como el sol al mediodía, imposible de escapar.

Abrí una pequeña sonrisa, manteniendo el tono ligero, pero él podía sentir que no había verdad en mi respuesta.

—Nada importante —con la voz más débil de lo que me hubiera gustado.

***

Pasé las páginas de la revista, aunque ya sabía exactamente lo que encontraría en la siguiente: un anuncio de una joyería.

A pesar de la semilibertad de caminar libremente por la casa, la verdad era que no tenía muchas opciones de cómo llenar mi día mientras Lorenzo no estaba. A veces, el reloj parecía tener veinticuatro números en vez de doce.

Suspiré profundamente y cerré la revista, dejándola a un lado en el sofá. Tal vez debería intentar ver una película. Otra película. Dios mío, ya no aguantaba más ver nada. La televisión nunca fue mi forma de entretenimiento favorita.

¿Será que Lorenzo me daría un Kindle, si se lo pidiera? Probablemente se reiría de mí hasta el próximo siglo al ver lo que pensaba leer, pero esa alternativa comenzaba a sonar mucho más interesante que simplemente... existir.

Fruncí el ceño cuando la sensación de estar siendo observada recorrió mi columna. Giré el rostro, mirando por encima del hombro hacia la puerta de la sala, el único lugar donde alguien podría estar.

Aun así, me sobresalté, asustada, cuando encontré a un hombre parado allí. Stefano, el hermano de Lorenzo.

La semejanza entre ellos era innegable, y la primera vez que lo vi, hace algunas semanas, me golpeó con una fuerza sorprendente.

Stefano tenía la misma mirada penetrante, la misma postura imponente, pero había algo en él que era... diferente. Más ligero, quizás, pero no menos peligroso.

Un escalofrío recorrió mi espina dorsal. Stefano no se había acercado a mí antes, y ahora, verlo allí, observándome de manera tan intensa, me puso nerviosa. Mi primer impulso fue levantarme, pero me obligué a quedarme sentada.

—¿Puedo ayudarte en algo? —pregunté, mi voz sonó más débil de lo que quería.

Stefano era el brazo derecho de Lorenzo. No sabía exactamente qué esperar de él, y eso me inquietaba.

Entró a la sala con pasos tranquilos, sin prisa. Su sonrisa era fácil, pero no había nada reconfortante en ella. Al contrario, la forma en que me miraba me dejaba aún más alerta.

—No, no necesitas preocuparte. Solo pensé que sería educado venir a saludarte —respondió, sentándose en la silla frente a mí con la naturalidad de quien está acostumbrado a dominar cualquier sala en la que entra.

Mientras se acomodaba, observé más de cerca las similitudes con Lorenzo. El mismo tipo de mandíbula, los mismos ojos intensos que parecían ver más de lo que deberían.

Pero mientras Lorenzo cargaba con una presencia oscura y sofocante, Stefano parecía más... maleable. Eso, sin embargo, no me hacía relajarme. Al contrario, me dejaba aún más atenta.

—¿Te está gustando tu estadía aquí? —preguntó Stefano, casualmente, pero había algo en su tono que me hizo sentir como si estuviera siendo puesta a prueba.

Tragué en seco. ¿Qué quería escuchar? No era una invitada. Estaba allí porque Lorenzo lo había decidido, y esa realidad nunca estuvo tan clara para mí como en ese momento.

Habría escupido esas palabras en la cara de Lorenzo en cualquier momento, aunque eso significara ser penetrada con su verga hasta olvidar mi propio nombre. Pero con Stefano, no sabía cómo comportarme. No sabía hasta dónde toleraría mis verdades.

—Sí... me está gustando —respondí, midiendo las palabras. Mi voz sonó baja, casi sin convicción.

Él asintió, observándome con atención aguda. Sentí sus ojos recorrer mi rostro, como si estuviera analizando cada pequeña expresión que hacía. Era desconcertante.

—Imagino que extrañas tu casa —comentó, y esta vez no pude evitarlo.

Mi respiración se hizo más corta, y mis dedos apretaron la tela de mi falda. ¿Estaba insinuando algo? Solo asentí con la cabeza, sin valor para responder en voz alta.

Mi estómago se apretó cuando noté que seguía observándome de cerca. Era como si estuviera esperando algo. No sabía qué, pero el silencio entre nosotros me ponía inquieta.

Stefano se inclinó un poco hacia adelante, los codos apoyados en las rodillas, y me miró directamente a los ojos. Esa fácil sonrisa seguía en sus labios, pero sus ojos decían otra cosa. Algo más profundo, más analítico.

—Es comprensible —dijo, con voz baja y controlada—. Estar tanto tiempo fuera de casa, en un ambiente... diferente. Debe ser difícil.

Hablaba de manera tan casual, como si realmente estuviéramos conversando, aunque la realidad era que él prácticamente hacía un monólogo. Stefano estaba sondeándome, tratando de sacar algo de mí. Solo que no entendía qué.

—Pero me imagino que mi hermano está cuidando bien de ti, ¿no? —agregó Stefano, sin apartar la mirada de la mía.

—Sí, lo está —respondí, rápidamente, sintiendo el peso de esa pregunta.

Sonrió, aparentemente satisfecho con la respuesta, pero yo sabía que había algo más allí, algo que no estaba diciendo.

Stefano se levantó abruptamente, como si hubiera logrado el objetivo de esa conversación, y eso me dejó aún más nerviosa. ¿Qué habría podido decir?

—Bueno, fue un placer hablar contigo, Isabella. Hasta la próxima —dijo, antes de salir de la sala, dejándome sola.

Me quedé allí, inmóvil por un momento, tratando de entender lo que acababa de suceder. No lo logré.

27. LORENZO ZANINI

—¿Ya está todo conectado? —pregunté, sin quitar los ojos del hombre colgado por el gancho frente a mí.

Stefano, a mi lado, revisaba una tablet, deslizando los dedos rápidamente por la pantalla. Asintió con la cabeza.

—Sí, ya está.

Bajé la mirada hacia el desgraciado frente a mí, el cuerpo inerte colgado del gancho en el techo. El sonido de sus gemidos ahogados, mezclados con el jadeo de su respiración entrecortada, era lo único que rompía el silencio en el galpón.

La luz tenue iluminaba las gotas de sudor que caían por su rostro, mezcladas con la sangre seca que manchaba sus ropas rasgadas.

Este galpón siempre tuvo un propósito especial para mí. No era la primera vez que un enemigo terminaba aquí, y seguramente no sería la última.

El olor a óxido y sangre impregnaba el aire, y la oscuridad a su alrededor hacía parecer que el lugar mismo estaba vivo, observando el espectáculo de dolor que yo solía montar allí.

Di un paso hacia adelante, mi mirada fija en el rostro hinchado del hombre. Era de la 'Ndrangheta, uno de los muchos perros de Vittorio que fueron lo suficientemente estúpidos para cruzar mi territorio.

¿Realmente pensaron que podían pasar desapercibidos, que podían entrar y salir de Seattle sin que yo lo supiera?

Pobre imbécil.

Le levanté el pie y lo pateé con fuerza. El impacto lo hizo balancearse en el gancho, y sus ojos se abrieron de repente, desorbitados por el dolor. Tosió, y el sonido ahogado resonó en el espacio.

—Despierta —gruñí, con desprecio—. Aún tienes una última función que cumplir.

Me agaché, acercándome lo suficiente para sentir el aliento amargo de su respiración pesada. Le agarré el mentón con fuerza, forzándolo a mirarme a los ojos.

—Estás aquí porque eres un mensaje. Y, créeme, el destinatario no va a gustar lo que va a ver —murmuré antes de soltar su rostro y apartarme.

Stefano terminó de configurar la videollamada. La pantalla de la tablet parpadeó un momento hasta que apareció la imagen del rostro de Vittorio. El viejo bastardo estaba al otro lado de la llamada, y por su mirada, estaba claro que sabía lo que venía.

—Lorenzo —empezó Vittorio, con voz grave y llena de ira—. ¿Qué piensas que estás haciendo? ¿Cómo te atreves? —Cada palabra de él cargaba una amenaza de violencia, pero yo sabía que no significaba nada. No tenía poder aquí.

Me incliné hacia adelante, una sonrisa lenta se dibujó en mis labios.

—Vittorio, Vittorio... —hablé, con tono bajo y calmado, casi provocador—. Pensé que sería obvio. Estoy enviando un mensaje. Uno bastante claro, espero. —Cambié de posición, permitiendo que la cámara captara al hombre colgado por el gancho, cubierto de sangre.

El silencio que siguió desde el otro lado fue ensordecedor. El rostro de Vittorio se endureció al instante. Reconoció a su hombre, sus ojos se entrecerraron, y pude ver las venas en su frente palpitar de rabia.

Perfecto. Eso quería. Quería que viera hasta dónde estaba dispuesto a llegar.

—¿Crees que puedes intimidarme con esta escena ridícula? —rugió Vittorio, con su voz temblando por la furia—. Voy a acabar

contigo, Lorenzo. Quemaré Seattle hasta las cenizas si es necesario para sacar a mi hija de ahí.

Solté una risa baja, sintiendo la satisfacción recorrer mis venas. Su amenaza era tan vacía como todos los intentos anteriores de infiltrarse en mi territorio. Estaba perdiendo el control, y ver cómo eso sucedía frente a mí era la prueba de que todo iba como lo planeado.

—No vas a hacer nada —respondí, con el tono más tranquilo del mundo, acercándome nuevamente al hombre colgado y dándole otro golpe en el estómago—. Porque sabes lo que pasa si lo intentas una vez más. —Di un paso al costado, abriendo espacio para que Vittorio viera claramente el deplorable estado en el que estaba su hombre.

Los ojos de Vittorio brillaron con una mezcla de odio y desesperación.

—Ya te dije lo que va a pasar, Vittorio. Vuelves a tocar mi territorio, y no me limitaré a matar a tus hombres. Tu hija... —Hice una pausa, dejando las palabras flotar en el aire, aprovechando el momento en que su mirada se endureció—. Tu hija sufrirá las consecuencias. Y sabes que no estoy mintiendo.

El silencio del otro lado fue ensordecedor. La expresión en el rostro de Vittorio se retorció de rabia, sus dientes apretados mientras luchaba por mantener el control.

—Tu pelea es conmigo, Lorenzo. Deja a Isabella fuera de esto.

—Pero Isabella forma parte de esto. Siempre lo ha hecho —Mi voz era fría, cada palabra era calculada para provocar el máximo impacto —. Tú entregaste a tu hija al mundo de la mafia cuando decidiste jugar a ser el jefe, Vittorio. Ahora es mía, y tú... bueno, en un callejón sin salida. —Di otro paso hacia la cámara, inclinándome ligeramente—. Pero dime, Vittorio... ¿te gustaron las fotos? — pregunté, una sonrisa se formó en mis labios.

El rostro de Vittorio se puso más rojo. Era como si cada palabra mía fuera un cuchillo clavándose más profundo en su piel. Sabía el

efecto que las fotos estaban teniendo. Primero, las del jardín, luego las del cuarto, y cada una más provocadora que la anterior. Yo estaba en control del juego, y él lo sabía.

—¡Hijo de puta! —gritó Vittorio—. Si le pones un dedo a mi hija... —Se interrumpió, con la voz llena de furia e impotencia.

El sonido de algo cayendo se escuchó por la llamada. A través de la cámara, pude ver la silla donde estaba sentado caer al suelo con un estruendo.

Solté otra risa.

—Vittorio... —Balanceé la cabeza, fingiendo decepción—. ¿Me vas a decir que aún no lo entiendes? Ya toqué a tu hija. En cada pedazo de ella... Y no solo la toqué. Ya has visto lo suficiente para saber qué pasa entre nosotros. —Mi tono era veneno puro. La verdad estaba allí, cruda, lanzada a su cara como ácido.

Vi a Vittorio temblar de rabia, sus manos apretadas en los puños, los dientes rechinando. Estaba a punto de estallar, respiraba profundo, el rostro retorcido por el odio.

Podía verlo luchando por mantener el control, pero a cada segundo que pasaba, el control se le escapaba como arena entre los dedos. La impotencia de él me divertía. El jefe de la 'Ndrangheta reducido a un hombre sin opciones, sin poder.

—¿Qué quieres? —dijo, finalmente, con la voz más baja, pero aún cargada de odio.

Y supe, en ese momento, que había ganado. Poco más de dos meses fueron suficientes para que hiciera a Vittorio arrodillarse, y no de manera figurada.

Supe que, si en ese momento le decía que eso sería lo que costaría para que tuviera a su hija de vuelta, Vittorio lo aceptaría. Se arrodillaría y me chuparía la verga si se lo pidiera.

Pero podría quedarse tranquilo con eso. Enseñarle a su hija a mamármela era mucho mejor que tenerlo de rodillas frente a mí. Tal vez le enviaría una foto de eso la próxima vez.

Me reí solo, porque no, no lo haría. Ni siquiera tomaría una foto de eso, porque no me arriesgaría a que otros ojos vieran lo hermosa que se veía Isabella cuando estaba ebria de deseo por mí. Dispuesta a todo lo que le pidiera. Deseosa de complacerme.

—Dime, Lorenzo. ¿Qué quieres para devolverme a Isabella? —insistió Vittorio, entre dientes, con el odio burbujeando en su voz, aunque sus palabras eran una súplica disfrazada de negociación.

Me reí una vez más.

—Vittorio, ya te lo dije... —Balanceé la cabeza, aún con una sonrisa burlona en el rostro—. Aún no sé qué quiero. Cuando lo descubra, te aviso.

Vittorio respiró profundamente, intentando contener la rabia.

—Puedo darte territorios, Lorenzo —ofreció, su voz tratando de sonar controlada—. Territorios que nunca soñaste controlar. La 'Ndrangheta tiene acuerdos con Asia, con Rusia... Sabes esto. Puedo darte eso, puedo hacerte aún más poderoso. Dime qué quieres y lo haré.

—¿Territorios? —pregunté, burlándome—. ¿Eso es todo lo que tienes? —Di un paso adelante, con mi expresión endureciéndose—. Vittorio, me estás hablando como si fuera uno de tus secuaces. —Solté un suspiro forzado—. Pero te diré algo que tal vez no has notado. No necesito nada de lo que tienes. —Me acerqué a la cámara una vez más, con una sonrisa fría—. Lo que tengo ahora ya es suficiente. E Isabella... bueno, Isabella está justo donde quiero que esté.

Vittorio me miró con odio absoluto. Sabía que estaba a punto de perderlo todo: el control, la paciencia, su propia cordura.

—Lorenzo... —comenzó de nuevo, amenazante, y yo solo sonreí otra vez—. Si no me devuelves a mi hija, te destruiré a ti y a todo lo que amas.

Sonreí una última vez antes de colgar la llamada.

—Buena suerte con eso —murmuré, hacia la pantalla que ya se oscurecía.

La sala quedó en silencio, excepto por los sonidos bajos de Stefano y los otros hombres comenzando a limpiar el lugar. Salí del galpón, sintiendo la satisfacción recorrer mis venas como una droga.

Cada paso que Vittorio daba, cada intento suyo de alcanzarme, solo hacía que la victoria fuera más dulce.

---

28. ISABELLA MORETTI

El brillo de la luna llena se reflejaba en la superficie de la piscina, creando una ilusión de serenidad que contrastaba con el caos dentro de mí. Estaba parada en el borde, mirando el agua que me llamaba.

El bikini sencillo que Lorenzo eligió se ajustaba perfectamente a mi cuerpo, y la brisa fresca de la noche hacía que la superficie de mi piel se erizara.

Nunca supe nadar, y Lorenzo lo sabía desde que regresamos de México. La piscina, para mí, siempre fue un símbolo de vulnerabilidad, de miedo. Pero ahora, con él, ese miedo tomaba otra forma: un tipo diferente de vulnerabilidad que aún no sabía cómo procesar.

Lorenzo estaba en el agua, con los brazos descansando casualmente en los bordes de la piscina mientras me observaba con una mirada intensa, pero no depredadora, como era su costumbre. Había algo diferente en él hoy, una calma que no estaba acostumbrada a ver.

—Entra —dijo, con esa suavidad que, aun así, no dejaba espacio para la desobediencia.

Intenté inspirar profundo, pero el aire parecía demasiado denso para llenar mis pulmones. El agua parecía invitante, pero al mismo tiempo amenazante.

Sabía que mi vacilación no tenía nada que ver con el miedo al agua en sí, sino con la idea de entregarme a él en otro aspecto de mi vida. Seguía eligiendo hacer esto, aunque sabía que no debía. Me entregaba a Lorenzo una y otra vez, sin recibir nada más que placer físico a cambio.

Aun así, avancé. Cuando mis pies tocaron el agua fría, un escalofrío recorrió mi columna, y casi retrocedí. Antes de que

pudiera cambiar de opinión, sentí la mano de Lorenzo extendida hacia mí.

Sin pensarlo mucho, la tomé. Era curioso cómo su contacto, incluso después de todo, siempre me traía una mezcla de confort y ansiedad.

Él me jaló suavemente, sin prisa, y sentí mi cuerpo ser guiado por la fuerza invisible del agua y la presencia firme de él. Sus manos firmes sujetaron mi cintura, y por un momento, la tensión en mi cuerpo empezó a disolverse.

Lorenzo comenzó a guiarme con paciencia, sosteniéndome mientras yo flotaba, enseñándome a dejar que el agua me cargara. Era un lado de él que nunca había visto antes: alguien paciente, casi cuidadoso.

—Concéntrate en la respiración —dijo, con voz baja, casi íntima.

Intenté seguir sus instrucciones, enfocándome en el movimiento del agua alrededor de mi cuerpo, en la sensación de flotar. Pero era imposible no notar el contacto en mi piel, la manera en que cada caricia parecía llevar un significado oculto. Era solo un gesto práctico, lo sabía.

Por más que intentara concentrarme en el simple acto de aprender a nadar, mi mente insistía en volver a él. A la forma en que me miraba, a cómo me tocaba. Siempre había algo más en los gestos de Lorenzo. Incluso ahora, en el agua, cuando todo debería ser más simple, el peso de nuestra conexión estaba allí.

Después de algunos minutos, Lorenzo se apartó, permitiéndome flotar sola. Al principio, sentí el pánico acercarse, pero pronto me di cuenta de que podía. Estaba logrando mantenerme en la superficie.

El agua me sostenía, y por un breve instante, sentí algo cercano a la libertad. Una libertad que, sabía, era ilusoria. Porque, incluso con él alejado, su presencia aún flotaba a mi alrededor como una sombra.

La ruptura del silencio llegó antes de que pudiera evitarlo.

—¿Por qué quisiste enseñarme a nadar? —pregunté, con voz suave, casi vacilante.

Sabía que no era el tipo de pregunta que a Lorenzo le gustaba responder. Siempre mantenía sus intenciones ocultas, y esperaba una respuesta fría y calculada, como de costumbre. Pero, para mi sorpresa, él dudó.

Su silencio fue largo, y cuando sus ojos se encontraron con los míos, había algo diferente en ellos. Algo que rara vez veía. ¿Vulnerabilidad? O quizás fuera una fracción de quién realmente era Lorenzo, esa parte que él escondía de todos, incluso de mí.

—Porque... —comenzó, la palabra flotaba en el aire como una promesa.

Por un momento, la barrera entre nosotros pareció deshacerse. Lo observé con más atención, mi corazón acelerándose mientras sentía que, finalmente, iba a dejarme entrar, a permitirme entender al hombre detrás de todas las máscaras. Ese Lorenzo que parecía inaccesible, inalcanzable, estaba a punto de revelarse. Estaba desesperada por algo, por cualquier cosa, por alguna pista.

Pero, de repente, el momento se desvaneció.

El cambio fue visible. Ese Lorenzo más humano, que me miraba con algo cercano a la sinceridad, retrocedió. Vi las barreras levantarse nuevamente, cerrando esa pequeña ventana de vulnerabilidad que había mostrado. Lorenzo desvió la mirada, y la conexión que comenzaba a surgir entre nosotros se interrumpió.

—No pienses demasiado en eso, Isabella —dijo, volviendo a su tono habitual de mando.

La frustración burbujeó dentro de mí. Quería gritar, exigirle respuestas. Quería entender lo que pasaba por la mente de Lorenzo, quería romper esa barrera que siempre mantenía entre nosotros. Pero, una vez más, me quedaba en el borde, impedida de cruzar esa línea invisible.

—Sigue —ordenó, impasible—. Respira profundo.

Sentí cómo la rabia crecía, pero al mismo tiempo, algo más se instalaba en mí. Un dolor silencioso, como si algo estuviera faltando. Lorenzo estaba a mi lado, siempre tan cerca, pero nunca de verdad.

Nunca permitía que viera quién era realmente. Me poseía, controlaba mi cuerpo, mis movimientos, pero cuando se trataba del corazón, se retiraba. Siempre.

Quería gritar que estaba cansada de esa distancia, cansada de ser controlada y de estar apartada de su verdadera esencia. Pero sabía que, por más que gritara, él nunca permitiría que cruzara esa línea.

Seguí nadando, moviéndome lentamente por el agua, el silencio entre nosotros ahora era más denso que antes. Incluso flotando en la piscina, rodeada por la frescura de la noche y la ligereza del agua, me sentía atrapada. Atrapada por él. Atrapada en esta dinámica que nunca cambiaba.

Miré de reojo a Lorenzo, esperando aún algo, cualquier cosa, que me dijera que estaba a punto de dejarme entrar.

Pero Lorenzo siguió observándome con esa mirada impenetrable, manteniéndose a una distancia segura. Y así, la ilusión de libertad desapareció.

29. LORENZO ZANINI

—Ella salió del cuarto —dijo Stefano, en un tono calmado, después de entrar silenciosamente, como siempre.

Yo estaba en mi oficina, concentrado en los papeles frente a mí, y él rara vez interrumpía a menos que fuera necesario.

Levanté los ojos, sintiendo cómo la sangre subía demasiado rápido. No podía ser que ella me hubiera desobedecido así, de forma tan descarada. Mucho menos hoy, cuando estaba recibiendo a hombres que no merecían confianza. Isabella sabía que le había dejado claro que debía quedarse en el cuarto hasta que yo fuera a buscarla.

—¿Cuándo? —pregunté, aunque no era necesario. Ya era tarde suficiente para que el daño estuviera hecho.

—Hace pocos minutos —respondió Stefano.

Sin perder tiempo, me levanté, con el único pensamiento martillando en mi mente: ella me desafió.

Salí de la oficina con pasos firmes, con el sonido de mis zapatos resonando por los pasillos de la mansión, mientras cada parte de mí hervía de ira y algo más que no quería admitir.

Isabella desobedeció una orden directa. ¿Y por qué? ¿Qué esperaba ganar con eso?

Cuando doblé el pasillo, ahí estaba ella, caminando como si no hubiera roto mi regla, como si no tuviera idea de lo que sus acciones podrían causar. En cuanto me vio, sus ojos brillaron con desafío. No había arrepentimiento, ni disculpas. Solo esa maldita terquedad que me hacía dar vueltas la cabeza.

—Te dije que te quedaras en el cuarto, Isabella —Mi voz salió controlada, pero dura, cargada con una amenaza implícita.

Ella cruzó los brazos, con el mentón levantado, como si estuviera lista para enfrentar todo lo que yo le dijera.

—Necesitaba aire —prácticamente escupió las palabras, sus ojos estaban fijos en los míos, desafiantes.

La ira creció dentro de mí. Cada palabra suya, cada gesto, era como un cuchillo afilado hurgando en una herida abierta. No estaba acostumbrado a ser desafiado de esa manera, y mucho menos por ella. Avancé, reduciendo la distancia entre nosotros, con mis ojos clavados en los suyos.

—¿Acaso instalaron un succionador de oxígeno en tu cuarto sin que yo lo supiera? —gruñí, mi voz baja y cargada de peligro—. ¡Te dije que te quedaras en el cuarto, mierda! ¡Entonces es ahí donde debes quedarte!

Ella no retrocedió. Isabella me miró directamente, sus ojos brillaban con una ira que hacía que la sangre en mis venas hirviera aún más.

Esa fue la gota que colmó el vaso.

La tomé del brazo, jalándola hacia mí. El contacto no fue brutal, pero sí posesivo, controlador. Había algo más allí, algo que latía en cada fibra de mi cuerpo.

—Suéltame —exigió Isabella, y yo me reí, arrastrándola por el pasillo, de vuelta al maldito cuarto del que no debía haber salido—. ¡No soy un juguete, Lorenzo! —gritó, con su voz temblando de ira, su cuerpo luchando contra cada paso que daba, y sus manos intentaban zafarse de las mías—. ¡No puedes tratarme así y esperar que lo acepte!

Respiré hondo, intentando mantener el control, pero su cercanía estaba afectándome de la misma forma de siempre, esa que ponía en duda mi autocontrol cada vez.

El olor de Isabella, el calor de su piel bajo el vestido, todo eso me hacía perder cualquier vestigio de autocontrol. Quería dominarla, quería que se sometiera, la quería bajo mi control en cada maldito

aspecto de su vida. Y me divertía cuando me desafiaba en cualquier otra cosa, menos en esta.

La empujé contra la pared, sujetando sus hombros con firmeza, con mis ojos fijos en los suyos.

—Eres mía. —Las palabras salieron de mí en un gruñido, cargadas con toda la posesividad que sentía—. Vas a hacer lo que te mande, Isabella. Y, en el fondo, sabes que te gusta. Te gusta ser mía.

Por un breve momento, vi la duda en sus ojos. Aún estaba furiosa, aún llena de frustración, pero también había algo más. Su cuerpo vaciló por un segundo, y antes de que pudiera procesar lo que estaba sucediendo, la besé.

Tomé su boca con la misma fuerza e intensidad que nuestra discusión, y toda la ira y frustración entre nosotros explotaron en deseo crudo.

Isabella respondió al beso con la misma hambre, la misma intensidad. La levanté, presionándola contra la pared, y ella se aferró a mí, sus piernas rodeando mi cintura, nuestros cuerpos pegados como si el conflicto se hubiera transformado en algo aún más visceral.

Mis manos subieron por sus muslos, apartando el vestido hacia un lado, exponiendo la piel caliente que conocía tan bien. Mis dedos deslizaron por su piel suave, y cada caricia le arrancaba un gemido ahogado que me volvía más loco.

—Lo quieres tanto como yo —murmuré contra sus labios, mi voz estaba rasposa de deseo—. Puedes fingir que me odias, pero sé que lo necesitas. Me necesitas.

Ella gimió contra mi boca, y fue todo lo que necesitaba. Sin vacilar, la giré bruscamente, presionándola contra la pared.

Mis manos recorrieron su cuerpo, rasgando el vestido mientras mi boca atacaba la piel expuesta de su cuello. Ya no había espacio para palabras. La necesidad de poseerla, de marcarla, era insoportable.

Mis dedos encontraron su ropa interior, ya completamente empapada, y sin paciencia, rasgué el fino tejido, tirándolo al suelo. La presioné más contra la pared, sintiendo su cuerpo temblar bajo mis manos que bajaban por sus muslos, separándolos para tener más espacio.

Ella jadeó cuando sentí su piel erizarse con el contacto firme. Sujeté sus muslos y la levanté, aprisionándola entre la pared y mi cuerpo.

Sin dudarlo, liberé mi erección, presionando la punta contra su entrada, ya palpitante y mojada. Sentí a Isabella intentar ocultar un gemido, mordiendo su labio, pero sus ojos, cerrados y los brazos rodeando mi cuello, traicionaban la resistencia que aún pretendía tener.

La penetré de golpe, profundamente, hasta el fondo. El sonido que escapó de su boca fue salvaje, un grito ahogado de placer y dolor mezclados.

Isabella me agarró los hombros con fuerza, sus uñas se clavaron en mi piel mientras su cuerpo respondía instintivamente al movimiento. Todos sus músculos reaccionaron, apretándome, reteniéndome en su interior como si fuera lo único que necesitara en aquel momento.

Empecé a moverme, empujando rápida y brutalmente, con toda la intensidad que había generado nuestra pelea. El sonido de nuestros cuerpos al chocar resonaba en la habitación, ahogado por los gemidos de Isabella, que se hacían más fuertes y desesperados con cada movimiento.

Intentó agarrarse a la pared con las manos, sus dedos resbalaban por la fría superficie, pero no tenía control sobre nada.

—Te gusta, Isabella —gruñí entre empujones, con la respiración agitada mientras empujaba mi cuerpo con fuerza contra el suyo—. Te gusta no tener el puto control. Así que... No... Finjas... Lo... Contrario… —la acusé, puntuando cada palabra con una profunda embestida.

Jadeó, con la cabeza echada hacia atrás, el pelo despeinado mientras sus ojos se cerraban, su cuerpo completamente a merced de cada uno de mis movimientos.

Sus piernas se cerraron en torno a mi cintura, atrayéndome aún más, como si quisiera tenerme aún más profundo, abrazándome a ella de una forma que las palabras no podrían expresar.

—Dilo —exigí en un gruñido, mordiéndole el hombro mientras aumentaba el ritmo—. ¡Admite que te encantan mis órdenes y que toda esta bravuconada es solo una actuación!

Isabella abrió la boca, pero solo pudo gemir. Las palabras se le atascaban en la garganta, los sonidos que salían de ella eran pura rendición.

Con cada nueva embestida, cada vez que la llenaba por completo, su cuerpo se acoplaba absolutamente al mío. Estaba cediendo, aunque intentara negarlo.

La intensidad del momento me consumió. La estreché contra mí, apretándole los muslos con los dedos mientras penetraba más y más deprisa.

Las paredes de su vagina se apretaron a mi alrededor, calientes y resbaladizas, mientras la empujaba hasta el límite. Sentí que el placer crecía en mí, una necesidad animal de dominarla, de tenerla por completo.

—Mírame —le ordené, con la voz ronca por el deseo.

Abrió los ojos y me miró con una mezcla de odio y deseo. Y era esta mezcla la que me volvía loco, la que me hacía desear más y más. Quería ver a Isabella completamente rendida, completamente entregada.

—Admítelo —volví a susurrar, con los ojos clavados en los suyos mientras notaba que su cuerpo empezaba a estremecerse—. O no dejaré que acabes.

Vi la lucha en sus ojos. Su razón luchaba contra la niebla preorgásmica, rogándole a Isabella que no lo hiciera, que no

admitiera la verdad que ambas sabíamos, pero su cuerpo estaba demasiado perdido, demasiado desesperado, demasiado dependiente de más.

—Me encanta… —murmuró, sin aliento.

—¿Qué te gusta, zorra mía? —pregunté, empujando profundamente dentro de ella.

—Ser tu perra —respondió ella sin oponer resistencia, volviendo a cerrar los ojos—. Me encanta cómo me metes la verga, cómo me posees. Me encanta ser tuya, Lorenzo.

Sonreí.

—Buena chica.

Con un último movimiento brutal, la llevé al clímax. Isabella gritó mi nombre, con la cabeza echada hacia atrás, mientras su cuerpo se agitaba sin control entre mis brazos.

Sentí su orgasmo como una ola, el calor extendiéndose por todo su cuerpo mientras sus paredes me aplastaban con fuerza, llevándome al límite.

Y entonces yo también llegué al clímax, enterrándome profundamente dentro de ella, gimiendo mientras el placer me consumía por completo, derramando todo mi semen en su interior.

Permanecimos allí unos segundos, jadeantes, con el sonido de nuestras respiraciones resonando en el silencio que siguió al caos. Isabella seguía atrapada entre la pared y yo, con la cabeza apoyada en mi hombro y el cuerpo temblando ligeramente. La abracé con fuerza, sintiendo los rápidos latidos de su corazón contra mi pecho.

Lentamente, salí de ella, oyendo el sonido sordo de nuestras pieles al separarse. La sensación de vacío que me quedó fue instantánea, pero al mismo tiempo me sentí satisfecho. La tumbé con cuidado en el suelo, con las manos aún sujetando sus caderas mientras nuestros cuerpos se enfriaban.

—Eres mía, Isabella. Y no voy a tolerar más desafíos a ese hecho —advertí, desabrochándome la camisa y, a juzgar por la forma en que los ojos de Isabella se movían por el pasillo que nos rodeaba, muy abiertos, solo entonces se dio cuenta de que estábamos en un pasadizo.

—¿Podría ser... que alguien…?

—¿No hemos hablado de esto, Principessa? —pregunté y le tendí la camisa para que se la pusiera. Isabella aceptó y se apresuró a pasar los brazos por las mangas—. ¿No te había dicho ya que nunca te compartiría? Si alguien soñara siquiera con meterte la verga un segundo, mataría al hijo de puta, pero no dejaría de metértela. —Inhaló bruscamente y se mordió el labio—. Ahora vuelve a tu habitación, Isabella. Y no salgas hasta que vaya a buscarte.

---

30. ISABELLA MORETTI

El sol comenzaba a invadir el cuarto, sus luces doradas iluminando suavemente el espacio a mi alrededor. Estaba sola en la cama, las sábanas aún desordenadas de la noche anterior.

Lorenzo ya se había ido, como hacía todas las mañanas, dejándome sola con mis pensamientos. La almohada a mi lado aún conservaba su perfume, y cuando me giré hacia el otro lado, sentí el calor residual de donde él había dormido.

Esa rutina se había vuelto extrañamente familiar. Las noches intensas, llenas de deseo y descontrol, y las mañanas, siempre con él ya lejos, sumido en sus negocios. Pero esa mañana, algo dentro de mí parecía diferente.

Mi corazón estaba pesado con una confesión que había evitado durante mucho tiempo. Estaba enamorada de él.

Ese pensamiento me paralizó. Era como una cuchilla fría presionada contra mi pecho. ¿Cómo yo, la mujer que él había secuestrado, mantenida como su prisionera, podía estar enamorada de alguien como Lorenzo?

Él era cruel, implacable, me mantenía bajo su constante control, tomaba lo que quería de mí en cualquier momento. Y aún así, me estaba perdiendo a mí misma por él.

Me senté en la cama, pasándome las manos por el cabello y respirando profundamente. El peso de ese sentimiento me aplastaba. Necesitaba alejarme. Necesitaba recuperar el control sobre mí misma, pero cada vez que pensaba en Lorenzo, sentía un calor recorrer mi cuerpo, algo que no podía explicar, algo que no quería admitir.

¿Qué pensaría mi familia si supiera esto? ¿Qué pensaría Felippo? Me aparté el cabello con fuerza, exhalando tan fuerte que mis fosas nasales temblaron.

Me levanté, caminé hasta la ventana y miré los vastos y perfectamente cuidados jardines de la mansión. El contraste entre la calma y la belleza del exterior y la tormenta dentro de mí era cruel.

Sabía que mi situación con Lorenzo era tóxica, pero no podía dejar de pensar en él. Cada caricia, cada palabra susurrada en el calor de la noche, cada mirada furtiva que me lanzaba cuando pensaba que no estaba prestando atención... Todo eso me corroía por dentro.

El problema era que, por más que quisiera creer que no estaba viviendo sentimientos unilaterales, con Lorenzo, era imposible saberlo. ¿Y si todo entre nosotros era solo físico, y yo estaba confundiendo las cosas?

Apreté los ojos, intentando apartar esos pensamientos. Necesitaba ser racional. Lorenzo era un hombre peligroso, manipulador, y lo que sentía no podía ser real. Era solo el efecto de la constante tensión entre nosotros, nada más. Necesitaba convencerme de eso.

El sexo era increíble. Mejor de lo que jamás pensé que podría ser. Pero eso era todo. Nada más. No podía ser.

El problema era que, mientras más intentaba alejarme emocionalmente, más crecían mis sentimientos. Estaba hundiéndome en él. Y sabía que no había salida.

Cerré los ojos y me hice una promesa a mí misma allí, junto a la ventana, con el sol ya alto. Necesitaba alejarme emocionalmente. Necesitaba crear una barrera, evitar que Lorenzo tuviera tanto control sobre lo que sentía. Si no lo hacía, terminaría perdiéndome por completo.

A esa altura, lastimarme era inevitable, pero tal vez aún podría controlar el alcance total de los daños a mi corazón.

Bajé para el desayuno, intentando mantener la calma, pero en cuanto entré al salón, ahí estaba él. Sentado con naturalidad a la

mesa, Lorenzo leía un informe. Cuando me vio, levantó los ojos y me lanzó una pequeña sonrisa.

No una sonrisa seductora o ardiente, sino algo mucho más peligroso. Una sonrisa que sentí en cada parte de mi cuerpo, como si de alguna manera Lorenzo hubiera escuchado mi discusión mental conmigo misma en la habitación y se hubiera sentido desafiado por ella.

—Buenos días, Principessa —murmuró, con su voz ronca aún cargada del peso de la noche anterior.

Y en ese momento, supe que toda mi determinación de alejarme estaba a punto de ser destruida. Por más que intentara, por más que quisiera construir barreras, Lorenzo siempre encontraba una manera de derribarlas con una simple mirada, una simple caricia.

A medida que el día avanzaba, traté de mantener la distancia. Pero justo ese día, Lorenzo parecía estar cerca todo el tiempo. Me mantenía a la vista, siempre asegurándose de tenerme a su lado.

A cada roce casual, a cada mirada prolongada, sentía que mi control se escapaba entre mis dedos. La forma en que me trataba - como suya, como algo que le pertenecía- me confundía, dividiéndome entre el deseo, el miedo y la culpa por gustarme tanto, como él me había obligado a admitir unos días antes.

Cuando la noche comenzó a caer, ya sabía lo que pasaría. Siempre era lo mismo: deseo, entrega, control. La dinámica entre nosotros era inescapable. Pero ahora había algo más. Un sentimiento que no quería nombrar, pero que estaba ahí, persiguiéndome a cada instante.

De vuelta en el cuarto, antes de dejarme llevar por el contacto de Lorenzo, cerré los ojos e intenté aferrarme a mi promesa de alejarme. Pero, en el fondo, sabía que era una mentira.

Porque, por más que intentara convencerme de lo contrario, todo lo que realmente quería era ser consumida por él, más de lo que ya lo estaba.

31. LORENZO ZANINI

El despacho estaba en silencio. Solo el leve tic tac del reloj en la pared interrumpía la quietud de la noche. Estaba sentado detrás de mi escritorio, con el vaso de whisky olvidado a mi lado. Miraba al vacío, los pensamientos rodeándome como una sombra que no podía apartar.

En los últimos meses, todo había ido según lo planeado. Había atrapado a Isabella, la había hecho mía, y ahora ella estaba enamorada. Era el desenlace obvio. Cayó en el juego tal como sabía que lo haría. La enredé, la controlé, y ahora, finalmente, estaba completamente entregada.

Entonces, ¿por qué diablos me sentía tan irritado?

Me pasé las manos por la cara, tratando de alejar la frustración creciente. Debería estar satisfecho. Ese siempre fue el plan, ¿no? Secuestrar a la hija de Vittorio, destruirlo emocionalmente y usarla como un arma en mis manos.

Y funcionó.

Isabella estaba atrapada conmigo de una manera que sabía que nunca podría deshacer. La dominé, la hice ceder con cada caricia, con cada palabra. Era mía en todos los sentidos que importaban.

Y ahora, era hora de dejarla ir.

Era la elección lógica. ¿Qué más podría hacer? ¿Mantenerla aquí indefinidamente? No tenía sentido. Ya tenía todo lo que quería, ya la había roto de todas las maneras necesarias. Devolver a Isabella sería el golpe final.

Mostrarle a Vittorio que no solo fracasó en rescatarla, sino que ahora su hija me pertenecía, incluso cuando la enviara de vuelta. Él lo sabía, y yo también.

Entonces, ¿por qué dudaba?

Me levanté de la silla, la rabia iba creciendo dentro de mí a cada segundo que pasaba. Esto no tenía sentido. Yo soy Lorenzo Zanini, y siempre supe cuándo era hora de terminar algo.

Este control que siempre había mantenido no funcionaba ahora. No con ella. Algo me estaba molestando, y eso era inaceptable.

Tomé el teléfono, mi voz era firme y decidida, como siempre.

—Prepárense un avión. Isabella va a regresar a Nueva York.

Las palabras salieron de mi boca con facilidad, como si no significaran nada. Y, mierda, no deberían significar nada. Logré mi objetivo.

Vittorio estaba destruido, e Isabella... bueno, ella estaba enamorada de mí. ¿Cómo no lo estaría? Eso es lo que hago. Las personas siempre terminan cayendo bajo mi control. Ella no era diferente.

Colgué el teléfono con fuerza, el sonido del golpe resonando en la habitación silenciosa. Crucé los brazos, mirando la oscuridad fuera de la ventana. La vista de Seattle me parecía más sombría esa noche. ¿Un presagio? No.

No creía en esas mierdas. Solo era... frustración. Eso era porque sabía, en el fondo, que algo estaba cambiando, pero me negaba a aceptarlo.

Me negaba a admitir que la idea de que Isabella saliera de esa casa me ponía más furioso que cualquier cosa. Necesitaba deshacerme de ella antes de que fuera demasiado tarde. Antes de que mi plan perdiera el momento adecuado.

Fue entonces cuando la puerta del despacho se abrió, y Stefano entró, aún sin saber la decisión que acababa de tomar. Estaba mirando su celular, probablemente coordinando algo con los hombres, como siempre hacía. Cuando levantó la vista y vio mi expresión, se detuvo y levantó una ceja.

—Tienes muy mal aspecto, hermano —comentó, con su sonrisa fácil en el rostro—. En fin, mañana tenemos que revisar ese

territorio nuevo. Creo que la reunión...

—No va a ser posible —interrumpí, con mi voz más áspera de lo que esperaba—. Mañana es el día en que Isabella regresa a Nueva York. Necesitamos estar preparados para lo que viene después.

La sonrisa de Stefano desapareció inmediatamente. Parpadeó varias veces, como si intentara procesar lo que acababa de decir.

—¿Mañana? —repitió, dando un paso hacia adelante, con sus ojos fijos en los míos—. Pensé que habías cambiado de opinión sobre devolverla. Creí que habías desistido.

Solté una risa seca, amarga, que rasgó mi garganta con desdén.

—¿Cómo crees que voy a dar marcha atrás en mis planes, Stefano? —respondí, cruzando los brazos.

Stefano me observó por un momento, con su mirada analítica, casi como si estuviera sopesando mis palabras, buscando algo entre líneas. Siempre sabía leer a las personas, y eso empezaba a molestarme.

—¿Estás seguro de que eso es lo que quieres? —preguntó, con tono casual, pero sus ojos llenos de curiosidad... y algo más. Algo que me incomodaba profundamente.

Y fue suficiente para que perdiera el control.

—¿Por qué no voy a estar seguro, Stefano? —gruñí, dando un paso hacia él, mi voz más alta de lo que quería—. ¡Siempre supe lo que estaba haciendo! ¡Siempre supe cómo iba a acabar esto!

Stefano levantó las manos, como si intentara calmarme, pero el gesto solo me irritó aún más.

—Tranquilo, Lorenzo. Solo preguntaba porque, honestamente, no pareces tan... seguro. —respondió, con esa maldita calma que solo aumentaba mi rabia—. Y, para ser honesto, nunca habías hablado de esto con tanta ira antes.

—¡No necesito tu análisis, Stefano! —exploté, mi voz retumbaba en las paredes del despacho—. ¡Es obvio que estoy seguro! ¡Isabella

va a regresar a Nueva York, y eso es todo! ¿Entendido?

Stefano permaneció en silencio unos segundos, observándome, pero no dijo nada más. Sabía que cualquier palabra más solo empeoraría las cosas. Y, a pesar de mi explosión, entendió lo que no había dicho. Siempre lo entendía.

Sin decir una palabra más, salió del despacho, dejándome solo con mis pensamientos. Pero la rabia seguía ardiendo dentro de mí, incontrolable.

Subí a la habitación, la tensión palpitaba en cada músculo de mi cuerpo. Cuando entré, encontré a Isabella sentada en la cama, con un libro abierto en las manos, los ojos bajaban por las páginas con una serenidad que solo me irritaba aún más. ¿Cómo podía estar tan tranquila mientras yo estaba destrozado por dentro?

¿Cómo podía estar tan hermosa? La luz suave de la lámpara iluminaba su rostro de una manera casi angelical, destacando los rasgos delicados que, a pesar de todo, nunca dejaron de fascinarme.

Su cabello, suelto, caía en ondas suaves sobre los hombros, y el contraste de su piel clara con los cabellos oscuros era casi imposible de ignorar. Aunque estaba sentada allí, sin pretensiones, parecía una visión que me consumía cada segundo.

El modo en que sus labios se curvaban ligeramente mientras leía, como si no tuviera ninguna preocupación en el mundo, me hacía querer arrebatarle el libro de las manos y recordarle quién era. A quién pertenecía.

Había algo casi insoportable en verla tan relajada, tan... mía, sin que siquiera se diera cuenta de cuánto eso me afectaba. Pero su belleza, esa tranquilidad irritante, solo aumentaba el peso de mi decisión.

Isabella tenía que irse.

Levantó la vista cuando me vio entrar, una pequeña sonrisa asomaba en sus labios. Pero yo estaba lejos de estar dispuesto a sonreír.

—Tal vez deberías empezar a recoger tus cosas —dije, con la voz más fría de lo que pretendía.

Isabella frunció el ceño, cerrando el libro lentamente.

—¿Recoger mis cosas? —preguntó, confundida—. ¿Vamos a viajar otra vez?

Negué con la cabeza, cruzando los brazos.

—No, Isabella. Es hora de que regreses a tu casa.

32. ISABELLA MORETTI

Pestañeé.

Todas mis sinapsis nerviosas trabajaban a toda máquina, como si estuvieran anticipando un cortocircuito. Mi mente repasaba los últimos minutos de mi existencia, como si buscara una razón para que las últimas palabras que llegaron a mis oídos fueran solo producto de mi imaginación.

El silencio de la habitación era cómodo, casi acogedor. Estaba absorta en mis propios pensamientos, las palabras del libro en mis manos fluían sin que realmente las absorbiera. Mi mente estaba lejos. Con Lorenzo.

Él estaba en cada detalle de mi vida ahora, en cada respiración. En los últimos meses, todo se había intensificado. La forma en que me tocaba, la manera en que sus ojos me seguían por el espacio, como si siempre supiera dónde estaba, qué pensaba. Pero, al mismo tiempo, había una tensión, algo que no lograba entender por completo.

Estaba perdida en esos pensamientos, intentando encontrar sentido a todo lo que vivíamos, cuando lo sentí. Me costó mirarlo, porque temía la sensación que sabía que invadiría mi pecho en cuanto lo viera.

Siempre era así, ahora: el corazón acelerado, la respiración atrapada en la garganta, la boca seca, el hormigueo en las yemas de los dedos, como si ninguna parte de mi cuerpo pudiera soportar la idea de tenerlo tan cerca y no tocarlo. Era... agobiante.

Cuando ya no pude evitarlo más, levanté los ojos y lo vi parado en la puerta de la habitación, con la expresión dura, fría. Algo estaba mal. Lo sabía por la forma en que me miraba, como si estuviera a punto de resolver un problema, de cerrar algún asunto pendiente.

—Tal vez deberías empezar a recoger tus cosas —dijo, y respondí algo que ya no recuerdo. No con las últimas palabras que salieron de la boca de Lorenzo, que se quedaron en mi mente y no me dejaron pensar en nada más—. Es hora de que regreses a tu casa.

Sentí mi cuerpo entero congelarse. Por un segundo, fue como si me hubiera salido de mí misma y estuviera viendo la escena desde lejos, incapaz de creer lo que estaba hablando.

¿Qué estaba diciendo? ¿Regresar a casa? ¿Qué significaba eso después de todo lo que habíamos pasado? Mi cabeza parecía girar mientras trataba de procesar sus palabras.

Mi corazón latía rápido, pero me dije a mí misma que debía mantener la calma, aunque sentía el estómago revuelto de ansiedad. Sacudí la cabeza, empujándome de nuevo al presente. Tenía que estar tranquila. Esto debía ser alguna clase de broma, ¿cierto?

—¿Qué? —Mi voz salió en un susurro, incrédula.

Quería gritar, exigir respuestas, pero, en ese momento, todo lo que pude hacer fue preguntar de nuevo, como si él pudiera aclarar mejor la locura que acababa de decir.

Lorenzo siguió mirándome, con la expresión cerrada, los brazos cruzados sobre el pecho. No había suavidad en su postura, no quedaba rastro del hombre que tantas veces había estado a mi lado, en las noches que dormíamos juntos. El hombre que me abrazaba como si yo fuera todo, y, al mismo tiempo, me hacía sentir como si no fuera nada.

—Vas a volver con tu familia —dijo, y esas palabras atravesaron mi pecho como una cuchillada.

Por un momento, me quedé completamente quieta, inmóvil. ¿Volver con mi familia? ¿Volver? ¿Como si todo lo que habíamos vivido hasta ahora hubiera sido temporal, como si fuera una mercancía que se devolvía cuando ya no era útil?

—¿Me... vas a mandar de vuelta? —Mi voz temblaba, casi quebrándose, mientras intentaba poner en palabras lo que sentía—.

¿Después de todo esto?

Usé la palabra "esto" como un intento desesperado de cargar el peso de todas las noches, las caricias, las promesas silenciosas, las confesiones que él me obligó a hacer.

Lorenzo seguía impasible, frío, sus brazos aún cruzados, sin mostrar ninguna emoción que revelara lo que realmente pensaba. Todo lo que hizo fue asentir lentamente, como si no hubiera nada más natural en el mundo.

—Es hora —dijo, con la misma voz firme, sin rastro de duda—. Lo que necesitaba ya está hecho. Ahora puedes regresar a tu vida.

¿Lo que necesitaba ya estaba hecho? Esas palabras dolieron más de lo que quería admitir.

¿Cómo podía ser tan cruel? ¿Cómo podía ser tan frío, después de todo lo que habíamos pasado juntos? Cada roce, cada beso, cada momento de conexión... ¿No significaba nada para él?

Todo mi cuerpo temblaba, pero me forcé a mantenerme en pie, a seguir mirándolo, incluso cuando todo dentro de mí gritaba de dolor.

—¿Esto es... algún tipo de juego para ti? —La pregunta salió antes de que pudiera contenerme, cargada de resentimiento y furia —. ¿Entrar aquí y decirme... esto? ¿Tratarme así? ¿Como si fuera una... cosa?

Él me miró, sin parpadear, sin titubear, con la misma frialdad de siempre.

—Eso es lo que te dije desde el principio —respondió, su voz era baja y firme, sin espacio para dudas—. Sabías lo que esto era, Isabella. Nunca te mentí. Fuiste un medio para un fin, y ahora, ese fin ha llegado.

Sentí las lágrimas arder en mis ojos, pero no quería llorar. No frente a él. No ahora. Respiré hondo, intentando mantener algo de compostura, tratando de no desplomarme.

—Lorenzo... —Intenté de nuevo, con mi voz más baja, más suave, como si de alguna manera eso pudiera penetrar la barrera de frialdad que él había levantado entre nosotros—. Sabes que eso no es verdad. —Dí un paso hacia él, casi suplicando por una reacción que mostrara que había algo más allí—. Sabes que entre nosotros hay algo más que eso. Tú lo sabes.

Por un breve instante, juré que vi algo cambiar en sus ojos. Un destello de algo, de emoción, de vacilación... Pero entonces, como una puerta cerrándose, su mirada fría volvió a dominar su rostro.

—No compliques las cosas, Isabella —dijo, con tono de advertencia, casi impaciente—. Es hora de que regreses a tu familia. Es lo mejor.

Sentí como si me hubieran dado un golpe. Sus palabras fueron como un balde de agua fría, apagando cualquier esperanza que pudiera haber tenido.

Mi corazón dolía tanto que apenas podía respirar. Quería gritar, quería decirle todo lo que sentía, pero las palabras se quedaron atascadas en mi garganta.

—Entonces es eso —dije, finalmente, con la voz quebrada y temblorosa—. ¿Me vas a devolver como si yo fuera... nada?

Él no respondió de inmediato, sus ojos aún estaban fijos en los míos, fríos e impenetrables. Tras un largo silencio, Lorenzo simplemente se encogió de hombros, como si nada de eso tuviera importancia.

—Eso es lo que siempre fuiste para mí —dijo, y esas palabras sonaron como el golpe final—. Nada.

Las lágrimas que tanto traté de reprimir finalmente cayeron por mi rostro. Ya no podía ocultarlas. El dolor dentro de mí crecía, desbordándose, apoderándose de todo. Con el corazón hecho pedazos, finalmente cedí ante lo inevitable.

—Te odio —susurré, con la voz baja, más para mí misma que para él. Lorenzo se encogió de hombros, y una sonrisa helada, mucho

más fría de lo que jamás pensé que sus ojos pudieran ser, apareció en su rostro.

—Supongo que eso significa que no tendremos sexo de despedida, ¿verdad?

33. ISABELLA MORETTI

El avión aterrizó en Nueva York, y todo lo que sentí fue un vacío aplastante. Debería estar aliviada, tal vez hasta agradecida por estar de vuelta. Pero no era eso lo que sentía.

Miré por la ventana del avión mientras rodaba por la pista, con las luces de la ciudad, que alguna vez llamé hogar, parpadeando a lo lejos. Era como si estuviera regresando a un lugar que ya no me pertenecía. Yo era otra persona ahora, y esa ciudad… esa vida, ya no me cabía.

Tan pronto como las puertas del avión se abrieron, vi a mi madre corriendo hacia mí por la pista, las lágrimas cayendo libremente por su rostro. Mis pies se movieron por reflejo, pero era como si no estuviera allí de verdad, como si estuviera observando todo desde fuera de mi propio cuerpo.

—¡Hija mía! ¡Gracias a Dios que estás bien! —dijo, su voz estaba quebrada por la emoción mientras me envolvía en sus brazos.

La dejé abrazarme, pero no había consuelo allí. Estaba fría por dentro, entumecida. El calor de ella, la seguridad que su presencia siempre representó, no conseguía atravesar la barrera de dolor y confusión que ahora envolvía mi corazón.

Mi padre vino enseguida. A diferencia de mi madre, él no lloraba. Sus ojos estaban oscuros, marcados por las semanas de tortura emocional que Lorenzo le había impuesto. El rostro serio, cansado, y el cuerpo parecía cargar con el peso de la humillación que había sentido, sin poder hacer nada para salvarme.

—Estamos tan felices de que hayas vuelto —murmuró mi madre, sus manos acariciaban mi cabello como si fuera una niña—. Todo va a estar bien ahora, Isabella. Vamos a cuidarte.

Apenas escuché sus palabras. Todo sonaba distante, apagado. Solo asentí con la cabeza, sin decir nada.

—Él va a pagar, Isabella —dijo mi padre, su voz cargada de odio —. Por mi honor, te juro, ese hijo de puta va a pagar.

Esas palabras fueron un golpe para mí. ¿Cómo podría explicar que el dolor que estaba sintiendo no tenía nada que ver con venganza? Que lo que yo quería era mucho más complicado de lo que ellos jamás podrían entender.

Cuando finalmente me aparté del abrazo de mis padres, mis ojos encontraron a Felippo, mi prometido, parado a unos metros de distancia. Era la primera vez que lo veía en persona.

Antes de eso, él solo era una promesa, un compromiso arreglado. Pero ahora, su presencia era un recordatorio de la vida que nunca más podría tener.

—Isabella —dijo, caminando hacia mí con una rigidez que no podía ignorar—. Qué bueno que estás de vuelta.

Intenté sonreír, pero mis labios apenas se movieron. Todo lo que sentía era un dolor sordo, una culpa profunda. Felippo parecía lleno de rabia, pero sabía que no era exactamente dirigida a mí.

—Gracias, Felippo —susurré, sin poder mirarlo a los ojos.

Él no intentó tocarme, y por eso, le estuve agradecida. Cualquier contacto con Felippo ahora me parecía incorrecto. Todo lo que podía pensar era en Lorenzo, en cómo me tocaba, en cómo me hacía sentir. Y el contraste entre los dos era insoportable.

—Lo siento mucho —intenté decir, pero las palabras se quedaron atrapadas en mi garganta.

—¿Por qué? —Felippo sacudió la cabeza, los ojos duros—. No es culpa tuya, Isabella. La única culpa es de ese desgraciado de Zanini. Va a pagar por esto. Te lo juro, va a pagar.

No tenía ni idea. Ninguna de las personas a mi alrededor tenía la menor noción de lo que realmente había pasado. Para ellos, yo era una víctima indefensa, secuestrada y forzada. Pero la verdad era mucho más complicada. No solo fui secuestrada. Me entregué. Lo deseé. Y la vergüenza de eso me consumía.

En el camino de vuelta a casa, en el coche, mi madre hablaba sobre cómo todo volvería a la normalidad, cómo me cuidarían, como si necesitara recuperarme de lo sucedido. Pero cada palabra de ella sonaba lejana.

Lo único en lo que podía pensar era en el rechazo de Lorenzo. Me devolvió como si no valiera nada. El dolor era insoportable. Las lágrimas vinieron, silenciosas, cayendo una a una por mi rostro.

Cuando finalmente llegamos a la casa, sentí mi estómago apretado. El olor familiar de la comida en la cocina, el sonido de los pasos sobre el mármol… Era como si el tiempo no hubiera pasado. Pero para mí, todo había cambiado.

—Isabella, necesitamos hablar antes de que descanses —dijo la voz de mi padre, interrumpiendo mis pensamientos.

En el despacho, entramos mi padre, Felippo y yo. El silencio que flotaba entre nosotros era tenso, casi sofocante. Mi padre carraspeó su garganta, su mano temblaba ligeramente antes de apoyarse en el escritorio.

—Nosotros… recibimos fotos… —comenzó, vacilante, las palabras se atoraron en su garganta—. Necesitamos saber si él... —Se detuvo, incapaz de continuar.

—Si él te tocó —completó Felippo, sin rodeos, mirando fijamente el suelo, con el odio evidente.

Me congelé. La vergüenza fue inmediata. Todo lo que quería era desaparecer en ese momento. Pero ellos esperaban una respuesta, y necesitaba dar una.

—Sí —Mi voz fue casi un susurro.

Los ojos de mi padre se cerraron, el dolor evidente. Incluso frente al enemigo, aún había mantenido algo de esperanza de que eso no hubiera sucedido. Pero yo sabía la verdad. Lorenzo me había poseído de todas las formas posibles.

Felippo, incapaz de contener su rabia, golpeó la mesa con fuerza, haciendo un ruido fuerte que resonó en el despacho. El shock me

hizo saltar, con el corazón desbocado en el pecho.

—No puedo casarme con ella —declaró finalmente, mirando a mi padre como si yo ni siquiera estuviera en la sala.

—Lo entiendo —respondió mi padre, con la voz derrotada—. Estás liberado del compromiso.

Me quedé allí, paralizada, sin creer lo que estaba pasando. Las lágrimas que tanto trataba de contener finalmente escaparon. No era por el rechazo de Felippo, ni porque él hubiera decidido terminar el compromiso. Eso, en realidad, era un alivio. Pero el vacío, el rechazo de Lorenzo, era insoportable. Me devolvió. Y ahora, no era nada. Nada para nadie.

—Puedes ir a tu cuarto —dijo mi padre, despachándome como si fuera una niña.

Subí las escaleras en silencio, con mi madre a mi lado, tratando de consolarme con palabras vacías. El cuarto estaba preparado, todo meticulosamente organizado para recibirme, pero nada allí parecía mío.

—Todo va a estar bien, hija. Ya estás en casa —dijo mi madre, acariciando mi rostro con una sonrisa suave.

Pero yo no estaba en casa. Lo único que sentía era un vacío profundo, y la verdad me golpeaba con fuerza: me habían descartado, y nada de lo que hicieran podría llenar el hueco que Lorenzo dejó.

Me senté en la cama, el silencio de la habitación me sofocaba. Las lágrimas siguieron cayendo, y supe que, por más que intentara reconectarme con esta vida, nada sería como antes.

Nunca más sería la misma.

34. ISABELLA MORETTI

Sentada en la mesa del comedor, el lugar que alguna vez me dio confort ahora me parecía ajeno. Todo estaba igual, pero nada parecía correcto, incluso después de semanas de regreso a Nueva York.

Mi madre puso una taza de café frente a mí con una sonrisa suave, ese tipo de sonrisa que reservaba para cuando quería reconfortarme. Pero hoy, parecía forzada. Falsa.

—Tienes que comer, Isabella —dijo, con su voz suave, llena de una preocupación disimulada—. Sé que ha sido difícil, pero mejorará. Con el tiempo.

Asentí de manera mecánica, mirando el plato frente a mí, intacto. Sus palabras flotaban a mi alrededor, vacías, sin significado.

¿Qué sabía ella de lo que sentía? ¿Cómo podía alguien entender? Nada iba a mejorar. ¿Cómo podría? Lorenzo me había destrozado de maneras que apenas podía empezar a procesar.

Y Felippo… El rechazo público que él me impuso era solo otro recordatorio de lo fuera de lugar que estaba. Ya no pertenecía a ningún sitio.

Tomé un pedazo de tostada, intentando hacer lo que mi madre quería, pero la comida tenía sabor a arena en mi boca. La sensación de ser una prisionera en mi propia casa me asfixiaba, el peso de las expectativas de mis padres, de la sociedad a nuestro alrededor, me aplastaba.

Para ellos, necesitaba ser reparada, y todo lo que hacía parecía ser un paso hacia esa "reparación". Pero yo conocía la verdad. Ya nunca sería la misma.

Salí de casa para intentar respirar, buscando escapar del juicio silencioso que me rodeaba. Caminé por las calles concurridas de

Nueva York, pero la ciudad, que antes me resultaba tan familiar, ahora me parecía extraña.

Las luces, el ruido, la gente apresurándose de un lado a otro… todo se desdibujaba a mi alrededor, sin sentido. Era como si flotara, una presencia invisible entre ellos.

Pasé por una tienda de vestidos, una que solía visitar con mi madre. Antes, elegía vestidos para fiestas junto a Felippo, para esos eventos donde ser perfecta era lo esperado. Ahora, mirar esos vestidos no me provocaba nada más que indiferencia. ¿Cómo podría importarme algo como los vestidos, las apariencias, después de Lorenzo?

Me vi en el escaparate, mi reflejo me devolvía la mirada, y todo lo que vi fue a una extraña. ¿Quién era esa mujer? Antes, sabía lo que quería: seguridad, estabilidad, una vida tranquila junto a Felippo. Ahora, la simple idea de seguir ese camino me parecía absurda, una broma cruel.

Lorenzo me había cambiado, de maneras que aún no lograba comprender del todo. Me había mostrado algo que nunca supe que faltaba en mi vida.

A pesar de toda la crueldad, a pesar de todo lo que había hecho, me hizo sentir algo. Algo real. Y ahora estaba atrapada en una vida que ya no tenía sentido.

Cuando regresé a casa, el peso del rechazo de Felippo y de mi familia era insoportable. Sabía que mi nombre ahora era un tabú entre las otras familias poderosas de la 'Ndrangheta. Hablaban de mí en susurros, como si fuera una mercancía dañada, una carga que ya nadie quería cargar.

Mi madre estaba al teléfono, probablemente conversando con alguien intentando mantener las apariencias, fingiendo que todo estaba bien. Pero yo sabía la verdad. Estaban tan perdidos como yo. Todos estábamos intentando fingir que nada había cambiado, que yo era la misma Isabella de antes, pero eso era una mentira.

Esa noche, durante la cena, mi madre tocó un tema que temía desde el momento en que regresé.

—Hay otros pretendientes, Bella —dijo, con una sonrisa forzada que me irritó profundamente—. Eres hija del Don. Alguien digno aparecerá.

No dije nada. Solo bajé la cabeza, mirando la comida intacta en mi plato. ¿Pretendientes? ¿Prometidos? ¿Cómo podía pensar que me importaba eso? No quería otro pretendiente. No quería a otro hombre a mi lado. El único que quería… me rechazó. Me desechó, como si no fuera nada.

Más tarde, sola en mi cuarto, me acosté en la cama, con el peso de todo lo que había sucedido aplastando mi pecho. El mundo a mi alrededor era una sombra de lo que había sido, y nada parecía real.

Los días pasaban borrosos, entre visitas sociales y encuentros familiares, pero apenas podía conectarme con ninguna de esas cosas. Mi mente siempre volvía a él. Lorenzo.

Odiaba desearlo, incluso ahora. Odiaba lo mucho que todavía estaba presente en mis pensamientos, incluso después de todo.

¿Cómo podía sentirme así por alguien que me secuestró y que me usó? Estas preguntas estaban tan presentes en mi mente que ya se habían tatuado en las paredes de mi cráneo. Aun así, era imposible negar lo que significaba para mí. Lorenzo me hizo sentir viva de una manera que nadie más lo había logrado.

Las memorias de él, de los dos, eran vívidas, torturantes. Cada roce, cada mirada, cada palabra. Sabía que debería odiarlo, que debía sentir solo repulsión, pero lo único que sentía era un vacío insoportable por su ausencia. El dolor del rechazo era más profundo de lo que jamás imaginé.

La soledad en esa casa, en esa ciudad, era asfixiante. Me di vuelta en la cama, abrazando mis rodillas mientras las lágrimas silenciosas caían por mi rostro.

La verdad era brutal: nunca podría volver a ser la mujer que fui antes. Lorenzo me cambió, y ese cambio era irreversible.

Volví a casa, pero ese lugar ya no era mío.

---

35. ISABELLA MORETTI

Me desperté con náuseas una vez más. Ya llevaba semanas lidiando con ese malestar, que me tomaba por sorpresa cada mañana, y yo seguía intentando ignorarlo, atribuyéndolo al estrés de mi regreso a Nueva York y al rechazo aplastante de Lorenzo.

Pero había algo diferente. Algo que ya no podía ignorar. Mi cuerpo se sentía extraño, no solo por dentro, sino también por fuera. Un peso que no estaba allí antes, un cambio sutil en mi abdomen. Y lo más preocupante de todo, mi menstruación se había atrasado. Mucho.

Sentada en el suelo frío del baño, el azulejo helado contra mi piel, sentía cómo el miedo crecía, tomando forma. El malestar regresó, más intenso, y una punzada fuerte en el estómago me hizo cerrar los ojos. Fue en ese momento cuando todo encajó. Los cambios, los síntomas, el retraso...

No era solo estrés.

Me levanté lentamente, el pánico infiltrándose en cada parte de mi cuerpo. Respiré hondo y traté de mantener la calma. Necesitaba respuestas. Necesitaba saber.

Tomé la decisión de ir al médico, pero no podía ir sola. Mi mamá organizó todo, como siempre lo hacía, pero no le dije por qué realmente necesitaba ir. No podía, no aún.

Cuando llegué al consultorio, sentada en la sala de espera, mi corazón parecía una bomba de tiempo, lista para estallar en cualquier momento. Las personas a mi alrededor estaban en sus propias vidas, ajenas a la tormenta que se desataba dentro de mí. Con las manos temblorosas, apenas pude sostener la revista que había tomado, fingiendo distraerme.

Cuando finalmente el médico me llamó, sentí un nudo en el estómago. Lo sabía. En algún nivel, ya sabía cuál sería el

diagnóstico, pero eso no hacía que la verdad fuera menos dolorosa.

La sensación asfixiante de que todo en mi vida estaba a punto de cambiar me invadió mientras se realizaban los exámenes. Y entonces, el veredicto.

—Estás embarazada.

Las palabras del médico fueron como un golpe al pecho. El mundo a mi alrededor pareció distorsionarse, su voz se convirtió en un eco lejano. Mi mente dejó de procesar.

Ya no pude escuchar nada más de lo que decía sobre cuidados, precauciones o qué hacer a continuación. Todo lo que pude pensar fue en el bebé creciendo dentro de mí. El bebé de Lorenzo.

Mi madre estaba a mi lado, pero sus palabras tampoco tenían sentido. Hablaba sin parar en el camino de regreso a casa, sobre cómo todo se resolvería, cómo nadie lo sabría, sobre el médico manteniendo el secreto. Pero yo no la escuchaba.

Mis pensamientos estaban en otro lugar. Estaba llevando al hijo de Lorenzo, y, a pesar del shock, de alguna manera, eso me dio una extraña paz. Él seguía conmigo. Incluso después de rechazarme, una parte de él aún estaba allí.

Al llegar a casa, me encerré en mi cuarto. Mis ojos estaban fijos en el techo, el peso del descubrimiento estaba aplastando mi pecho. Estaba aterrada. ¿Cómo iba a lidiar sola con un embarazo? ¿Cómo se lo contaría a mi familia? ¿Cómo enfrentaría todo esto?

Y, sobre todo, ¿cómo enfrentaría la verdad de que este bebé era de Lorenzo? El hombre que me rechazó. El hombre que me hizo sentir cosas que no quería admitir.

Pasé la mano por mi abdomen, donde, ahora, una nueva vida crecía. La vida de él. Una mezcla de miedo y una extraña paz me invadió. Él me rechazó, pero este bebé... ella era real. Era algo que ni siquiera Lorenzo podría quitarme.

—Todo va a estar bien —murmuré para mí misma, las palabras sonaban vacías, pero necesarias—. Voy a cuidar de ti. No necesito a

Lorenzo. No más.

Sabía que necesitaba levantarme. Sabía que no podía contárselo a nadie, mucho menos a Lorenzo. Él ya me rechazó una vez, y la idea de ser rechazada nuevamente -ahora, con su hijo- era algo que no podía soportar.

En los días siguientes, traté de actuar con normalidad. Fingí que nada había cambiado, pero la verdad era imposible de ignorar. Cada mañana con más náuseas, cada movimiento que hacía, me recordaba que algo crecía dentro de mí.

Mi familia, claro, seguía presionando. La idea de que yo, la hija del Don de la 'Ndrangheta, me convirtiera en madre soltera era algo inaceptable.

Hablaban sobre matrimonio, sobre disfrazar el verdadero origen del bebé, como si estuviera cargando una vergüenza que debía ser oculta.

A pesar de que les dije que quería mantener al bebé, seguían tratándome como si fuera una víctima indefensa.

Sola en mi cuarto, abrazando la almohada, lloraba. El peso de la responsabilidad que se avecinaba me aplastaba, y sabía que, de alguna manera, tendría que encontrar la manera de lidiar con todo esto. Pero la única certeza que tenía era que Lorenzo no podía saberlo. No podía darle el poder de rechazarme de nuevo.

Con los ojos hinchados y la cabeza pesada, susurré para mí misma, tratando de encontrar alguna fuerza en medio del caos.

—Puedo hacerlo. Puedo.

Pero, en el fondo, sabía que esta sería la batalla más difícil que había enfrentado. Estaba sola. Y, aunque tratara de negarlo, el amor que sentía por Lorenzo seguía ardiendo dentro de mí. Un amor que no quería, pero que parecía imposible de borrar.

Solo esperaba que, de alguna manera, este bebé me diera la fuerza que necesitaba. Porque, por más que Lorenzo estuviera fuera de mi vida, él seguía siendo parte de mí. Y ahora, para siempre.

36. LORENZO ZANINI

El cielo estaba pesado, lleno de nubes oscuras que se mezclaban con el humo que subía de los vehículos en llamas en el campo frente a nosotros.

El olor a gasolina quemada y sangre fresca flotaba en el aire, fusionándose con el sabor amargo de la nicotina en mis labios. Observaba el escenario debajo de mí, desde lo alto de una colina, como si estuviera viendo una escena ya conocida, repetida tantas veces en mi vida.

Cuerpos caídos, escombros, y un silencio perturbador que solo se rompía por el ocasional crujido del metal deformándose en las brasas de las explosiones.

Le di una calada lenta y pausada a mi cigarrillo. La masacre había sido meticulosamente planeada, cada movimiento una pieza en un juego que ya dominaba.

Los hombres de Vittorio intentaron atravesar el territorio de nuestros aliados del motoclub, creyendo que podrían sorprender a Seattle. Un error fatal. Ahora todos estaban muertos. Y una vez más, Vittorio se había mostrado desesperado y predecible.

La victoria debería haber tenido un sabor dulce. Pero no sentía nada.

Stefano apareció a mi lado, limpiándose la sangre de las manos con un pañuelo, una sonrisa satisfecha jugaba en sus labios. Él era el opuesto de mí en ese momento: animado, como un hombre que acaba de ganar en la ruleta.

—Caballo de Seattle, hermano —dijo, con la voz cargada de orgullo mientras miraba el escenario frente a nosotros—. Este plan será recordado por mucho tiempo.

Asentí, pero mi mirada estaba distante. Las palabras de Stefano resonaban en mi mente, pero parecían venir de algún lugar lejano,

como si me hablara a través de un túnel.

El cigarro entre mis dedos se quemaba lentamente, cada calada era demasiado pesada. Mi pecho, por otro lado, estaba vacío. Un vacío que ninguna cantidad de violencia o sangre parecía poder llenar.

—Desde que devolviste a Isabella, Vittorio ha actuado como un loco —continuó Stefano, con un tono lleno de desprecio hacia el rival —. Está cada vez más descuidado. Intenta atacar por todos los flancos, pero siempre falla. A cada fracaso, su imperio se derrumba más. —Rió, moviendo la cabeza—. Está cavando su propia tumba. Un día, no quedará nada.

Mi mandíbula se apretó ligeramente al escuchar el nombre de Isabella. Incluso después de meses, cualquier mención de ella todavía hacía que mi cuerpo reaccionara. Un músculo en mi mandíbula se contrajo, pero no dije nada.

Stefano seguía hablando, detallando la caída de Vittorio, pero mi atención estaba en otro lugar. Mis manos estaban firmes, pero por dentro… era un caos.

Debería estar triunfante, satisfecho con el hecho de que mi enemigo estaba cayendo. Pero, en lugar de eso, solo había una sensación de incomodidad, de algo incompleto. Algo… roto.

Con Isabella lejos, todo parecía menos relevante, como si, de alguna manera, estuviera desconectado de la realidad a mi alrededor.

Desde que ella se fue, me había lanzado de lleno a operaciones como esta, buscando adrenalina en cada enfrentamiento, como si la violencia pudiera llenar el espacio que ella dejó. Pero, al final de cada batalla, el vacío solo parecía crecer.

Stefano me observó en silencio por unos instantes, su sonrisa disminuía al notar que estaba más callado de lo normal.

—Estás muy callado, hermano. —Levantó una ceja, bromeando, pero con una pizca de preocupación en su voz—. No me vas a decir

que estás extrañando algo, ¿verdad?

Le lancé una mirada rápida, de esas que deberían cerrar el tema. Pero Stefano nunca dejaba las cosas así. Era demasiado perspicaz para su propio bien.

Soltó una risa breve, aunque su tono era más serio.

—Esto va a pasar, sabes que sí. Vittorio va a caer de una vez, y todo esto será solo otra victoria para ti. Siempre sales ganando al final, Lorenzo. Siempre.

Apagué el cigarro en el suelo, mirando los cuerpos caídos más abajo. Los hombres de Vittorio estaban destrozados, sangrando sobre el asfalto. Por un momento, sentí como si todo a mi alrededor fuera solo ruido, distante e irrelevante.

Necesitaba más. Más peligro, más acción, algo. Y entonces, como un fantasma, un pensamiento cruzó por mi mente, rápido y traicionero.

Isabella.

El pinchazo de arrepentimiento vino, como siempre, pero lo expulsé antes de que pudiera enraizarse. Ella ya no formaba parte de mi vida. Yo tomé la decisión. Ella se fue, y era lo mejor.

Stefano frotó sus manos, satisfecho con el caos a nuestro alrededor, pero el ambiente liviano que trataba de mantener no lograba borrar lo que flotaba en el aire.

Hablaba del colapso de Vittorio como si fuera algo inevitable, una simple consecuencia de la guerra que librábamos. Pero, mientras él veía la situación con claridad, yo estaba sumido en otra cosa, algo más profundo, más visceral.

—Vittorio no va a parar —dijo Stefano, con la voz más grave, mientras observaba la escena de destrucción—. Pero lo que no entiende es que cada vez que envía más hombres, solo acelera su propio final. Tal vez en el próximo ataque esté tan débil que ni siquiera necesitemos movernos para derribarlo.

Miré al horizonte, al rastro de cuerpos y humo, buscando una satisfacción que nunca llegaba. Había adrenalina en las operaciones, claro, pero se disipaba demasiado rápido. Y el vacío… ese solo crecía.

—Tal vez —murmuré, dejando que la palabra saliera antes de poder filtrarla. Stefano me lanzó una mirada curiosa, pero no hizo ningún comentario. Sabía cuándo no insistir.

La ausencia de Isabella pesaba en cada parte de mí. Sabía que eso era peligroso. Sabía que admitir cualquier debilidad era abrir una puerta al colapso. Y nunca podría permitirme eso.

—¿Qué crees que Vittorio intentará ahora? —preguntó Stefano.

—No importa lo que intente —respondí, con la voz fría—. Ya ha perdido. Solo que aún no lo sabe.

Stefano se rió, moviendo la cabeza.

—Tienes que admitir que, sin la presión de él, las cosas serían aburridas. —Hizo una pausa, mirando de nuevo hacia el campo—. Tal vez sea bueno que siga intentando por un tiempo más. Más diversión para nosotros, ¿no crees?

No respondí. Mi enfoque estaba en otro lado, en otra guerra, una que no podía ganar con balas o bombas.

El caos a mi alrededor era solo un reflejo del desorden interno que trataba de controlar. Pero, cuanto más luchaba, más la imagen de ella aparecía, nítida, en mi mente. Isabella.

Stefano parecía captar mi cambio de ánimo, como siempre.

—Sabes, Lorenzo… —comenzó, más serio esta vez—. La guerra es algo bueno, nos mantiene ocupados. Pero hay una diferencia entre luchar por el control y luchar para evitar pensar en otra cosa.

Mi mirada se clavó en él, con los ojos entrecerrados. Stefano nunca había sido de los que escarbaban en lo que debía permanecer intocable.

—¿Qué quieres decir con eso? —Mi voz salió más dura de lo que pretendía.

—Solo digo que no sirve de nada huir de ciertas cosas. Si estás luchando solo para evitar pensar en ella, entonces... —Se encogió de hombros—. Eso puede acabar destrozándote la cabeza de una manera mucho peor.

Apreté los puños y rechiné los dientes, sintiendo la rabia burbujear. Tenía razón. Pero no quería escucharlo.

—Vittorio es el enemigo —musité, intentando desviar la atención —. Y estoy exactamente donde debería estar.

Stefano soltó un suspiro, como si estuviera a punto de responder, pero prefirió callarse. Me conocía lo suficiente para saber que cuando yo cerraba el tema, era inútil insistir.

Miré una vez más el campo. La sangre y los cadáveres. Ese era mi mundo. Y no podía permitir que alguien como Isabella, alguien que nunca debí haber permitido que entrara tan profundo en mi mente, me lo arrebatara. La devolví porque era lo correcto. Porque se estaba convirtiendo en una distracción peligrosa.

Pero el hecho de que aún ocupara espacio en mi mente... Eso no podía negarlo.

Stefano lanzó una última mirada a la masacre y se dio vuelta, listo para regresar a nuestro punto de control.

—Vamos. Todavía tenemos trabajo que hacer.

Lo seguí, con mi mente ya preparándose para el siguiente movimiento, el próximo ataque. Porque la guerra no se detenía.

Y mientras estuviera involucrado en ella, tal vez, solo tal vez, pudiera ignorar lo que realmente me estaba carcomiendo por dentro.

37. ISABELLA MORETTI

El calor de la mañana contrastaba con el frío en mi interior. A través de las ventanas de mi habitación, veía los árboles moviéndose afuera, pero ese jardín, que antes era un refugio de tranquilidad, ahora parecía una prisión.

Desde que mi barriga comenzó a crecer, mis padres me mantenían confinada en la mansión. Una vez, pensé que nada sería peor que ser prisionera de Lorenzo. Estaba equivocada. Esta prisión, con sus reglas tácitas, con el silencio sofocante de las miradas cuidadosas, era mucho más agobiante.

Pasé la mano por mi vientre, sintiendo el leve movimiento de Antonella y Tomás. Mis hijos. Me aferré a ellos como a la única cosa real que aún tenía. La única certeza en medio de tantas incertidumbres.

El amor que crecía dentro de mí por esos dos seres era lo que me mantenía de pie, incluso cuando todo lo que quería era perderme en las sombras de esta casa.

—Antonella... Tomás... —murmuré, el sonido de sus nombres me traían una paz temporal. Pero pronto, los pasos por el pasillo rompieron esa serenidad, anunciando lo que sabía que venía.

Mi madre entró en la habitación, su rostro estaba marcado por la preocupación constante que cargaba desde que regresé. Ella era una mujer fuerte, pero desde que Lorenzo me devolvió, parecía siempre a punto de caer. Sus intentos por esconder la culpa solo hacían que sus miradas me lastimaran aún más.

—Isabella —empezó, la voz estaba cargada de una preocupación que más parecía condescendencia—. Tu padre y yo necesitamos hablar contigo. No podemos seguir así. Tenemos que encontrar una solución para... —Vaciló, mirando mi barriga.

Suspiré, ya sintiendo el peso de la conversación antes de que siquiera comenzara. No era la primera vez que teníamos esta charla, y sabía que no sería la última.

—¿Qué quieres que haga? —pregunté, la exasperación evidente en mi tono—. ¿Casarme con un extraño para ocultar el embarazo? ¿Dar a mis hijos en adopción?

Ella no respondió de inmediato, desviando la mirada al suelo. Cuando finalmente habló, su voz fue baja, casi un susurro.

—Isabella, sabes que nunca fue eso lo que quisimos para ti. Dejamos que siguieras con este embarazo porque sentimos que fallamos... sentimos que debíamos protegerte... pero ahora...

Negué con la cabeza, frustrada por su incapacidad de entender. De entender lo que sentía, lo que realmente estaba sucediendo.

—¿Proteger? ¡No me están protegiendo! Están intentando protegerse a ustedes mismos. —Mi voz salió más fuerte de lo que esperaba—. Aún creen que soy una víctima. Que todo lo que pasó fue fuera de mi control. Pero no fue así, mamá.

Su mirada vaciló, pero no podía detenerme. No iba a ceder, no más.

Poco después, estábamos sentadas en la mesa del comedor, mi padre estaba entre nosotras, con la atmósfera pesada de la tensión que ya conocíamos. Vittorio estaba serio, el rostro endurecido y los ojos severos. Tomó un sorbo de vino, dejando que el silencio llenara el espacio antes de hablar.

—Isabella, tenemos que resolver esto —dijo, directo, tomando otro sorbo de vino antes de continuar—. No podemos esconder este embarazo para siempre.

Lo miré, intentando contener la ira y el cansancio que me invadían. ¿Cuántas veces más tendríamos esta misma conversación?

—No voy a dar a mis hijos en adopción, y tampoco voy a casarme con cualquiera solo para cubrir su vergüenza —respondí, firme.

La mirada de Vittorio se estrechó. Estaba intentando mantener el control, pero la frustración era evidente.

—¿Crees que puedes criar a esos niños sola? —preguntó, con tono despectivo—. No tienes idea de lo que está en juego. Toda la mafia te está observando. Ya empezaron a hacer preguntas. Si descubren que Lorenzo tiene algo que ver con esto...

—Sé exactamente lo que estoy haciendo —lo interrumpí, las manos apretando mi vientre instintivamente—. Estos bebés son míos. Y yo los voy a criar.

Mi padre me miró fijamente por un largo momento, el silencio entre nosotros estaba cargado de tensiones no expresadas.

—¿Y qué sugieres, entonces? —preguntó, impaciente.

Me incliné hacia adelante, con mi voz saliendo más firme de lo que esperaba.

—Puedo irme. Desaparecer. Si eso es lo que quieren, lo haré. Me iré lejos, donde nadie nos conozca. —La idea ya llevaba tiempo formándose en mi mente—. Pueden inventar lo que quieran, incluso un matrimonio falso para ocultar mi partida. Pero no voy a renunciar a Antonella y Tomás.

La sala quedó en silencio. Mi madre estaba pálida, los ojos bien abiertos por la sorpresa. Mi padre parecía procesar mis palabras, su mirada era más dura que antes.

—¿Estás dispuesta a dejarlo todo? —preguntó, desconfiado.

—Sí —respondí, sin dudar—. Haré lo que sea necesario para quedarme con mis hijos.

Al decir esto, el ambiente se volvió más pesado, como si las palabras mismas hubieran aumentado el peso de la situación. Mi madre soltó un suspiro profundo, mientras mi padre se recostaba en la silla, pareciendo cansado de una batalla que sabía que no podía ganar.

Finalmente, se levantó.

—Lo pensaré —me dijo, lanzándome una última mirada—. Pero, Isabella, recuerda... la familia es lo primero. Siempre.

Solo asentí, sin fuerzas para seguir esa discusión. Ya había tomado mi decisión, pero sabía que, para ellos, el honor de la familia era más importante que cualquier argumento que pudiera presentar.

De regreso en mi cuarto, el peso de las palabras de mi padre seguía presionando mi pecho. Sabía que estaba considerando mi propuesta, pero también entendía que, para él, esto no se trataba de mí. Se trataba del honor de la familia, de salvar las apariencias.

Me recosté en la cama, pasando la mano por mi vientre mientras sentía los pequeños movimientos de los bebés. Ellos eran mi ancla, mi razón para seguir adelante. Una sola lágrima recorrió mi rostro mientras cerraba los ojos, buscando fuerza en medio de todo este caos.

—Voy a cuidar de ustedes —susurré a mis hijos, decidida—. No importa lo que pase, voy a cuidar de ustedes.

La soledad de la habitación parecía reflejar mis palabras.

38. ISABELLA MORETTI

El olor antiséptico del hospital invadió mis narices, la frialdad del ambiente contrastaba con el caos que latía dentro de mí.

Estaba acostada en una pequeña sala de hospital clandestino, una prisión blanca y fría, diferente a la mansión que me había mantenido cautiva tanto tiempo, pero igualmente opresiva.

No había nadie conmigo, salvo el médico y la enfermera, dos extraños pagados para garantizar que el secreto de mi vida, de mi embarazo, se mantuviera oculto del mundo. De la 'Ndrangheta. De Lorenzo.

Las contracciones empezaron suaves, como un aviso lejano, pero rápidamente se convirtieron en olas violentas de dolor. Respiraba profundo, tratando de concentrarme.

Con cada ola de dolor, repetía para mí misma la promesa que había hecho: *después de esto, seré libre.* El acuerdo con mi padre, Vittorio, resonaba en mi mente.

Después del parto, y el primer trimestre de los bebés, me iría a un lugar lejano, donde mis hijos no serían perseguidos por los fantasmas del pasado. Lejos de la mafia, lejos de las expectativas sofocantes de mi familia. Lejos de Lorenzo.

Pero él aún estaba ahí. Aunque intentara apartar sus pensamientos, él aparecía, insistente, como una sombra que no me dejaba en paz. Lo odiaba por rechazarme, por devolverme como si no fuera nada. Pero también lo amaba. Y eso me devoraba por dentro.

Un grito ahogado escapó de mis labios cuando una nueva contracción me desgarró de adentro hacia afuera. El dolor era casi insoportable, pero me negué a flaquear.

Sola, apretando con fuerza las sábanas de la cama, luchaba por mantener el control. No había nadie que sostuviera mi mano, nadie

que me confortara o susurrara palabras de aliento.

Los monitores alrededor hacían su trabajo, emitiendo pitidos mecánicos, impersonales, como si mi lucha fuera solo un procedimiento rutinario.

Sentí el sudor frío escurrir por mi frente mientras el médico daba sus instrucciones de manera metódica y distante, y, por un momento, la soledad de ese momento me golpeó como un puñetazo. Estaba sola. Totalmente sola.

El dolor era un recordatorio constante del peso de este viaje. De todo lo que había perdido, y de lo que aún podía perder. Cada contracción traía consigo el sufrimiento, el miedo y la incertidumbre sobre lo que sería de mi futuro, de mis hijos.

La soledad era abrumadora. Mi cuerpo se arqueó una vez más cuando otra contracción brutal me alcanzó. Lágrimas silenciosas rodaron por mi rostro, pero no dejé que eso me debilitara.

Finalmente, el primer llanto resonó por la sala. Un sonido suave, pero que parecía estallar como una explosión dentro de mí. Antonella.

La enfermera la colocó brevemente en mis brazos, y en ese momento, todo mi sufrimiento fue olvidado. La pequeña, tan delicada, parecía ser lo único que importaba en el mundo.

Sus ojos se cerraron rápidamente, y sentí una ola de amor arrolladora inundarme. Ella era mía. Mi hija. Y lucharía hasta el final por ella.

Pero no había tiempo para descansar. Pronto sentí otra ola de dolor desgarrándome, y poco después, el segundo llanto. Tomás. Mi hijo.

Fue colocado en mis brazos, al lado de Antonella, y ahí, en ese instante, sosteniendo a los dos, sentí como si mi corazón estuviera completo.

Las lágrimas caían libremente por mi rostro, pero ahora no eran de dolor. Eran de amor. Un amor que nunca imaginé ser capaz de

sentir.

Estaba agotada, cada parte de mi cuerpo clamando por descanso, pero mi mente estaba alerta. Mi vida había cambiado completamente en ese momento.

Con Antonella y Tomás en mis brazos, sentí una fuerza que nunca supe que tenía. Los miré, absorbiendo cada detalle de sus rostros pequeñitos y frágiles, y ahí, en medio de ese hospital frío y solitario, hice la promesa más importante de mi vida.

—Ustedes son mi fuerza ahora —susurré, tocando suavemente sus frentes con mis dedos temblorosos—. Vamos a ser libres. Lo prometo.

Las palabras sonaban como una oración. Estaba tan agotada que apenas podía mantener los ojos abiertos, pero la promesa resonaba en mi mente como un golpe constante. La promesa de una vida libre.

Libre de la mafia.

Libre de las garras de mi familia.

Y libre de Lorenzo... aunque la idea de nunca volver a verlo me lastimaba de maneras que no estaba lista para enfrentar.

El médico y la enfermera seguían con sus procedimientos, cuidándome a mí y a los bebés con la precisión fría y calculada que esperaba. Estaban pagos para asegurarse de que todo se hiciera en secreto.

Mi familia había organizado todo. A partir de ese momento, nadie sabría jamás que esos bebés existían. No serían hijos de Isabella Moretti, la hija del Don de la 'Ndrangheta.

Viviría en algún lugar lejano, lejos de la mafia, criando a Antonella y Tomás sin que sus vidas se mancharan con la sangre que corría en nuestras venas.

Mientras el cansancio finalmente comenzaba a vencerme, una última lágrima escapó de mis ojos. La guerra estaba lejos de

terminar, pero ya había ganado la primera batalla.

Había traído a mis hijos al mundo, y los protegería a cualquier precio. *Lorenzo podía haberme rechazado,* pensé*, pero ustedes dos... ustedes son mi vida ahora.*

Y con esa promesa, cerré los ojos, dejando que el sueño finalmente me envolviera, sabiendo que, de alguna manera, encontraría una forma de cumplir la promesa que les hice a mis hijos.

---

39. LORENZO ZANINI

La sala estaba sofocante, y la tensión se sentía en el aire mientras mis subordinados discutían los últimos detalles de la operación. El plan para controlar la ruta al norte era vital para los negocios, y cualquier error podría costar mucho más que dinero.

Stefano estaba al frente, como siempre, detallando la logística. Yo escuchaba sus palabras, pero mi mente estaba en otro lugar. Desde que devolví a Isabella, la sensación de vacío se había convertido en un agujero negro, tragándose todo a su alrededor.

—Los rusos no se van a quedar mirándonos. Tendremos un enfrentamiento, y si no siguen el plan, va a ser un desastre —repitió Stefano, con su voz firme y calculada, mientras los otros hombres asentían.

Sabía que tenía razón, pero sus palabras apenas resonaban en mi mente. La reunión continuaba, pero mi concentración estaba en cualquier lugar menos aquí.

De repente, mi celular vibró sobre la mesa. El sonido parecía más fuerte de lo normal, cortando la discusión como un cuchillo afilado.

Fruncí el ceño, tomé el dispositivo y abrí el mensaje sin muchas expectativas. Pero cuando leí lo que estaba en la pantalla, el mundo a mi alrededor desapareció.

"Isabella salió de Seattle embarazada.

Gemelos.

Un niño y una niña.

Nacieron hace un mes y medio".

Por un segundo, mi corazón pareció detenerse. El tiempo se detuvo. Y luego, la felicidad explotó dentro de mí con una fuerza arrolladora, tan poderosa que podría devorar el mundo.

Gemelos. Yo era padre. Isabella había dado a luz a mis hijos, y ni siquiera lo sabía. Una ola de orgullo me invadió, junto con algo más oscuro y primitivo: ella es mía. Siempre lo fue.

Me levanté de la silla abruptamente, ignorando las miradas confundidas de los hombres a mi alrededor. Stefano dejó de hablar a mitad de frase, sus ojos me siguieron mientras salía de la sala sin dar explicaciones.

Mi cuerpo se movía en piloto automático, pero mi mente estaba a kilómetros de distancia, con Isabella. La felicidad dentro de mí era casi insoportable, pero junto con ella venía el odio por el tiempo perdido, por la distancia. Isabella me mantuvo alejado de nuestros hijos. *Pero ahora todo iba a cambiar.*

Caminé por los pasillos de la mansión, el eco de mis pasos sonaba en el suelo de mármol, mientras mi mente trabajaba a mil por hora.

Ella podría haber abortado.

Podría haberse deshecho de lo único que aún nos conectaba. Pero no. Isabella eligió mantener a los bebés, eligió desafiar a su familia, a la 'Ndrangheta, todo para proteger a nuestros hijos. *Ella me eligió*, incluso después de todo lo que hice.

Pasé los siguientes minutos en una llamada que me contó todo lo que necesitaba saber. En los últimos meses, había seguido cada paso de Vittorio, pero no había dedicado ningún esfuerzo a averiguar nada sobre Isabella.

No. Ella ya estaba presente en mi cabeza, todo el tiempo, sin que yo alentara mis propios pensamientos. Buscarla, saber qué hacía, verla, aunque fuera en fotos, solo me volvería loco.

Y resistí. Durante casi todo un año, me mantuve firme en la decisión de no buscarla, ni siquiera escuchar algo sobre ella. Pero hace unas semanas, algo empezó a incomodarme.

Ella era la hija del Don de la Ndrangheta. Aunque no la buscara, las noticias sobre ella debían llegar a mí. Una cada par de meses, al menos, pero nada. Ningún sonido o susurro sobre Isabella Moretti

había llegado a mis oídos durante todo el tiempo que pasó desde que ella regresó a Nueva York.

Esa percepción fue lo que me llevó a ordenar a mi inteligencia que la buscara. Vittorio la estaba escondiendo, y quería saber por qué. Algo no estaba bien, y eso era algo que no podía ignorar.

Nunca imaginé, ni por un segundo, que mis hijos fueran lo que mi Principessa estaba escondiendo. Ella dio a luz en secreto, en un hospital clandestino, usando otro nombre.

Mi sangre hirvió de orgullo. Ella era fuerte. Siempre lo fue. Eso solo demostraba que Isabella siempre fue mi mujer, desde el momento en que la tomé para mí.

La rabia y la culpa por haberla devuelto me corroían. Nunca debí haberla dejado ir. Pero ahora, con Antonella y Tomás, esos eran sus nombres, la decisión estaba tomada. *Ellos son míos, y voy a buscarlos.*

Salí al balcón de la mansión, el viento frío de la noche golpeaba mi rostro mientras mi mente hervía de planes. Nada sería fácil.

Vittorio seguramente hizo todo lo posible para mantener a Isabella y los bebés escondidos de mí, pero eso no importaba. No había barrera ni obstáculo que no estuviera dispuesto a destruir para traerlos de vuelta.

Isabella y mis hijos me pertenecen. La hija de mi enemigo lleva mi sangre, y destruiría todo lo que estuviera en mi camino antes de permitir que se quedaran lejos de mí.

Respiré hondo y volví a mi nuevo cuarto en la mansión, el mismo donde Isabella se había hospedado durante su tiempo aquí. Mis dedos apretaban el celular mientras la adrenalina recorría mis venas.

Stefano entró justo detrás, con sus pasos vacilantes.

—¿Pasó algo? —preguntó, su voz con un tono de preocupación que rara vez usaba conmigo.

Lo miré, y una sonrisa sombría, llena de determinación, se formó en mis labios. Me senté en la silla de cuero, cruzando los brazos, mientras mi mente ya empezaba a trazar el plan.

—Isabella estaba embarazada cuando salió de Seattle —dije, mi voz cargada de un mix de orgullo y rabia—. Gemelos. Nacieron hace un mes y medio.

Stefano levantó las cejas, sorprendido. Incluso él, siempre imperturbable, no se esperaba esto.

—¿Y ella mantuvo a los bebés? ¿Vittorio permitió eso? —preguntó, incrédulo, pero con un tono de admiración.

—No fue fácil. Ella dio a luz en secreto, en un hospital clandestino. —Mi voz era firme, cada palabra estaba marcada con orgullo—. Isabella es mía. Siempre lo fue. Y ahora, con Antonella y Tomás, está aún más ligada a mí.

Stefano negó con la cabeza, una pequeña sonrisa asomaba en sus labios.

—Entonces, ¿qué vas a hacer?

Me recosté en la silla, mis dedos golpeando suavemente el brazo de madera mientras mi mirada se fijaba en un punto distante, ya planeando los próximos pasos.

—Voy a buscarlos. A los tres. Ellos me pertenecen, y los traeré de vuelta, aunque tenga que destruir el mundo para lograrlo.

Stefano asintió, sabiendo que, cuando yo tomaba una decisión, nada podía detenerme. Y yo sabía que estaría a mi lado, como siempre.

El plan de rescate comenzaría de inmediato. Isabella y nuestros hijos regresarían al lugar que les corresponde: conmigo. Me traicioné a mí mismo al dejarla ir una vez, pero no cometería ese error otra vez.

Mientras el viento frío soplaba por la ventana abierta, sentí cómo la ira se disipaba, reemplazada por una determinación

inquebrantable. Isabella era mía, Antonella y Tomás eran míos. Y los traería de vuelta, cueste lo que cueste.

40. LORENZO ZANINI

Los mapas de Nueva York estaban extendidos frente a mí, con círculos y marcas que indicaban puntos de entrada, salidas estratégicas y posibles lugares donde Vittorio podría estar manteniendo a Isabella y a los gemelos.

Cada línea, cada detalle, todo debía ser calculado con precisión. El silencio en la sala era opresivo, solo interrumpido por las respiraciones tensas de mis hombres, que esperaban mi próxima orden.

Por dentro, mi corazón latía descontrolado. La ansiedad, mezclada con la rabia, hacía que mi sangre corriera más rápido. Isabella y mis hijos estaban cerca, pero aún fuera de alcance. No podía soportar la idea de que, cada minuto que pasaba, permanecieran bajo el control de Vittorio.

No había espacio para errores, no esta vez.

—Este plan tiene que ser a prueba de fallos —dije, con la voz fría y decidida, mientras observaba los mapas con atención.

Mis ojos recorrieron los lugares destacados. La mansión de los Moretti era la opción obvia, pero aunque Vittorio había actuado impulsivamente el último año, no creía que estuviera manteniendo a Isabella y a mis hijos allí.

Estaban en alguna de las otras propiedades que Vittorio controlaba. Una de las más aisladas. Y parecía que al menos eso el bastardo de Moretti había hecho bien, porque después de dos semanas de investigación, mi inteligencia aún no sabía dónde exactamente estaba Isabella, y no arriesgaría sin tener certeza.

Esta era una operación de una sola oportunidad. Tenía que salir bien a la primera.

—Especialmente porque hay muchas posibilidades de que esto sea una trampa —agregó Stefano, repitiendo la información que ya

habíamos debatido al menos un millón de veces, en nuestras conversaciones privadas, para nuestros hombres.

No se equivocaba. Era improbable, sin embargo, no era imposible que la mente de Vittorio finalmente hubiera vuelto a funcionar y hubiera decidido usar a su propia hija como carnada para finalmente vengarse de mí.

Stefano aprovechaba cada oportunidad para recordarme que todo esto podría ser una gran mentira, una farsa. Que Vittorio podría estar probándome, apostando que lo que me llevó a mantener a su hija aquí durante tantos meses no fue solo mi deseo de humillarlo, sino algo más.

Algo que me haría invadir su territorio una segunda vez si llegaba a mi conocimiento que ella estaba embarazada cuando salió de aquí y que había dado a luz a mis hijos.

Entonces podría esperarme, llevarme exactamente donde quería, y masacrar a la Cosa Nostra en esa segunda invasión. Algo que no logró hacer en la primera.

Pero toda esa frialdad y cálculo no coincidían en nada con el hombre ciego de odio que, una y otra vez, el año pasado, mandó a sus hombres a misiones prácticamente suicidas, en un intento de derribarme, por falta de planificación.

Y yo lo sentía, en mis huesos, en cada fibra de mi ser, que eso era verdad. Yo era padre. Mi mujer me dio el mayor regalo que un hombre podría recibir, aunque no tuviera idea de que lo deseaba: me dio hijos, ¡qué locura!

—Y por eso no nos moveremos hasta estar absolutamente seguros —respondí, con tono firme. La seguridad de Isabella y de los bebés era la prioridad, pero sabía que esta misión era más personal que estratégica—. Pero no vamos a quedarnos con los brazos cruzados hasta entonces. Vamos a seguir mapeando cada maldita propiedad de Vittorio Moretti, y cuando llegue la confirmación de dónde está Isabella, partiremos sin pensarlo un segundo.

Mis hombres asintieron y, con un gesto, los despedí. Sabían lo que tenían que hacer. Me recosté en la silla, el caos de los últimos meses pesaba en mi mente.

Nunca quise ser padre, nunca me imaginé como marido. Mi mundo siempre giró en torno al poder y el control. Pero ahora, lo único en lo que podía pensar era en los rostros de Antonella y Tomás, dos pequeños que aún no conocía, pero por los que daría mi vida.

¿Se parecerían a mí? ¿Se parecerían a su madre? La madre de ellos... Isabella... Aún después de todo, la quería. De hecho, después de todo esto, la quería más que nunca.

Nunca debí haberla dejado ir. De alguna forma, esa mujer se convirtió en mi obsesión. Isabella se enterró tan profundamente bajo mi piel que ya no creo que nada pueda sacarla de ahí.

Sabía lo que ella quería de mí cuando aún estaba aquí. Lo que no sabía era si algún día sería capaz de dárselo: amor. No sabía si era capaz de sentir algo así, en general.

Pero el sentimiento de posesión que me dominaba al solo susurrar su nombre en mis pensamientos era más fuerte que cualquier otra cosa que hubiera sentido en toda mi vida. ¡Ella era mía, maldita sea!

Cerré los ojos por un momento, intentando controlar el torbellino de emociones que luchaban dentro de mí. La felicidad de saber que soy padre, la rabia por tenerlos lejos de mí, y el miedo... algo que rara vez experimenté.

Miedo de que algo saliera mal, de que Vittorio usara a Isabella y a los bebés como arma en mi contra.

Stefano volvió a la oficina, observándome por un segundo antes de hablar.

—¿Estás preparado para lo que eso significa? —preguntó, con un tono cargado de preocupación—. Cuando traigas a Isabella y a los bebés de vuelta, ellos serán tu punto débil.

Abrí los ojos y miré a Stefano. Mi mirada era firme y resuelta.

—Ya son mi punto débil —respondí, sin dudar—. Y precisamente por eso, su lugar es aquí. Donde nunca podrán ser usados en mi contra, porque no lo voy a permitir.

—¿Y qué pasa con Isabella? —Su voz era más suave ahora—. ¿Crees que será fácil convencerla de que vuelva? ¿De que se quede?

Tragué saliva. La pregunta resonaba en mi mente. Sabía que Isabella se sentía traicionada. Sabía que estaba herida, y tal vez odiando cada segundo de lo que había sucedido. Pero también sabía que, en el fondo, aún era mía. La conocía. Podía sentirla, incluso a distancia. Ella no tenía opción.

—Ella va a querer —dije, con una convicción que me sorprendió —. Y aunque no quiera ahora, entenderá que no tiene opción. Isabella es mía. Siempre lo fue, siempre lo será.

---

41. ISABELLA MORETTI

Las maletas ya casi estaban listas. Cada prenda que doblaba parecía cargar con el peso de lo que estaba a punto de dejar atrás.

Las pequeñas camisetas y los enteritos de Antonella y Tomás eran suaves al tacto, pero al mismo tiempo parecían demasiado pesados, como si la tela absorbiera mis dudas, mis angustias.

El silencio de la casa solo se veía roto por los suaves murmullos de los gemelos en la cuna junto a mí, un sonido que debería traer paz, pero que solo amplificaba el caos que sentía por dentro.

Las paredes de la habitación, siempre tan familiares, de repente parecían demasiado estrechas, como si se estuvieran cerrando a mi alrededor. Era una prisión invisible, creada por las decisiones que tomé y las que aún debía tomar.

El aroma del jabón de bebé, que llenaba el aire, me traía una sensación agridulce. Quería ser feliz, quería que ese momento estuviera lleno de esperanza, pero cada respiración que tomaba parecía estar atrapada en algo más profundo, algo que no podía controlar.

Pasé la mano lentamente sobre una de las camisetas de Tomás. El tejido era azul claro, liso y suave, pero lo que me atrapaba era cómo, cada vez que lo miraba, veía más de su padre de lo que me gustaría admitir. Tomás. Mi pequeño reflejo de Lorenzo.

Sus ojos azules eran idénticos a los de Lorenzo, esa mirada penetrante que, aunque viniera de un bebé, me hacía estremecer.

Cada pequeño gesto suyo, la forma en que fruncía el ceño o apretaba los labios mientras dormía, era un recordatorio constante del hombre que intentaba olvidar.

La semejanza era tan grande que parecía una especie de broma cruel del destino, como si mis hijos fueran la forma en que Lorenzo me mantenía prisionera, incluso a la distancia.

Y Antonella... Mi pequeña princesa. Tenía la misma sonrisa, la misma determinación callada en la mirada. Quería creer que ella había heredado eso de mí, pero sabía la verdad. Su rostro, delicado y sereno, reflejaba el de Lorenzo en una versión más suave, más femenina.

A veces, cuando me miraba, sentía el mismo escalofrío en la espalda, como si Lorenzo me estuviera observando a través de ella, desafiándome a olvidarlo. Aunque la distancia nos separara, Lorenzo seguía estando conmigo, impreso en las facciones de nuestros hijos.

Faltaban tres días para mi partida. Tres días hasta dejar atrás toda mi vida, toda mi historia. Estaba a punto de escapar a un lugar donde nadie sabría lo que había sucedido, donde mi pasado no me perseguiría, donde Lorenzo no podría encontrarme.

Australia parecía tan lejana, tan... inalcanzable para los fantasmas que cargaba conmigo. Pero sabía, en el fondo, que por más que intentara escapar, por más que quisiera ser libre, no había forma de olvidar.

¿Cómo podría? ¿Cómo podría olvidar a Lorenzo cuando todos los días miraba las miniaturas perfectas de él, cuando amaba esas pequeñas versiones de él con todo lo que tenía dentro?

Me acerqué a la cuna y observé el rostro tranquilo de mis bebés. Antonella estaba acurrucada, con los dedos delicados entrelazados en la manta, mientras Tomás, siempre inquieto, se movía levemente… sus labios se movían en un susurro de sueños que solo él conocía.

Una ternura abrumadora me invadió mientras los miraba.

—Vamos a un lugar mejor... —susurré, la voz baja y llena de promesas en las que quería creer—. Lejos de todo esto. Lejos de él.

Sabía que los gemelos eran mi fuerza, la razón por la que huía. Terminé de poner las últimas prendas en la maleta, pero mi corazón seguía pesado.

Me sentía dividida entre la necesidad de huir y la realidad de que Lorenzo siempre estaría conmigo. Aunque no quería admitirlo, él formaba parte de mí de una manera que no sabía cómo destruir.

Incluso ahora, en el silencio de la noche, no podía deshacerme de él. Su presencia seguía acechando cada rincón de mi ser, incluso a kilómetros de distancia.

Me odiaba por seguir sintiendo esto. ¿Cómo podía? ¿Después de todo lo que él hizo? Pero él estaba en cada uno de mis pensamientos, como si, de alguna manera, todavía estuviera conectado conmigo, como si su contacto aún estuviera grabado en mi piel.

—Todo va a estar bien... —murmuré, tratando de convencerme, aunque sabía que cada vez que decía esas palabras, sonaban más a mentira.

De repente, la luz suave de la lámpara parpadeó, y la habitación se sumió en la oscuridad total. El pánico se instaló en mi pecho, como reacción inmediata. Mi respiración se aceleró y me senté en la cama, intentando ajustar los ojos a la nueva oscuridad que me rodeaba.

No debería haber nada malo. La casa de campo estaba alejada de la ciudad y estaba protegida, los guardias estaban afuera, y los sirvientes descansaban.

Pero había algo... algo en el aire que me hizo estremecer. El silencio era denso, casi palpable, y no se sentía igual que unos minutos antes. Traté de calmarme, pero mis pies ya tocaban el suelo, llevándome hasta la puerta de la habitación. Cada paso estaba guiado por la inquietud que crecía en mí.

El pasillo estaba completamente oscuro, pero algo -o mejor dicho, alguien- estaba allí. Un aroma familiar, ese perfume que conocía tan bien, llegó a mí antes de que pudiera pensar.

No.

Eso no era posible.

Mi corazón comenzó a latir tan fuerte que parecía resonar por toda la casa.

—No puede ser... —susurré, el miedo y la esperanza mezclándose en una confusión insoportable.

Dí un paso más, y entonces, su voz rompió el silencio, profunda y ronca, con la autoridad y la familiaridad que siempre me desestabilizaban.

—Qué bueno que ya empacaste tus maletas, Principessa.

42. ISABELLA MORETTI

Me congelé. Cada célula de mi cuerpo se quedó inmóvil, como si mi mundo se hubiera detenido. No podía ser verdad, pero allí estaba él, en la puerta, mirándome con esa mirada impenetrable que conocía tan bien. Lorenzo.

Mi corazón latió con fuerza, y la respiración se quedó atrapada en mi garganta. Era real. Estaba allí, frente a mí, como si nunca se hubiera ido. Como si tuviera derecho a estar allí, como si mi vida aún fuera una pieza en su juego.

Y, por un momento, una mezcla de alivio, ira y terror me envolvió. Lo odiaba por eso, por saber siempre dónde encontrarme, por estar siempre frente a mí, por no dejarme seguir adelante.

El silencio entre nosotros era ensordecedor, y no podía mover un músculo. Lo único que sentía era el peso de su presencia, dominando cada rincón de la habitación, de la casa, de mí.

Por un segundo, casi creí que todavía estaba atrapada en una pesadilla. Pero no era un sueño. Lorenzo realmente estaba allí.

—No voy a dejar que te vayas a Australia, Principessa —dijo su voz baja, pero firme, cortando el silencio como una cuchillada.

La mezcla de ira y miedo me consumió. ¿Cómo se atrevía? Después de todo… después de devolverme como si fuera nada, ahora estaba allí, diciéndome que no podría seguir adelante.

Pero antes de que pudiera soltar la avalancha de palabras que se me quedaban en la garganta, los sonidos alrededor empezaron a cambiar. El silencio de la casa se interrumpió por pasos rápidos en el pasillo. Lorenzo puso un dedo sobre sus labios, con los ojos fijos en la puerta.

Escuché el primer sonido amortiguado de un disparo, y entonces la realidad de la situación me golpeó como un puñetazo en el estómago. Esto no era solo una conversación. Esto era una batalla.

Lorenzo estaba allí para llevarme por la fuerza. La casa estaba rodeada.

Mis piernas temblaron, pero antes de que pudiera dar un paso, Lorenzo se movió rápido como un depredador, agarrando mi cintura y atrayéndome contra su cuerpo. Su cuerpo caliente y sólido era un escudo entre mí y el caos que comenzaba a estallar afuera.

Los empleados y guardias de la 'Ndrangheta notaron el movimiento y avanzaron. El sonido de los disparos resonaba, perforando las paredes a nuestro alrededor. No sabía qué hacer, mi instinto de supervivencia luchaba contra el pánico absoluto que comenzaba a apoderarse de mí.

—Toma a los niños —la voz de Lorenzo, ahora urgente, resonó cerca de mi oído. Estaba enfocado, la tensión en su cuerpo indicaba que ya estaba preparado para lo que venía.

Corrí hasta la cuna, el miedo me guiaba más que cualquier otro sentimiento. Mis dedos temblaban al tomar a Antonella y Tomás en mis brazos.

Eran tan pequeños, indefensos, y todo mi ser gritaba que tenía que protegerlos. El sonido de las balas rebotando en las paredes me hizo agachar la cabeza, encogiéndome instintivamente para proteger a mis bebés.

El caos se desplegaba a mi alrededor, y lo único que podía sentir era el olor a pólvora en el aire, mezclado con la creciente desesperación dentro de mí.

Lorenzo estaba en medio de la acción, luchando con una precisión que nunca había visto tan de cerca. Sus movimientos eran rápidos y calculados, cada disparo preciso, cada paso medido. Pero la intensidad del enfrentamiento solo aumentaba.

Casi no podía respirar mientras apretaba a Antonella y Tomás contra mi pecho, mis piernas vacilando con cada paso que daba. Mi único objetivo era seguir caminando, como Lorenzo me había ordenado.

El sonido de los disparos parecía más cercano con cada segundo, y el miedo de que algo pudiera sucederles a mis hijos era insoportable.

—¡Sigue caminando, Isabella! —gritó Lorenzo, con la voz rasposa por la adrenalina. Era un milagro que los bebés siguieran dormidos en medio de todo eso.

Seguí caminando, con los ojos abiertos como platos, tratando de no perder a Lorenzo de vista en medio del caos. Cada bala que pasaba cerca de nosotros sonaba como una sentencia de muerte inminente, pero, de alguna manera, seguí. Mis hijos en mis brazos eran mi único enfoque, mi única razón para seguir adelante.

El caos ensordecedor de la violencia a nuestro alrededor hacía imposible pensar. Un guardia de la 'Ndrangheta se vino a mí, y antes de que pudiera gritar, Lorenzo, con un movimiento ágil y certero, disparó contra él, matándolo antes de que pudiera acercarse a mí o a los bebés.

El horror de la escena hizo que mi estómago se revolviera, pero no había tiempo para procesar lo que estaba pasando. Todo a mi alrededor era pura adrenalina y miedo.

Lorenzo no dudaba, era una máquina de matar.

Sabía que estaba en peligro, pero nunca había estado tan cerca de la brutalidad con la que Lorenzo actuaba. Sin embargo, a pesar de todo, él me protegía. Nos protegía.

Nos acercábamos a la salida, pero Lorenzo estaba adelante, eliminando a cualquiera que se acercara. Era implacable, y por un breve segundo, el alivio trató de infiltrarse en mi cuerpo. Íbamos a salir de allí. Eso todo iba a terminar. Más personas no tenían que morir por mi causa.

Pero entonces, pasó.

Un disparo sonó más fuerte que los demás, y vi a Lorenzo tambalear por un segundo, una expresión de dolor cruzando

rápidamente por su rostro. La bala lo alcanzó en el pecho, y casi cayó. Mi corazón se detuvo. Estaba en pánico.

—¡Lorenzo! —grité, sin poder controlarme, mientras mis brazos apretaban aún más a mis hijos.

Gruñó, apretando los dientes con fuerza, y siguió, como si el dolor no fuera suficiente para detenerlo. La intensidad en sus ojos solo aumentó.

Tiró de mi mano con fuerza, empujándome a seguir. La sangre manchaba su camisa, pero Lorenzo no se detenía. Estaba decidido a sacarnos de allí. Su cuerpo nos protegía a mí y a los niños, como una pared impenetrable.

Cuando finalmente llegamos al auto, uno de los hombres de Lorenzo ya nos esperaba. Entré rápidamente, con mis brazos rodeando a Antonella y Tomás con todo el cuidado que podía. Mi cuerpo estaba en shock, el corazón desbocado, la mente dando vueltas con la intensidad de todo lo que acababa de suceder.

Lorenzo entró poco después, los ojos oscurecidos por el dolor y el esfuerzo de mantenerse consciente. Aunque estaba herido, seguía mirándome. Su mirada era firme, fuerte, pero había algo más allí... algo que me hizo respirar un poco más profundo.

Todavía estaba sosteniendo a Antonella y Tomás cuando el coche aceleró, escapando a toda velocidad hacia el portón de la propiedad. El sonido de los disparos seguía resonando, pero el coche seguía firme.

Mis ojos se volvieron hacia Lorenzo, y vi la sangre escurrir lentamente por su camisa. Estaba pálido, el dolor claramente apoderándose de su cuerpo, pero aún estaba conmigo. No me dejaría sola. No esta vez.

El coche avanzaba por la carretera, cada bache sacudía mi cuerpo, pero apenas lo sentía. Mi atención estaba en Lorenzo. Sus ojos estaban entreabiertos, su respiración era irregular.

El sonido del motor acelerado competía con el ruido de mi corazón, que parecía resonar en mis oídos. Traté de ajustar a Antonella y Tomás en mis brazos, manteniéndolos seguros, pero mis ojos no se apartaban de Lorenzo.

—Lorenzo... estás sangrando mucho —susurré, con la voz quebrada mientras lo miraba, tratando de ignorar el pánico que me invadía.

Él me miró por un breve segundo, su sonrisa estaba cansada y los ojos entrecerrados.

—Estoy bien... —respondió, pero su voz era solo un susurro, llena de dolor y agotamiento.

Intentó enderezarse en el asiento, pero el movimiento solo hizo que más sangre manchara su camisa.

El coche aceleraba por la carretera oscura, y, al acercarnos a una pista de despegue, pude escuchar el sonido de los motores del avión que nos esperaba.
El pánico comenzaba a ceder paso a una ansiedad devastadora. Lorenzo estaba gravemente herido, y no sabía si lograría mantenerlo consciente por mucho más tiempo.

—Solo un poco más... —musité para mí misma, tratando de controlar las lágrimas—. Solo un poco más y te llevaré a un hospital.

Cuando el coche finalmente frenó bruscamente frente al avión, todo parecía suceder demasiado rápido. Los hombres de Lorenzo abrieron la puerta para nosotros, y traté de salir con los bebés en brazos, pero mi cuerpo se sentía pesado, mis movimientos eran lentos, como si estuviera atrapada en una pesadilla.

Los gritos de los hombres, el ruido de los motores y el olor a sangre y pólvora se mezclaban con el viento frío de la noche, finalmente despertando a Antonella y Tomás, que comenzaron a llorar.

Lorenzo se movió a mi lado, sus movimientos eran más torpes que antes, pero aún así me ofreció la mano, como si intentara

darme fuerzas, aunque estaba al borde de la extenuación. Salió del coche poco después de mí, tambaleando mientras la sangre seguía escurriendo de su herida en el hombro. Vi su rostro contorsionarse de dolor, pero luchaba por mantenerse en pie.

—Lorenzo, por favor, detente —imploré, con la voz ahogada por el miedo, acunando a los bebés, tratando de calmarlos—. Necesitas un médico...

Él ignoró mi pedido, sus ojos estaban fijos en mí y en los bebés.

—No... ustedes primero —dijo, su voz rasposa y entrecortada.

Me ayudó a subir al avión, y cuando entré, mi cuerpo casi cedió bajo el peso de todo lo que estaba sucediendo. Sostuve a Antonella y Tomás con toda la fuerza que pude reunir, sus llantos se volvieron más bajos mientras sus ojos, curiosos y pesados de sueño, recorrían el nuevo ambiente, pero mi corazón se apretaba al ver a Lorenzo.

Cuando me giré, vi a Lorenzo tambalear, sus pasos eran vacilantes mientras intentaba subir al avión. La sangre caía al suelo, marcando su camino. Antes de que pudiera llegar a su asiento, se desplomó.

—¡Lorenzo! —grité, desesperada. Quería correr hacia él, pero con los niños en brazos, mi cuerpo estaba atrapado en una realidad imposible de sortear—. ¡Que alguien lo ayude! ¡Necesita ayuda!

Uno de los hombres de Lorenzo entró corriendo detrás de nosotros, y se dirigió directamente a donde él estaba caído. Mi corazón latía tan fuerte que apenas podía escuchar lo que ocurría a mi alrededor.

Todo parecía girar en torno a la imagen de Lorenzo, pálido, respirando con dificultad, desmayándose poco a poco.

Los motores del avión rugieron, con el sonido estridente marcando el inicio de la carrera de despegue. Me hundí en el asiento con Antonella y Tomás, intentando calmarlos nuevamente mientras mis manos temblaban.

Mi grito los asustó. Mi mente estaba dividida entre el miedo por mis hijos y el creciente pánico que me dominaba al ver a Lorenzo en

ese estado. A pesar de todo lo que él había hecho, a pesar de todo el caos y la violencia, aún estaba conmigo.

Lorenzo, el hombre al que había jurado odiar, rompió sus propias reglas para sacarme de allí. Para proteger a nuestros hijos. Y ahora él estaba caído, inconsciente, posiblemente muriendo por mi culpa.

Lo vi caer de lado, la cabeza colgando, su cuerpo cediendo al cansancio y al dolor. Mi respiración se atascó en mi garganta, y, por primera vez, las lágrimas que había estado conteniendo se escaparon. Estaba gravemente herido, y no sabía qué hacer.

El avión comenzó a moverse, ganando velocidad en la pista. Mis hijos se movieron en mis brazos, y los apreté con más fuerza, luchando por concentrarme en ellos, pero era imposible no mirar a Lorenzo.

—Lorenzo... —lo llamé, con la voz quebrada—. Lorenzo, por favor... no me dejes ahora.

Él no se movió.

---

43. ISABELLA MORETTI

El suave sonido de las máquinas era lo único que rompía el silencio pesado en la habitación.

Estaba parada junto a la cama de Lorenzo, observando el movimiento casi imperceptible de su pecho subir y bajar, mientras los monitores alrededor seguían cada respiración, cada latido de su corazón.

Él estaba allí, inmóvil, conectado a una serie de cables y tubos que lo mantenían vivo, pero aún así, parecía un extraño. Ese no era el hombre imponente y seguro que conocía.

El Lorenzo que me secuestró dos veces, el hombre que decía que todo y todos le pertenecían. No. El hombre frente a mí era solo una sombra de eso, inerte, indefenso. Por primera vez, Lorenzo parecía frágil.

Me acerqué un poco más, mis ojos estaban fijos en su rostro. Las ojeras profundas, la piel pálida… era casi increíble.

—¿Qué hiciste, Lorenzo? —susurré, mi voz sonando más amarga de lo que esperaba—. ¿Qué me hiciste?

Mis palabras no encontraron respuesta. Él seguía allí, inmóvil, como si estuviera fuera de todo, mientras yo era la única que cargaba con el peso de todo este lío.

Cerré los ojos un momento, tratando de contener la rabia que hervía dentro de mí, pero fue inútil. Cada vez que lo miraba, me recordaba cuánto me había quitado.

Por segunda vez, me arrancó de la vida que intentaba construir, de la seguridad que planeaba darle a nuestros hijos. Ahora, estaba atrapada de nuevo. Y Lorenzo... me dejó sola con todo.

Me di la vuelta y salí de la habitación, dejando a Lorenzo atrás, aún atrapado en su coma. Habían pasado dos días desde que

regresamos a Seattle, pero la sensación era que toda una vida se había interpuesto entre el momento en que escuché la voz de Lorenzo por primera vez, después de meses, y ahora.

Mis pasos resonaban por los largos pasillos de la mansión que conocía tan bien. No importaba el tamaño de las paredes ni la riqueza del ambiente, todo allí me asfixiaba. No estaba libre. Nunca lo estuve.

Llegué al cuarto donde Antonella y Tomás dormían, bajo el cuidado de la niñera que Lorenzo había contratado. No confié en ella de inmediato, pero parecía atenta y cariñosa con ellos, lo que fue suficiente por ahora.

—Déjanos solos, por favor —pedí, y la mujer obedeció inmediatamente.

Lorenzo había planeado todo, como siempre. Antonella y Tomás tenían habitaciones listas, preparadas con todo lo que pudieran necesitar o desear. Además, una niñera para cada uno. Ese maldito hombre sabía exactamente lo que hacía cuando puso un pie en Nueva York otra vez.

Exhalé con fuerza, mirando a mis hijos. Los bebés eran mi único punto de anclaje. Lo único que importaba era su seguridad.

Tomé a Antonella en brazos, sintiendo el peso reconfortante de su cuerpo contra el mío. Su respiración era suave, sus deditos pequeños entrelazándose con los míos, y por un breve momento, el torbellino dentro de mí se calmó. Pero no duró mucho.

Sabía que no podía seguir así, atrapada en un ciclo de confusión y rabia. Con cada segundo que pasaba, el resentimiento crecía. Él me arrancó de mi libertad otra vez. Puso a nuestros hijos en peligro, y ahora, estaba allí, acostado y vulnerable, mientras yo enfrentaba las consecuencias.

Comencé a caminar por la habitación, balanceando a Antonella en mis brazos, tratando de calmarme, pero mi mente no paraba.

Miré a mi bebé, observando su rostro sereno y su cabello suave. Parecía tan tranquila. Pero entonces, inevitablemente, llegó el pensamiento que me desgarraba por dentro: se parecía tanto al padre.

—No puedo creer que hayas hecho esto... —susurré al cuarto vacío, con la voz cargada de frustración—. Me trajiste de vuelta, me sacaste de todo, y ahora estás ahí, inconsciente, dejándome la responsabilidad de todo.

Las palabras salieron como un desahogo, pero también con una tristeza profunda. Miré a Antonella, que se acurrucaba en mis brazos, su respiración rítmica estaba calmándome un poco.

Puse a Antonella de vuelta en la cuna, observando cómo su manito buscaba la de su hermano mientras se acurrucaba de nuevo en el colchón.

Me senté junto a ellos, pasando las manos por mi rostro, tratando de encontrar algo de claridad. Pero todo parecía nublado. No sabía qué hacer. En cada momento, una nueva ola de emociones me arrastraba: ira, miedo, confusión, preocupación. Estaba agotada.

Lorenzo me había secuestrado otra vez. ¿Cómo podía seguir aquí, sabiendo eso? No podía perdonarlo por esto. No esta vez.

Y aún así... la idea de perderlo me causaba un miedo que no podía controlar. A pesar de todo, Lorenzo era el padre de mis hijos. Era parte de mí, de nuestra historia. Me odiaba por importarme. Pero era imposible no hacerlo.

—¿Y ahora? —murmuré para mí misma, la voz temblorosa—. ¿Qué hago ahora?

No tenía respuestas. Solo preguntas que giraban sin cesar en mi mente. Necesitaba que él despertara. Necesitaba que me explicara. Que me dijera por qué hizo todo esto de nuevo. Y esta vez, no me dejaría manipular.

Miré la luz de la luna que entraba por las cortinas entreabiertas. La luz fría iluminaba la habitación suavemente, pero no lograba

calmar la tormenta dentro de mí. Estaba decidida. Cuando Lorenzo despertara -y tenía que despertar-, lo enfrentaría de una vez por todas. No iba a quedarme prisionera para siempre.

Él no tenía ese derecho. No más.

44. LORENZO ZANINI

Desperté con una sensación familiar de dolor atravesando mi cuerpo. Ya estaba acostumbrado a eso. Lo que realmente me molestaba era la sensación de debilidad.

Parpadeé varias veces, ajustando la vista mientras sentía las máquinas a mi alrededor, el zumbido suave llenaba el silencio de la habitación. Levanté la mano hasta el costado de la cama, encontrando cables y tubos.

Me di cuenta de inmediato de que estaba en algún tipo de suite médica. *¿Cuánto tiempo?* La pregunta resonó en mi cabeza.

Me forcé a mover el cuello, el peso de la inactividad me irritaba profundamente. Parpadeé varias veces más y entonces la vi. Isabella. De pie junto a la cama, observándome de una manera que conocía bien.

Estaba distante, fría. No me sorprendió. Claro que estaría así. La había traído de vuelta a la fuerza. Solo no sabía cuánto tiempo había pasado desde entonces.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí? —Mi voz salió rasposa, más como una orden que una pregunta.

Ella no respondió de inmediato. Sus brazos estaban cruzados sobre su pecho, y no se movió. Su mirada me decía mucho más de lo que sus palabras podrían decir. Ira, resistencia.

Ella estaba donde yo quería, pero aún no de la manera en que la necesitaba. No importaba. Eso vendría con el tiempo.

Me moví en la cama, sintiendo el dolor irradiar desde el hombro. Lo ignoré. La debilidad era temporal. El control, ese sí, era permanente. La traje de vuelta. A ella y a nuestros hijos. Y al final, eso era lo que importaba. Todo lo demás era solo ruido.

—Isabella —comencé, mi voz aún rasposa, pero firme—. ¿Dónde están los niños?

Ella no se movió. Una leve sonrisa, fría y amarga, apareció en sus labios.

—Los niños están seguros. —Soltó las palabras con una tranquilidad que parecía cargada de desprecio—. No me lo agradezcas a mí, obviamente. No sé cuándo pensaste que sería una buena idea robarlos en medio de la noche, ¡metiéndolos en medio de un tiroteo!

Estiré los brazos, forzando mi cuerpo a sentarme más erguido. Claro que ella estaría llena de resentimiento. Pero eso no importaba. No ahora.

—Están donde deberían estar, Isabella. No esperaba que fuera fácil para ti aceptarlo de inmediato. —Mis ojos se fijaron en los suyos, y seguí con calma implacable—. Pero sabes tan bien como yo que, eventualmente, aceptarás tu nueva realidad. Pertenecemos a esto. A nuestros hijos.

Ella rió. Una risa sin humor, llena de amargura. Conocía esa risa.

—No es tan simple, Lorenzo. No soy la misma mujer que secuestraste la primera vez. Tú hiciste esto conmigo. Fuiste tú quien me cambió, me rompió, ¿y crees que puedes simplemente traerme de vuelta como si nada hubiera pasado? ¿Como si yo fuera... la misma?

Dio un paso hacia adelante, y vi la intensidad de su ira en sus ojos, la frialdad en las palabras que lanzaba.

—No tienes que ser la misma, Isabella. No esperaba que lo fueras. —Mantuve la mirada fija en ella, cada palabra era calculada —. Lo que espero es que entiendas que, tanto como la primera vez, huir no es una opción. No para ti. No para nuestros hijos. No hay vida lejos de mí. No más.

Ella dio otro paso hacia adelante, quedándose muy cerca de la cama, y el olor familiar de su cuerpo llenó el aire a mi alrededor.

Pude ver el brillo de las lágrimas que intentaba controlar, pero no era tristeza. Era ira, pura y explosiva.

—Entonces, ¿soy tu prisionera otra vez? —Su voz estaba llena de dolor ahora, el control estaba comenzando a quebrarse—. ¿Hasta cuándo, Lorenzo? ¿Hasta que ya no seamos útiles para ti? ¿De nuevo? —Isabella preguntó con desdén, luego cerró los ojos brevemente y movió la cabeza de un lado a otro, negando, como si se estuviera regañando a sí misma por haberse dado la molestia de intentar hablar conmigo—. Voy a llamar al médico. Estuviste en coma siete días. Querrá chequearte.

Sujeté su brazo, impidiendo que se alejara. Sus ojos bajaron al lugar donde nuestras pieles se tocaban y luego Isabella miró mi rostro, exigiendo, con los dientes apretados.

—¡Suéltame!

—Nunca, Principessa. Nunca más —respondí, levantando la mano para tocar su mejilla, pero ella esquivó mi contacto de inmediato. Mis ojos se entrecerraron—. Puedes pelear, resistir y retorcerte todo lo que quieras, pero deberías saber, Isabella. Deberías saber que, al elegir a nuestros hijos, me elegiste a mí, para siempre.

—¿Elegirte a ti? —Prácticamente escupió las palabras, forzando su muñeca contra mis dedos hasta que la solté, por miedo a lastimarla —. ¡No hay vida contigo! ¡No la vida que quiero para mí y para nuestros hijos! ¡Me destruiste, tú...! ¡Tú me secuestraste, me usaste, me manipulaste, Lorenzo! ¡Me hiciste tu prisionera de todas las formas posibles y luego... luego me abandonaste! Dijiste que nunca había sido nada para ti, ¿y ahora crees que puedes simplemente... mantener todo así? ¿Crees que puedes dominarme de nuevo?

Sus palabras fueron dichas entre gritos y gruñidos. La voz de Isabella iba ganando fuerza y volumen con cada acusación. Pero fue en la última cuando todo su dolor y resentimiento se derramaron. Quedó claro para mí que ella podría perdonar todo. Que, de hecho, cuando aún estaba en Seattle, ya lo había perdonado.

¿Pero el abandono? Ese no. Ese, jamás lo olvidaría. Y, por primera vez en mi vida, me sentí culpable. Isabella tenía razón en eso, nunca debí haberla dejado ir. Pero no era un hombre que se revolcara en arrepentimientos. Yo era un hombre de acción.

Había solo una cosa que podía hacer para remediar mi error, y ya lo había hecho. La había traído de vuelta al lugar de donde nunca debió haberse ido.

—No tienes que ser la mujer que eras antes —respondí, manteniendo la voz calmada, aunque la sangre pulsaba con fuerza en mis venas—. Pero siempre serás mía. Eso no cambia. Tú, Antonella, Tomás... somos una familia ahora. Y nada cambiará eso.

Ella rió de nuevo, más amarga esta vez, con las lágrimas escapando contra su voluntad. Pero no era debilidad. Era fuego. Y yo sabía que apenas comenzaba.

—No soy tuya —Su voz fue baja, pero el impacto fue claro. Dio un paso atrás, como si necesitara protegerse de mí—. No viviré bajo tu control, Lorenzo. No criaré a nuestros hijos bajo tus reglas. No confío en ti. Ni siquiera quiero intentarlo.

Sus palabras me cortaron, pero no de la manera en que ella imaginaba. No era dolor emocional. Era solo otra batalla. Una batalla que, al final, ganaría yo. Porque ella no tenía otra opción. Isabella podría luchar, pero no había salida.

Me incliné hacia adelante, ignorando el dolor que ahora parecía casi insignificante.

—Lo eres, Isabella. Mi Principessa. Mi perra. Mi mujer. Y no te vas a ir a ningún lado. Y yo tampoco. —Mi voz bajó aún más, cada palabra cargada de convicción—. Puedes odiarme. Puedes resistir. Pero los dos sabemos cómo va a terminar esto.

Ella guardó silencio por un momento, su mirada era de puro desafío, pero también había algo más. Algo que me decía que, por mucho que odiara admitirlo, sabía que tenía razón. Isabella siempre fue mía. Y ahora, con nuestros hijos, eso estaba sellado.

Me dio una última mirada, llena de dolor y furia, antes de salir de la habitación, cerrando la puerta con fuerza. La observé, sabiendo que esta batalla estaba lejos de terminar. Ella lucharía, claro, pero yo nunca fui de darme por vencido.

La lucha por traer a Isabella de vuelta para mí, completamente, recién comenzaba. Y, como siempre, estaba dispuesto a llegar hasta el final.

---

45. LORENZO ZANINI

Tranquilidad a mi alrededor, caos dentro de mí.

Han pasado tres días desde que desperté y aún no he sido capaz de estar más de un minuto entero en presencia de Isabella. Cada vez que intentaba acercarme, ella encontraba una excusa, una forma de escapar.

El médico había insistido en que guardara reposo. Según él, si la bala hubiera ido unos milímetros más a la izquierda, estaría muerto. Lo mismo habría pasado si no hubiera atravesado.

Pero nada de eso importaba. Estaba vivo, lo que significaba que tenía un objetivo que cumplir. Un objetivo que aún me parecía tan distante ahora como cuando la vi por primera vez frente a mí, rodeada de mapas de Nueva York, antes de descubrir en cuál de las propiedades de la familia Vittorio estaba manteniendo a mi esposa y mis hijos.

Pero ahora Isabella estaba aquí, bajo mi techo. Bajo mi protección. Y erigiendo muros cada vez más altos e infranqueables entre nosotros dos.

Esperaba esto de ella. Estaba herida, furiosa, y esos sentimientos no desaparecerían de la noche a la mañana. Pero no esperaba sentirme tan impaciente en este primer momento. Esperar el momento adecuado para actuar siempre fue una de mis mayores virtudes… pero debía haber imaginado que si alguien iba a cambiar eso, sería esa maldita mujer.

¿No fue eso lo que hizo desde el principio? ¿Cuándo se negó a ser la niña mimada y obediente que imaginaba que sería la hija de Vittorio Moretti? ¿Cuándo me desafió con cada palabra, en cada paso del plan cuidadosamente trazado para hacer que se enamorara de mí? Haciendo imposible que el resultado fuera el que yo esperaba.

Porque sí, Isabella se enamoró, al final, pero no sin antes arrancarme una parte de mí que no estaba dispuesto a darle. No permitió que le robara su corazón y me quedara entero. No.

No sabía qué era lo que ella había tomado, pero era una parte imprescindible de mí. Una que me hacía tanta falta que convirtió los últimos meses, los que pasé lejos de ella, en un mar de caos, cuando deberían haber sido una piscina sin fin de satisfacción, ya que mi venganza estaba consumada.

Excepto que no lo estaba.

Y ahora, ella está de vuelta. Sosteniendo la parte que me falta con tanta fuerza, que casi puedo sentir el dolor fantasma de sus dedos apretándome, mientras el vacío persiste. Y ningún día, desde que Isabella se fue a Nueva York, ha sido tan placentero como el de hoy. O el de ayer. O el de anteayer.

Me reí para mis adentros, solo en la oficina.

A pesar de toda la resistencia de Isabella, de sus muros, de su amargura, ella estaba aquí. Y sentía que finalmente podía respirar después de haber pasado tanto tiempo bajo el agua. Estaría dispuesto a recibir otros mil disparos solo por esa sensación.

Ni siquiera sé lo que haría para sentir de nuevo su sabor. O la sensación de su piel desnuda y sudada bajo mis dedos, o el apretón de su vagina alrededor de mi verga.

Me alejé de la ventana y comencé a caminar por el pasillo, con pasos firmes y controlados. La paciencia me faltaba, pero años de autocontrol me enseñaron a lidiar con mis frustraciones. De nuevo, todo lo que necesitaba era apegarme al plan.

Bajé a la cocina, donde sabía que estaría con Antonella y Tomás. Era hora de que me presentaran oficialmente a mis hijos.

Ya había tenido suficientes miradas robadas por la puerta de su habitación, o imágenes de las cámaras de seguridad, mientras esperaba que Isabella decidiera que era el momento para las presentaciones. Ellos eran míos. Le gustara a ella o no.

Cuando entré en la sala, sentí que el aire cambió. La tensión era palpable. Ella me notó, pero fingió que no. Continuó enfocada en Antonella, como si yo no estuviera allí, como si no hubiera un huracán girando entre nosotros. Vi cómo sus hombros se tensaban, pero no levantó la mirada.

Me acerqué más, cruzando los brazos y observando por un momento. Isabella se movía de manera automática, pero podía sentir la rabia latiendo dentro de ella.

—Ya es hora de que paremos con esto —dije, mi voz baja pero firme, sin margen para objeciones.

Ella levantó la mirada. Su mentón se alzó en un claro desafío.

—¿Parar qué cosa? —Su voz estaba cargada de amargura—. ¿De mantenerme prisionera? ¿De tomar todas las decisiones por mí?

Una sonrisa de medio lado apareció en mis labios. No era una sonrisa de diversión, sino de certeza. La aproximación fue lenta, cada paso mío invadió su espacio.

—No eres prisionera, Isabella. Ya no. Eres mi esposa.

Isabella soltó una carcajada amarga.

—¿Y hay alguna diferencia entre las dos cosas?

Sonreí. Y esta vez, con gusto. Di un paso hacia ella e Isabella retrocedió otro. Sentada en su silla alta, Antonella giró su rostro, alternando su mirada azul entre su madre y yo. Ella y su hermano tenían mis ojos.

Me giré hacia ella.

—Hola, Principessa —dije suavemente, en voz baja. Besé su mejilla regordeta y la saqué de su silla, levantándola en mis brazos.

Se acomodó de inmediato, apoyando la cabeza en mi hombro como si mis brazos siempre hubieran sido su lugar en el mundo. Y lo eran.

Peiné su cabello oscuro con mis dedos y besé su frente. Su olor a bebé inundó mi olfato y sonreí, aún con los labios sobre su piel. El aroma de su madre acaba de encontrar un aliado. Ya no era solo ese aroma mi favorito.

—Mamá quiere saber, Ana, si hay alguna diferencia entre ser mi prisionera y ser mi esposa —le hablé a mi hija—. ¿Qué opinas, Principessa?

Obviamente no respondió, así que me giré hacia Isabella para darle la respuesta yo mismo, pero la encontré con los ojos muy abiertos y los labios formados en una "O" perfecta.

—Ella... —comenzó Isabella, pero se interrumpió, la arruga en su frente se profundizó—. Ella... No te extrañó.

Me reí y besé la frente de Antonella una vez más.

—Claro que no me extrañó. Soy su padre. ¿Dónde está Tomás?

—Tú no... Tú no entiendes... —dijo ella, moviendo la cabeza de un lado a otro. —Ella no acepta el abrazo de nadie. Tomás es un pequeño seductor, le gusta que todos lo mimen, ser el centro de atención, pero Antonella es difícil. Solo me acepta a mí.

Sonreí aún más.

—Ella es una princesa, Isabella. Claro que espera que todos se inclinen ante ella. Y me aceptó porque ya entendió lo que su madre insiste en ignorar: ella es mía. Todos ustedes lo son. ¿Dónde está Tomás? —volví a preguntar.

Mis palabras sacaron a Isabella de su sorpresa y ella rodó los ojos, rasgándose la garganta con desdén. Su cuerpo entero se tensó, como si se preparara para atacarme. Era casi cómico ver cómo pensaba que ese desafío iba a hacer alguna diferencia.

—Está en el cuarto, durmiendo. Antonella despertó primero, así que bajé con ella para preparar el biberón de los dos.

—¿Por qué no pediste que la otra niñera lo preparara? ¿Necesitas más ayuda? Podemos contratar tantas ayudantes como necesites.

—¡No necesito más ayuda! —Isabella prácticamente gritó, con las manos apretadas en puños y los ojos cerrándose brevemente—. ¡Y no cambies de tema!

—No cambié de tema, solo no sabía que estábamos discutiendo otra cosa —respondí, y Ana aprovechó ese momento para levantar las manitos y sujetar mi rostro. Sonreí para ella, jugando a morder sus deditos, y eso la hizo reír a carcajadas.

Era el maldito mejor sonido que jamás había escuchado en toda mi vida. Sostenerla, cuidarla, protegerla... Era... Natural. Como respirar. Una necesidad básica, me di cuenta en ese momento.

—¡No quiero esto, Lorenzo! ¡Nunca quise ser propiedad de nadie! —La voz irritada de Isabella atravesó el momento. Sus labios estaban apretados en una fina línea—. Dices que soy tuya como si eso lo resolviera todo, pero no lo resuelve. Así no funciona. No soy tu prisionera, pero me secuestraste otra vez. ¿Cómo puedo confiar en ti? ¿Cómo puede haber algo entre nosotros, además de... odio?

—Ya te lo dije, Isabella. No me importa que me odies —Mi voz adoptó un tono serio. Me encogí de hombros—. Incluso me gusta. Nuestros mejores polvos fueron aquellos en los que estábamos enfadados. Es probable que nuestros hijos hayan sido concebidos en alguna de esas, así que si quieres odiarme, ódiame. Pero sabes que eso no cambia nada. —Me fui acercando, con calma implacable, hasta que su mirada quedó atrapada en la mía—. Estás aquí, cargando a mis hijos, viviendo bajo mi techo. Ya me elegiste.

El desafío en sus ojos creció, pero no me moví. Sabía lo que pasaba dentro de ella. Nuestra hija volvió a recostarse en mi hombro, tranquilita. Como si supiera que su madre y yo necesitábamos ese momento.

—No me vas a convencer con palabras, Lorenzo. No esta vez.

Dí un paso aún más cerca, invadiendo su espacio. El calor entre nosotros era palpable. Levanté la mano y sujeté su rostro con firmeza, sin lastimarla, pero dejando claro que había una línea que no podía cruzar.

—No estoy tratando de convencerte con palabras, Isabella. —Mis ojos estaban fijos en los suyos, el tono lleno de una certeza inquebrantable—. Ya sabes la verdad. Solo estoy aquí para asegurarme de que lo recuerdes. No estoy pidiendo tu confianza, ni tu amor, ni tu odio. Estoy tomando lo que es mío.

Vi el escalofrío recorrer su cuerpo. A pesar de toda la ira, todo el desafío, no podía negar lo que había entre nosotros. El roce de mi mano en su piel hacía que su cuerpo reaccionara, aunque su mente luchara.

—No entiendes, Lorenzo —susurró, intentando mantener la firmeza, pero su voz vaciló—. No quiero vivir así. No quiero vivir contigo controlándome, obligándome a hacer las cosas a tu manera.

Una sonrisa de medio lado apareció en mis labios. El pulgar rozó suavemente su piel mientras mantenía la mirada fija en la suya.

—¿Por qué no? Sabemos los dos que te encanta mi control —Mi voz estaba baja, el roce de nuestros labios era casi inevitable.

—Me abandonaste —me acusó otra vez, y de nuevo, más que en cualquier otra frase, su dolor resonó en esta.

—Y esa, Isabella, es la única cosa por la que te voy a pedir perdón. Nunca debí haberte dejado ir.

—Pero lo hiciste. Me dijiste que me fuera.

Sonreí, mis dedos estaban subiendo y bajando por su mejilla.

—Y te fuiste. Como la buena chica que eres. ¿Me extrañaste, Principessa?

Solté su rostro, pero no me alejé.

—Estás enojada. —Di un paso atrás, permitiéndole respirar—. Pero te darás cuenta, tarde o temprano, de que lo que te ofrezco no es una prisión. Es la vida que deberías haber tenido desde el principio. A mi lado, como mi mujer. Cuidando a nuestros hijos. Siendo lo que siempre debiste ser.

Ella negó con la cabeza, incrédula.

—¿Crees que es tan fácil? —Su mirada estaba llena de dolor—. Me secuestras, me dices que soy tuya, ¿y esperas que acepte eso? ¿Que eso borre todo el pasado?

Sonreí, una sonrisa lenta, llena de certeza, y me encogí de hombros.

—No hay otro lugar para ti más que aquí.

Isabella negó con la cabeza, derrotada.

—Estás equivocado, y no voy a ceder, hasta que me dejes ir.

—Entonces, será mejor que te prepares para pasar el resto de tu vida luchando conmigo, Principessa. Sé que hasta podría gustarme.

46. LORENZO ZANINI

Una risa corta y llena de satisfacción escapó de mi garganta cuando entré en el cuarto de Antonella y Tomás esa mañana y escuché el sonido suave de sus respiraciones llenando el ambiente.

Era un sonido tranquilo, pero para mí sonaba como el centro de mi universo. La forma en que el instinto de proteger y reclamar lo que era mío era tan natural como respirar seguía sorprendiéndome.

Habían pasado dos días desde que había interactuado con mis hijos por primera vez. Y ya no podía mantenerme alejado de ellos por más de algunas pocas horas.

Era como si una llave se hubiera girado en el momento en que Antonella y Tomás finalmente pusieron sus deditos pequeños en mí.

Pasar por su cuarto antes de hacer cualquier cosa que me sacara del ala residencial de la mansión era algo que no podía evitar. No importaba si necesitaba hacerlo una vez o diez.

Antonella estaba despierta, siempre era la primera en recibirme con sus ojos atentos. Isabella ya estaba en el cuarto, sentada en la silla de amamantamiento, vigilante, sin confiar en dejar a los bebés solos con nadie. Ni siquiera conmigo. Otro rasgo de su renuencia en aceptar su lugar.

Me había preguntado si había diferencia entre ser mi prisionera y mi esposa. Y me preguntaba cuánto tiempo le tomaría descubrir la respuesta a esa pregunta por sí misma. Isabella no necesitaba temer nada en esa casa, porque ahora, era ella la dueña de esa mansión.

Cada uno de mis hombres, cada empleado, le respondía a ella, después de mí. Pero ella estaba tan atrapada en sus reticencias que aún no se había dado cuenta de eso.

Caminé hacia la cuna donde los dos bebés dormían juntos, a pesar de que había un segundo mueble en el cuarto.

—Buenos días, Principessa —saludé a Isabella y no obtuve respuesta—. Y buenos días para ti también, pequeña Principessa —dije, ya sacando a Antonella de la cuna cuando levantó sus bracitos, esperando con ansias por mí.

El pequeño cuerpo se acomodó en mi pecho y suspiró suavemente cuando besé su cabello escaso y oscuro. Pasé los dedos por sus hebras suaves, sintiendo el aroma suave de su piel.

Ella era mi hija, y esa certeza era algo sólido, inquebrantable. Y contra todas mis propias expectativas, no necesitaba preguntarme qué significaba ser padre. Era simple: lo era.

Y protegería a esta pequeña, igual que a Tomás, con la misma determinación y ferocidad que aplicaba a todos los aspectos de mi vida.

Me giré hacia Tomás y lo encontré observándome. Ya se había despertado. Sus ojos azules, que eran una copia exacta de los míos, estaban fijos en mí.

Mi pequeño heredero, el reflejo de todo lo que era y todo lo que algún día él sería. Puse a Antonella nuevamente en la cuna, sus pequeños dedos se aferraban a mí hasta el último momento, y luego tomé a Tomás en mis brazos.

—Y tú... —musité, sintiendo su peso, ligeramente mayor que el de Antonella, pero igualmente natural—. Aprenderás a ser fuerte, como yo. A liderar, a proteger a tu hermana, a tu madre... —Miré esos pequeños ojos curiosos que me miraban con una seriedad inusual para un bebé—. Me aseguraré de que ustedes dos nunca tengan que temer nada. Nunca.

Tomás se acomodó en mis brazos, su pequeño cuerpo encajaba con facilidad. No tuve que pensarlo dos veces. El mundo podía venirse abajo allá afuera, pero nada jamás tocaría a estos dos mientras yo estuviera vivo.

Estaba tan absorto en ellos que ni me di cuenta cuando Isabella se levantó de su silla. Luego de que lo noté, ella estaba

observándome en silencio, ahora de pie, apoyada contra la pared.

Había una mezcla de emociones en su rostro, como siempre. Rabia, confusión, tal vez hasta curiosidad.

Seguí sosteniendo a Tomás con firmeza y, sin decir nada, lo llevé de regreso a la cuna. Me aseguré de que la manta estuviera bien ajustada a su alrededor, como un padre debía hacerlo, y luego me giré hacia Isabella.

—No voy a fallarles, Isabella —dije, sin apartar la mirada. Mi voz era baja, pero cargada de una certeza que ni ella podría cuestionar.

No respondió de inmediato, pero vi la batalla dentro de ella. La rabia seguía ahí, al igual que la resistencia. Pero sabía que estaba sembrando algo más fuerte, algo que no podría ignorar para siempre.

En los días siguientes, continué pasando más tiempo con Antonella y Tomás. Yo era el tipo de hombre que entendía la importancia de cada detalle, y ser padre exigía que prestara atención.

Desde el cambio de pañales hasta el momento de alimentar a los bebés, cada tarea era realizada con la misma precisión y eficiencia con la que llevaba a cabo cualquier operación. Pero había algo más.

Una sensación de satisfacción genuina cada vez que veía a mis hijos relajándose bajo mi cuidado, cada risa que Antonella soltaba cuando jugaba con ella, cada momento en que Tomás me observaba con sus ojos serios y atentos.

Isabella siempre estaba observando. No decía nada, pero estaba mirando. Comenzaba a preguntarse si yo estaba siendo honesto, si esto era realmente más que un juego para mí, si no estaba solo actuando el papel de padre.

Pero quería que ella misma encontrara las respuestas. Como le había dicho en nuestra segunda discusión, desde su regreso, no pensaba pedirle nada, solo tomar lo que era mío. Y eso era exactamente lo que estaba haciendo.

Yo era su padre. Y, poco a poco, sabía que Isabella comenzaba a entender eso.

Una noche, después de acostar a los niños, me senté al lado de Isabella en su cuarto. El silencio entre nosotros era denso, pero sabía que ella estaba pensando. Siempre lo hacía.

—Nunca pensé que sería padre —comencé, rompiendo el silencio —. Pero ahora... la sensación es solo...

—Natural —completó Isabella por mí, y la miré—. Me siento igual. —Parpadeó, y en sus ojos vi la desconfianza habitual. Pero algo era diferente. Algo se estaba rompiendo, aunque lentamente—. Pero, ¿cómo esperas que confíe en esto, Lorenzo?

La miré, manteniendo la calma.

—Tenemos toda una vida —dije—. No tengo prisa, Principessa. — Mi voz era firme, sin vacilación.

Mi hija Antonella gruñó algo dormida, y tanto Isabella como yo miramos la cuna donde ella dormía.

—Creo que vas a tener que encontrar una forma nueva de llamarme. Antonella no es muy fan de compartir, aparentemente, ni siquiera una palabra —dijo Isabella, como si hubiera leído mis pensamientos, y me reí. Se levantó.

Seguí sentado, mirándola desde abajo.

—Tienes razón —dije, asintiendo con la cabeza—. ¿Qué te parece amore?

Isabella no respondió de inmediato, pero sus ojos no se apartaron de los míos. Entonces, se rascó la garganta.

—No sabes lo que eso significa —dijo, y salió del cuarto, dejándome solo con nuestros hijos por primera vez.

Humedecí mis labios, sintiendo cómo se estiraban en una sonrisa por primera vez. Fue una pequeña victoria. Pero aún era una victoria. Y mientras permanecía allí, velando el sueño de nuestros

hijos durante los siguientes minutos, las últimas palabras de Isabella resonaban continuamente en mi mente.

Antes de conocerla, antes de todo esto, habría aceptado lo que dijo sin dudarlo. Pero ahora, había dos palabras dando vueltas en mi mente mientras pensaba: ¿será así?

47. ISABELLA MORETTI

La lluvia golpeaba contra las ventanas de la mansión, el sonido rítmico llenaba el silencio del lugar. Yo miraba a través del cristal mientras me balanceaba con Antonella y Tomás en los brazos.

El peso cómodo de los bebés era lo único que lograba anclarme al presente, evitando que mi mente se perdiera por completo en los recuerdos y las incertidumbres que me rodeaban.

Era imposible ignorar cómo Lorenzo había cambiado. Los últimos días habían dejado eso muy claro. Estaba más presente, más atento, y aunque no quisiera admitirlo, eso me afectaba de una manera que no sabía cómo controlar.

Era como si me estuviera viendo arrastrada en dos direcciones opuestas: por un lado, el hombre que me secuestró, manipuló y rechazó; por otro lado, el padre de mis hijos, el hombre que, a pesar de todo, aún amaba.

La puerta de la sala se abrió, y supe, incluso antes de mirarlo, que Lorenzo había entrado. Sentí su presencia antes de verlo. Siempre tuvo esa capacidad de dominar el ambiente sin esfuerzo, pero ahora, había algo diferente. Se movía con más cautela, como si estuviera midiendo cada paso, cada gesto.

Lorenzo se acercó, con sus ojos fijos en los bebés. No dijo nada. Simplemente se agachó a mi lado, sus dedos tocando delicadamente la manito de Tomás, que dormía tranquilamente en mi regazo.

Antonella, que estaba despierta, extendió sus bracitos hacia él. Sin dudarlo, Lorenzo la tomó en brazos, un gesto tan natural que hizo que mi pecho se apretara.

Observándolos juntos, sentí algo profundo atravesándome. Era tan fácil para él, tan... correcto.

Lorenzo sostenía a Antonella como si fuera lo más precioso del mundo, y por más que quisiera negarlo, estaba conquistando su

lugar como padre. Y, de una forma que me perturbaba aún más, comenzaba a recuperar su lugar en mi corazón también.

Pero todavía no podía confiar completamente en él. No después de todo lo que habíamos pasado.

Lorenzo colocó a Antonella en su corralito después de besarle el cabello y salió de la sala sin decir una palabra, pero la imagen de él con nuestra hija en los brazos permaneció conmigo. La forma en que la sostenía, el cuidado que demostraba... ¿Era real?

¿Estaba realmente cambiando? ¿O era solo otra forma de manipulación, otro truco para mantenerme a su lado? Esos pensamientos me atormentaban.

Quería creer que él había cambiado, que Lorenzo estaba intentando ser diferente. Pero el miedo de que pudiera volver a hacerme daño, de que se cansara de nosotros, era como una sombra que no lograba alejar.

Respiré profundo, intentando apartar esos pensamientos mientras volvía a poner a Tomás en su cuna. Había una en cada habitación de la casa. Otra de las muchas precauciones que Lorenzo tomó antes de que llegáramos a Seattle.

Y mientras más Lorenzo mostraba su cambio, más confundida me sentía. Porque mientras sus acciones hablaban a su favor, su arrogancia se negaba a ceder. Simplemente no era capaz de admitir que todo lo que me hizo estaba mal, excepto el hecho de haberme dejado ir.

En su mente enferma, secuestrarme, manipularme, exponerme al juicio de toda la 'Ndrangheta no eran actos que merecieran una disculpa. Estaba presente, se estaba esforzando... Pero, ¿era suficiente para borrar todo lo que pasó?

Mi día pasó como un borrón de pensamientos conflictivos. Me perdí en ellos, y todo lo hice de manera automática. Cuando llegó la noche, no me sentía lista para separarme de Antonella y Tomás, así

que los llevé a mi habitación y los dejé dormidos en mi cama, mientras intentaba, sin éxito, leer un libro.

Fue un error de cálculo, y culpé al caos en mi cabeza por ello.

Cuando Lorenzo entró en la habitación sin tocar, como siempre hacía, me sorprendí. Era la primera vez que cruzaba esa puerta desde que volví a Seattle.

No se impuso, no invadió el espacio, pero aún así, parecía estar cruzando un límite mucho más serio que solo el que separa el pasillo del cuarto donde estaban nuestros hijos.

Lorenzo se apoyó en el umbral y se quedó allí, en silencio, observándonos a los tres con una mirada imposible de descifrar. Si hubiera sido cualquier otra persona, pensaría que había visto nostalgia en esos ojos azules glaciales, pero Lorenzo no era el tipo de hombre que se permitiera un sentimiento tan mundano como ese.

Después de lo que pareció una eternidad, aún en silencio, se sentó al borde de la cama, mirándome a mí y a los bebés.

—¿Estás bien? —Su voz era baja, casi suave, diferente a la usual certeza que solía tener.

Quise responder. Quise decir todo lo que sentía, pero las palabras se quedaron atascadas en mi garganta. ¿Cómo podía explicar la mezcla de sentimientos que me consumían?

—Estoy cansada —fue todo lo que logré decir, girando el rostro para evitar su mirada.

Lorenzo suspiró. No se movió por un momento, como si esperara algo más. Pero yo no dije nada. No sabía cómo.

Se levantó, y pensé que se iría sin decir una palabra más, pero entonces, de repente, se inclinó y besó la parte superior de mi cabeza.

El contacto fue suave, sin presión, sin expectativas. Solo un cariño silencioso. Cerré los ojos en ese mismo instante, sintiendo el calor

de ese gesto, y algo dentro de mí se rompió. La frustración, la rabia, el amor... todo mezclado, ahogándome.

Cuando Lorenzo salió, dejé que las lágrimas recorrieran mi rostro, silenciosas pero implacables.

Le había preguntado si había alguna diferencia entre ser su prisionera y ser su mujer, y ahora, semanas después de haber vuelto a Seattle, era imposible no admitir que sí, había diferencia.

Antes, no se me permitía tener una vida aquí. Mi existencia se limitaba a servir al propósito de Lorenzo, fuera cual fuera… Ahora, siento, en cada gesto, mirada y palabra de él, como si Lorenzo estuviera dispuesto a hacer que el mundo me sirviera, si yo lo pedía.

Pero, ¿cómo podía confiar en él de nuevo? ¿Cómo podía entregarle mi corazón a alguien que ya lo había destrozado?

Esa noche, me retorcí en la cama durante horas, con los pensamientos amontonándose en mi mente. Lo amaba. Y ese era el problema.

El amor me ataba a él, pero el miedo me apartaba. Estaba atrapada entre esas dos fuerzas, incapaz de moverme, incapaz de decidir.

Me levanté y fui hasta la cuna de los bebés, observándolos dormir en paz. Ellos eran mi única certeza. La única cosa que sabía que nunca cambiaría.

Lorenzo era su padre, y aunque eso me aterraba, también era una verdad innegable. Quería confiar en él. Quería creer que podíamos ser una familia, que realmente estaba intentando ser el hombre que necesitaba que fuera.

Pero, ¿y si fallaba de nuevo?

Las lágrimas seguían cayendo mientras me sentaba junto a la cuna, sintiendo el peso de la responsabilidad y el amor. No podía permitirme ser vulnerable otra vez. No podía confiar tan fácilmente. Pero, al mismo tiempo, algo en mí quería tanto creer que todo eso podía ser real.

Seguí observando a nuestros hijos durante el resto de la noche, dejando de intentar dormir, demasiado dividida entre el amor que aún sentía y la rabia que Lorenzo provocó al abandonarme.

Necesitaba respuestas, pero la verdad era que temía lo que ellas pudieran significar.

---

48. ISABELLA MORETTI

Todo lo que veía era rojo mientras marchaba hacia la oficina de Lorenzo. ¿Cómo se atrevió?

Había días en que me sentía al límite. Como si todo lo que necesitara para estallar fuera solo una gota más en un vaso a punto de desbordarse. Y la última actitud de Lorenzo había vertido suficiente agua en ese vaso como para inundar un apartamento entero.

El impacto de cada uno de mis pasos reverberaba por mis piernas. Tanta era la fuerza con que estaba pisando, completamente descontrolada, que era incapaz de pensar en otra cosa más que en lo mucho que quería matar a ese hombre.

Desde que regresamos a Seattle, me había forzado a mantener la calma, a observar, a esperar que Lorenzo entendiera lo que era necesario para que pudiéramos seguir adelante, de alguna forma. Fui tan idiota de creer que vería la razón. Que Lorenzo entendería que su comportamiento arrogante era insostenible.

Estaba tan equivocada...

—¿Mandaste a cambiar mi cama? —exigí, explotando en la oficina de Lorenzo con la furia de una tormenta.

Él levantó la mirada de la pantalla del celular, los hombres que estaban allí con él nos miraban a mí y a su jefe con los ojos bien abiertos.

Lorenzo se recostó lentamente en la silla.

—Lárguense —ordenó y, como el mundo parecía complacerse en doblegarse ante el gran y poderoso Lorenzo Zanini, todos los hombres allí obedecieron. El último en salir cerró la puerta—. ¿Tienes un problema con eso, amore?

Cerré los ojos, apretando las manos en puño hasta que las puntas de mis uñas casi rasgaron mi carne, y las punzadas de dolor viajaron por mis nervios lo suficientemente rápido como para competir con los latidos de mi corazón.

—¿Si tengo un problema con eso? —pregunté, y luego solté una risa aguda, escandalosa y desafortunada—. ¿De verdad crees que puedes seguir así para siempre, Lorenzo? —Mi voz sonó mucho más alta de lo que había planeado, pero que se joda. Que toda la casa escuche lo imbécil que es su dueño.

Lorenzo se levantó, lanzándome una mirada de sorpresa y curiosidad.

—¿Así como? —preguntó, levantando una ceja y rodeando la mesa.

Se apoyó frente a la mesa, manteniendo poco más de un metro de distancia entre nosotros, cruzando un tobillo sobre el otro mientras sus dedos golpeaban la madera oscura al ritmo de un compás. La calma solo me hacía enfurecer más.

—¡Fingiendo que todo está normal! —La frase salió gritada—. ¡Como si… como si todo lo que has hecho pudiera ser ignorado, Lorenzo! ¡Han pasado semanas! ¿No ves que esto no va a funcionar?

Él permaneció en silencio por un momento, evaluando la situación como siempre hacía. Cada movimiento calculado. Cada respiración medida. Estaba tan tranquilo mientras yo sentía la sangre hirviendo en mis venas.

—¿En serio esto es por la cama? —respondió, cruzando los brazos, con la voz baja, pero cargada de una firmeza que conocía bien. Una firmeza que solo alimentaba mi odio—. Porque me di cuenta que has estado llevando a nuestros hijos a tu cuarto durante la noche, con frecuencia. Pensé que una cama más grande los haría sentir más cómodos a los tres.

Reí. Con una risa amarga, casi desesperada.

—¡No! —grité—. ¡Esto se trata de ti y esa maldita obsesión que tienes con el control! ¡Estoy harta de esto, Lorenzo! ¡Harta de ti! ¿No entiendes que no puedes mantenernos aquí atrapados para siempre?

Fue la primera vez, desde que regresamos, que usé esa palabra. Atrapados. Porque así me sentía. No importaba cuánto hubiera cambiado, cuánto intentara ser un padre, un hombre distinto.

De hecho, cuanto más Lorenzo se mostraba como el hombre con quien me gustaría compartir mi vida, más atrapada me sentía.

Lorenzo rió. Con una risa corta, controlada, y comenzó a acercarse a mí con esa calma devastadora.

—¿Qué no entiendo, Isabella? —preguntó, su voz baja y ronca, pero ahora cargada de intención—. ¿Que eres mía?

De nuevo esa frase. Como si yo fuera una propiedad. Como si fuera tan simple.

—¿Sigues con esa arrogancia, verdad? —Me enderecé, abriendo y cerrando las manos a los lados del cuerpo—. Sigues diciéndome que soy tuya, que me tienes, ¡pero no entiendes que no quiero ser tuya!

Dio un paso más. Podía sentir su presencia acercándose, invadiendo el espacio a mi alrededor. Mi corazón aceleró, pero la rabia aún dominaba cada fibra de mi cuerpo.

—Mentirosa.

La palabra salió como un susurro, su respiración era cálida contra mi piel. Mi cuerpo se tensó y sentí el calor de su tacto acercándose, pero no me dejé intimidar.

—¡Te odio! —gruñí, tratando de alejar el escalofrío que recorrió mi espalda.

Él no retrocedió. Por el contrario, invadió aún más mi espacio personal, con sus ojos oscuros fijos en los míos.

—Mentirosa —repitió, y esta vez su mano subió hasta mi cabello, los dedos se entrelazaban en mis mechones, tirando con suavidad,

pero con un conocimiento que me hizo perder el aliento por un segundo.

El contacto hizo que mi corazón se desbocara, mi cuerpo entero reaccionó antes de que mi mente pudiera protegerse. Quería odiarlo. Quería gritar, golpearlo, pero el deseo que latía entre nosotros era innegable. Y él lo sabía.

—No puedes... —intenté decir. Mi voz falló, pero él no se detuvo. Estaba tan cerca que el olor de su cuerpo me envolvió, me dominó.

—¿No puedo qué, Isabella? —Su voz era grave, casi un gruñido.

No podía pensar con claridad. Las palabras estaban atrapadas en mi garganta, luchando por salir.

—Te odio —murmuré de nuevo, con los ojos cerrados, intentando alejarme de la intensidad que él traía hacia mí.

Él sostuvo mi rostro con firmeza, forzándome a mirarlo. Y, por primera vez desde que conocí a Lorenzo, no había arrogancia en su mirada. Había algo más. Algo que me desarmaba.

—Y yo te amo.

Y con esas cuatro palabras, comprendí lo que intentaba hacer: manipularme, otra vez.

Una risa amarga irrumpió en mi garganta, mientras las lágrimas quemaban mis ojos. No podía creerlo... No podía creer que pensara que yo era tan tonta.

—¿De verdad crees que soy tan idiota? ¿Que puedes mentir, en mi cara, y yo simplemente… creer?

Lo miré, con la rabia pulsando por mis venas, incapaz de creer que esas palabras fueran algo más que otra forma de manipulación.

—¿De verdad vas a intentar manipularme, Lorenzo? —Mi voz salió entre dientes, el odio mezclado con algo que no podía controlar—. ¿Vas a mentir en mi cara, diciéndome que me amas?

Él no se movió. No retrocedió. La calma en su rostro, ese control que siempre tuvo, seguía exactamente igual.

Era como si él estuviera por encima de todo eso, como si yo estuviera aquí, rompiéndome, y él… él parecía tan seguro. Demasiado seguro para alguien que decía estar enamorado.

—No puedes estar hablando en serio —continué, con voz más alta ahora.

Lorenzo sonrió. No esa sonrisa arrogante y fría que esperaba, sino algo diferente. Cálido. Casi… sincero.

—No te culpo por pensar que estoy mintiendo —dijo él, con voz baja y rasposa, cargada de una tranquilidad que era imposible no desconfiar—. Porque, hasta conocerte, yo mismo no sabía que era capaz de sentir algo más que adicción y obsesión.

Quería interrumpirlo, quería cortar esas palabras, pero él dio un paso más hacia mí, y algo en su postura me mantuvo quieta. Mi respiración estaba agitada, mis puños aún cerrados, pero él estaba tan cerca ahora que el calor de su cuerpo me envolvía.

—¿Adicción? ¿Obsesión? —escupí las palabras, pero mi voz salió más temblorosa de lo que quería—. ¿Eso es todo lo que soy para ti?

Él negó con la cabeza, con expresión seria, pero aún tranquila.

—No, Isabella —empezó Lorenzo, y ahora sus ojos estaban fijos en los míos, profundos e intensos—. Fuiste mucho más que eso desde el principio, pero no tenía idea de cómo reconocer lo que sentía, porque nunca había sentido nada. Si hubiera sabido… Nunca te habría dejado ir, amore.

—¡No soy tu amore!

—Lo eres. Hiciste que conociera algo que ni siquiera sabía que existía. Algo que es mucho más grande que cualquier obsesión, más grande que cualquier control que haya intentado mantener. Más grande que una adicción, o que los pecados que ya he cometido y, aún así, acumula todo eso. Eres mi mayor obsesión, mi pecado más

intenso, mi adicción más profunda. Eres mi amor, Isabella Moretti, y no hay nada que puedas hacer para cambiar eso.

El silencio entre nosotros era pesado, y quería gritar. Quería que dijera algo que pudiera odiar, algo que confirmara mis sospechas, algo que me diera un motivo para seguir odiándolo.

Pero no me estaba dando nada de eso.

Por el contrario, Lorenzo estaba derribando mis barreras con la calma devastadora de sus palabras. Con la seguridad de sus certezas y la aceptación de sentimientos que siempre me aterraron.

—Cuando te eché —continuó él, y sentí el peso en mi pecho aumentar—, mi mundo perdió la vida. Mi venganza tuvo éxito, el plan estaba completo. Debí haberme sentido victorioso. Pero no había nada. No había sabor a victoria. Solo vacío. Y no entendía por qué.

Parpadeé, y por un segundo, el impacto de lo que decía casi me hizo estremecer. Sus palabras, la intensidad de su mirada, me estaban golpeando de maneras que no quería. No podía.

—Tú… —traté de empezar, pero mi voz falló, y él dio otro paso hacia mí, ahora tan cerca que sentía su respiración contra mi rostro.

—No sabía qué era este vacío, Isabella —dijo él, con voz suave ahora, pero cada palabra perforaba como una daga—. Tuve todo lo que quise… y aún así no tenía nada. Entonces volviste, y mis pulmones se llenaron de aire después de meses sin nada. ¿Sabes lo que es vivir sin respirar, Isabella? Porque así me sentí todo el tiempo que estuve sin ti, y sé que no hay nadie, excepto yo mismo, a quien pueda culpar por eso. Así que no esperes que permita que te vayas otra vez, amore. No lo vas a hacer, porque soy demasiado egoísta para intentar vivir sin ti otra vez.

Intenté encontrar mi voz, pero sus palabras me estaban rompiendo de una forma que no esperaba. Él seguía acercándose, y mi cuerpo reaccionó antes que mi mente, retrocediendo hasta que

sentí la mesa de Lorenzo en mis muslos. De alguna manera, habíamos invertido nuestras posiciones.

—No puede ser —dije, casi como un susurro—. No puedes estar diciendo la verdad…

—Sé que no me crees, aún —respondió él, ahora tan cerca que nuestros cuerpos casi se tocaban—. Pero vas a entender, tarde o temprano, que no estoy mintiendo.

La forma en que me miraba, como me tocaba sin siquiera tocarme, me hizo estremecer. Las palabras que acababa de arrojarme como un martillo deberían haberlo dejado vulnerable, pero en lugar de eso, Lorenzo vestía esa declaración con la misma arrogancia con la que usaba todas sus certezas, haciéndome sentir solo más tonta por seguir luchando contra las mías.

El calor de su proximidad, la forma en que sonaba su voz… todo me hacía sentir como si estuviera cayendo en un abismo sin fin, sin saber si me destrozaría o me salvaría. Necesitaba salir de ahí. Inmediatamente.

Pero los dedos de Lorenzo, entrelazados en mi cabello, aumentaron su presión, inclinando mi cabeza aún más, con sus ojos intensos clavados en los míos.

—Te amo, Isabella. No sé cuándo sucedió, pero sé que es verdad. Y no necesito que me creas ahora, pero créeme cuando te digo que no hay nada en el mundo, excepto distancia, que no te daría si me lo pidieras. —La promesa fue susurrada, con los labios tan cerca de los míos que casi podía sentir sus movimientos en mi propia piel.

Debería estar saliendo de ahí, debería estar corriendo. Sin embargo, seguía allí, parada en el mismo lugar, atrapada en esas palabras, en ese calor, en esos sentimientos que luchaban dentro y fuera de mí.

—¡Esto no es amor, Lorenzo! ¡Estás intentando atraparme aquí, como lo hiciste la primera vez! Dices que has cambiado, pero no has cambiado nada. Todo esto es sobre ti, sobre tu ego.

Los ojos de Lorenzo chisporrotearon ante mis palabras y avanzó de nuevo, pegando nuestros cuerpos esta vez.

Sonrió, como si mi desesperación lo divirtiera.

—Nunca fui más que una posesión para ti, Lorenzo.

—Lo eres —aseguró él—. Y si no me vas a escuchar, sé el perfecto modo de demostrártelo.

Antes de que pudiera procesar sus palabras, o responderlas, su boca estaba pegada a la mía.

49. LORENZO ZANINI

Todo a mi alrededor se disolvió cuando mis labios encontraron los de Isabella. El contacto de sus labios contra los míos fue como una tormenta eléctrica, tan cargada de tensión y deseo que sentí cómo mi control -siempre tan firme- se desmoronaba.

La lucha entre nosotros, las palabras llenas de odio y negación, simplemente desaparecieron en el segundo en que la atraje hacia mí.

La empujé hacia atrás, llevándola contra la mesa con una firmeza que ella no contestó, la conmoción recorría su cuerpo, visible en sus ojos desorbitados y en su respiración acelerada.

Isabella no protestó, pero la mirada en sus ojos decía que la pelea aún no había terminado. Sabía que lo que estábamos a punto de hacer no resolvería todo. Pero también sabía que, en ese momento, era lo que necesitábamos.

Ella no podía negar lo que su cuerpo decía, aunque sus palabras dijeran lo contrario.

La coloqué sobre la mesa, sus caderas acomodándose sobre la superficie dura mientras mis manos deslizaban por sus muslos, sintiendo la piel suave bajo mis dedos.

Estaba caliente, su piel quemaba de deseo y rabia, y podía sentir la tensión acumulándose en cada músculo mientras ella intentaba resistir. Pero no había manera de escapar de esto. No ahora. No cuando los dos estábamos al borde de un precipicio, a punto de caer.

—Eres mía, amore —gruñí, con mi boca moviéndose contra la suya, el beso era tan urgente que nuestras respiraciones se mezclaron en un solo sonido, pesado e irregular—. Siempre lo fuiste.

Ella trató de apartar su rostro, su cuerpo temblaba, pero yo mantuve mi sujeción, mis dedos se entrelazaban en su cabello,

tirando de ella hacia mí.

Su respiración era rápida, casi desesperada, y sus ojos brillaban con una mezcla de odio y deseo. Sabía lo que estaba pensando. Sabía que luchaba contra lo que sentía. Pero también sabía que su cuerpo ya se había rendido.

—Mentirosa —susurré contra sus labios, con mis manos descendiendo por su cintura, sintiendo cada curva de su cuerpo—. Puedes decir que me odias todo lo que quieras, pero tu cuerpo dice otra cosa.

Ella gruñó de frustración, sus manos se movían para empujar mi pecho, tratando de crear una distancia que ya no existía. Pero yo estaba más cerca, mi presencia aplastando la suya, y sentí cada centímetro de su piel reaccionando a mi toque, como si hubiera estado esperando esto durante todo un año. Y lo estaba.

—Te odio —jadeó, con la voz fallando, y sus uñas se clavaron en mi camisa, arañando mi pecho, dejando marcas que ardían, pero que solo alimentaban mi deseo por ella.

—Sigue diciendo eso, Isabella —susurré contra su boca, mi voz era baja y ronca—. Tal vez empieces a creerlo.

La levanté más sobre la mesa, mis manos encontraban sus muslos y separaban sus piernas con una facilidad que hizo que su cuerpo temblara aún más. Ella jadeó, los ojos cerrados por un segundo, como si luchara contra lo que venía a continuación. Pero no iba a detenerme. Ella era mía, y lo iba a demostrar.

—Te gusta esto, ¿verdad? —La provoqué, mis manos apretaban sus muslos, mi cuerpo se movía contra el suyo, creando una fricción que hizo que sus labios se entreabrieran en un gemido silencioso—. Siempre te ha gustado ser mía. No vale la pena negarlo.

—Lorenzo... —Su voz estaba cargada de frustración, como si aún intentara convencerse de lo contrario. Pero su cuerpo no mentía. No podía.

Mis dedos subieron por el costado de su cuerpo, mis labios se deslizaron por su cuello, sintiendo el latido acelerado bajo su piel mientras la presión entre nosotros aumentaba.

Cada caricia, cada movimiento, era una declaración: estaba reafirmando mi dominio, mostrándole que, por más que intentara luchar, ya se había rendido.

—No puedo... —intentó decir, pero sus palabras se perdieron cuando mi caricia se hizo más firme, mi mano se deslizaba hacia la parte interna de su muslo, con mis dedos moviéndose con la misma certeza con la que siempre actuaba.

—¿No puedes qué, Isabella? —Mi voz estaba baja, pero cada palabra estaba cargada de intención, mi cuerpo presionaba el suyo contra la mesa, dejando claro que no había escapatoria—. ¿No puedes resistirte? ¿No puedes seguir fingiendo?

Ella mordió el labio, sus ojos clavándose en los míos con un odio tan intenso que podría jurar que me quemaba. Pero junto con el odio, había algo más. Algo mucho más fuerte.

—Te odio —repitió, pero el sonido de su voz era débil, casi inaudible. Era como si intentara aferrarse a la última gota de resistencia que le quedaba.

Sonreí, con una sonrisa de pura satisfacción, y acerqué mi rostro al suyo, tocando nuestros labios.

—Mentirosa —murmuré, mi mano subía aún más, con mis dedos encontrando el calor entre sus piernas.

Su reacción fue instantánea. Su cuerpo se arqueó, respirando agitadamente mientras luchaba por mantener el control que ya había perdido hacía mucho. Pude sentir la necesidad, el deseo, y supe que estaba al borde de rendirse por completo.

Con un movimiento rápido, desabroché el botón de su pantalón, bajando la cremallera y tirando del tejido hacia abajo, junto con la prenda interior, exponiendo la piel suave y caliente que ya deseaba tocar.

El aire entre nosotros estaba denso, cargado de una tensión que parecía estar a punto de explotar en cualquier momento. Mis dedos se deslizaron por sus pliegues y se hundieron en el canal empapado que los absorbió. Me reí.

---

50. ISABELLA MORETTI

La risa de Lorenzo sonó entre nosotros, grave, cargada de una oscura satisfacción. Mis músculos se contrajeron en respuesta a sus caricias, un escalofrío me recorrió la espina dorsal cuando sus dedos se movieron con precisión dentro de mí.

Cada movimiento traía consigo una nueva oleada de sensaciones contra las que intentaba luchar con todas mis fuerzas. Pero ya era demasiado tarde. El calor, la necesidad, todo se había vuelto ya insoportable.

Lo sabía. Siempre lo supo.

—Ah, mi perra... —murmuró Lorenzo, con sus labios peligrosamente cerca de mi oreja—. Dices que me odias, pero mírate. Estás chorreando por mí. —Su voz era un susurro cargado de placer—. Tu vulva me adora, Isabella. Y yo también la quiero.

Mi cuerpo reaccionó antes de que pudiera procesar las palabras, mis caderas se movieron instintivamente contra la presión de sus dedos.

El control que tanto me costaba mantener se me escapaba de las manos como arena. Odiaba a Lorenzo por ello. Odiaba el poder que tenía sobre mí. Pero más que eso, me odiaba a mí misma por querer tanto a alguien que me había hecho tanto daño.

Me abrazó con fuerza, sin darme la oportunidad de escapar, aunque yo no quería. Mi cuerpo traicionaba todo lo que mi mente gritaba.

Cuando sacó sus dedos de mí, un gemido de frustración escapó de mis labios. Pero Lorenzo ya estaba arrodillado entre mis piernas, su boca buscaba mi centro con un hambre que parecía haberse acumulado durante todos los meses que habíamos pasado separados.

Un grito ahogado salió de mi garganta cuando empezó a chuparme con fuerza, su lengua moviéndose contra mí con la misma intensidad que el roce de sus dedos.

El calor se acumulaba en cada parte de mi cuerpo, latía, crecía, se apoderaba de todo. Mis manos se aferraron al borde de la mesa, como si pudiera encontrar algún control en el caos que estaba creando en mi interior.

Lorenzo era implacable. Sabía exactamente qué hacer para hacerme perder completamente el control, para doblegarme a él de una manera que iba más allá de las palabras, más allá de cualquier argumento. No hubo más lucha, solo la necesidad cruda y desesperada que nuestros cuerpos sentían el uno por el otro.

—Lorenzo... —conseguí murmurar entre gemidos, pero él no aflojó, no retrocedió. En todo caso, el sonido de mi voz solo parecía motivarlo aún más.

El placer era abrumador. Me arrastraba una corriente de sensaciones que se intensificaba a cada segundo, a cada caricia. Ya no había odio, miedo ni ira. Solo estábamos los dos, y la forma en que Lorenzo me devoraba, como si intentara poseerme de todas las formas posibles.

Cuando el orgasmo me golpeó, fue como un trueno, una descarga que recorrió todos los nervios de mi cuerpo. Arqueé la espalda sobre la mesa, con las manos enredadas en su pelo, incapaz de contener los gritos que salían de mi garganta. Estaba completamente perdida. Lorenzo me llevó a un punto de rendición que ni siquiera sabía que existía.

Pero no se detuvo.

Se subió encima de mí, y su peso fue todo lo que necesité para recordarme que estábamos jugando al mismo juego de siempre, un juego de poder, de posesión, pero esta vez parecía haber algo más.

Había una conexión innegable entre nosotros. Su boca volvió a capturar la mía y pude saborearme en sus labios, con el sabor de mi

propio deseo mezclado con su urgencia.

—Eres mía —gruñó Lorenzo contra mi boca, e incluso en medio de todo el placer, sus palabras me golpearon como una realidad que aún no podía aceptar del todo y una decisión tomó forma en mi mente. Si estaba en el infierno, al menos por ese momento, iba a disfrutarlo.

Con un movimiento rápido y decidido, empujé a Lorenzo hacia atrás, rompiendo el beso y abandonando la mesa. La expresión de sorpresa brilló en su rostro durante un breve segundo, pero pronto fue sustituida por algo más intenso, más primitivo.

Jadeaba y, al mirarle a los ojos, vi que la chispa del deseo se encendía aún más mientras caía de rodillas ante él.

La postura era una rendición, pero también una afirmación de poder. Vi en los ojos de Lorenzo hasta qué punto aquella visión -yo, a sus pies, mirando hacia arriba- lo volvía loco. Y por primera vez en mucho tiempo, me sentí en control. Me encantó esa sensación.

Lentamente, dejé que mis manos subieran hasta el dobladillo de mi blusa, levantando la tela y tirando de ella por encima de mi cabeza. El aire entre nosotros era tan denso como antes, y podía ver la mirada hambrienta de Lorenzo recorriendo cada centímetro de mi piel. El sujetador fue lo siguiente, mis manos desabrocharon la cremallera con un toque experto, y la tela cayó sin ceremonias al suelo.

Mis tetas estaban expuestas al aire frío, pero la intensidad del deseo ardía en mí con tanta fuerza que apenas sentía otra cosa que la mirada de Lorenzo sobre mí.

Seguí mirándolo fijamente, viendo cómo su control se desmoronaba cada vez más con cada movimiento que yo hacía. Estaba hipnotizado, completamente concentrado en mí.

Y eso me gustó.

Alargué la mano, agarré el cinturón de Lorenzo y tiré con fuerza. El metal de la cremallera emitió un sonido grave, y vi que sus labios

se entreabrían con anticipación.

Le desabroché el cinturón, mis dedos se movieron rápidamente, y luego la cremallera de mis pantalones fue lo siguiente. Me moví con precisión, como si estuviera devolviendo el control, pero lo cierto era que, en aquel momento, yo mandaba.

Lentamente, le bajé los pantalones, y su erección brotó, palpitante, la visión me hizo estremecer por dentro. Mis dedos se deslizaron por su longitud, acariciando con la misma intensidad que él me había enseñado meses atrás. Sabía exactamente lo que le gustaba, lo que hacía gemir suavemente a Lorenzo, lo que le llevaba al borde de la locura.

Y lo vi desmoronarse bajo mi tacto.

—Isabella... —Su voz salió como un gruñido, ronca y llena de necesidad.

Sin apartar los ojos de él, bajé la cabeza y me llevé su verga a mi boca, con la sensación de poder inundándome. Sentí que Lorenzo se tensaba de inmediato, que un leve sonido de placer escapaba de su garganta y que su cuerpo se arqueaba ligeramente.

Continué, chupando con precisión y fuerza, usando mi lengua para sacar cada reacción que sabía que él no podía controlar.

Le gustaba que se la chupara así, y ver la reacción que provocaba en él no hacía más que avivar mi propio deseo. Tenía el control, aunque solo fuera por ese momento, y me hacía sentir viva de una forma que no había sentido en mucho tiempo.

Los gemidos de Lorenzo se hicieron más fuertes, más desesperados. Intentó agarrarme por los hombros, como si quisiera levantarme, pero no se lo permití. Estaba concentrada, decidida a llevarlo al límite. Mi mano apretó la base de su erección mientras mi boca hacía el resto, y su cuerpo finalmente cedió, encogiéndose ligeramente mientras se derramaba dentro de mí.

Me tragué todo su semen, sin romper el contacto visual. Pero incluso después de acabar, Lorenzo seguía empalmado, la intensidad

de su deseo no hacía más que aumentar.

Tiró de mí con una facilidad casi cruel, como si supiera exactamente qué hacer para derribar mis últimas barreras.

Me encontré de nuevo sobre la mesa, sintiendo la fría superficie contra mi piel caliente, mientras él doblaba mis rodillas, exponiéndome de una forma que hizo que todo mi cuerpo ardiera de expectación. Estaba completamente a su merced. Completamente vulnerable.

Pero en ese momento, no podía importarme menos. Cada parte de mi cuerpo ardía, cada roce suyo me ponía los nervios de punta y me sentía a punto de explotar.

Me miraba de una forma tan intensa, tan posesiva, que parecía devorarme por dentro. Su mirada no era solo de deseo; estaba reafirmando algo mucho más grande, por mucho que yo siguiera intentando negarlo.

Su respiración era pesada pero controlada, mientras que la mía era entrecortada y jadeante. No podía pensar en otra cosa que no fuera su cercanía, el calor que irradiaba su piel y la forma en que me hacía sentir tan viva, tan... deseada.

Lorenzo me la metió de golpe, invadiéndome con una intensidad que arrancó un fuerte gemido de mi garganta antes de que pudiera contenerlo.

Mi cuerpo reaccionó de inmediato, amoldándose a él, como si hubiéramos sido creados para esto. Para este preciso momento. La sensación de plenitud fue tan completa, tan abrumadora, que por un segundo perdí el aliento.

Todo en mi interior gritaba de confusión y éxtasis. Cada una de sus caricias parecía llevarme a un límite desconocido, un punto en el que el dolor y el placer se encontraban y mezclaban, creando una sensación tan intensa que resultaba casi insoportable.

El calor de su piel contra la mía, el peso de su cuerpo apretándome contra la mesa, todo era demasiado real, demasiado

crudo, como si estuviéramos a punto de perdernos por completo en ese momento.

Mis sentidos estaban completamente abrumados. Su aroma, amaderado y masculino, mezclado con el sudor que empezaba a chorrear por nuestras pieles, era embriagador.

El sabor de nuestra última pelea seguía en mis labios, el sabor del desafío, de la ira que ahora se transformaba en algo completamente diferente.

Y el sonido... el sonido de nuestras respiraciones jadeantes, mezclado con el sonido de nuestros cuerpos chocando con un hambre casi desesperada, era como un acorde brutal que resonaba en mi interior, reverberando con cada movimiento.

Cada uno de sus empujones era un reclamo, y sentí la fuerza de sus dedos clavándose en mis muslos, tirando de mí hacia él con una urgencia que reflejaba la mía.

Se movía dentro de mí como si luchara por marcarme de nuevo, por poseerme de un modo innegable, ineludible. Cada movimiento era fuerte, firme, como si quisiera demostrarme una vez más que yo era suya.

Y por mucho que intentara negarlo, resistirme, algo dentro de mí ya había cedido. Había una necesidad palpitante, una entrega que ya no podía controlar.

Con cada nuevo empujón, con cada nuevo roce, sentía que la realidad se disolvía a nuestro alrededor. Podía sentir el crudo deseo en cada uno de sus movimientos, y de algún modo coincidía con el mío.

Era una batalla, una guerra entre nosotros, donde el amor y el odio se confundían, donde la necesidad de dominar y ser dominado se entrelazaba con una fuerza que nos consumía.

El ritmo entre nosotros se hizo más frenético, como si ambos estuviéramos al borde de un precipicio. Cada movimiento, cada roce nos acercaba al punto de no retorno.

La mesa debajo de mí crujió, pero ya no me importaba. Lo único que existía era él. Cada embestida me llevaba más adentro, tanto física como emocionalmente, y no sabía dónde empezaba el dolor y terminaba el placer.

Mis manos encontraron sus hombros, mis dedos se hundieron en la carne caliente, buscando algún tipo de ancla mientras el resto de mi cuerpo temblaba bajo el impacto de los empujones.

Lorenzo se movía con una precisión brutal, cada embestida firme y deliberada, como si supiera exactamente cómo destrozarme pieza a pieza.

—Mírame —ordenó, con voz ronca y llena de deseo.

Abrí los ojos y me encontré con su mirada. Intensa. Abrumadora. Era como si, al mirarme así, me estuviera despojando de todas las capas que me quedaban. Ya no había lucha. Ya no había resistencia.

Sentí que el orgasmo empezaba a subir, un calor que se extendía por mi cuerpo, hasta que la presión se hizo insoportable. Mi respiración se hizo aún más corta, y todo mi cuerpo empezó a contraerse bajo él, la tensión iba creciendo hasta explotar.

—Lorenzo... —su nombre escapó de mis labios en un gemido entrecortado, mezcla de necesidad y rendición.

Se inclinó hacia delante, sin apartar los ojos de los míos, y pude ver que en él crecía la misma desesperación. Lorenzo estaba al borde del precipicio conmigo, y no había vuelta atrás. Se movió una última vez, profundo y fuerte, y fue suficiente para romperme.

Mi cuerpo se estremeció violentamente cuando el orgasmo me desbordó, cada músculo se contrajo a su alrededor y perdí el control por completo.

Gemí con fuerza, echando la cabeza hacia atrás mientras la oleada de placer me inundaba. Lorenzo iba conmigo, su cuerpo estaba rígido mientras él también se perdía en el clímax, con su cara enterrada en mi cuello, el sonido ronco de su placer vibrando contra mi piel.

Por un momento, solo existimos nosotros. El calor, el sonido de nuestras respiraciones entrecortadas y la sensación de nuestros cuerpos aún unidos, conectados de una forma que las palabras no podrían describir.

Finalmente, cuando las olas de placer empezaron a remitir, sentí que Lorenzo se relajaba encima de mí, con su respiración agitada contra mi cuello.

Estaba agotada, me dolía cada parte del cuerpo, pero había algo más... una sensación de vacío me llenaba, aunque solo fuera temporalmente. Todavía acostada en la mesa, con el pecho subiendo y bajando rápidamente, me permití cerrar los ojos un segundo.

Todo había cambiado, pero nada se había resuelto. Lo único que quedaba era la certeza de que, por ese momento, me había rendido. Él había ganado.

51. ISABELLA MORETTI

El sonido del agua de la ducha resonaba por la habitación, interrumpiendo el silencio que llenaba el espacio a mi alrededor. Lorenzo estaba en el baño, y yo seguía acostada en la cama, con el cuerpo aún caliente y relajado por el sexo que acabábamos de tener.

Las últimas semanas habían sido una mezcla de sexo y familiaridad para lo que yo no estaba preparada. Nunca podría haberme preparado para Lorenzo Zanini.

Cualquier resolución que tuviera de que tener sexo con él sería algo puntual se derritió por completo en el momento en que él eyaculó dentro de mí, por primera vez, en meses.

Había un hambre de él que simplemente no podía controlar. Me había obligado a esconder esa sensación en lo más profundo de mi mente, y tal vez ese fue mi error.

Si estuviera en la superficie de mis pensamientos, en lugar de escondida, tal vez habría luchado más, tal vez habría resistido más antes de llegar aquí: en la cama de Lorenzo.

Mi corazón latía lentamente ahora, en contraste con la explosión de sensaciones que había invadido mi cuerpo momentos antes.

Levanté los ojos al techo, con el pecho subiendo y bajando en un ritmo que debería ser tranquilizador, pero que, de alguna manera, se sentía vacío. Algo dentro de mí estaba inquieto.

A pesar de que Lorenzo estaba a mi lado, incluso con su cuerpo llenándome hacía unos minutos, no podía sacudirme esa sensación.

La intensidad entre nosotros era la misma. Tal vez incluso mayor que antes. Lorenzo sabía exactamente cómo tocarme, cómo hacerme olvidar de todo. Pero ahora, después de todo lo que habíamos pasado, había algo diferente. Algo que no podía ignorar.

Una parte de mí tenía miedo.

Mientras estaba allí, acostada, el vacío que me envolvía solo crecía. Mis pensamientos regresaban al pasado, a ese momento en que Lorenzo decidió enviarme lejos.

Me preguntaba si eso podría volver a ocurrir. Y, por más que él intentara mostrarme que las cosas eran diferentes ahora, una parte de mí siempre estaba al acecho, esperando que él me lastimara de nuevo. Esa misma voz interior susurraba la pregunta que odiaba: *¿me dejaría otra vez?*.

El agua se detuvo, y el sonido de la ducha cerrándose trajo mi atención de vuelta al presente. Escuché a Lorenzo moverse en el baño, con el ruido familiar de la toalla pasándose por su cuerpo, y mi corazón dio un pequeño salto.

Él siempre lograba eso. Incluso cuando estaba perdida en mis pensamientos, tenía el poder de traerme de vuelta hacia él.

Cuando finalmente salió del baño, la piel aún húmeda y el cabello ligeramente despeinado, mi cuerpo reaccionó automáticamente a su presencia. Él parecía... tan seguro, tan a gusto. Como si no tuviera ninguna duda en su mente. Como si todo estuviera en su lugar.

Así es como Lorenzo siempre parecía: tan seguro de todo, mientras yo estaba aquí, nadando en un mar de incertidumbres.

Se acostó a mi lado en la cama, atrayéndome hacia él con esa posesividad tan familiar. Su brazo rodeaba mi cintura, firme, seguro. Haciéndome recordar siempre que yo era suya.

Una parte de mí adoraba eso, que siempre había amado la forma en que Lorenzo me hacía sentir. Pero ahora, también había una parte de mí que dudaba. Una parte que se preguntaba si estaba siendo tonta al dejarme envolver otra vez, tan fácilmente.

—¿Está todo bien, amore? —murmuró, su voz era baja y rasposa, su respiración caliente contra mi piel.

Cerré los ojos, sintiendo el calor de su cuerpo envolviéndome. Quería decir que sí, que todo estaba bien. Quería creer que no había

nada malo, que las cosas realmente habían cambiado. Pero las palabras se quedaron atascadas en mi garganta.

Lorenzo lo sabía. Él siempre lo sabía. Su mano comenzó a moverse por mi piel, bajando por mi espalda, con los dedos firmes, pero cariñosos. Me conocía demasiado bien como para no notar la tensión que se acumulaba en mí.

—Estás pensando demasiado —murmuró, contra mi cuello, con su voz suave pero llena de certeza—. Deja de luchar conmigo, con nosotros.

Sus palabras, dichas con tanta confianza, resonaron dentro de mí. Sabía que él creía en eso. Creía en cada palabra que decía. Pero eso no evitaba que mi mente pensara en lo que pasó antes, en lo fácil que fue que me dejara.

Mis ojos se abrieron, mirando nuevamente al techo. ¿Estaba siendo justa? ¿Me estaba permitiendo ser feliz o solo estaba esperando la próxima decepción?

El contacto de Lorenzo en mi piel me distrajo de todo eso. Mis músculos se relajaban bajo sus dedos, la familiaridad de sus caricias creaban olas de deseo que no podía ignorar.

Sus labios se movieron hacia los míos, el beso era suave al principio, pero lleno de una intensidad creciente que siempre terminaba consumiéndome.

Quería resistir, quería mantener algo de control, pero era imposible. Su cuerpo presionando contra el mío, el olor de su piel, todo en Lorenzo siempre me sacaba de mi cabeza.

Mis manos bajaron hacia su pecho, sintiendo los músculos bajo su piel caliente, y, a pesar de todos mis temores, mi cuerpo estaba cediendo de nuevo. Sentía el deseo crecer dentro de mí, dominándome, apoderándose de mí por completo.

Él también lo sabía.

—Siempre estás pensando demasiado —murmuró, contra mis labios, con su voz mezclándose con el sonido de nuestras

respiraciones—. Deja de pensar, amore. Déjame mostrarte lo que realmente importa.

Quería. Quería tanto dejar todo atrás, dejar de pensar, de preocuparme. Quería perderme en él, como siempre lo hacía.

Nuestras bocas se movían con urgencia ahora, la intensidad del beso aumentando, y sentí el calor recorrer mi cuerpo, el deseo quemando cada pensamiento que tenía antes.

Los temores seguían ahí, en algún lugar, pero, en ese momento, estaban enterrados bajo capas de deseo. Lorenzo me atrajo más cerca, su cuerpo presionaba el mío con una fuerza que hizo que mi corazón se acelerara.

Sabía que tendría que enfrentar mis miedos en algún momento, pero en ese momento, lo único que importaba era el presente. El roce de Lorenzo, el sabor de su boca sobre la mía, el sonido de nuestras respiraciones entrelazadas.

Me estaba dejando llevar otra vez. Aunque la duda aún estuviera ahí, el deseo por Lorenzo siempre hablaba más fuerte. Y, por ahora, me dejaría perder en él una vez más.

52. ISABELLA MORETTI

Me despertó el sonido de risas. Al principio, pensé que era algo de mi imaginación, pero al abrir los ojos y escuchar de nuevo, me di cuenta de que eran risas reales.

Era extraño pensar en lo fácil que había sido reconocer la risa masculina. Lorenzo. El sonido era profundo y genuino, algo que rara vez escuchaba. Él estaba riendo de verdad, y no pude evitar el escalofrío que recorrió mi piel.

Me giré lentamente en la cama, tratando de orientarme. La luz suave de la mañana entraba por las ventanas, esparciéndose por el cuarto y calentando el ambiente. A pesar del calor, había una inquietud en mí que no lograba ignorar.

Algo dentro de mí siempre se ponía en alerta cuando las cosas parecían demasiado buenas para ser verdad. La risa de Lorenzo resonó de nuevo, y sentí una extraña mezcla de curiosidad y ansiedad.

Me levanté de la cama despacio, cada movimiento era cauteloso, como si el simple hecho de levantarme pudiera romper la magia de ese sonido inesperado. Me puse una bata para cubrirme el cuerpo, ajustándola sobre mi piel mientras seguía el sonido hasta la habitación de los niños.

La puerta estaba entreabierta, y por un momento, dudé. Me quedé allí parada, observando lo que sucedía al otro lado. Lorenzo estaba en el centro del cuarto, arrodillado en la alfombra suave, con Antonella en sus brazos y Tomás a su lado, intentando levantarse con las piernas temblorosas. La escena era algo que nunca habría imaginado.

Lorenzo, el hombre que conocía por ser tan duro, tan implacable, ahora estaba riendo como si el mundo entero hubiera desaparecido, como si todo lo que importara fueran esos dos pequeños a su alrededor.

Antonella reía en sus brazos, extendiendo los bracitos gorditos hacia él, mientras él hacía una mueca exagerada que la hacía reír aún más.

Era una risa pura, infantil, que parecía resonar en todos los rincones del cuarto, llenando el espacio con algo tan... humano. Tomás, por otro lado, estaba concentrado en equilibrarse, sus manos pequeñas agarraban al brazo de Lorenzo con firmeza.

Lorenzo lo observaba, con la sonrisa aún en sus labios, pero había una mirada de orgullo en sus ojos, como si ese simple acto de su hijo fuera la cosa más increíble que hubiera visto jamás.

Mi corazón se apretó. Era una visión que me sorprendió, una escena que parecía salida de un sueño. No estaba acostumbrada a verlo así, tan relajado, tan vulnerable.

Él siempre había sido el hombre de control absoluto, el dueño del poder en cada habitación en la que entraba. Pero allí, en ese cuarto, Lorenzo era solo un padre.

Un padre que estaba completamente cautivado por sus hijos. Y, por más que quisiera mantener distancia, por más que intentara proteger mi corazón de las trampas del pasado, no pude evitar la sonrisa que apareció en mis labios.

Me quedé allí, en la puerta, observando, tratando de absorber por completo esa escena. Mis dedos apretaron la madera de la puerta suavemente, como si necesitaran algo tangible en qué aferrarse.

Sentí una ola de calor recorrer mi cuerpo, una sensación tan familiar como aterradora. Mi corazón, que antes parecía tan endurecido, tan cerrado, ahora comenzaba a abrirse, aunque intentaba resistir.

El tiempo parecía haberse desacelerado. El sonido de las risas, el contacto suave de la luz de la mañana iluminando el cuarto, el calor que irradiaba de donde Lorenzo estaba con los niños... todo eso parecía crear un pequeño universo solo para nosotros, como si, por un breve momento, nada más existiera más allá de nosotros cuatro.

Era algo tan cercano a lo que siempre había soñado -una familia- pero, al mismo tiempo, parecía tan fuera de mi alcance.

Respiré hondo, permitiendo que el aire llenara mis pulmones lentamente. El aroma suave de lavanda, que venía de las sábanas de los niños, se mezclaba con el perfume amaderado de Lorenzo, que parecía impregnar el aire.

Era una combinación casi seductora, una mezcla que me hacía querer creer que ese momento era real, que podría durar. Pero, en el fondo, algo dentro de mí aún resistía.

El miedo, siempre presente, susurraba en mis oídos, recordándome el pasado, las veces en que la realidad me traicionó.

Lorenzo se movió, y fue solo entonces que me di cuenta de que había notado mi presencia. Sus ojos se volvieron hacia mí, y la sonrisa que me dio era diferente.

No era la sonrisa arrogante que siempre usaba para afirmar su dominio. Era una sonrisa suave, genuina, casi tímida. Como si supiera que ese momento entre nosotros era demasiado delicado para tratarlo con la misma fuerza bruta de siempre.

—Ven, Isabella —dijo, con una voz baja, casi un susurro, pero el sonido resonó dentro de mí con fuerza.

Vacilé, sintiendo el peso de sus palabras. "Ven". No era solo una invitación para entrar al cuarto. Era algo más profundo. Una invitación para ser parte de ese momento, para unirme a ese pequeño universo que él y los niños estaban creando.

Por un segundo, pensé en dar un paso atrás, en protegerme, pero la forma en que me miraba, como si me estuviera esperando, hizo que algo dentro de mí se rompiera. Di un paso hacia adelante, y luego otro.

Caminé hacia él despacio, como si mis pies pisaran un terreno desconocido. El suelo parecía frío bajo mis pies descalzos, pero el calor que emanaba de Lorenzo y de los niños me atraía.

Él me observaba, con sus ojos sin dejar los míos, y había algo en su mirada que me hizo querer creer. Me acerqué más y, finalmente, me senté junto a él en la alfombra.

Hubo un breve momento de silencio entre nosotros. Los niños seguían riendo, pero yo estaba tan enfocada en Lorenzo que todo lo demás parecía haber desaparecido.

Él pasó a Antonella a mis brazos con cuidado, y el peso suave del cuerpo de nuestra hija contra el mío hizo que una ola de emoción me golpeara con fuerza. Era un amor tan puro, tan innegable, que, por un segundo, todas mis dudas desaparecieron.

Sujeté a Antonella con firmeza, sintiendo el calor de su pequeño cuerpo contra el mío. Sus pequeñas manos se aferraron a mi dedo, y sonreí hacia ella, sintiendo que algo se calentaba dentro de mí como hacía mucho tiempo que no ocurría. Era como si, por un momento, todas mis defensas se disolvieran, y todo lo que quedara fuera el amor que sentía por ella, por Tomás... y, tal vez, también por Lorenzo.

El silencio cómodo entre nosotros fue roto por la respiración suave de Lorenzo, que aún me observaba en silencio. Sabía que me miraba, pero esta vez, su mirada no cargaba el peso de la posesión ni el control. Era diferente. Era la mirada de alguien que quería estar allí, que quería pertenecer a ese momento tanto como yo.

Me permití relajarme. Por primera vez, dejé que mi cuerpo descansara completamente contra el suelo, dejando que la sensación de paz me envolviera.

El calor de Antonella, el olor familiar de Lorenzo, la risa suave de Tomás... todo eso me hacía sentir como si estuviera segura. Como si, por un breve momento, pudiera dejar mis miedos de lado y creer que, tal vez, esa vida fuera posible.

Lorenzo no dijo nada. Simplemente permaneció allí, a mi lado, observándome jugar con los niños. Pero su silencio era más elocuente que cualquier palabra.

Sabía que él lo estaba intentando. Intentando ser el hombre que necesitaba que fuera. Intentando ser el padre que nuestros hijos merecían. Y lo estaba logrando.

Mientras jugaba con Antonella y Tomás, sentí las manos de Lorenzo tocar las mías. El gesto fue tan suave, tan delicado, que casi no parecía la caricia de un hombre como él. Pero, al mismo tiempo, había una intensidad allí, algo que me hizo mirarlo.

Nuestros ojos se encontraron. No sabía qué sería de nuestro futuro, pero, por primera vez, estaba dispuesta a intentarlo. Estaba dispuesta a creer que, tal vez, fuera posible construir algo real.

Tal vez, solo tal vez, Lorenzo podría ser el hombre que esperaba. Y tal vez, solo tal vez, podría ser feliz a su lado.

---

53. ISABELLA MORETTI

El aire estaba frío, pero la mansión de Lorenzo comenzaba a calentarse con el suave resplandor de las luces navideñas que decoraban los pasillos y el gran vestíbulo de entrada.

Yo estaba parada al borde de la escalera, sosteniendo a Antonella en mis brazos, observando cómo los empleados terminaban de colgar las coronas y las cintas doradas. El olor a pino fresco que venía del enorme árbol de Navidad llenaba el ambiente, mezclado con el aroma a canela y especias de la cocina.

El sonido amortiguado de los pasos apresurados resonaba por las paredes mientras los empleados se apresuraban para terminar de preparar la casa para las festividades.

Era una escena que jamás imaginé presenciar. La idea de Lorenzo, el hombre frío e implacable que conocí, organizando una decoración navideña parecía irreal. Ese hombre que me secuestró, que controló mi vida con mano de hierro, ahora estaba creando un ambiente acogedor y festivo, algo que siempre asocié con… familia.

Familia. La palabra resonó con peso en mi mente. Ese concepto que durante tanto tiempo me pareció distante e imposible, ahora se materializaba frente a mí.

Mis hijos estaban allí, conmigo, y Lorenzo se estaba esforzando por ser parte de eso, de una manera que aún trataba de entender.

—¿Te gusta la decoración? —La voz de Lorenzo interrumpió mis pensamientos. Estaba a mi lado, sin que yo me diera cuenta de su cercanía. Su mirada recorrió el ambiente y vi una ligera sonrisa de satisfacción en sus labios.

Solo asentí, sin poder formular una respuesta adecuada. Había una parte de mí que aún resistía entregarse completamente a la idea de que esta vida era real, que este hombre, que un día me controló

de todas las maneras posibles, ahora intentaba construir algo diferente.

Lorenzo se giró hacia mí, con sus ojos suavizándose un poco.

—Estaba pensando... —Comenzó, su voz baja y controlada, pero con un toque de vacilación que rara vez escuchaba—. ¿Qué tal si salimos a comprar los regalos de Navidad para los niños? Algo... juntos. —Hizo una pausa, como si meditara cada palabra—. Como una familia.

Mis entrañas se revolvieron al escuchar eso. La palabra "familia" saliendo de su boca con tanta facilidad me sorprendió. Mi corazón se aceleró y sentí un leve nudo en el pecho.

La idea de salir de casa, de salir del control seguro de la propiedad de Lorenzo, me ponía nerviosa. No hacía mucho que me sentía prisionera aquí, y la idea de estar afuera, con él, me desconcertaba.

Por un breve momento, dudé. Los recuerdos del pasado seguían frescos. La sombra de su control aún se cernía sobre mí, aunque él tratara de ser amable, cariñoso. Lorenzo notó mi duda y un brillo decidido pasó por sus ojos.

—Será bueno para nosotros —insistió, con su voz recuperando la confianza habitual—. Para ti... y para los niños. —Miró a Antonella en mis brazos, que jugaba con un mechón de mi cabello sin preocuparse por nada a su alrededor—. Podemos ir a una zona comercial más tranquila, a un centro comercial de lujo. Todo bajo control.

El aire salió de mis pulmones en un suspiro pesado. Sabía que trataba de tranquilizarme, pero la idea de estar fuera de la seguridad de la mansión, aunque rodeada de seguridad, me inquietaba.

Pero, al mismo tiempo, había una pequeña parte de mí que quería experimentar eso. Quería vivir algo tan... normal. Algo que tantas familias hacían en esta época del año.

—Está bien —respondí, en voz baja, casi a regañadientes—. Vamos.

La sonrisa de Lorenzo se ensanchó un poco y, por un breve momento, pareció genuinamente satisfecho. Antonella comenzó a moverse en mis brazos, como si sintiera el cambio en el aire, y la sujeté con más firmeza.

Cuando entré al vestidor para cambiarme, el peso de la decisión cayó sobre mí. Miré las prendas colgadas, eligiendo algo cómodo, pero la tensión seguía envolviéndome como una segunda piel.

La idea de salir con Lorenzo, con los niños, como si fuéramos una familia común, parecía tan distante de mi realidad. Era casi como si estuviera interpretando un papel que no sabía cómo representar.

Me puse una blusa de lana sencilla y unos jeans, algo práctico para un día afuera, pero me miré en el espejo con una sensación de extrañeza. *¿Quién es esta mujer?*, pensé. La Isabella que me miraba parecía tan diferente de la que fui meses atrás. La mujer que había sido lo suficientemente fuerte para sobrevivir al cautiverio, pero que ahora comenzaba a ceder, a dejar caer los muros, un ladrillo a la vez.

Suspiré. Era el momento de enfrentar esta nueva realidad, aunque aún estuviera llena de incertidumbres.

Cuando bajamos al vestíbulo, los niños ya estaban listos. Lorenzo, con su inesperada paciencia, jugaba con Tomás mientras esperaba que yo terminara de arreglarme. El contacto de sus manos en la espalda de Tomás era cuidadoso, pero firme. Parecía tan natural en ese papel, y eso solo aumentaba mi confusión.

Subimos al coche, y Lorenzo condujo con una tranquilidad que contrastaba con el torbellino de emociones dentro de mí. La ciudad estaba iluminada por Navidad, y las luces brillaban mientras pasábamos por las calles llenas de gente.

El radio del coche tocaba suaves canciones navideñas, y por un momento, me dejé envolver por la atmósfera festiva, tratando de

convencerme de que podía ser algo normal.

Al llegar al centro comercial de lujo, las luces brillantes y las vitrinas decoradas para la Navidad crearon un contraste con la tensión que aún llevaba conmigo. Lorenzo estacionó el coche y, cuando salimos, tomó mi mano por un breve instante antes de agarrar a Antonella de mis brazos. El gesto me sorprendió. Era un contacto de cercanía, casi íntimo, y no sabía cómo procesarlo.

Lorenzo lideraba el camino, con sus pasos confiados, mientras los guardias nos seguían a distancia. El centro comercial estaba lleno de gente, pero Lorenzo parecía completamente a gusto, como si estuviera en su propio territorio.

Yo, por otro lado, sentía que mi corazón latía cada vez más rápido. A cada tienda en la que entrábamos, Lorenzo mostraba una faceta que aún estaba aprendiendo a comprender.

Elegía los regalos con cuidado, sosteniendo la ropita pequeña y los juguetes como si fueran tesoros. Me preguntaba mi opinión, lo que me parecía tan extraño, tan distante de la forma en que solía ser.

Lorenzo, el hombre que siempre tomaba todas las decisiones, ahora quería saber lo que yo pensaba.

Había algo casi dulce en verlo interactuar con los vendedores, eligiendo los regalos con tanto cariño. Sostenía un oso de peluche grande, con una expresión de satisfacción en el rostro.

—Creo que a Antonella le va a encantar este —dijo, mirándome con una ligera sonrisa.

Solo asentí, tratando de procesar lo que estaba sucediendo. La imagen de Lorenzo eligiendo un oso de peluche para nuestra hija era surrealista.

Mientras él estaba ocupado eligiendo un regalo especial para Antonella, me aparté un poco, observándolo desde la distancia. Había una mezcla de emociones dentro de mí, como si el miedo, la vulnerabilidad y la esperanza estuvieran en constante conflicto.

Lorenzo notó mi mirada y, sin decir nada, se acercó. Me tocó suavemente en el brazo, un gesto tan simple, pero lleno de significado. Su mano estaba cálida y el toque hizo que mi corazón se acelerara.

—Estoy feliz de que hayamos salido juntos —dijo, con su voz grave y sincera.

Lo miré, tratando de descifrar lo que había detrás de esas palabras. Parecía tan genuino, tan... diferente. Pero aún estaba vacilante, aún temía volver a lastimarme.

—Lo sé —fue todo lo que pude decir.

De vuelta en el coche, con los regalos en el maletero y los niños dormidos, el silencio entre nosotros era cómodo, pero lleno de significados no expresados.

Miré a Lorenzo mientras conducía, sus ojos estaban fijos en la carretera. A medida que el coche avanzaba, sentí que los muros a mi alrededor caían cada vez más rápido.

54. LORENZO ZANINI

El cuarto estaba sumido en una penumbra suave, las cortinas dejaban pasar solo pequeños rayos de luz del sol, proyectando sombras delicadas sobre las paredes.

Llevaba unos minutos despierto, recostado en la cama, observando a Isabella a mi lado. Ella dormía profundamente, con el rostro relajado y el cabello extendido sobre la almohada. Había una tranquilidad en ella, una serenidad que no veía desde hacía meses.

En su sueño, parecía estar en paz, como si todos los conflictos y miedos que la atormentaban durante el día desaparecieran, dejándola solo como la mujer que yo sabía que me amaba, aunque aún resistiera aceptar esa verdad.

El silencio de la mañana de Navidad llenaba el aire, y por primera vez en años, me sentía... satisfecho. Tenerla allí, a mi lado, en la cama que compartíamos, con nuestros hijos en la habitación contigua, era algo que jamás hubiera imaginado para mí.

Familia. Era una palabra que nunca había formado parte de mi vocabulario, hasta ahora. Pero mientras observaba el rostro de Isabella, suavemente iluminado por la luz matutina, esa palabra comenzaba a cobrar un nuevo significado. Algo que me asustaba y al mismo tiempo me daba una sensación de propósito que no sabía que necesitaba.

Pero incluso en ese momento de calma, sabía que la batalla estaba lejos de terminar. Isabella se había rendido al deseo, a los momentos que compartíamos, pero podía ver en sus ojos, en sus gestos, que la confianza seguía siendo una muralla impenetrable. Ella no estaba completamente conmigo. Y eso era algo que tendría que trabajar para cambiar.

Me levanté lentamente de la cama, tratando de no despertarla, y fui hacia la ventana. La nieve cubría el jardín, un manto blanco y silencioso que solo aumentaba la sensación de paz a mi alrededor.

Era Navidad, y aunque nunca me había importado la fecha, hoy algo dentro de mí parecía diferente. Tal vez era porque, por primera vez, estaba viviendo algo que nunca pensé que sería posible.

Me puse una camisa ligera y pantalones de chándal, y sin decir nada, bajé las escaleras. El aroma a café recién hecho y a pasteles de Navidad ya impregnaba el aire, mezclado con el suave sonido de risas infantiles.

Antonella y Tomás ya estaban despiertos, gateando por la sala decorada, con sus risas llenando el espacio de una manera que calentaba algo profundo dentro de mí. Me detuve al pie de las escaleras y los observé por un momento.

El árbol de Navidad brillaba, adornado con luces doradas y plateadas, y los regalos estaban apilados bajo él. Era una visión casi surrealista para mí.

Crecí en un ambiente donde la Navidad no era más que una formalidad. Los regalos se intercambiaban por obligación, no por cariño. Pero ahora, estaba viendo algo diferente. Algo que hacía que mi pecho se apretara con un sentimiento que apenas podía reconocer.

Isabella bajó poco después, aún con el cabello desordenado por el sueño y una leve expresión de confusión en el rostro, como si ella misma no supiera cómo procesar lo que estaba sucediendo. Estaba hermosa, de una manera casi dolorosa, y me pregunté por cuánto tiempo más seguiría luchando contra esto. Contra nosotros.

—Buenos días —murmuré, acercándome y sosteniendo a Antonella, que gateó hacia mis brazos.

Isabella me lanzó una pequeña sonrisa, pero genuina, antes de sentarse en el suelo junto a Tomás y empezar a ayudarlo a abrir los regalos.

La escena frente a mí era algo que nunca imaginé que me afectaría tanto. Isabella, con nuestro hijo en su regazo, abriendo los paquetes coloridos mientras Antonella reía en mis brazos. El brillo en

los ojos de Tomás y Antonella al rasgar los envoltorios me dio una sensación de alegría que no sabía que era posible.

—Toma. —Entregué un regalo que había escogido personalmente para Antonella, un oso de peluche suave y grande.

Ella abrió una sonrisa enorme, sus ojos brillaban de felicidad al abrazar el juguete, y en ese momento, sentí algo dentro de mí calentarse de una manera extraña e inesperada.

Ver a mis hijos felices, ver a Isabella sonriendo, aunque de manera contenida, era algo que me llenaba de una forma que el poder y el control nunca habían logrado.

Mientras los niños se sumergían en sus nuevos juguetes, Isabella y yo nos quedamos solos en la sala, algo que parecía tan raro en estos últimos días. La observé por un momento, viendo cómo parecía más relajada, más a gusto.

El ambiente navideño, la decoración, las risas de los niños... todo eso la estaba afectando.

Me acerqué lentamente, poniendo la mano en su hombro con suavidad. Ella levantó la mirada hacia mí, y por un segundo, pude ver la confusión y la vulnerabilidad allí. Era una mirada que me hacía querer protegerla de todo, incluso de mí mismo.

—¿Estás feliz? —pregunté, sabiendo que la respuesta no sería sencilla.

Isabella vaciló, como ya esperaba. Desvió la mirada, mordiendo su labio inferior de la manera que siempre hacía cuando estaba nerviosa o insegura.

—Los niños lo están… —fue todo lo que dijo, pero yo sabía que había más detrás de esas palabras.

Quería insistir, quería que me dijera lo que realmente sentía, pero, al mismo tiempo, sabía que no podía forzarla. Isabella necesitaba tiempo, y yo estaba dispuesto a darle ese tiempo.

Silenciosamente, me levanté y fui hasta el árbol de Navidad. Me arrodillé al lado de él y, escondido entre las ramas más bajas, estaba un pequeño paquete que había colocado allí la noche anterior. Volví hacia Isabella, que me miraba con curiosidad y una leve sorpresa en los ojos.

—¿Qué es esto? —preguntó, dudosa.

—Un regalo —dije, extendiéndole el paquete.

Isabella miró el presente, luego me miró a mí, y pude ver la incomodidad en su rostro.

—Yo... yo no te compré nada —susurró, claramente incómoda.

Sonreí, negando con la cabeza.

—El mejor regalo que puedes darme es aceptar el mío —respondí, con mi voz suave pero firme.

Ella dudó por un momento, sus dedos tocaban levemente el papel de envoltorio antes de finalmente ceder y comenzar a abrirlo.

Cuando descubrió el collar dorado con la figura de un niño y una niña, sus ojos se abrieron de par en par, y vi el brillo de la emoción en ellos. Las letras "A" y "T" estaban grabadas en cada una de las figuras, representando a Antonella y Tomás.

—Yo... Vi este collar en la vitrina, el día que fuimos a comprar los regalos... —Isabella se detuvo, con las palabras atrapadas en su garganta.

—Lo sé —respondí, comprendiendo también las palabras que no dijo. Vi lo mucho que le gustó el collar, pero no pensó que estaría bien pedírmelo.

Ella levantó la mirada hacia mí, y vi cómo las lágrimas comenzaban a formarse en sus ojos, reflejando la suave luz del árbol de Navidad. Había una vulnerabilidad en su mirada que me golpeó con fuerza.

—Gracias —susurró, con la voz entrecortada por la emoción.

Me agaché, colocando mi mano en su rostro con suavidad.

—Te lo dije, Isabella —murmuré, mirándola directamente a los ojos—. No hay nada en el mundo que puedas querer que yo no te vaya a dar.

Antes de que pudiera decir algo más, Antonella apareció con un nuevo juguete en las manos, pidiendo jugar.

Sonreí a mi hija, sintiendo un orgullo que nunca imaginé que sentiría. Me arrodillé en el suelo, tomándola en brazos, y Tomás se unió pronto a nosotros.

Isabella nos observaba, sus ojos brillaban con algo que aún no lograba entender completamente. Pero su sonrisa era suave, y por un momento, sentí que estábamos más cerca de donde quería que estuviéramos.

Mientras jugaba con los niños, una parte de mí estaba completamente enfocada en ese momento: en sus risas, en el calor de la sala, en el aroma del café fresco y los pasteles. Pero, en el fondo, sabía que había mucho más por hacer.

Sabía que Isabella aún estaba dudosa, que había una parte de ella que no confiaba en mí, que aún temía ser herida. Y eso me molestaba.

La mañana de Navidad avanzaba lentamente, y me permití sumergirme en ese momento familiar, disfrutando de la simplicidad y la belleza que traía consigo.

Pero, al mismo tiempo, había una voz dentro de mí que susurraba que tal vez eso no fuera suficiente. Que tal vez los regalos y los gestos no fueran suficientes para recuperar completamente a Isabella.

Y lo haría. Haría lo que fuera necesario para ganar su confianza, para demostrar que no fallaría esta vez. Porque, a pesar de todo, sabía que ahora, más que nunca, la necesitaba.

Isabella y nuestros hijos eran lo único que no podía perder.

55. ISABELLA MORETTI

La casa estaba sumida en un silencio absoluto cuando bajé las escaleras. El sonido distante de los fuegos artificiales anunciaba que el Año Nuevo estaba cerca, cada explosión resonaba a lo lejos, como si nos recordara el tiempo que se desvanecía.

Revisé a los niños una vez más antes de bajar. Antonella y Tomás dormían tranquilos, sus rostros serenos, ajenos al torbellino de emociones que aún se agitaba dentro de mí.

Las luces de Navidad seguían encendidas, esparciendo una luz suave por la sala, como un recordatorio del consuelo que trataba, poco a poco, de aceptar.

Lorenzo estaba sentado en un sillón cerca de la chimenea, con un vaso de whisky en una mano, la otra descansando sobre el brazo del sillón.

Cuando sus ojos se encontraron con los míos, sentí el mismo peso de siempre: la intensidad de su mirada era casi asfixiante, como si él siempre supiera lo que estaba pensando, incluso antes de que yo misma lo supiera.

Pero esa noche, había algo diferente. Una calma inusual. El tipo de calma que aparece justo antes de la tormenta.

Caminé lentamente hacia él, cada paso pesado, pero inevitable. No hubo palabras entre nosotros mientras me sentaba a su lado, el calor de la chimenea llenaba el espacio a nuestro alrededor.

La proximidad de Lorenzo era algo que nunca podía ignorar. No importaba cuánto mi mente intentara crear barreras, mi cuerpo siempre reaccionaba al suyo. Incluso ahora, con el fuego crepitando en la chimenea y la tranquilidad de la noche a nuestro alrededor, había una tensión en el aire. Algo no dicho.

En los últimos meses, pasamos de discusiones acaloradas y desconfianza a momentos de intimidad que no sabía cómo procesar.

El deseo que siempre nos envolvía era casi imposible de resistir, pero bajo eso, había una capa de dudas, de miedo.

Quería creer que Lorenzo estaba cambiando, que esa vida que estábamos construyendo podría ser real, pero la idea de bajar completamente la guardia me aterraba. El recuerdo del dolor, del rechazo, aún flotaba sobre mí.

El silencio se extendió entre nosotros, cargado de significados que no lograba descifrar. No sabía si él esperaba que dijera algo, o si solo nos permitíamos la quietud. De cualquier forma, su presencia me mantenía alerta, como siempre.

Finalmente, Lorenzo rompió el silencio. Su voz era baja, casi un susurro.

—¿Qué esperas del próximo año?

La pregunta me tomó por sorpresa. Mis ojos se dirigieron hacia él, y por un momento, no supe qué responder. Había tanto por decir, pero al mismo tiempo, no sabía por dónde empezar.

¿Lo que esperaba? Paz, tal vez. Un futuro en el que pudiera creer, sin la sombra de la desconfianza que flotaba entre nosotros. Pero no estaba lista para admitirlo. No en voz alta.

—Yo... —comencé, pero las palabras desaparecieron antes de formarse completamente—. No sé.

Era la verdad. Estaba perdida en medio del torbellino de sentimientos. Por un lado, quería creer que Lorenzo estaba convirtiéndose en el hombre con el que podría compartir mi vida.

Pero, por otro lado, el miedo a ser herida de nuevo me impedía entregarme completamente. Cada momento con él era una batalla interna, una lucha entre el deseo de confiar y el miedo de volver a sufrir.

—Entiendo —respondió él, su voz tranquila, pero noté la tensión en sus hombros, el modo en que su mandíbula estaba levemente apretada—. Sé que todavía tienes miedo. Y, para ser honesto... yo también lo tengo.

Me sorprendió su confesión. Lorenzo rara vez admitía debilidades, mucho menos miedo. Pero escuchar esas palabras ahora, en ese momento, me desestabilizó de una forma que no esperaba.

—¿Miedo a qué? —pregunté, mi voz era más suave de lo que había planeado.

—A perderte a ti y a nuestros hijos, a fallarles a ustedes. —Sus ojos se encontraron con los míos, y la intensidad allí me hizo contener la respiración—. Nunca había sentido nada parecido.

La vulnerabilidad en su voz me desarmó. El hombre que solía estar movido por la venganza y el poder ahora hablaba de miedo y protección.

Por un momento, todo quedó en suspenso. Sus palabras resonaron dentro de mí, rompiendo algunas de las barreras que había levantado y que aún permanecían.

mis ojos volvieron a encontrarse con los suyos, y Lorenzo, dándose cuenta de la apertura, se inclinó hacia mí. El beso que siguió fue suave, casi tímido al principio, como si pidiera permiso.

Pero pronto, como siempre sucedía entre nosotros, el deseo se intensificó, el beso volviéndose más profundo, cargado de toda la tensión acumulada.

Cuando me aparté, Lorenzo seguía con los ojos fijos en los míos, y había algo en ellos que me hizo sentir... segura. Una parte de mí quería rendirse completamente, dejar el pasado atrás y creer que los dos podríamos empezar de nuevo. Pero el miedo seguía allí, como una sombra.

—No quiero pelear, Isabella —susurró él, con su mano subiendo hasta mi rostro, acariciando mi piel con una suavidad inesperada—. No quiero desconfianzas. No esta noche.

Sentí un nudo formarse en mi garganta. Yo tampoco quería pelear más. No quería seguir cargando con el peso del pasado. Pero, al mismo tiempo, no sabía si podía simplemente olvidar todo.

—Aún tengo miedo —admití, con mi voz débil, casi inaudible.

—Lo sé —la respuesta de Lorenzo fue inmediata, sin vacilar—. Y voy a pasar el tiempo que sea necesario demostrándote que nunca más te voy a dejar.

Me quedé en silencio un momento, dejando que sus palabras me envolvieran. Quería creer en ellas.

—Por esta noche... —comencé, mirándolo directamente a los ojos —. Por esta noche, voy a intentar olvidar el pasado.

Lorenzo no dijo nada. Solo me atrajo hacia él, con sus brazos fuertes envolviéndome en un abrazo firme, como si estuviera prometiendo que no me dejaría ir, que estaba allí para quedarme.

Cerré los ojos, permitiendo que el calor de su cuerpo me tranquilizara. La medianoche se acercaba, y con ella, la promesa de un nuevo comienzo.

56. LORENZO ZANINI

El sonido grave de las conversaciones resonaba en las paredes de la sala de reuniones, mientras mis hombres de confianza estaban reunidos alrededor de la mesa, discutiendo los detalles de las operaciones.

Era una rutina que conocía bien, un escenario familiar. Pero ese día, algo parecía fuera de lugar. Había una tensión en el aire, algo que aún no había identificado completamente, pero que rondaba mis pensamientos.

Estaba concentrado en las palabras de uno de mis capos cuando la puerta se abrió y Stefano, mi hermano, entró. Su rostro, normalmente cargado de buen humor, estaba tenso, y eso me hizo detenerme.

Stefano era el tipo de hombre que sabía mantener la calma en casi cualquier situación, por lo tanto, verlo así me dio una sensación incómoda.

—Necesitamos hablar —dijo, con la voz baja, pero firme.

La sala quedó en silencio. Todos los ojos se giraron hacia mí, esperando una orden. Hice un gesto breve para que salieran, y, uno por uno, mis hombres dejaron la sala, quedando solo Stefano y yo.

—¿Qué pasó? —pregunté, con el tono tranquilo, pero mi mente ya estaba evaluando las posibles opciones.

Stefano cruzó los brazos y suspiró pesadamente.

—La Dark Bones se está moviendo de nuevo —comenzó, con los ojos fijos en los míos—. Escuché que están reorganizando sus operaciones. En los últimos meses han reclutado gente nueva y, aparentemente, se están acercando a nuestra zona.

¿Dark Bones? Me reí por dentro. La idea de que una mafia tan desorganizada y débil pudiera representar una amenaza era, como

mínimo, absurda.

Sí, habían sido un problema antes, pero después de que sus líderes fueran eliminados, el grupo se deshizo en facciones sin importancia.

—Saben que no tienen lo que se necesita para enfrentarse a mí —respondí, la voz firme, sin vacilar—. Solo están intentando asustarnos.

Pero Stefano no parecía convencido. Continuó.

—Algunos de nuestros contactos no han dado señales en días. Y hay avistamientos de figuras asociadas con ellos cerca de tu propiedad. Esto no es una coincidencia, Lorenzo.

Lo miré, analizando su expresión. Estaba realmente preocupado, pero mi instinto me decía que no había motivo para entrar en pánico.

Yo tenía control sobre mis negocios, sobre mi seguridad. Y cualquiera que intentara desafiar ese control solo estaría cometiendo un error.

—Están engañándonos —dije, con la confianza que me era habitual, levantando una ceja—. Si realmente quisieran algo, ya habrían dado un paso más arriesgado.

Stefano apretó los labios, sin responder. Conocía bien mi forma de pensar, y sabía que rara vez cambiaba de opinión.

Cuando salió de la sala, me quedé solo por un momento, y la calma regresó al ambiente. Tal vez tenía razón al estar alerta, pero no veía razones para preocuparme… aún.

***

Las semanas pasaron de forma relativamente tranquila, pero pequeños signos comenzaron a aparecer a mi alrededor. Isabella, ahora más integrada a la rutina de la casa y de los niños, estaba más atenta que antes.

El número de guardias alrededor de la propiedad había aumentado, y yo notaba que ella percibía cada cambio. No se podía ocultar el reemplazo de algunos rostros familiares por nuevos hombres, y eso la incomodaba.

Durante una comida en familia, mientras Antonella y Tomás jugaban alrededor de la mesa, Isabella me lanzó una mirada curiosa.

—Lorenzo, ¿qué está pasando? —Su voz era calma, pero conocía bien ese tono inquisitivo—. ¿Por qué tanta seguridad nueva de repente?

Me recosté en la silla, manteniendo el tono despreocupado que sabía que ella odiaba, pero que utilizaba para calmarla.

—Precaución —respondí, sonriendo—. No hay nada de qué preocuparse, Isabella. Yo me ocupo de todo.

Ella frunció el ceño, pero no insistió. Sabía que no cedería más información, y tal vez, de alguna forma, confiaba en que realmente tenía todo bajo control. Pero su silencio no significaba que estuviera convencida.

El instinto de Isabella estaba alerta, y en los días siguientes la vi estar más vigilante. No lo mencionaba directamente, pero observaba todo a su alrededor, como si estuviera esperando que algo malo sucediera.

Un día, mientras jugaba con los niños en el jardín, vi la forma en que miraba a los guardias alrededor de la propiedad, cada uno de ellos más atento de lo normal.

También notó un coche desconocido que pasó varias veces cerca de la mansión. Sabía que eso la inquietaba, y, por primera vez, vi una verdadera preocupación en sus ojos cuando entramos de nuevo.

Esa noche, mientras poníamos a los niños a dormir, Isabella finalmente me enfrentó de manera más directa. Sus ojos estaban fijos en los míos, y había una determinación en su voz que no dejaba espacio para evasivas.

—Lorenzo, sé que algo está mal. —Se acercó, con la voz baja, pero firme—. No puedes seguir actuando como si nada estuviera pasando.

Quería mantener el control de la situación, quería seguir con la fachada de que todo estaba perfectamente bajo control, pero al ver el miedo en sus ojos, supe que necesitaba ser sincero, al menos en parte.

—Sí, algo está pasando. Pero te prometo que tú y los niños están a salvo. —Mi mano tocó la suya, tratando de tranquilizarla, pero sabía que las palabras no serían suficientes.

Isabella asintió, pero podía ver que aún estaba reacia. La mirada que me dio antes de subir las escaleras hacia el cuarto de los niños estaba llena de dudas y temores, algo que sabía que no desaparecería tan pronto.

Me quedé en la oficina después de que Isabella se fue a la cama. Sentado en mi escritorio, miré el celular. Stefano había enviado un nuevo mensaje, y el tono de este era más urgente que los anteriores.

La Dark Bones sigue reclutando nuevos aliados. Pueden estar planeando algo más grande.

Mis ojos recorrieron la pantalla, y por primera vez, sentí una leve punzada de duda. Siempre subestimé las capacidades de mis enemigos. Y eso siempre me había funcionado… hasta ahora.

El rostro de Isabella apareció en mi mente, junto con el sonido de las risas de Antonella y Tomás. El pensamiento de que algo pudiera pasarles me golpeó con una fuerza que no estaba preparado para enfrentar.

Cerré los ojos por un momento, dejando que el peso de la responsabilidad me dominara. Tal vez había sido demasiado complaciente. Tal vez había subestimado la amenaza por demasiado tiempo.

Mi rostro se endureció mientras abría el siguiente mensaje de Stefano, con los detalles del movimiento de la Dark Bones, dejando claro que no me estaban engañando.

Iba a acabar con ellos. No importaba lo que me costara.

---

57. ISABELLA MORETTI

El sol brillaba intensamente en el cielo, pero el ambiente en la mansión había cambiado. Algo invisible flotaba en el aire, una tensión creciente que no existía antes.

Mientras Tomás y Antonella gateaban por el jardín, sus risas resonaban alegremente por el espacio, no podía quitarme la sensación incómoda de que algo no estaba bien.

Observé a los guardias en sus posiciones. Siempre estaban alerta, pero hoy había algo diferente. En lugar de vigilar de manera casual los alrededores, estaban revisando cada rincón con más rigor, como si esperaran que algo o alguien apareciera en cualquier momento.

Uno de los guardias se detuvo junto al portón por unos segundos más de lo normal, con sus ojos analizando las calles cercanas con una intensidad que nunca había notado.

Traté de mantener la calma, pero el frío en mi espalda no desaparecía. Cada movimiento a mi alrededor parecía cargado de una sensación de peligro inminente. Incluso con el sol brillando, el ambiente se sentía pesado, sombrío.

—Todo va a estar bien, mis amores —murmuré para los niños mientras los abrazaba, tratando de convencerme más a mí misma que a ellos.

Tomás y Antonella seguían jugando, ajenos a mis preocupaciones, pero no podía relajarme. Lorenzo me había dicho repetidamente que estábamos a salvo, pero mi instinto maternal me decía que algo estaba por pasar, algo que él me estaba ocultando.

Más tarde esa mañana, decidí hablar con una de las niñeras. Ella era una empleada de confianza, alguien con quien había trabajado por años, y sabía que, si algo estaba ocurriendo, ella podría darme más información.

—¿Todo bien contigo, Mara? —pregunté, tratando de sonar casual mientras la observaba.

Ella vaciló por un momento, y eso fue suficiente para saber que ella también sentía el mismo malestar.

—Todo bien.

—¿Cómo está tu esposo? ¿Y tu hija?

—Están bien, señora. Gracias por preguntar. Samuel ha estado fuera muchos días y... —De repente, se interrumpió, como si se hubiera dado cuenta de que no debía contarme eso. Su esposo, Samuel, era uno de los hombres de Lorenzo.

—¿Qué pasa, Mara?

Mara miró a los lados antes de acercarse a mí, con voz baja, casi como si tuviera miedo de ser escuchada.

—Señora Moretti, no quiero alarmarla, pero... algo ha cambiado en las últimas semanas —empezó, retorciéndose las manos nerviosamente—. Los guardias están tensos, mucho más de lo normal. Escuché algunas conversaciones... Parece que el señor Zanini está manejando un problema serio, pero nadie nos ha dicho nada directamente.

Pude sentir cómo mi corazón se aceleraba con sus palabras. Era exactamente lo que temía. Había algo más grande sucediendo, algo que Lorenzo no me estaba contando.

—Gracias por avisarme, Mara —respondí, tratando de mantener la voz firme, aunque por dentro me llenaba de preguntas y preocupaciones.

Los días pasaron lentamente, y la sensación de peligro solo crecía. Todas las noches, después de acostar a los niños, me encontraba caminando por la casa, observando a los guardias intercambiando miradas furtivas, sus susurros eran apagados.

La mansión, que antes era un refugio seguro, ahora parecía más un castillo rodeado de enemigos invisibles. Las noches se volvieron

más difíciles de soportar. Comencé a mantener a los bebés en los cuneros de mi cuarto, o en el de Lorenzo.

Donde dormíamos, ahí dormían los niños también. Necesitaba tenerlos cerca, donde pudiera protegerlos si algo ocurría.

El pensamiento de que pudieran estar en peligro me desvelaba, y pasé varias noches sin poder dormir, sentada en la silla de amamantar, escuchando los sonidos apagados de la noche, tratando de detectar cualquier cosa fuera de lo normal.

Cada ruido en la casa parecía un presagio de algo malo. El silencio, que antes me daba confort, ahora me ahogaba, y me encontraba cada vez más alerta, como una centinela solitaria, protegiendo a mis hijos de lo que sea que estuviera acechando.

Una noche, Lorenzo entró al cuarto, después de llegar tarde, y me encontró sentada en la silla de amamantar, observando a los niños dormir. Se acercó en silencio, pero sentí su presencia incluso antes de mirarlo.

Su rostro estaba serio, pero no tenía la misma mirada confiada a la que estaba acostumbrada. Sabía que estaba preocupada, y sabía por qué.

—Isabella, tienes que confiar en mí —dijo, colocando su mano sobre mi hombro, con la voz baja y cargada de una preocupación contenida—. Nunca dejaría que algo te pasara a ti o a los niños.

Lo miré, tratando de encontrar consuelo en sus palabras, pero la tensión entre nosotros era palpable. Lorenzo siempre había sido de los que ocultaban las cosas, creyendo que protegía a los que tenía cerca. Pero ya no era la mujer que podía estar en la oscuridad.

—Lorenzo... si algo pasa, necesito que me lo digas. No puedo quedarme aquí sin saber lo que realmente está pasando —dije, con voz calmada, pero llena de determinación.

Me miró largo rato, y pude ver la batalla interna en sus ojos. Quería protegerme, pero sabía que, esta vez, no sería tan sencillo. Finalmente asintió, pero había algo reacio en su respuesta.

—Te prometo que sabrás todo si algo cambia —dijo, pero sabía que no me estaba contando toda la verdad.

En los días siguientes, a pesar de las promesas de Lorenzo, tomé mis propias precauciones. Comencé a preparar una pequeña maleta con cosas esenciales para los niños: ropa, pañales, leche. Si algo sucedía y teníamos que salir rápido de la casa, quería estar preparada.

No le conté a Lorenzo sobre esto. Era un gesto silencioso, una forma de asegurarme de que, si lo peor llegaba, podría proteger a nuestros hijos.

Sabía que él haría lo imposible para mantenernos a salvo, pero en el fondo también sabía que Lorenzo a veces subestimaba las amenazas. Y no podía permitirme ser complaciente.

Esa noche, después de poner la maleta debajo de la cama, me acosté junto a los cuneros, escuchando la respiración suave de Antonella y Tomás.

Cerré los ojos, intentando forzarme a descansar, pero mi mente seguía alerta, como si estuviera esperando que algo ocurriera en cualquier momento.

58. ISABELLA MORETTI

El día había pasado tranquilamente, casi demasiado silencioso. La mansión, usualmente llena de movimiento y sonidos suaves, ahora parecía envuelta en una tensión invisible.

Lorenzo estaba afuera, ocupándose de negocios, y aunque había reforzado la seguridad alrededor de la casa, algo dentro de mí seguía inquieto.

Estaba en el cuarto de los niños, poniendo a Tomás a dormir, mientras Antonella ya estaba dormida. El suave sonido de la lluvia golpeando las ventanas debería haber sido relajante, pero mi mente no lograba calmarse. El silencio que flotaba en el aire era pesado, como si algo estuviera por suceder, algo que no podía definir.

Miré hacia afuera, hacia la oscuridad más allá de la ventana. La seguridad de la mansión, con sus muros altos y guardias armados, debería darme tranquilidad. Pero no lo hacía. Me encontraba revisando las ventanas repetidamente, con cada sonido lejano, mi corazón se aceleraba ligeramente.

Mientras me ocupaba de los niños, mi celular vibró. Era un mensaje de uno de los guardias de Lorenzo.

"Quédate dentro de la casa. Cierra las puertas. Estamos monitoreando un movimiento sospechoso. Lorenzo ya está en camino."

El aviso fue breve y claro. Sabía que no servía hacer preguntas, no tendría más información.

Durante algunos minutos, traté de convencerme de que no había razones para entrar en pánico. Pero entonces lo escuché. El primer ruido resonó por la casa, un sonido sutil, pero lo suficientemente fuerte como para hacerme congelar por un segundo.

Saqué a Antonella de la cuna y la puse en mi otro brazo, la suave respiración de Tomás a mi lado me recordaba la responsabilidad que

cargaba. Otro ruido, más fuerte, hizo que mi corazón latiera con más rapidez.

Era el momento de actuar. Sin dudar, corrí con los niños hacia el cuarto de pánico, construido dentro del propio cuarto de mis hijos. Mis dedos temblorosos aseguraron la puerta de seguridad.

Mis manos, apretadas alrededor de mis bebés, temblaban, pero mi mente estaba clara en un solo objetivo: proteger a mis hijos.

Tratando de mantener la calma, mientras cerraba la puerta del cuarto de pánico y acomodaba a los niños con seguridad, mi respiración era agitada y rápida, pero me obligué a murmurar palabras suaves de consuelo, intentando enmascarar el miedo creciente que me dominaba.

Justo cuando estaba por unirme con ellos, otro sonido, más cercano esta vez, me hizo congelar. Había algo más. Pasos rápidos, el eco de voces bajas e intensas provenientes del pasillo. La invasión estaba ocurriendo.

Cerré los ojos por un segundo, intentando procesar lo que venía. Si estaban ahí, dentro de la casa, significaba que ya habían roto las defensas de la mansión.

Sabía que no podía esconderme con los niños.

Mi única opción era distraerlos, apartarlos del cuarto de pánico. Con una última mirada a Tomás y Antonella, cerré la puerta del cofre y me alejé.

Corrí silenciosamente por el pasillo, tratando de esconderme detrás de una estantería. El sonido de los pasos se hizo más fuerte, y pronto vi la silueta de un hombre entrando en el pasillo. Era grande, con el rostro marcado por cicatrices y una sonrisa cruel. Mi corazón latió con más fuerza, pero me obligué a respirar despacio. Necesitaba ser fuerte.

Antes de que pudiera moverme, me vio. Sus ojos brillaban con una satisfacción oscura mientras avanzaba hacia mí, y en segundos, me agarró con brutalidad, empujándome contra la pared. El impacto

fue fuerte, el aire escapó de mis pulmones, pero me negué a mostrar debilidad.

—¿Dónde está tu marido, puta de mierda? —gruñó, sus dedos apretaban mi brazo con suficiente fuerza para dejar marcas.

—Te va a matar. A todos ustedes. —Mi voz salió firme, aunque sentía el dolor irradiando por todo mi cuerpo.

El hombre rió, claramente subestimando tanto a mí como a Lorenzo. El puñetazo en mi estómago fue una sorpresa, y me hizo doblarme de dolor. Gemí, el aire dejó mis pulmones de un golpe, pero el odio dentro de mí era más grande que el dolor.

Luchando para alejarme, traté de zafarme de su agarre, pero era demasiado fuerte. Me tiró del cabello, arrojándome contra una mesa.

El impacto hizo que mi cabeza latiera, y pronto sentí la sangre caliente escurrir por mi frente, empañando mi visión. El sabor a hierro llenó mi boca, pero no podía parar. No podía rendirme. No mientras mis hijos estaban en peligro.

Él levantó un arma, el cañón frío estaba apuntado hacia mí. El tiempo pareció detenerse. Mi corazón golpeaba en mi pecho mientras trataba de procesar lo que estaba sucediendo.

Lorenzo no estaba allí, y aunque deseaba con todo mi ser que llegara, sabía que no podía contar con eso. Estaba sola, pero no mostraría miedo.

—¿Dónde está Lorenzo? —El hombre me provocó, la sonrisa en su rostro me daba asco.

Antes de que pudiera responder, me agredió de nuevo, arrojándome al suelo. El dolor era insoportable, el corte en mi frente latía y todo mi cuerpo parecía destrozado. Pero mi mente seguía fija en un solo pensamiento: Tomás y Antonella estaban a salvo. Al menos por ahora.

De repente, el sonido de pasos más pesados resonó por la casa. El invasor giró la cabeza, distraído por un segundo, y supe que

alguien había llegado.

Lorenzo irrumpió en la sala como una tormenta de furia. Sus ojos recorrieron la escena, y al verme herida, su mirada se oscureció.

El hombre que me golpeaba apenas tuvo tiempo de reaccionar. En segundos, Lorenzo lo mató de forma rápida y brutal, sin titubear. El sonido del cuerpo del invasor cayendo al suelo fue ahogado por la respiración pesada de Lorenzo.

—Isabella... —Su voz era suave y desesperada. Se arrodilló a mi lado, sus ojos recorriendo mi rostro lastimado, la sangre en mi frente —. Dios mío...

Pero no podía concentrarme en él. El dolor y el miedo dominaban mi cuerpo, y todo lo que podía pensar eran en los niños.

—Los niños... Lorenzo, los niños... están en el cuarto de pánico. —Mi voz salió débil, casi era un susurro, pero la urgencia era clara.

Él me sostuvo con firmeza, pero su voz era suave, tratando de calmarme.

—Están seguros, Isabella. Tú los protegiste. Están en el cuarto de pánico. Te llevaré con ellos, amore.

Quise levantarme, pero mi cuerpo no me obedecía. Lorenzo me levantó en sus brazos con cuidado, con su rostro endurecido por la preocupación.

Cuando abrió la puerta del cuarto de pánico y vi a Antonella y Tomás, ambos llorando, pero ilesos, el alivio me invadió. Las lágrimas caían de mi rostro sin control mientras los abrazaba.

Lorenzo se agachó a mi lado, ayudándome a sostener a nuestros hijos. Su rostro, antes tan duro e implacable, mostraba ahora una mezcla de alivio y preocupación.

—Estás a salvo ahora. Ellos también. Yo estoy aquí, Isabella — susurró.

Me aferré a los niños, sintiendo la necesidad desesperada de protegerlos, aunque el peligro ya hubiera pasado. El shock de la

agresión aún me dominaba, pero la presencia de Lorenzo a mi lado y la seguridad de que mis hijos estaban bien me dieron la fuerza para seguir adelante.

Lorenzo me ayudó a volver al cuarto con Antonella y Tomás en sus brazos. Uno de sus hombres ya había llamado al médico de la familia, y Lorenzo estaba centrado en cuidarme, limpiando la sangre de mi rostro con una delicadeza sorprendente.

—Estás aquí... —Mi voz se quebró, con la emoción desbordándome—. Pensé que... ellos... nunca volverían...

Me interrumpió, sosteniendo mi rostro con ternura.

—No. Nunca más. Estoy aquí, y nada te hará daño de nuevo. Te lo prometo.

Las palabras de Lorenzo, aunque eran suaves, estaban cargadas de una promesa que él estaba dispuesto a cumplir a cualquier costo.

Por ahora, todo lo que importaba era que estábamos juntos, y nuestros hijos estaban a salvo.

59. LORENZO ZANINI

El silencio del galpón abandonado era perturbador. La única cosa que se oía era la respiración entrecortada e irregular del hombre frente a mí, encadenado a una silla de metal oxidada.

El olor a sangre, sudor y miedo impregnaba el aire. Mis puños estaban cubiertos de sangre, el cuerpo tenso, pero mi mente estaba enfocada. No había espacio para la compasión. No después de lo que pasó.

La luz débil colgaba sobre nosotros, oscilando ligeramente mientras yo observaba al hombre, que apenas podía mantener los ojos abiertos. Cada respiración venía acompañada de un gemido de dolor. Sabía lo que se le venía. Todos lo sabían. Y no me importaba.

—¿Dónde están los demás? —Mi voz sonó como una sentencia de muerte—. ¿Dónde está el jefe de Dark Bones?

El hombre balbuceó algo incoherente, con sus labios temblorosos y los ojos desorbitados por el puro terror. La sangre escurría de su boca, mezclándose con el sudor que cubría su rostro.

Sabía que no habría escapatoria, y el miedo solo lo hacía más inútil. Me acerqué, con el mango del cuchillo apretado en mi mano. La hoja reflejó la luz que oscilaba mientras inclinaba la cabeza, analizando su expresión.

—Yo... yo no sé... ¡Lo juro! Ellos... ellos fueron al sur... un escondite en el desierto... —Sollozó entre palabras, desbordado por la desesperación.

Mi rostro permaneció impasible mientras me acercaba aún más, la hoja del cuchillo cortaba el espacio entre nosotros.

—Si estás mintiendo —murmuré, con una calma aterradora—, tu familia nunca será encontrada.

El hombre comenzó a balbucear, lágrimas de terror recorrían su rostro. Sabía que me estaba diciendo la verdad. Aun así, la compasión no existía en mí en ese momento.

Lo que quedaba de mi humanidad desapareció la noche en que Isabella casi pierde la vida. Fallé. Y ahora, lo único que me quedaba era la sangre de aquellos que osaron amenazar a mi familia.

Sin dudar, corté su garganta. La sangre salpicó en el sucio suelo del galpón, mezclándose con la sangre de los otros que cayeron antes que él.

Me aparté, limpiándome la cara y las manos con un trapo empapado en sangre mientras observaba mi propia imagen en el espejo roto frente a mí. El reflejo mostraba a un hombre exhausto, cubierto de sangre, con los ojos que no parpadeaban desde hacía días.

No hay lugar para la redención mientras sigan respirando, pensé, con el peso de la culpa aplastándome. *Debería haber estado allí. Fallé con Isabella, con mis hijos... como Vittorio. Fallé como él falló con su propia hija.*

El celular en mi bolsillo vibró, una notificación que ya sabía lo que decía. Mensajes no leídos de Isabella. Sabía lo que quería: que volviera a casa. Decía que Tomás y Antonella me extrañaban, que ella me extrañaba. Pero no podía volver. No aún.

Desbloqueé el teléfono y miré los mensajes antiguos. Los leí todos, pero no tenía fuerzas para responder. *¿Cómo puedo volver a casa? ¿Cómo puedo mirarla a los ojos sabiendo que dejé que esto sucediera? Necesito exterminar a cada maldito de esta organización. Luego, tal vez, pueda merecer verlos de nuevo.*

Cerré el teléfono con fuerza, mi estómago revuelto. Estaba en una cabaña en medio del desierto, un escondite aislado donde planeaba el golpe final contra Dark Bones.

El lugar era sencillo, sin lujos, como si reflejara el vacío dentro de mí. Todo lo que tenía era mi venganza, y ella me guiaba como una

droga.

La puerta crujió cuando Stefano entró. Me miró y vi la preocupación en su rostro.

—Lorenzo... ya basta. Hemos capturado casi a todos. Dark Bones está destruida. Es hora de regresar a casa.

No aparté la vista del mapa sobre la mesa.

—No hasta que el último de ellos esté muerto. No regreso hasta que todo haya terminado.

Stefano suspiró, pasándose la mano por el cabello. Estaba conmigo desde el inicio de esta cacería, pero sabía que estaba cansado.

—Tu familia te necesita, Lorenzo. Isabella te necesita. Hiciste lo que tenías que hacer. No puedes perderte en esto.

Levanté la mirada hacia él, mi rostro era implacable.

—No estuve allí cuando la atacaron. No estuve allí para proteger a mis hijos. Fallé, Stefano. Y seguiré fallando si no termino esto.

Él guardó silencio por un momento, sabiendo que no había argumento que me hiciera detenerme. Estaba decidido a terminar lo que había comenzado.

Dark Bones no merecía respirar el mismo aire que mi familia, y me aseguraría de que ninguno de ellos tuviera esa oportunidad.

Esa noche, lideramos un ataque final. Los últimos hombres de Dark Bones estaban ocultos en un refugio en el desierto. Stefano había obtenido la ubicación, y yo estaba listo para finalizar esta misión.

El aire en el refugio era seco y cálido, el olor a polvo y aceite de las armas llenaba el ambiente. Mis hombres estaban listos, armados y concentrados. Cuando comenzó la invasión, fui el primero en atravesar la puerta, con pasos rápidos y precisos.

No hubo duda. Cada enemigo que se cruzaba en mi camino caía. Uno por uno, borré sus existencias de la faz de la tierra, sin piedad. La adrenalina recorría mis venas, mezclada con el odio que ardía dentro de mí.

El enfrentamiento fue brutal. El sonido de los disparos resonaba en el aire mientras avanzaba, sin descanso, sin remordimientos. Mi puntería era precisa, y cada movimiento estaba calculado.

La sangre salpicaba a mi alrededor, pero no sentía nada más que una necesidad insaciable de seguir. De matar. Finalmente, llegué al líder de Dark Bones.

El hombre que había ordenado el ataque a mi familia estaba frente a mí, cubierto de sudor y miedo. Intentó implorar por su vida, pero yo ya estaba más allá de la compasión. Cada palabra suya era irrelevante. Levanté el arma y apreté el gatillo.

Cuando el último cuerpo cayó, me quedé quieto por un momento. El silencio después de la batalla era ensordecedor. El aire estaba pesado, lleno del olor metálico de la sangre y la pólvora.

Mis hombres se movieron a mi alrededor, verificando los cuerpos, pero yo estaba atrapado en el momento. Todos estaban muertos. Dark Bones se había acabado.

Me arrodillé junto al cuerpo del líder, cubierto de sangre, pero el alivio que esperaba no llegó. El peso de la culpa seguía pesando sobre mis hombros. *Todos están muertos. Pero aún fallé. La sangre de ellos no borra lo que dejé que pasara.*

Miré mis manos, cubiertas de sangre, pero no era suficiente. Nada lo sería.

---

60. ISABELLA MORETTI

La sala de estar estaba sumida en una penumbra incómoda. La luz suave de la noche que se filtraba por las ventanas solo resaltaba el vacío a mi alrededor.

Estaba sentada en el sofá, con los ojos fijos en las pantallas de seguridad, observando las cámaras con una atención obsesiva. Era algo que hacía con frecuencia desde la invasión, un hábito que no podía abandonar.

Cada movimiento en las pantallas me mantenía alerta, incluso cuando eran solo los guardias haciendo sus rondas. La casa estaba tranquila, pero no era la paz que deseaba. Era un silencio pesado, denso, reflejando lo que sentía por dentro.

Lorenzo llevaba semanas fuera, y el vacío que dejó atrás parecía expandirse con cada día que pasaba. Lo extrañaba de una manera que me asustaba, pero junto con eso, venía el miedo constante de que nunca regresara. ¿Y si algo le pasaba? Ese pensamiento martillaba mi mente, de manera incesante.

Mientras miraba las cámaras, destellos de la noche de la invasión volvían a mi mente. El sonido de las puertas siendo forzadas, los pasos pesados resonando por los pasillos, la mirada fría del agresor...

Nunca olvidaría el terror que sentí al darme cuenta de que mis hijos estaban en peligro. Su rostro, la forma en que me atacó... Mi respiración se aceleró, y cerré los ojos, tratando de apartar el recuerdo.

Nunca olvidaré esa mirada... El miedo de que no saldríamos vivos. Pero Lorenzo... llegó a tiempo.

Un sonido proveniente del piso de arriba rompió mi línea de pensamiento. Tomás estaba llorando. Me levanté rápidamente y subí las escaleras, tratando de mantener la calma.

Abrí la puerta del cuarto de los niños y vi a Tomás de pie en la cuna, sus manitos agarraban la reja con fuerza mientras se equilibraba, las mejillas mojadas de lágrimas, el llanto bajo y lleno de angustia. Antonella seguía dormida, ajena a la inquietud de su hermano.

Agarré a Tomás en brazos y lo balanceé suavemente, susurrando palabras de consuelo mientras él se acurrucaba en mi regazo.

—Está todo bien, mi amor. Mamá está aquí... Papá va a volver. Él lo prometió.

Mis palabras, sin embargo, parecían vacías. Quería creerlas, pero cada día que pasaba sin noticias de Lorenzo me hacía dudar.

¿Y si no volvía? ¿Y si algo terrible pasaba? Mientras lo acunaba, sentí que mi propia voz fallaba al repetir la promesa que ni yo misma sabía si se cumpliría.

A la mañana siguiente, mientras trataba de mantener la rutina con los niños, Stefano apareció en la casa. Había sido un visitante frecuente en las últimas semanas, revisando cómo estábamos y trayendo noticias esporádicas de Lorenzo. Intentó sonreír, pero había una sombra de preocupación en sus ojos.

—Él aún no ha vuelto. —Mi frase salió como una constatación, y mi voz tembló levemente—. Él... ¿no va a volver, verdad?

Stefano suspiró, pasando la mano por su cabello, claramente luchando para mantener un tono ligero.

—Lorenzo está cerca de terminar lo que empezó. Cuando esto termine, va a regresar a casa. Siempre vuelve a lo que es suyo.

La frustración creció dentro de mí, caliente y sofocante.

—¿Pero a qué costo, Stefano? Cada día que él se queda... No sé si va a poder regresar completo.

La preocupación en mi voz era clara. Ya no podía esconder el miedo que me consumía. Stefano me miró con seriedad, su voz era más baja y firme.

—Él está haciendo esto por ti. Por ustedes. No va a parar hasta saber que están a salvo.

El dilema dentro de mí era insoportable. Sabía que Lorenzo estaba buscando a los responsables de la invasión, tratando de proteger a nuestra familia de la única forma que conocía.

Pero su ausencia era un agujero creciente en mi vida. Lo necesitaba, pero su misión parecía alejarlo cada vez más.

Más tarde, después de acostar a los niños, me encontré nuevamente sola en la sala de estar. El silencio era ensordecedor.

Me senté en el sofá, mirando el teléfono en mis manos, con el corazón acelerado por la decisión que estaba a punto de tomar. Ya no podía soportar el silencio. Necesitaba escucharlo, aunque fuera solo por unos segundos.

Respiré hondo y marqué el número de Lorenzo. El teléfono sonó una, dos, tres veces. No contestaba. La frustración y el miedo se entremezclaron, apretando mi pecho. *¿Por qué no contesta? ¿Dónde está? ¿Está herido? ¿O peor...?*

Abrí la pantalla de mensajes y, con los dedos temblorosos, escribí algo.

Vuelve a casa.

El silencio de la sala parecía intensificarse después de enviar el mensaje. El arrepentimiento me golpeó como una ola, dejándome vulnerable.

Odiaba la sensación de estar suplicando, de exponer una debilidad que no debía existir en ese momento. Él tenía sus razones para no responder. Lo sabía, pero aún así no podía evitar el miedo creciente.

Volví a mirar las cámaras de seguridad, tratando de encontrar algo de consuelo en las imágenes de la propiedad tranquila, pero el vacío dentro de mí seguía creciendo.

Lorenzo estaba allá afuera, enfrentándose a peligros que ni siquiera podía imaginar, y yo estaba aquí, atrapada en esta mansión, esperando. Siempre esperando.

Finalmente, exhausta, decidí ir a la cama. La casa parecía fría y vacía mientras caminaba por el pasillo, cada paso resonaba en el silencio.

Cuando entré en la habitación, me acosté en la cama, demasiado grande para una sola persona. El lado de Lorenzo estaba vacío, pero aún podía sentir su aroma impregnado en la almohada. Cerré los ojos, abrazando la almohada con fuerza, tratando de encontrar consuelo en lo único que me quedaba de él.

¿Cuánto más? Me pregunté, sintiendo que las lágrimas se acumulaban en mis ojos. *Lo necesito aquí... Necesito que regrese.*

---

61. LORENZO ZANINI

Entré en la mansión en silencio, el peso de las últimas semanas presionaba mis hombros como una carga que parecía imposible de aligerar.

La casa estaba sumida en una quietud inusual, como si supiera que algo dentro de mí había cambiado. Cada paso parecía resonar, cargado de culpa y de una fatiga que no podía ocultar.

Había exterminado a la Dark Bones, destruido a la mafia enemiga que, por poco, cuesta la vida de mi familia y que casi descubren información clave para nuestra seguridad en el futuro. Pero el alivio que esperaba no llegó. Lo único que quedaba era la culpa.

Subí las escaleras lentamente, directo al cuarto de los gemelos. Tomás y Antonella dormían tranquilamente, sus pequeñas respiraciones sonaban suaves en el silencio. Me acerqué, tocando levemente sus frentes, sintiendo el calor de la vida que casi perdí. Era un alivio verlos ahí, a salvo, pero no podía alejar el pensamiento que me devoraba por dentro.

Salí del cuarto, cerrando la puerta con cuidado, como si cualquier ruido pudiera romper la frágil paz que había allí. Bajé las escaleras, sabiendo exactamente lo que debía hacer, pero había algo que quería antes: ver a Isabella.

Cuando entré en la sala, allí estaba ella, sentada en el sofá. Sus ojos me encontraron de inmediato, y vi el alivio, la ira y la preocupación luchando por dominar sus facciones.

Nos quedamos en silencio por un momento, el aire entre nosotros estaba cargado de algo que no podía explicar. Había más que tensión. Había algo que sentía en lo más profundo de mi ser, algo que siempre estuvo allí.

—Volviste —dijo Isabella, rompiendo el silencio, con voz suave, pero cargada de una emoción que reconocí.

—Volví —respondí, mi voz salió baja, y la verdad en esas palabras parecía pesar más que cualquier cosa.

Mis pasos eran lentos mientras me acercaba a ella. Cada movimiento parecía sacar a la superficie una mezcla de deseo y culpa, dos fuerzas que luchaban dentro de mí.

Cuando estuve lo suficientemente cerca, extendí la mano y toqué su rostro, el pulgar rozando suavemente su piel. No sabía qué esperaba, pero Isabella no retrocedió. Había algo diferente en su mirada, algo que no vi en las últimas semanas.

Sin decir palabra, me incliné y la besé. Al principio, el beso fue suave, casi dudoso, pero pronto se transformó en algo más profundo.

No había prisa. No había ira. Era como si, en ese momento, todo lo que importaba fuera la necesidad de estar con ella. Sentir su contacto, reconectarme con la mujer que, a pesar de todo, seguía siendo lo único que realmente importaba.

Isabella no resistió. Al contrario, me atrajo más cerca, envolviendo sus brazos alrededor de mí como si necesitara ese momento tanto como yo.

Sus labios eran urgentes, pero había algo distinto. No era la misma furia que compartimos en otros momentos. Era una entrega silenciosa, llena de significado.

Estuve demasiado tiempo lejos. Lejos de ella, lejos de todo lo que importa.

Sin una palabra, la levanté en mis brazos, llevándola hacia el cuarto. Cada movimiento parecía desacelerado, como si el tiempo nos estuviera dando una tregua, permitiéndonos saborear cada segundo.

En el cuarto, comenzamos a despojarnos lentamente, casi como si estuviéramos en un ritual silencioso. Cada prenda que caía al suelo parecía derribar una barrera invisible entre nosotros, como si cada

centímetro de piel expuesta nos acercara más, no solo físicamente, sino también emocionalmente.

Mis dedos se deslizaron por la tela de la blusa de Isabella, sintiendo la suavidad de su piel por debajo antes de alzarla y dejarla caer junto a la cama. Sus ojos estaban fijos en los míos, brillando con una mezcla de anticipación y vulnerabilidad.

Desabroché su pantalón con cuidado, observando cómo lo deslizaba hacia abajo, dejando sus piernas desnudas y delicadas frente a mí.

Cada uno de mis movimientos era lento, reverente. Saboreaba el momento. Cuando mi mano encontró su cintura desnuda, sentí su cuerpo estremecerse al tacto, y sus labios se entreabrieron ligeramente, dejando escapar una suave respiración.

Deslicé mis manos por su espalda, soltando el cierre de su sujetador y dejándolo caer, revelando su piel cálida y sensible. La imagen de ella frente a mí, vulnerable y a la vez confiada, me golpeó como una ola de deseo y admiración.

Era como si viera a Isabella por primera vez, pero al mismo tiempo, cada curva y cada detalle de su cuerpo me eran familiares, grabados en mi memoria.

La acosté en la cama con suavidad, sintiendo la suavidad de las sábanas bajo nosotros mientras mis manos recorrían su cuerpo, explorando cada centímetro.

Mis dedos trazaban el contorno de sus costillas, subiendo por el camino de la curva de sus pechos, mientras sus ojos se cerraban, entregados al contacto. La piel de Isabella era cálida, suave, y tenerla completamente entregada hacía que mi corazón latiera más fuerte.

Mis labios siguieron el mismo camino que mis manos, besando suavemente la piel delicada de su cuello, sintiendo el pulso acelerado bajo la superficie, mientras ella se arqueaba levemente

contra mí, con sus dedos deslizándose por mi espalda, clavándose ligeramente en mi piel.

Ella incendiaba mis sentidos, consumiéndome con una necesidad que iba más allá de lo físico.

—Te amo, Isabella —murmuré, con voz ronca y cargada con todo lo que había estado reprimido dentro de mí durante tanto tiempo.

Ella abrió los ojos lentamente, con el brillo en sus ojos desarmándome. Por un breve momento, pensé que no diría nada, pero entonces, sus labios se curvaron en una pequeña sonrisa, y las palabras que salieron fueron suaves, pero poderosas.

—Yo también te amo, Lorenzo.

Esas palabras me golpearon con una fuerza inesperada, como si cada una de ellas cargara un peso que no sabía que podía soportar. Cerré los ojos por un segundo, dejando que el momento me envolviera, absorbiendo el impacto de lo que eso significaba. Sabía que no merecía ese amor, pero en ese momento, no importaba.

Mis manos continuaron explorándola, pero con una nueva intención. Ya no era solo deseo.

La besé de nuevo, mis labios se movían sobre los suyos con una lentitud que contrastaba con toda la urgencia que solíamos tener. Cada caricia, cada beso, era un recordatorio de que no teníamos que tener prisa. Hubo entrega total de ambos lados, y eso hacía que todo fuera más intenso.

Mis dedos bajaron por su cuerpo, acariciando las suaves curvas de sus caderas, mientras sus gemidos llenaban la habitación. La piel de Isabella estaba cálida y húmeda bajo mis labios, y el sonido de su respiración entrecortada, mezclada con nuestros corazones acelerados, llenaba el silencio.

Cuando finalmente la penetré, fue como si todo encajara. Fue como volver a casa.

Isabella se arqueó contra mí, sus ojos se cerraron mientras sus labios se entreabrían en un gemido bajo. Me moví suave,

deliberadamente, y el calor que irradiaba de nuestros cuerpos hacía que el momento fuera aún más íntimo.

Nuestros cuerpos se movían en perfecta sincronía, cada caricia y cada suspiro intensificando la conexión que crecía entre nosotros. El ritmo era lento, intenso.

Era una reafirmación de todo lo que sentíamos, sin necesidad de palabras. Mis labios seguían explorando su piel, saboreando el contacto salado de su sudor, mientras mis manos sostenían sus caderas, manteniéndola cerca de mí, como si nunca más fuera a dejarla ir.

Los gemidos de Isabella se hicieron más fuertes a medida que el placer crecía, y yo la sujeté con más fuerza, sintiendo el temblor de su cuerpo mientras se acercaba al clímax.

Y cuando finalmente llegamos allí juntos, nuestros cuerpos se entregaron por completo a ese momento, el orgasmo fue una ola que nos envolvió, dejándonos jadeantes y más conectados que nunca.

Luego, nos quedamos acostados en silencio, sus dedos entrelazados con los míos, su cuerpo relajado junto al mío. La sostuve entre mis brazos, sintiendo el calor de su piel contra la mía, pero la culpa seguía ahí, susurrando en mi mente.

El silencio era cómodo, pero sabía que la conversación que había estado posponiendo no podía seguir esperando. Suspiré profundamente, sintiendo el peso de la decisión que ya había tomado.

Me senté al borde de la cama, dándole la espalda a Isabella. Necesitaba distancia para decir lo que había estado preparando en mi mente durante las últimas semanas. Ella notó el cambio y se sentó junto a mí, preocupada.

—¿Qué pasa, Lorenzo? —dijo, con voz suave, pero llena de preocupación.

Cerré los ojos un segundo antes de hablar.

—Hice lo que tenía que hacer, Isabella. La Dark Bones… ya no existe.

Vi la sorpresa en su rostro, pero permaneció en silencio, esperando que continuara.

—Pero eso no borra lo que pasó. Fallé contigo. Con nuestros hijos. No estuve aquí cuando más me necesitaban.

Me levanté y empecé a caminar por la habitación, mi culpa era evidente en cada paso.

—No soy digno de ti. De ninguno de ustedes. No después de no haber protegido a nuestra familia. No puedo arriesgarme a que eso pase otra vez.

—¿De qué estás hablando? —Ahora Isabella estaba de pie, con la ira creciendo en su voz.

—Estoy diciendo que eres libre. Me aseguraré de que tú y los niños siempre estén seguros, pero lejos de mí. No los voy a mantener aquí, atrapados en el riesgo de mis enemigos.

—¿Me estás… echando? ¿Otra vez? —La ira de Isabella era palpable—. ¿Crees que eso va a solucionar algo? ¿Crees que eso es lo que quiero, después de todo?

—Es lo único que puedo hacer. Fallé contigo, Isabella. Y no voy a fallar otra vez. Por eso te estoy dando una opción ahora.

Isabella soltó una risa incrédula, llena de desprecio, pero había algo en su mirada que me hizo detenerme.

Se acercó, obligándome a mirarla, con la rabia todavía brillando en sus ojos.

—¿Qué hiciste, Lorenzo? ¿Qué hiciste con los hombres que me amenazaron a mí y a nuestros hijos?

—Ya no existen. Borré a la Dark Bones de la faz de la tierra. No quedó nada.

Ella permaneció en silencio, y luego entendí que no era para que ella escuchara la respuesta. No. Era para que yo mismo la oyera.

Respiró profundo, su enojo se disipaba lentamente.

—¿A quién le pertenezco, Lorenzo? —preguntó, dando pasos decididos hasta que nuestros cuerpos desnudos se pegaron de nuevo, sus brazos rodeaban mi cuello.

—A mí, amore. Eres mía, y siempre lo serás —le dije, porque esa era una certeza que ni el ataque ni la culpa podrían arrebatarme.

—¿Y me estás dando una opción? ¿Ahora? —Su voz estaba más suave, pero aún llena de emoción.

—Sí.

Isabella sonrió levemente, con los ojos fijos en los míos.

—Si me estás dando una opción, entonces, elijo quedarme.

---

62. ISABELLA MORETTI

La suave luz del sol atravesaba las cortinas, y desperté lentamente, sintiendo el calor de Lorenzo a mi lado. Lo miré, aún dormido, y una sensación extraña, pero reconfortante, me invadió.

Por primera vez en mucho tiempo, no sentía miedo. Había algo tranquilizador en verlo ahí, tan sereno, y darme cuenta de que, en verdad, había elegido quedarme.

Me moví con cuidado, intentando no despertarlo, y fui hacia la cuna de los gemelos. Antonella y Tomás dormían tranquilamente, con sus pequeños pechos subiendo y bajando al mismo ritmo.

Por un momento, me quedé allí observándolos, y una sonrisa suave se dibujó en mis labios. Nunca imaginé que estaría viviendo esta vida, una vida familiar al lado de Lorenzo. Y ahora, de alguna forma, todo parecía tener sentido.

Poco a poco, sentí los brazos de Lorenzo rodeando mi cintura. Su contacto era tan familiar, tan reconfortante, que me relajé contra su pecho.

Besó la parte superior de mi cabeza, y permanecimos así, en silencio, disfrutando de la presencia del otro. Era algo simple, pero al mismo tiempo profundo. La calma entre nosotros era algo nuevo, algo que aún estaba aprendiendo a aceptar.

Más tarde, mientras tomábamos el desayuno, noté algo diferente en Lorenzo. Estaba más callado de lo normal, más pensativo. Lo observaba, sintiendo una creciente curiosidad, pero no quería presionarlo. Algo estaba por suceder, y podía sentirlo en el aire.

—Entonces... elegiste quedarte —dijo, rompiendo el silencio, con voz suave pero cargada de expectativa.

Sonreí, sintiendo cómo mi corazón se calentaba.

—Sí. Y no me pidas que cambie de idea —respondí, con un toque de humor.

Él sonrió de vuelta, pero había algo en sus ojos que no era broma. Algo más serio, más intenso. El desayuno continuó en silencio, pero la tensión entre nosotros aumentaba. Lorenzo estaba inquieto, y yo sabía que estaba a punto de decirme algo importante.

Más tarde, cuando los niños ya dormían, me llevó al jardín. La noche estaba fría, pero no me importaba.

Caminamos juntos bajo las estrellas, y el aire fresco parecía limpiar mi mente. El silencio entre nosotros era cómodo, pero Lorenzo parecía casi... ¿Nervioso? Nunca imaginé que él tuviera esa capacidad, ni siquiera.

—Hay algo que necesito decirte —dijo, deteniéndose en medio del camino y girándose para mirarme.

Mi corazón se aceleró, y lo miré de vuelta, intentando ocultar la preocupación que crecía dentro de mí.

—¿Qué pasa? —pregunté, intentando mantener la voz estable.

Él tomó mis manos, y su contacto, siempre firme y seguro, me dio una sensación de consuelo, pero también de expectativa.

El rostro de Lorenzo estaba serio, pero había una suavidad en sus ojos que rara vez veía.

—Sé que elegiste quedarte. Y eso significa todo para mí. Pero... no es suficiente. No para mí. Quiero más, Isabella. —Su voz estaba llena de emoción, y sentí que mi pecho se apretaba—. Quiero que seas mía en todos los sentidos. No solo en la cama, no solo aquí... —Hizo una pausa, respirando hondo—. Quiero que seas mi esposa. Quiero construir una vida contigo, una familia de verdad, y nunca más darte una razón para dudar de mí.

Sus palabras me golpearon con una fuerza inesperada. Mi corazón empezó a latir más rápido, y sentí cómo las lágrimas se formaban en mis ojos. Sabía lo que él estaba a punto de hacer, pero nada me

preparó para el momento en que se arrodilló ante mí, sacando una pequeña caja de su bolsillo.

Cuando abrió la caja, vi un anillo sencillo, delicado, pero con un significado profundo que iba más allá de cualquier joya.

—Isabella Moretti... ¿Aceptas ser mi esposa, mi compañera, la madre de nuestros hijos... y ser la mujer con quien quiero pasar el resto de mi vida?

Por un momento, me quedé en silencio, completamente tiesa por la emoción. Las lágrimas caían por mi rostro, y apenas podía creer que esto realmente estaba sucediendo. Pero en el fondo, sabía la respuesta. Siempre lo supe.

—Sí... sí, acepto, Lorenzo. —Mi voz salió temblorosa, llena de emoción, pero lo bastante clara para que él entendiera lo que significaban aquellas palabras.

Él sonrió, una sonrisa rara y verdadera, y me puso el anillo en el dedo. Cuando se levantó, tirándome hacia sus brazos, me sentí completa de una manera que nunca antes había sentido. El beso que me dio fue suave, lleno de promesas y amor, y me entregué a él por completo.

Lorenzo me llevó de vuelta a la habitación, y en ese momento, supe que nada más en el mundo importaba, excepto nosotros dos y lo que estábamos construyendo juntos.

Cuando llegamos al cuarto, la ropa cayó de nuestros cuerpos con una lentitud casi reverente.

Me acostó en la cama, con sus manos deslizándose por mi cuerpo con una suavidad que solo había sentido la noche anterior.

Cada caricia parecía grabar su amor en mí, y me entregué completamente, sin miedo, sin duda. Me besó con ternura, cada movimiento cargado de un cariño que calentaba mi corazón.

—Te amo, Isabella —susurró contra mis labios, su voz era grave, llena de todo lo que sentía y que no siempre podía expresar.

Sentí las lágrimas volver a mis ojos, pero esta vez, eran de pura felicidad. Con una pequeña sonrisa, repetí las palabras que sabía que él necesitaba escuchar.

—Yo también te amo, Lorenzo.

La declaración flotaba entre nosotros, como una promesa silenciosa. Hicimos el amor. Lento, cariñoso, cada roce lleno de la necesidad de reafirmar lo que sentíamos el uno por el otro.

No había prisa, no había ira, solo entrega. Sus manos me sostenían con firmeza, pero había una suavidad en sus gestos, como si estuviera redescubriéndome.

Los gemidos que escapaban de mis labios llenaban la habitación, y cuando finalmente llegamos juntos al orgasmo, había una sensación de plenitud, de que, finalmente, estábamos donde debíamos estar.

Acostada a su lado, envuelta en sus brazos, sentí la paz que tanto había buscado. Por primera vez, supe que estaba exactamente donde debía estar.

---

63. LORENZO ZANINI

Estaba en la oficina, revisando algunos papeles, cuando escuché los pasos pesados de Stefano acercándose. Entró sin tocar, como siempre, y se dejó caer en la silla frente a mi escritorio con una sonrisa arrogante en el rostro. Algo me decía que estaba por provocarme.

—Finalmente admitiste que tienes un corazón, ¿eh? —comenzó, sin siquiera darme los buenos días.

Rodé los ojos, pero no pude evitar la leve sonrisa que apareció en mis labios. A Stefano le encantaba molestarme, especialmente ahora que las cosas habían cambiado entre Isabella y yo.

—Habla de una vez lo que quieres, Stefano, antes de que te eche de aquí.

Él rió, acomodándose aún más en la silla.

—Ah, nada de otro mundo. Solo quería ver con mis propios ojos que el gran Lorenzo Zannini, el mafioso implacable, finalmente está rendido al amor. Eso sí que no lo esperaba ver. —Me miró de arriba a abajo, evidentemente disfrutando de la situación.

—Voy a ignorarte —respondí, tratando de concentrarme en lo que estaba haciendo, pero era imposible no notar el sarcasmo constante de él.

—No, pero en serio... Te estás casando, hermano. ¿Quién diría que esa misión loca de robarle la hija a nuestro peor enemigo te iba a llevar al altar? —Rió de nuevo, esta vez con más gusto—. Mamá va a adorar esto, estoy seguro.

Suspiré, sabiendo que no iba a parar tan fácilmente.

—Mamá va a sobrevivir —respondí, manteniendo un tono firme, pero luego me relajé—. No tuvo problemas cuando dije que iba a robar a Isabella por segunda vez, también sabrá lidiar con esto.

Stefano soltó una carcajada y sacudió la cabeza.

—Le robaste a la mujer dos veces, y ahora va a ser tu esposa. Si eso no es ironía, no sé qué lo sea. —Se inclinó hacia adelante, apoyando los codos sobre las rodillas—. Hablando en serio, ¿cómo estás manejando lo de Vittorio? Nadie esperaba que simplemente... desapareciera.

Fruncí el ceño al escuchar el nombre de Vittorio. Era un tema complicado, pero Stefano tenía razón. Necesitábamos resolverlo.

—Cuando robé a Isabella de nuevo, Vittorio intentó reaccionar. Amenazó con vengarse, pero al final se dio cuenta de que ya no tenía más cartas que jugar. Lo perdió todo. Sin poder, sin aliados. Su mafia se desplomó, y él simplemente desapareció. —Me pasé la mano por el cabello, recordando los últimos meses—. Puede que siga vivo en algún lugar, pero ya no es una amenaza para nosotros.

Stefano hizo una mueca pensativa.

—¿Entonces eso es todo? ¿Después de todo, desapareció?

—No tenía otra opción. Destruí todo lo que tenía. —Cruce los brazos, sintiendo el peso de la situación que se había desarrollado.

Stefano movió la cabeza lentamente, pero pronto el brillo de diversión volvió a sus ojos.

—Y ahora te vas a casar con la hija de él. Si eso no es la mayor broma del destino, no sé qué lo sea.

—La broma aquí eres tú, Stefano —repliqué, pero había una ligera ligereza en mi voz—. Ahora, ¿me vas a contar qué reveló tu último interrogatorio o vas a seguir fastidiándome?

Sonrió, inclinándose un poco hacia adelante.

—Ah, sí, la nueva amenaza. Descubrimos que algo grande está pasando en Brasil. La Dark Bones puede estar destruida, pero parece que dejamos un vacío, y algunas personas están tratando de aprovechar eso para expandir su territorio. No es nada oficial

todavía, pero ya tengo algunos contactos que me dijeron que hay movimientos peligrosos por allá.

Fruncí el ceño. ¿Brasil? Eso complicaba las cosas. Ya tenía demasiados asuntos pendientes con mi familia aquí.

—¿Qué sugieres?

—Yo iré hacia allá, investigaré más a fondo —dijo, encogiéndose de hombros como si fuera lo más sencillo del mundo—. Alguien tiene que verlo de cerca. Y, quién sabe, tal vez regrese con una brasileña a mi lado. He oído que son... excitantes.

Solté una risita, negando con la cabeza. Claro que Stefano haría una broma sobre algo serio.

—Mamá va a adorar eso —respondí, devolviendo sus palabras y poniendo los ojos en blanco.

—Si ella sobrevive a que decidas casarte con la hija de nuestro peor enemigo, entonces creo que puedo llevar una brasileña la próxima vez que vaya a Italia sin causar un gran drama familiar.

Solté una carcajada, provocar eso era algo raro para cualquiera que no fuera Isabella o nuestros hijos, incluso para mi hermano, pero Stefano tenía esa habilidad conmigo.

—Tienes un punto. Pero ten cuidado allá. Esto no es un juego.

Se levantó y se encogió de hombros con esa sonrisa despreocupada que era tan típica de él.

—Relájate, hermano. Yo voy y me ocupo de todo cuando regreses de tu luna de miel.

Sacudí la cabeza, asintiendo, mientras Stefano salía del despacho. Era imposible, pero sabía que haría lo que tenía que hacer. Con él en Brasil, podríamos resolver otro problema antes de que se volviera más grande.

64. LORENZO ZANINI

Me miro en el espejo, ajustando la corbata por tercera vez. La sala de al lado está llena de voces bajas, murmullos que deberían ponerme nervioso, pero todo lo que consigo pensar es en Isabella.

Yo, Lorenzo Zanini, estoy a punto de casarme. Y lo más absurdo de todo esto es que... no podría estar más seguro de esta decisión.

Observo mi reflejo durante algunos segundos. ¿Quién era yo antes de Isabella? ¿Antes de todo esto? Pensaba que entendía lo que era el control, el poder... pero ahora me doy cuenta de que nunca supe nada.

Amar a Isabella me dio una fuerza que nunca imaginé. Ella desmanteló todas mis certezas, una por una. Me sacó de la oscuridad en la que vivía y me mostró lo que realmente importaba.

Respiro hondo, ajustando el traje una última vez. Sigo siendo Lorenzo Zanini, el hombre que controla lo que está a su alrededor, pero ahora... ahora tengo algo que no voy a perder. No puedo.

Las voces se intensifican, el sonido de los pasos me hace girar. Es hora. Salgo de la sala y camino hacia la entrada de la ceremonia. Un pequeño grupo de personas, solo los más cercanos, se ha reunido aquí, pero mis ojos no buscan a nadie más que a ella. Y allí está, mi mundo entero.

Isabella se acerca, vestida de blanco, el velo flotando suavemente alrededor de sus hombros. El aire parece congelarse por un momento.

Ella está... perfecta. Radiante. Mis ojos no pueden apartarse de los suyos, y me siento completamente desarmado ahora.

Ella es mía, siempre lo ha sido. Pero hoy... hoy es diferente. Hoy, ella está eligiendo ser mía. Y yo... yo estoy eligiendo ser de ella. La sonrisa que aparece en mis labios es involuntaria, algo que ni siquiera yo puedo controlar, y tampoco me importa intentarlo.

Hoy, solo hay personas de confianza a nuestro alrededor. Mientras Isabella camina hacia mí, no puedo evitar recordar todo. Todas las luchas, todas las veces que traté de alejarla, de mantener todo bajo control.

Y ella, con su terquedad, me mostró que nada de eso importaba. Cada paso que da hacia mí es una victoria, no solo sobre mí, sino sobre lo que fuimos, lo que enfrentamos.

Cuando llega a mi lado, el silencio entre nosotros está lleno de promesas. El oficiante comienza a hablar, pero mi mente está solo en Isabella.

Ella me mira con esos ojos que conocen todos mis secretos, todas mis fallas, y aún así, está aquí.

Llega el momento de los votos. Me giro para mirarla de frente, y es lo más fácil del mundo decir lo que necesito decir.

—Isabella, tú fuiste la única persona que me hizo ver el mundo de otra forma. Pensaba que sabía lo que era el control, pensaba que sabía lo que era el poder. Pero tú... tú me mostraste que el verdadero poder está en lo que sentimos, en lo que elegimos hacer con lo que nos fue dado. Te elijo. Hoy, mañana, y para siempre.

Veo las lágrimas en sus ojos, pero ella sonríe, manteniéndose firme. Es en ese momento cuando sé, más que nunca, que no hay otro camino para mí.

Cuando termino mis votos, el silencio entre nosotros está lleno de promesas y significados. Pero entonces, antes de seguir con el siguiente paso de la ceremonia, hay un movimiento a un lado, y todas las miradas se dirigen a los gemelos.

Antonella y Tomás, todavía descoordinados en sus pequeños pasos inciertos, están caminando hacia nosotros, cada uno sosteniendo una pequeña almohadilla con los anillos.

La sonrisa en mi rostro crece instantáneamente. Antonella, con su determinación, trata de mantener el equilibrio mientras me mira fijamente, como si supiera la importancia del momento.

Tomás, por otro lado, parece más interesado en mirar a su alrededor, encantado con las flores y las luces que decoran el espacio.

Tropezaron un par de veces, y Antonella casi deja caer la almohadilla, pero su rápida recuperación arranca algunas risas de nuestros pocos invitados.

Isabella sonríe, con sus ojos brillando de emoción mientras ve a los niños, pequeños y torpes, tratando de cumplir con sus "grandes" responsabilidades.

Cuando finalmente llegan hasta nosotros, de manera algo torpe, me arrodillo para tomarlos. Antonella, seria como siempre, me entrega la almohadilla, mientras Tomás duda un momento, como si no estuviera seguro de querer entregar la suya.

—Buen trabajo, pequeño hombre —digo, riendo, mientras Tomás, después de un momento de reflexión, finalmente me entrega el anillo con una sonrisa de satisfacción, como si hubiera tomado una gran decisión.

Entrego los anillos al oficiante y miro a Isabella, que está encantada con la escena. Los gemelos, ahora en mi regazo, observan con ojos curiosos mientras el oficiante bendice los anillos. El momento es perfecto, y siento una ligereza que nunca imaginé posible.

Isabella se inclina para besar la frente de Antonella y luego de Tomás, antes de girarse hacia mí nuevamente, y la ceremonia continúa.

Mi madre toma a los niños para que podamos intercambiar los anillos, y yo jalo a Isabella para un beso tan pronto como el oficiante nos da permiso. Todo lo que no sea ella desaparece. Solo existe Isabella.

El beso es largo, intenso, pero tiene una ternura que solo ella puede sacar a la luz. El sonido de los aplausos llena el ambiente,

pero solo escucho el sonido de su respiración. Es el único sonido que importa.

La ceremonia termina, y comienza la pequeña recepción. La música suena, y para mi sorpresa, me encuentro jalando a Isabella hacia la pista de baile. Yo, Lorenzo Zanini, nunca me vi en este tipo de situaciones, pero allí, con ella en mis brazos, todo parece... correcto… seguro.

Mis manos sujetan su cintura con delicadeza, y ella apoya la cabeza en mi pecho, como si siempre hubiera pertenecido allí.

—Nunca pensé que querría esto, Isabella —digo bajito, mientras bailamos—. Una vida tranquila, un matrimonio, una familia. Pero tú lo hiciste por mí. Me diste más de lo que merecía.

Ella sonríe contra mi pecho, su voz suave cuando responde.

—Te mereces todo esto, Lorenzo. Y mucho más.

La fiesta sigue, pero para mí, el mundo ya estaba completo desde el momento en que Isabella dijo "sí". Encontramos un momento a solas, lejos de las miradas de los invitados y de nuestros hijos, y la jalo cerca de nuevo. Es algo que no puedo evitar.

—Voy a cuidar de ti. Siempre. Y de nuestros hijos. Te prometí una vez que haría todo para que estuvieras a mi lado, y ahora te prometo que lo voy a merecer todos los días de mi vida.

Ella me mira con tanta intensidad que por un momento siento que el mundo se detiene. Luego, pone sus manos en mi rostro y me atrae para un beso suave.

—Y yo te prometo amarte, Lorenzo. Por todo lo que eres, por el resto de nuestras vidas.

La beso otra vez, sabiendo que al final, no fue el poder lo que me dio todo, ni la venganza lo que me trajo paz. Fue ella. Siempre fue ella.

Y ahora, con nuestra familia a mi lado, sabía que el futuro sería nuestro… para siempre.

EPÍLOGO - ISABELLA ZANINI

5 AÑOS DESPUÉS

Los años pasaron, y la vida que nunca podría haber imaginado floreció a mi alrededor de una manera que jamás pensé posible. La mañana en nuestra casa, lejos de todo el caos que alguna vez amenazó nuestra felicidad, estaba tranquila.

El sonido de las risas de Antonella y Tomás llenaba el aire, mezclado con el aroma del almuerzo que yo preparaba. Miré por la ventana, observando a los dos correr por el jardín.

Sofía, aún demasiado pequeña para seguir a sus hermanos, estaba en mi regazo, llena de curiosidad, con sus ojitos siguiendo cada movimiento.

Sonreí, una sonrisa tranquila y llena de gratitud. Nuestra vida había cambiado completamente. La casa, antes llena de tensión, ahora rebosaba de risas y amor.

El ruido de pasos firmes me sacó de mis pensamientos. Lorenzo entró a la cocina, su presencia siempre tan marcada, pero ahora con una mirada que llevaba algo más que posesión, llevaba amor.

Se acercó por detrás y depositó un suave beso en mi cuello mientras yo revolvía la olla.

—¿Todavía haces esto, incluso con tanta gente para ayudarte? — Su voz era baja, casi juguetona.

Me reí suavemente, inclinando la cabeza hacia un lado, sintiendo el calor de su presencia tan cerca de mí.

—Me gusta cuidar de mi familia.

Él me giró con delicadeza, sosteniendo mi rostro entre sus grandes manos, y por un momento se quedó ahí, observándome en silencio.

La mirada que me dirigía era la de un hombre aún sorprendido de estar aquí, conmigo. Lo sentía cada vez que me miraba así.

—Te veo aquí todos los días —empezó, con la voz un poco más rasposa— y aún no puedo creer que seas mi esposa.

Sonreí, moviendo ligeramente la cabeza.

—Siempre he sido tuya, Lorenzo. Ya sabes eso.

La sonrisa que me dio en respuesta estaba llena de una ternura que antes no existía. Me besó suavemente, pero pronto sus ojos se volvieron hacia el jardín, donde Antonella y Tomás corrían por el césped.

—Nosotros lo hicimos, ¿no? —Su voz tenía algo más que sorpresa, como si también estuviera reflexionando sobre el camino que habíamos recorrido.

—Sí, lo hicimos —respondí, sonriendo—. Contra todas las probabilidades.

La vida familiar que alguna vez parecía tan lejana ahora era nuestro presente. Lorenzo, el hombre imponente y controlador, se había convertido en un padre devoto, un marido atento, y yo, que alguna vez temí entregarme a él, ahora sentía que había encontrado mi lugar. Crecí a su lado, junto a nuestros hijos.

El día pasó con la misma ligereza que había aprendido a apreciar. Nuestra familia estaba reunida a la mesa, riendo, conversando, compartiendo momentos y creando recuerdos.

Antonella y Tomás, ahora con casi seis años, eran listos y llenos de energía, y Sofía, la más pequeña, observaba todo con esa curiosidad típica de una niña que está descubriendo el mundo.

Más tarde, después de que los niños ya estaban en la cama, Lorenzo y yo nos sentamos en el jardín. Nos habíamos mudado, pero no importaba a dónde fuéramos, los jardines seguían siendo nuestros lugares favoritos.

El cielo estaba despejado, las estrellas brillaban, y el aire traía una sensación de paz. Me acurruqué a su lado, sintiendo el calor de su cuerpo cerca del mío.

—¿Recuerdas cómo todo comenzó? —pregunté, con la voz suave, casi como si me estuviera permitiendo revivir ese pasado lejano—. Parece una vida atrás.

Él suspiró, una sonrisa apareció en sus labios.

—Fue una vida atrás. —Giró el rostro hacia mí, con los ojos fijos en los míos—. Y lo haría todo de nuevo para tenerte a mi lado.

Sonreí, sintiendo un calor crecer en mi pecho.

—¿Incluso secuestrarme? —provoqué.

—Principalmente, secuestrarte. Dos veces.

Solté una carcajada. Nuestro camino estuvo lleno de desafíos, pero aquí estábamos, juntos, contra todas las expectativas.

Nos quedamos en silencio unos minutos, solo apreciando la presencia del otro, con el suave sonido de la noche a nuestro alrededor. Lorenzo tomó mi mano y la besó con delicadeza, su contacto hizo que sintiera la misma sensación de seguridad y amor de siempre.

—Somos felices, ¿verdad? —pregunté, con la voz baja.

Él sonrió, sus ojos brillando en la oscuridad.

—Más de lo que jamás pensé que sería posible.

La noche avanzaba, pero ninguno de los dos quería irse de allí. Me recosté sobre su regazo, y él comenzó a tocar mi cabello con delicadeza, con sus caricias tan familiares y reconfortantes.

Las estrellas brillaban sobre nosotros, y la casa, nuestro refugio, estaba tranquila, llena de todo lo que nunca pensé que tendría: amor, risas, paz.

—Siempre seremos así —susurró para mí, con su voz llena de una promesa silenciosa—. Te lo prometo.

Cerré los ojos, sonriendo, sabiendo que, esta vez, esa promesa sería cumplida. No importaba lo que el futuro trajera, estaríamos juntos, como una familia, listos para enfrentar cualquier cosa.

Porque, al final, el amor era la fuerza que nos mantenía unidos, y ahora sabía, con cada fibra de mi ser, que sería así para siempre.

AGRADECIMIENTOS

Antes que nada, quiero agradecerles a ustedes, mis increíbles lectores, que han seguido cada página de esta historia con tanto cariño y dedicación.

Ustedes son el corazón de todo esto, y sin ustedes, nada de esto tendría sentido. Saber que mis palabras llegan hasta ustedes, tocan sus corazones y los hacen perderse (y encontrarse) en cada giro de la trama es lo que me motiva todos los días.

Gracias por cada mensaje, cada comentario, cada emoción compartida. ¡Son increíbles!

A mi familia y amigos, que siempre me han apoyado, incluso cuando estuve encerrada por horas, días (tal vez semanas... ¡ups!) en mi mundo imaginario. Me recuerdan que, a pesar de mis viajes mentales, siempre tengo un lugar al que volver. La paciencia y el amor de ustedes no tienen precio.

Y, por supuesto, a todos los que me ayudaron a hacer realidad esta historia. A cada intercambio de ideas, sugerencias y críticas constructivas, ustedes fueron una parte fundamental de todo esto. No voy a mencionar nombres para no olvidarme de nadie, pero sepan que cada uno de ustedes ocupa un lugar especial en mi corazón.

Este libro es para ustedes, que creen en el poder del amor, la superación y, sobre todo, la fuerza femenina. Que sigamos soñando juntas, capítulo tras capítulo.

Con mucho amor y gratitud,

Manoela Barsi

---

[1] Pequeño dispositivo electrónico con pantalla táctil.